

**APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939 - 1966**

MANUEL DE SANTA CRUZ

TOMO 14

1 9 5 2

**EXTRACTO DEL INDICE
DEL AÑO 1951**

Actas del Consejo Nacional
de la Comunión Tradicio-
nalista.

Disturbios graves en Bar-
celona y cambio de Go-
bierno.

Viaje por España del Prín-
cipe Regente.

Documentos políticos.

Bibliografía.

MANUEL DE SANTA CRUZ

**APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939-1966**

TOMO 14

1952

MANUEL DE SANTA CRUZ

APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939-1966

Dep. Legal: M. 22628 - 1966 - I.S.B.N. 84-7460-035-9 - Obra completa
I.S.M.N. 84-398-6862-0 - Tomo 14

Tres A (Artes Gráficas) - A. Morán, 12 - Madrid

I. EL ACTO DE BARCELONA

Introducción.—«Acta del Consejo de la Comunión Tradicionalista celebrado en Barcelona el día 31 de mayo de 1952, bajo la presidencia de S.A.R. el Príncipe Don Javier de Borbón». (En ella figura la carta de Don Javier a su hijo Don Hugo.)—Anexos al Acta: 1.º «Exposición y Dictamen que el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista elevó a S.A.R. el Príncipe Regente, Don Francisco Javier de Borbón Parma y Braganza, el día 30 de mayo de 1952, en Barcelona». 2.º Palabras de Don Javier: «A mis leales Consejeros».—En los días siguientes: El Rey nombra a Don Jorge Beneito Mora representante suyo en el traslado de los restos de San Pascual Bailón.—Carta de Don Javier a Don Melchor Ferrer.—Nuevo destierro del Rey.—Actividades internacionales de Don Javier.—Algunos carlistas escriben a Don Mauricio de Sivatte.

INTRODUCCION

El Acto de Barcelona es un hito en toda esta historia, no solamente en el año 1952. Por eso hemos dislocado levemente su situación cronológica dentro de este año, situándole en primer lugar para darle realce.

En este acto, «Ante Vuestra Alteza como Príncipe Regente, el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista manifiesta solemnemente el criterio definitivo de que a V. A. corresponde la sucesión legítima a la Corona de España». Don Javier responde inmediatamente, pero indirectamente, en carta a su primogénito, que «he resuelto asumir la realeza de las Coronas de España en sucesión del último Rey», si bien inmediatamente, también e inseparablemente, formula dos reservas: «aunque pendiente la promulgación de este acuerdo de la oportunidad que espero próxima para su publicación y para Nuestro Juramento». (Carta a su hijo.) Hace la otra reserva en la alocución a los consejeros: «Hasta entonces (hasta la victoria), Yo no paso de ser (...) más que Rey

de los Carlistas, Rey de la representación ideal de España, Rey de la Monarquía ideal».

Como en el estudio de todo hito, hay que señalar ahora el anterior, el posterior y los espacios precedente y siguiente. En este caso, hay algunos matices diferenciadores entre las historias, por lo demás, de momento, superpuestas, del Carlismo y de su Dinastía.

En la historia de la Dinastía Legítima, el acto, o hito, precedente es la designación de Don Javier como Regente por Don Alfonso Carlos. Y el siguiente, la presentación de Don Hugo en Montejurra, en 1957; los siguientes a este fueron, en 1965, el Acto de Puchheim, redundancia innecesaria del Acto de Barcelona, y en 1969 la expulsión de España de la familia Borbón-Parma, para preparar la designación de Don Juan Carlos de Borbón y Borbón como sucesor de Franco a título de rey.

En la historia del pueblo carlista el hito precedente es el final de la Cruzada, cuando deja las armas y empieza a luchar en política, y el hito siguiente es, para una parte de ese pueblo, la citada presentación de Don Hugo en Montejurra en 1957, y para otra, la creación, en 1958, de la Regencia Nacional Carlista de Estella.

Es característica de cualquier serie de hitos el espaciamiento de los mismos. En este caso, el intervalo respecto del Decreto instituyendo la Regencia (1936), o el final de la Cruzada (1939), fue grande, excesivamente extenso. Esos años son de los más difíciles para el Carlismo en toda su historia más que centenaria: a ingentes dificultades exteriores se suma la crisis interna que impide oponerles un rey con estampa, una idea-fuerza. El Acto de Barcelona parece, por un momento, poner fin a esta desventaja decisiva. Los carlistas ya pueden contestar a la pregunta que bloqueaba sus propagandas: «¿Cuál es vuestro rey?». Se cumple el anhelo ampliamente manifestado a lo largo de todos los años cuarenta de que Don Javier termine la Regencia.

El período que sigue es de desencanto y confusión, porque en medio de equívocos constantes, Don Javier elude la Proclamación. Pronto el éxito alcanzado se vuelve contra él, le desacredita y hace contraproducente el Acto de Barcelona. La situación exige un nuevo relanzamiento que será uno de los dos hitos siguientes ya señalados.

El Acto de Barcelona dio inmediatamente frutos efímeros: reavivó al Carlismo, frenó el naciente cisma de los carlistas catalanes e hizo retroceder a los movimientos de Don Juan de Borbón y Battenberg y de Don Carlos (VIII).

Es también un suceso importante en la historia general de

España. Zanja definitiva e irreversiblemente las posibilidades de un entendimiento de los tradicionalistas con Don Juan de Borbón y Battenberg; ya no será posible la tan manida «unión de los monárquicos», siempre invocada en beneficio de Don Juan; rebaja severamente las posibilidades de éste hacia la Corona; le ha infligido un durísimo castigo. Con ello se prolonga y se consolida la supervivencia política de Franco, al cual facilitará no poco el camino para saltar a Don Juan y designar sucesor a su hijo, Don Juan Carlos.

En un orden doctrinal, salva al Tradicionalismo de caer en manos de Don Juan y de ser por éste desnaturalizado y muerto. Y asegura y potencia su presencia frente al liberalismo y la democracia; ya no quedarán estos sin enemigos, hasta posteriores y distintos sucesos.

En la biografía política del Jefe Delegado, Don Manuel Fal Conde, el Acto de Barcelona que él preparó con increíble tesón frente a adversidades que cualquiera hubiera juzgado insuperables, es el mérito que en magnitud sigue a la preparación del Alzamiento de 1936, a la contribución a la Victoria de 1939, y a la resistencia a la Unificación.

La prensa de Franco no dijo ni una palabra del Acto de Barcelona, ni del consiguiente destierro de Don Javier, que reseñaremos.

«ACTA DEL CONSEJO DE LA COMUNION TRADICIONALISTA CELEBRADO EN BARCELONA EL DIA 31 DE MAYO DE 1952, BAJO LA PRESIDENCIA DE S.A.R. EL PRINCIPE DON JAVIER DE BORBON

«ASISTENTES: D. Manuel Fal Conde; D. José Luis Zamanillo; D. José Inchausti; Sr. Marqués de Santa Rosa; D. Miguel Fagoaga; D. Ramón Villalón; D. José Puig Pellicer; D. Santiago Juliá Bor-net; D. Luis Ortiz Estrada; D. José M.^a Gimeno Muñoz; D. Francisco de P. Gambús Rusca; D. José M.^a Onrubia; D. José M.^a Anglés Civit; Sr. Conde de Torresaura; D. Juan Antonio de Olazábal; D. José M.^a Vedruna Zuzuarregui; D. Antonio Pérez de Olaguer; D. Esteban Masifern Muxí; D. Alfredo M.^a Molina Bellido; D. José M.^a Sanz de Diego; D. Luis Ruiz Hernández; D. Fernando L. Barranco; D. Antonio Aroca García; D. Luis Dorestes Morales; D. Francisco Tusquets Padrosa; D. Manuel Morales Castellá; D. Luis Costa Camps; D. Juan Riera Bartra; D. Juan Fuster Seguí; D. Ambrosio Astrain Ruiz; D. Martiarrán Llosas Serrat-Calvó; D. Jorge Beneyto Mora; D. Ramón Forcadell Prats; D. José Corominas Vall-

ribera; D. Cándido Martín Alvarez; D. José Morros Teixidó; D. Timoteo Ruiz, Actúa de Secretario: D. Juan Sáenz Díez (1).

En el Salón de Actos del Convento de los PP. Carmelitas, a las seis de la tarde, con la venia del Príncipe, se abre la sesión con la intervención del Jefe Delegado Don Manuel Fal Conde, quien da la más fervorosa bienvenida a S.A. y las gracias por tenerle nuevamente en España y dignarse presidirnos.

Esta Reunión del Consejo no tiene más que un tema; por su trascendencia ha ocupado varios Consejos y absorbido la atención de la Comunión desde hace mucho tiempo.

Al Príncipe se le ha ido dando cuenta de esta preocupación del Consejo y de los trabajos preparatorios que han sido hechos principalmente por Elías de Tejada, Ferrer, Gamba e Iturria, sintetizados luego en un estudio de Lamamié de Clairac, y concretados por fin en la exposición que han preparado nuestros amigos de Guipúzcoa, con la intervención principal de Juan José Peña, revisado luego por los miembros de la Junta Nacional (2). Al Príncipe se le ha dado conocimiento previo de este escrito porque no podía correctamente presentársele y pedirle una contestación improvisada (3). Se lee, no obstante, para que lo conozcan aquellos consejeros que no han asistido a toda la elaboración y para que el Consejo lo haga suyo al presentárselo al Príncipe. Aunque no es costumbre firmar todas las Actas, en este Consejo, por su trascen-

(1) Nótese la ausencia de don Jose María Valiente, que aunque no era todavía Jefe Delegado, destacaba entre los dirigentes. En reuniones restringidas de alto nivel había repetido que no veía claro este asunto. Pero decidió guardar silencio y no estorbar, aunque tampoco quiso asentir con su presencia. Como veremos más adelante, en la convocatoria para este Consejo se oculta su importancia, y no se explicó previamente de qué se trataba. Por ello faltaron algunos Consejeros, como siempre sucede por razones particulares, que sin vacilar hubieran sacrificado de haber sabido que no era un Consejo de rutina, sino excepcional. Por este siglo previo no pocos Consejeros de los que acudieron se vieron sorprendidos, y hubo dos, don Francisco de Paula Gambús y otro cuyo nombre ignoro, que a los pocos días invocaron esa sorpresa para retirar su aprobación. El que no fue sorprendido fue Don Javier; véase la segunda nota de las que siguen.

Asistieron, además, algunos carlistas notables sin especial calificación cuyos nombres no figuran en el acta.

(2) Don Juan Sáenz Díez manifestó al recopilador que el texto base fue escrito por don Juan José Peña Ibáñez, y luego retocado por él y por don Jaime de Carlos Gómez-Rodulfo, separadamente.

(3) Este párrafo invalida la teoría de quienes después quisieron ayudar a Don Javier a desdecirse del Acto de Barcelona, según la cual había sido sorprendido en dicho acto. Lo mismo se puede decir del primer párrafo de la contestación de don Javier.

dental importancia se invita a los Consejeros a firmarla al final. Igualmente la firmarán los asistentes que no son Consejeros y que pertenecen en su mayoría a la Junta y Consejos Regionales de Cataluña, de los que somos huéspedes y a los que quiere felicitar por su actuación y por las atenciones que tienen en estos días con SS.AA.RR.

A continuación lee el señor Fal Conde el escrito que el Consejo eleva al Príncipe Don Javier y cuya copia queda incorporada al final de esta Acta.

Terminada la lectura por el señor Fal Conde, contesta el Príncipe con la lectura de su Declaración al Consejo, que también se incorpora a esta Acta, y que todos los asistentes escuchan en pie con las mayores muestras de respeto y emoción, como corresponde a la importancia del momento y como reflejo de la gran emoción que el Príncipe manifestó en unas palabras iniciales en anuncio que lo que iba a comunicar al Consejo señalaría la dirección para nuestro futuro.

A continuación de la Declaración, leyó S.A. la carta dirigida a su hijo primogénito, y que se transcribe a continuación:

«Mi querido hijo Hugo Carlos (1):

La Providencia de Dios nos ha sujetado por la ley del nacimiento a un orden en la sucesión de Nuestra noble y multiseccular estirpe, y nos ha guardado fieles a los ideales y principios rectores de la legitimidad monárquica que ordena la sucesión genealógica al justo ejercicio del poder, ya que antes de que la legitimidad de la realeza ha de mirarse la legitimidad de las libertades públicas de los pueblos.

Bajo esa suprema norma, la sucesión legítima de Nuestro Abuelo Don Felipe V, mantuvo intacta hasta el último Rey, nuestro inolvidable Tío Don Alfonso Carlos I, la Bandera de las Santas Tradiciones, a costa de las amarguras del destierro y de los más ricos caudales de la mejor sangre española.

A la muerte del Rey, como hubiera deseado que tomara alguna parte la Nación en la solución del problema sucesorio, vecina la guerra tras la que debería haber ocasión apta, dejó instituida la Regencia, confiándomela. En estos dieciséis años, ni ha sido posible esa consulta a la Nación, ni Príncipe alguno ha querido echar sobre sí esta misión penosa de la realeza legítima. Mientras tanto, se

(1) El nombre de Carlos no se incorporó a la partida de bautismo hasta el 20-IX-1962, y al Registro Civil hasta 1963. Por ello en esta recopilación llamamos al hijo de Don Javier, Don Hugo, hasta la primera de las fechas indicadas y solamente después, Carlos Hugo.

acusar los mayores peligros para la Monarquía, y la gloriosa Comunión Tradicionalista, advirtiéndolos, me representa su anhelo de ver asegurada la continuidad en línea familiar que permanezca en la observancia de nuestros ideales.

Es, por todo esto, mi querido hijo, por lo que hoy, Festividad de la Mediación Universal de María Santísima, y postrado ante la Divina Realeza de Jesucristo Sacramentado, he resuelto asumir la realeza de las Coronas de España en sucesión del último Rey, aunque pendiente la promulgación de este acuerdo de la oportunidad que espero próxima para su publicación y para Nuestro Juramento

De corazón te abraza tu padre.

(Firmado) Francisco Javier

Barcelona, 31 de mayo de 1952.»

A continuación de la lectura de ambos documentos, S.A. pronunció unas palabras para decir que representaba una emoción profunda la Declaración hecha. Es un camino nuevo el que iniciamos, llegaremos a la victoria y España será el ejemplo y la salvación para el mundo. Cuento con cada uno de vosotros para ello, y sabéis que podéis contar conmigo, tanto como mi vida dure.

Al terminar de hablar Don Javier, en nombre de todos los asistentes, don Manuel Fal Conde da a S.A. las gracias más rendidas y como testimonio de ellas, empeña la promesa más solemne de todos de asistirle en todo momento, y principalmente en este corto período hasta que llegue el momento que ha de señalar S. A. de la proclamación y del Juramento suyo y del Príncipe de Asturias. No será un secreto la Declaración de hoy, que pueden ir conociendo todos los carlistas, pero hay que esperar delicadamente antes de hacerla oficialmente pública hasta que el Señor considere oportuno hacer la proclamación. Mientras tanto debemos combatir nuestro único enemigo que es el desaliento, al que debemos combatir denodadamente. Termina repitiendo nuevamente las gracias más forvorosas a S.A. y con todo el fervor del corazón da un ¡Viva el Rey! que es clamorosamente contestado por todos los asistentes.

Al levantar S.A. la sesión, todos ellos besan con emoción la mano de Don Javier en señal de acatamiento.

Como acto final de esta reunión del Consejo, pasan todos los asistentes a la Iglesia, donde se celebra un breve acto Eucarístico, terminando con un Te-Deum.

Barcelona, 31 de mayo de 1952.»

ANEXO I

EXPOSICION Y DICTAMEN QUE EL CONSEJO NACIONAL DE LA COMUNION TRADICIONALISTA ELEVO A S.A.R. EL PRINCIPE REGENTE, DON FRANCISCO JAVIER DE BORBON-PARMA Y BRAGANZA EL DIA 30 DE MAYO DE 1952, EN BARCELONA

«SEÑOR:

El Consejo Nacional de la Comunidad Tradicionalista al tener el alto honor de ser recibido por Vuestra Alteza en esta memorable ocasión del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, manifiesta en primer término la honda emoción que sienten todos los Consejeros al serles deparada ahora otra feliz oportunidad de saludar y ver al amado Príncipe Regente en suelo español; y tras presentar ante Vuestra Alteza la reiteración de nuestra adhesión y de nuestra fidelidad, y proclamar de nuevo nuestra fe en los principios de la Tradición Española, queremos elevar respetuosamente a la superior consideración de Vuestra Alteza, que es nuestro abanderado, nuestro jefe y nuestro guía, un resumen de lo que con relación al estado actual y futuro de las cosas constituye hoy nuestro pensamiento, nuestros deseos y nuestras esperanzas. Como los hijos ante el padre venimos a Vos, Señor, para comunicar con Vuestra Alteza nuestras apremiantes preocupaciones de esta hora, que son las de toda la masa carlista.

SITUACION POLITICA DEL MUNDO

Graves y peligrosas perspectivas son las que presenta el mundo actual. Desde los días del Renacimiento empezó a buscar la felicidad en un humanismo separado de Dios. Esta tendencia, extendida sobremanera desde los enciclopedistas y la Revolución del siglo XVIII, ha ido devolviendo naciones enteras al paganismo. La falta de fe y la soberbia individual son los grandes motores de la rebeldía presente contra Dios. En dos bloques aparecen hoy divididos los pueblos: el uno se erige en campeón de la libertad y el otro en campeón del totalitarismo. El uno se titula «democracia occidental» y el otro «dictadura comunista». Pero en ambos hay una misma y común raíz de desorden y error, procedente de que prescinden de la natural dependencia en que respecto al orden sobrenatural se hallan las sociedades humanas. Pues han secularizado las bases de la política, falso es su concepto de la autoridad. Y este error gravísimo que se produce tanto en los sistemas democráticos como en los totalitarismos de cualquier color,

ha dado nacimiento a regímenes anticristianos que bien podríamos denominar demoníacos. Pues cabe decir que la herejía moderna, herejía que en cierto modo comprende todas, es la herejía política: la apostasía de los Estados.

UNA TAREA FUNDAMENTAL

Frente a semejante situación que va lentamente envenenando inteligencias y voluntades, y aniquilando energías, por todos los pueblos de la tierra en más o menos grado, creemos, Señor, que la acción política ha llegado a convertirse en tarea fundamental hasta en el apostolado católico de los seglares. Nada tiene que ver con nosotros a este respecto el «politique d'abord», de Charles Maurras, pues nuestra intención y nuestro propósito son y han sido siempre el movernos en esferas más altas que las del positivismo. Puesta la mente y el corazón en esas miras, entendemos que para los católicos, para los grupos más o menos densos y numerosos inspirados en los principios de las tradiciones cristianas, es un deber urgente e ineludible no ya la mera intervención en la política, sino la acción definida, ardorosa y fecunda —casi diríamos que apostólica— encaminada a disipar la confusión política y a restablecer en las gentes, en las creyentes y fieles, el conocimiento y servicio de los verdaderos principios. Esta labor nos parece fundamental y la más importante, y la tenemos por ineludible. Más aún: consideramos que ella es la verdadera acción social.

Porque si tanto se trata ahora de acción social, como cogollo de la acción católica para unos (caso de los demócratas cristianos), y para otros como suprema aspiración política (caso del marxismo), nos parece a nosotros que la verdadera acción social consiste hoy en el ejercicio de un magisterio político católico y en tratar de llevarle a la práctica en las instituciones. La acción social no es atender sólo a unas clases de la sociedad, no es cuestión de jornales, de horas de trabajo y de elevación del nivel de vida, cosas materiales de cuya justicia y necesidad no dudamos, pero que sin más —tal y como lo ponen en práctica tanto los marxistas como los demócratas cristianos o cristiano-sociales— resultan obra incompleta y que sólo sirve para fijar más y más a las masas en los campos del materialismo y de las aspiraciones temporales. La acción social completa es cosa mucho más amplia y para todas las clases, encaminada a la organización de regímenes políticos fundados en los principios cristianos. Y esto, entre otras razones, porque la mejor legislación social en el sentido estrecho en que ahora se entiende, se halla siempre a merced de los constantes vaivenes y perturbaciones producidos por la inestabilidad

política de regímenes débiles a quienes falta el sólido cimiento de las doctrinas cristianas.

LA SUPREMA TAREA

El primer problema, pues, es hoy un problema político. Las crisis sociales contemporáneas tienen su origen en que los Estados se asientan sobre una política de sofismas. Y política hacen a su modo los que manejan con aires de remedio la fórmula res tringida de «lo social». Por eso la suma tarea para un Príncipe es hoy la organización de un Estado católico.

Sin faro verdadero, las masas del mundo marchan hacia la servidumbre. De los tres términos que componen el lema enarbolado por la Revolución Francesa, sólo cuenta la Igualdad. Los otros dos son vana palabrería para arropar a aquel. Y en brazos del racionalismo ateo imperante en los sistemas políticos, los pueblos que han prescindido de Dios en sus instituciones de gobierno van más o menos deprimidos hacia el tirano.

VERDAD POLITICA

Hay que presentarles, por tanto, neta y rotundamente, que aún es tiempo, la verdad política. Continuar en la contemporización equivaldría a dejarse arrollar. No somos pesimistas ante el cuadro que ofrece el mundo. Tampoco nos dejamos llevar de un confiado optimismo, que incitaría a una cómoda inacción. De todos los discursos de S.S. Pío XII, felizmente reinante, muy pocos, quizá sólo uno, dan impresión de desaliento o temor ante el tétrico panorama que con ojos humanos se divisa. Todos los demás son ardorosas llamadas a la lucha y a la victoria contra las fuerzas del mal. Y quizá aquel único haya querido ser advertencia sabia para los cristianos, a fin de que no les enervase en su actividad la creencia en la segura victoria, y con ello cediesen posiciones ideológicas y políticas al enemigo. Sabemos que las actuales son horas de lucha. Horas de no ceder y de levantar en alto la verdad política. Sabemos también que se han disgregado bastante en el mundo los grupos de católicos intransigentes en la defensa de los principios. Que ha perdido ímpetu en Europa la Contrarrevolución. Puede ya decirse que no quedan en Francia vendeanos, ni hay en Bélgica otra cosa que malminoristas vegetando en la colaboración con el socialismo, ni en Alemania se ven aparecer más que reducidos grupos, aunque muy valiosos y selectos, de sólido pensamiento político católico, ni la gloriosa Austria puede hacer otra cosa que subsistir sometida a un régimen de ocupación, ni en Italia se advierte el

necesario reagruparse de los católicos bajo banderas de franca intransigencia.

UN NECESARIO RESURGIR

Todo ello, sin embargo, nos incita más a considerar imprescindible y urgente una postura activa. Porque en medio de su caos ideológico, el mundo actual ofrece las enormes posibilidades de todo período de general desorientación. Y en este decenio, del que quizá depende el futuro del mundo, para una larga etapa, creemos ver una coyuntura hábil para iniciar el resurgir del Derecho Público Cristiano, que atraería y daría nuevo vigor en diversos países a fuerzas sinceramente católicas que ahora viven como soterradas en ambientes políticos de transigencia, claudicaciones y malminorismos, fuerzas más extensas y numerosas que lo que se supone, pero a las que probablemente hace falta un ejemplo vigoroso.

EL INSTRUMENTO BASICO

Vuestra Alteza nos conoce, y conoce bien nuestra bandera, nuestra historia y significación, y el arraigo de nuestra doctrina, cosas con las que se encuentra identificado. Por eso podemos decirle aquí, Señor, sin que parezca orgullo o inmodestia, que el instrumento apto para ser ese ejemplo vigoroso no lo hay más que en España. Vuestra Alteza nos tiene dicho más de una vez que España contiene la principal «reserva moral» europea. La base de esa «reserva» es el Carlismo, verdadero baluarte ideológico y social al que actualmente miran con creciente atención diversos grupos de intelectuales extranjeros. Providencialmente tiene a su cabeza ahora el Carlismo a Vuestra Alteza, como Príncipe Regente, como escrupuloso y diestro guía en uno de los períodos más dificultosos y delicados de nuestra historia ya centenaria. Deber de todos, grave deber, es el de trabajar con redoblado ahínco, bajo la dirección de Vuestra Alteza, para sostener este baluarte que puede ser la levadura de una reconstrucción cristiana del mundo como fue la levadura y primera masa del Alzamiento Nacional de España en 1936. Y no sólo para conservarlo, sino para fortificarlo más y darle mayor eficacia. Pues en los momentos actuales, cuando existe la probabilidad de un nuevo conflicto internacional que devorará a la democracia liberal y al comunismo, el mantenimiento sólido de la «reserva» citada supone la posesión de un valioso instrumento, único tal vez, para servir de firme punto de partida en el recobro de un mundo descompuesto y necesitado de salvavidas,

instrumento capaz de despertar en otras naciones la conciencia de los principios político-religiosos, y que poseería una poderosa fuerza de irradiación en nuestra América (1).

EL DEBER QUE URGE

Entendemos, Señor, que este es nuestro primer quehacer, antes que nada. Un deber ineludible. Y como España ya no es la de antes, a pesar de los enormes recursos morales que todavía contiene, ni tampoco el Carlismo alcanza la extensión numérica de tiempos atrás, es urgente revigorar a éste, ya que en potencia aún tiene un acusado poder de atracción sobre amplios sectores de la sociedad española, como lo demostró con gran pujanza hace dieciséis años. Y ponerle en disposición de llegar al poder en un plazo de relativa brevedad, aspiración que no es utópica, dada la transitoria condición de la situación política imperante en España y dado el hecho de estar aún sin cerrar el paréntesis abierto en 1936. Porque si no, tras verse metida durante largo tiempo la sociedad española en un ambiente de aparente religiosidad y de orden mantenido por la fuerza, acaso una vez pasada esta generación se viese reducida la Comunión Tradicionalista a un grupo político bastante debilitado, sin fuerza ya para imponer sus decisiones y relegado a un terreno contemplativo. Con lo que se habría malogrado el instrumento. Y llegaría a ser inoperante esta preciosa «reserva moral».

FIN INMEDIATO

Pero como aún está viva y es potente nuestra levadura, y como aún está en pie y con virtualidad suficiente el Carlismo, no se

(1) Siempre han aplaudido los carlistas la síntesis de la historia de España de Menéndez Pelayo, donde se le califica de «...evangelizadora de la mitad del orbe». Además, en esta recopilación hay muchísimas pruebas del interés de los carlistas por la reconstrucción de la Cristiandad. También sabemos que Don Javier sentía especial predilección por esa reconstrucción, y que hablarle de ella era un buen comienzo para seguir después por otros temas. Pero aun teniendo en cuenta estos tres antecedentes, parece excesiva la extensión de este preámbulo universalista. Y cualitativamente errónea, porque el objetivo de la Comunión Tradicionalista es España en sí, y no como mero instrumento para otros asuntos, por buenos que sean, y aunque sean objetivos de la Iglesia. El supuesto carácter instrumental de España tiene el peligro de poder constituirse en premisa para la aceptación, en sentido contrario, de unas consecuencias restrictivas, derivadas de una «visión de conjunto» del mundo, pesimista y abandonista. La cual suele ser, además, la coartada de la diplomacia del Estado de la Ciudad del Vaticano para explicar sus actividades cuando son contrarias a los intereses de los católicos españoles y muy especialmente de los carlistas.

puede desperdiciar lo que en la mano tenemos. Veteranos en la lucha, y dispuestos a nuevos sacrificios para continuar en nuestra supervivencia, precisamente las sombrías perspectivas del mundo actual son acicate para nuestra voluntad de combatientes. Creemos que el mundo nos necesita y en primer lugar España, para una definitiva misión que corone nuestra esforzada historia. Deseamos entregarnos a esta labor primordial de poner al Carlismo en guardia y a punto, bajo el certero mando de Vuestra Alteza. Y para ello, a nuestro juicio, el Carlismo necesita, en primer lugar, resolver la cuestión sucesoria, dando por cancelada la etapa que se inició al morir nuestro llorado Rey Don Alfonso Carlos (q. s. g. h.), vuestro augusto tío. Esa determinación provocaría, por de pronto, la cohesión interna del Carlismo; y redoblaría el fervor de nuestras masas ansiosas de ver reanudada la continuidad de la línea de Reyes defensores y servidores de la Tradición.

El haber llegado a este convencimiento es el motivo que nos mueve a elevar a Vuestra Alteza la presente exposición.

NECESIDAD DE LA PROCLAMACION DE REY

Las contingencias previsibles de la política española imponen al Carlismo la obligación de prepararse; con la vista puesta especialmente en el instante de la sucesión de Franco, que ha de llegar y que hasta puede ocurrir de manera súbita.

Del examen de dichas contingencias, estimamos que pueden sacarse las siguientes conclusiones:

1.ª FRANCO Y LA MONARQUÍA

Aunque el General Franco ha dicho reiteradas veces que la lógica solución política de España es la Monarquía y hasta ha llegado a definir, en un texto legal, a España como un reino, lo cierto es que no se ve en su trayectoria nada que haga prever intenta con seriedad y decisión la instauración de la Monarquía.

Pero lo que desde luego puede afirmarse con certeza es que si llega a restaurarla, nunca será por el camino de la Regencia por nosotros propugnada. Y la razón es sencilla. Para nosotros la Regencia es la institución que ha de llenar el período constituyente necesario para reorganizar y actualizar las instituciones tradicionales deshechas por más de un siglo de gobiernos liberales y revolucionarios. Pero además es el lazo de unión, de ahí su condición de legítima, con el pasado de cuyo espíritu han de nutrirse y de cuya existencia han de tomar su fuerza, las nuevas instituciones que deben ser restauradas.

Pues bien; ambas notas o características de la Regencia, son incompatibles con la concepción política del General Franco. En cuanto a su función constituyente, porque él piensa, como lo prueba el hecho de haberla asumido, que a él personalmente corresponde esta función. En cuanto a su condición de legítima, porque en virtud del concepto que tiene de su propia autoridad, se considera como única fuente de legitimidad de la dinastía que, después de sus días, haya de regir los destinos de España.

Para el General Franco, cuya voluntad es la primera institución de la constitución del Estado, su cargo es vitalicio. Su voluntad oficial manifestada en las leyes y en toda su política es la indefinida permanencia. No son presumibles las circunstancias de España cuando al Jefe del Estado le sorprenda la muerte. Para entonces la ley de la sucesión a la Jefatura del Estado instituye una Monarquía absolutamente desemejante con la que propugnamos (1). Pero no cuenta su creador con que el hecho provocará las más impetuosas corrientes de liberación del yugo de la autoridad y de recuperación de las libertades.

Si algo puede quebrar aquella tenaz voluntad de permanencia no ha de ser otra cosa que este mismo anhelo liberador cuando el extranjero lo atice con eficacia para su conveniencia, para romper la unidad y orden actuales.

Para esos difíciles trances, es claro que Franco no ha sabido entender que la única fuerza genuinamente antirrevolucionaria es el tradicionalismo. De haberlo así aprendido en la larga experiencia de un siglo, hubiera respetado a la Comunión como la única reserva nacional. Antes al contrario a la vista está que lo que favorece es una fórmula de nuevo intento conciliador con la revolución, fórmula de ancha base, pervivencia del malminorismo, que es lo que representa ante la opinión española y universal la sucesión de Alfonso XIII.

2.^a POSIBLE ADVENIMIENTO DE DON JUAN

Mientras el actual régimen no prepare la superación de esas previsibles circunstancias, lo probable es el advenimiento de Don Juan de Borbón que inevitablemente tendrá que ser rey liberal por el imperativo de las mismas, por la inercia de su pasado y por natural correspondencia al pensar y sentir de sus más firmes colaboradores. Y por concordancia con las corrientes del mundo, había de estar más a la izquierda que su padre el 14 de abril.

(1) La Ley de Sucesión de Franco y los escritos carlistas con ella relacionados se encuentran en el tomo IX de esta recopilación, páginas 21 a 166

Si tal suceso nos sorprendiera sin haber resuelto nuestra cuestión sucesoria, ni habremos podido presentar a la opinión una fórmula monárquica, sin duda más limpia y segura contra la revolución, ni frente al rey liberal habría oportunidad de resolverla, ni mucho menos de seguir manteniendo la interinidad de la Regencia.

3.ª LO QUE DON JUAN REPRESENTA

El desarrollo y los frutos de la Monarquía de Don Juan serían lo que ella promete, sin posible desviación favorable. ¿Y qué es hoy lo que puede esperarse de Don Juan?

a) ANTECEDENTES: No es preciso insistir en el carácter liberal de toda la dinastía isabelina, que a lo largo de su reinado creyó irse salvando haciendo más y más concesiones a la izquierda, es decir, a las ideas revolucionarias, hasta el punto de que el 14 de abril de 1931 ya casi nada la separaba de lo que los sectarios españoles consideraban como esencial. Tanto camino había andado en semejante dirección aquella Monarquía que uno de sus más leales conspicuos, Vegas Latapie, ha llegado después a decir del 14 de abril «fecha en que la República se quitó la corona» (1). Pues de esta Monarquía se declara heredero Don Juan, a pesar de una enseñanza histórica evidente y terrible.

b) SUS TRATOS CON LOS SOCIATISTAS: Donde Don Juan ha dado la medida exacta de su concepto sobre la Monarquía y descubierto la irresistible atracción del abismo es en los tratos que con los socialistas ha mantenido por medio de personajes relevantes de su séquito. El simple hecho de que llegase a acuerdos con Prieto y sus corifeos, provoca la irritación de todos los españoles del 18 de julio. Pero más agrava el caso la esencia de lo pactado. Nada queda firme en los tratos, nada es esencial para Don Juan, ni siquiera la Monarquía misma que queda sujeta a un plebiscito, haciendo así derivar la autoridad de aquella de la pura fórmula democrática, sin otras raíces más profundas. Nada en todo lo pactado indica que Don Juan mantenga como esencial uno sólo de los principios propios de la Monarquía Tradicionalista española, es decir, de la Monarquía. Y eso ocurre no cuando hay que ceder algo en beneficio de la paz ante una revolución desarbolada, sino cuando serenamente se discuten las bases sobre las que quiere asentarse la institución real.

A este pronóstico, harto dice el punto 8.º del acuerdo establecido

(1) Ante esta afirmación, que hizo fortuna, los carlistas preguntaban que cuando se puso la República esa Corona y se contestaban diciendo que a la muerte de Fernando VII.

en el otoño de 1948 entre la denominada Confederación de Fuerzas Monárquicas y los grupos socialistas que siguen a Prieto, para el caso de ocupar el poder «previa devolución de las libertades ciudadanas que se efectuará con el ritmo más rápido que permitan las circunstancias, consultar a la nación, a fin de establecer, bien en forma directa o a través de representantes, pero en cualquier caso mediante voto secreto, al que tendrán derecho todos los españoles de ambos sexos, capacitados para emitirlo, un régimen político definitivo. El Gobierno que presida esta consulta, por su composición y por la significación de sus miembros, deberá ser eficaz garantía de imparcialidad». Con relación a lo cual, en el punto primero de una nota dada por los contratantes pocos días después, el 15 de noviembre de aquel mismo año, se decía con referencia a Don Juan: «El rey no toma parte en las negociaciones entre los grupos políticos, pero conoce, aprueba y alienta todas las actuaciones de la Confederación de Fuerzas Monárquicas, y en especial la nota (se refiere al texto del acuerdo establecido) entregada recientemente a las representaciones diplomáticas de Estados Unidos, Inglaterra y Francia, en Madrid». (pág. 460 del libro «Para qué...?, de J. A. Ansaldo.) (1).

Siendo esto así, ¿se puede humanamente pensar que Don Juan haya de ser el intrépido defensor de los principios que pongan a España a la cabeza de un movimiento de regeneración capaz de impedir que el mundo se hunda del todo en los errores que señalamos en el preámbulo? ¿Se puede siquiera pensar que sirva de remedio a España y aquí mantenga incólume la susodicha «reserva moral»? De ninguna manera.

EL OBSTACULO PARA LO ANTERIOR

Y a nuestro entender el procedimiento para conjurar ese peligro y conseguir que no se dé lisa y llanamente la ocasión a esa eventualidad que sumiría a España en una inmensa catástrofe, es la existencia del Carlismo con el Rey legítimo designado y proclamado, lo cual sería el gran obstáculo para cualquier intento de restauración liberal. Por eso, frente a los peligros que del lado de ésta pueden presentarse, nos incumbe a todos actuar, pero a Vuestra Alteza, por vuestra misión de Príncipe Regente, corresponde la decisión suprema en este importantísimo punto de la cuestión sucesoria.

(1) Se comenta este libro de Ansaldo y se reproducen textos extensos suyos en el tomo XIII de esta recopilación, página 144.

OPORTUNIDAD DE LA REGENCIA

La Regencia establecida por nuestro Rey Don Alfonso Carlos (q.s.g.h.) constituyó un acierto indiscutible al extinguirse la descendencia directa de varón del Rey Carlos V, primer abanderado de la Causa tradicional en circunstancias que traían la certidumbre de probables cambios profundos en la estructura política de España. En su mandato conteníanse explícitamente dos funciones: «regir en el interregno los destinos de nuestra Santa Causa» y «proveer sin más tardanza que la necesaria la sucesión legítima de Mi dinastía». En el cumplimiento de la voluntad del último Rey, la Regencia encarnada en Vuestra Alteza ha representado un nobilísimo intento de dar a España el cauce verdadero para restablecer con todas las garantías y requisitos sus instituciones tradicionales. En este orden de cosas, buscó la solución ideal, a la que el momento histórico brindaba posibilidades verdaderamente únicas: la de llegar a una previa reinstauración de la sociedad política española con arreglo a los postulados tradicionales, como labor preparatoria para que el Regente instaurase la Monarquía designando el sucesor de la Corona con el concurso del pueblo representado en Cortes. Añadió a esto, con generosidad, prudencia y paciencia que nunca serán bastante alabadas, un esfuerzo constante para dar solución al pleito dinástico.

QUIENES LO MALOGRARON

Pero, como bien sabe Vuestra Alteza, la Regencia que existía de hecho y derecho al terminar nuestra Cruzada, y que ofrecía un instrumento inmejorable para dar a España un régimen natural y para zanjar definitivamente el cisma dinástico, ambas cosas dentro de un marco plenamente nacional, no pudo alcanzar el logro de sus propósitos porque no lo quiso el régimen establecido como usufructuario del poder al acabar la guerra. Fue desperdiciada, bien a pesar de Vuestra Alteza y de sus leales carlistas, la solución ideal. Como en lo tocante al pleito dinástico, la coyuntura de establecer la concordia monárquica sobre los principios tradicionales fue asimismo malograda por la adversa actitud, pública y reiterada, de Don Juan de Borbón y Battenberg.

ES EL MOMENTO DE UNA RESOLUCION

La prudencia de Vuestra Alteza y de la Comunión ha llegado hasta el límite más extremo posible antes de fallar en este asunto. Y los plazos se han agotado. A nuestro entender, llega ya el momento histórico de tomar una resolución. El haberse pasado

la coyuntura propicia para la solución ideal, debido a causas totalmente ajenas a la voluntad de Vuestra Alteza y del Carlismo y la necesidad de tener a éste preparado para las contingencias arriba apuntadas, hacen menester el dar cumplimiento urgente al mandato contenido en el Decreto de 23 de enero de 1936, que instituyó la Regencia. La «necesaria tardanza» se encuentra cumplida. Y la voluntad del Rey Alfonso Carlos decía así a Vuestra Alteza en la carta de 10 de marzo de 1936: «Si esa hora tarda, puedes tú llamar a la sucesión a quien corresponda». Interpretándola, Vuestra Alteza nos anunció en el manifiesto fechado en Bostz, el 25 de julio de 1941: «Si quienes deben abrir paso a esta solución (la Regencia Nacional) no lo hiciesen sería porque frente a ella se seguirían manteniendo propósitos particulares; y en tal caso, la obligada defensa de España haría que se plantease de nuevo la necesidad de continuar la lucha y para hacerlo se proclamaría sin demora en el seno de la Comunión Tradicionalista, en el que lo auténticamente nacional volvería a quedar recluido, al Príncipe que la acaudillase, Rey legítimo en el trono o en el destierro, sobre cuyo derecho no podría en adelante admitirse discusión» (1).

Planteada está esa necesidad, puesto que no se le abrió el paso a la Regencia.

Para lo cual suplicamos a Vuestra Alteza vehementemente, con la expresión de nuestra incommovible lealtad al Príncipe Regente que de manera tan acertada, abnegada, ejemplar y fidelísima ha acaudillado a lo largo de estos quince años últimos la nave de la Comunión, que provea a la sucesión legítima de la corona de España. Petición que fundamos en la madura reflexión de nuestro pensamiento sobre las realidades políticas del pasado inmediato, del presente y del previsible porvenir, y en las generales ansias del pueblo Carlista que unánimemente espera esa decisión de su Príncipe.

Señor: la hora trascendental ha sonado.

LA DESIGNACION DE REY

No se trata de elegir un soberano, sino de ver en quién recae la sucesión con arreglo a la legitimidad y al bien común. Porque no se trunció la dinastía al extinguirse la línea directa de varón de la rama primogénita, pues quedaron otras ramas del tronco de Felipe V.

(1) El texto íntegro de este manifiesto se encuentra en el tomo III, página 163.

POSIBILIDAD

La designación, por otra parte, no encuentra frente a sí un estado de cosas como el que se daba, por ejemplo, cuando Don Alfonso XII o Don Alfonso XIII estaban en el trono. Había entonces una ocupación de hecho y un ejercicio del poder, y quizá no se podía buscar la sustitución sin daño. Hoy no hay por ese lado más que un pretendiente al que no se debe mirar, sino en tanto en cuanto responda al momento histórico, al que rechazan la sana doctrina, sus compromisos y ligamentos con corrientes de fuera y hasta el mismo despego de la juventud sana del 18 de julio no situada en nuestras filas. La posibilidad de la designación encuentra en este aspecto un campo propicio al no haber actualmente un rey de hecho en el Palacio de Madrid.

CONDICIONES

En el punto de arranque para hacer la designación, encontramos las condiciones señaladas por el Rey Don Alfonso Carlos (q.s.g.h.) para su sucesor: «Tanto el Regente en sus cometidos como las circunstancias y aceptación de Mi sucesor, deberán ajustarse, respetándolos intangibles, a los fundamentos de la legitimidad española, a saber: I. La Religión Católica, Apostólica, Romana, con la unidad y consecuencias jurídicas con que fue amada y servida tradicionalmente en nuestros reinos. II. La constitución natural y orgánica de los estados y cuerpos de la sociedad tradicional. III. La federación histórica de la unidad de la patria española. IV. La auténtica Monarquía tradicional, legítima de origen y de ejercicio. V. Los principios y espíritu y, en cuanto sea prácticamente posible, el mismo estado de derecho y legislativo anterior al mal llamado derecho nuevo».

Desde ese punto de arranque, como decía Vuestro Augusto Tío en la antes citada carta a Vuestra Alteza, se debe «seguir todo el orden sucesorio hasta llegar al Príncipe que de veras asegure la lealtad a la Causa Santa, que no está al servicio de una sucesión de sangre, porque es ésta la que ha de servir a aquélla, como ordenado ante todo al bien común de los españoles».

Así, el Príncipe en quien se produzca la primera intersección de las dos legitimidades, la de sangre y la de plena adscripción a los principios de la Tradición española, ese será el indicado entre los descendientes de Felipe V.

LEGITIMIDAD DE ORIGEN

Ha de buscarse ésta con arreglo a la Ley de Sucesión de 10 de

mayo de 1713. Por ella son llamados, en primer término, los descendientes varones de Felipe V, por línea recta legítima y orden de primogenitura, aplicando en su caso el derecho de representación.

Aparece, en primer término, actualmente, la rama de Don Francisco de Asís, primera de la línea de Don Francisco de Paula, hijo de Carlos IV, cuyo actual Jefe es Don Jaime de Borbón y Battenberg, y de la cual pretende el trono su hermano Don Juan.

Esta rama dinástica, por el matrimonio de Don Francisco de Asís con su prima doña Isabel, no es otra que la que arrebató sus derechos a la rama legítima, sosteniendo varias guerras frente a ella e incautándose de sus bienes. La legislación universal que consagra la desheredación de todo presunto heredero que atenta contra su causante, bastaría a justificar la total exclusión y pérdida de derechos sucesorios de esta rama; pero, concretamente las leyes españolas tradicionales establecen esta exclusión. Por ejemplo, entre otras, las leyes 1.^a, 2.^a y 3.^a, Tít. II, partida V; la ley 2.^a, Tít. VIII, Partida 2.^a; la ley 2.^a, Tít. VII, Libro XII de la Novísima Recopilación; la ley 1.^a, Libro III, y la ley 1.^a Tít. VII del Libro II, ambas de la Novísima Recopilación, que corresponde a la inserción de otras del Fuero Real y del Ordenamiento de Alcalá; y, por último, la ley 6.^a, Tít. I, del Libro XII del Fuero Juzgo. Sin detenernos a examinarlas todas, citamos el texto de la ley 2.^a, Tít. VIII, Partida II: «Errando los parientes del Rey con él o en desamor quel hobieren, de manera que non quiesiesen obedescer, nin guardar, nin servir como deben, débelos el Rey extrañar e alongar de sí como aquellos que yerran contra su señor, a quien eran tenudos de obedescer et de guardar. Ca si el home face cortar el mismo el miembro de su cuerpo quando es corrompido, porque non corrompa los otros, mucho más debe alongar de sí los parientes quel desamasen manifestamente, porque ellos non hayan de facer mal de que finque su linage mezclado, nin tomen en de los otros exemplo para facer otro tal».

Una sola consideración basta para razonar la exclusión de dicha rama de un modo decisivo con arreglo a dichas leyes y es la siguiente. Esa rama sancionó constantemente acuerdos de las Cortes liberales que excluían de la sucesión a la línea de Don Carlos, fundados, precisamente, en esas leyes tradicionales, por considerar que el derecho estaba de parte de doña Isabel y sus descendientes y que la línea de Don Carlos trataba de arrebatarse esos derechos moviendo la guerra contra ella. Pues bien, estando el derecho de parte de Don Carlos y su línea, con toda lógica se han de aplicar esas mismas leyes a la rama de los descendientes de Don Francisco de Asís y de doña Isabel, para deducir, de modo indudable, su exclusión de la sucesión a la Corona.

La segunda rama de esta línea de Don Francisco de Paula e igualmente las líneas de Don Francisco I, Rey de las Dos Sicilias, y del Infante Don Gabriel, resultan todas incursas en causas de exclusión, las unas por haber reconocido a la rama usurpadora, desconociendo la legítima, otras por haber infringido la ley de 23 de enero de 1776 mediante la celebración de matrimonios desiguales, y algunas por ambas razones.

Y así resulta que, conforme a la ley de 1713, en relación con las de exclusión citadas, llegamos a la línea del Infante Don Felipe, Duque de Parma, ascendiente de Vuestra Alteza e hijo de Felipe V. Esta línea representada por Vuestro Augusto Padre, el Duque e Infante Don Roberto, da lugar a tantas ramas como hijos: es la primera, la del hijo que queda de su primer matrimonio, o sea, el Príncipe Don Elías; de las del segundo matrimonio es, a su vez, la primera, la que encabeza Vuestra Alteza.

Si se tiene en cuenta que el Príncipe Elías reconoció a Don Alfonso XIII, hasta el punto de que éste, en 1920, le concedió el tratamiento de Alteza por un Real Decreto, resultará que también esta rama se encuentra incursa en causa de exclusión (1) que alcanza al Príncipe Roberto (2), hijo del Príncipe Elías, a quien falta el acto de reconocimiento debido a Don Alfonso Carlos, que aún vivía al llegar el Príncipe Roberto a su mayor edad, así como le falta también la adscripción a los principios de la Tradición española. Cae, pues, de lleno en lo dispuesto por la ley vigésima, Título VIII de la Partida 2.^a, que impone el deber de acatar al nuevo Rey: «Soterrado, seyendo el Rey finado; deven los homes honrrados... venir al Rey nuevo, para conoscerle honrra de señorío», pueden hacerlo de palabra «conosciendo que lo tienen por su señor, e otorgando que son sus vasallos e prometiendo que le obedescerán, que le serán leales e verdaderos en todas sus cosas...», «los que esto non fiziesen, farían aleve conocido, porque seyendo omes honrrados deven perder los oficios e los honores que han e ser echados del reyno».

Cuantas exclusiones van dichas fueron ratificadas por el Rey Don Alfonso Carlos en diversas cartas, entre ellas, las del 10 de marzo y 8 de julio de 1936; y algunas de ellas, y en especial de la rama usurpadora, fueron solemnemente reiteradas en diversos documentos reales de los reyes legítimos (3).

(1) En el tomo del año 1958 nos ocupamos extensamente del Príncipe don Elías de Borbón Parma.

(2) No confundirle con su primo hermano don Roberto de Habsburgo y Borbón Parma, hijo de la Emperatriz Zita y hermano de don Otto.

(3) Véase tomo II, página 36, para la primera carta; y el tomo III, página 38, para la segunda.

Llegamos, pues, a la rama de que es cabeza Vuestra Alteza, como aquella a la que pasa la legitimidad de origen en virtud de las exclusiones legales, ajustadas a los principios tradicionales, de las líneas y ramas anteriores.

Por otra parte la condonación de las causas de exclusión de los representantes de esas líneas y ramas que actuaron contra la dinastía legítima o que reconocieron a la usurpadora, podría considerarse como un acto potestativo, pero nunca obligado, que podría realizar Vuestra Alteza. Mas para determinarse a hacer tales condonaciones, era inexcusable que los posibles favorecidos por las mismas hubieran realizado actos contrarios a los hechos que originaron la exclusión. ¿Y acaso Don Juan de Borbón ha repudiado los pretendidos derechos de sucesión por la rama liberal de doña Isabel? ¿Acaso ha repudiado de modo explícito y determinante los principios a que se vinculó aquella rama? ¿Ha reconocido, por ventura, la legitimidad de la rama Carlista. ¿Ha proclamado de modo inequívoco su adhesión a los principios tradicionales defendidos por esta?

Pues si nada de esto ha hecho, ¿cómo pensar que sea posible la condonación de las cláusulas de exclusión de esa rama?

Y entre las otras líneas y ramas excluidas de la sucesión por haber reconocido a la usurpadora, ¿quién ha repudiado tal reconocimiento?, ¿quién no ha reconocido la usurpación?, o, ¿quién ha proclamado su adhesión a la dinastía legítima con solemne aceptación de sus principios, haciendo posible, con tales actos, la condonación por Vuestra Alteza de las causas de exclusión? Absolutamente nadie (1).

(1) Existía la excepción, discutible, de don Carlos de Habsburgo y Borbón «Carlos VIII». En este escrito no se estudia su caso, como el de Don Juan de Borbón y Battenberg. Sobre ser discutible su legitimidad de origen, también lo era la de ejercicio, por su adhesión incondicional al estado totalitario de Franco. Y había que añadir el grave inconveniente de la conducta de su esposa. Quizá por no aludir a él se haya omitido piadosamente el estudio de su candidatura. (véase el tomo XI, pág. 180.)

Por lo demás, no faltaban Príncipes con legitimidad de origen. Había muchos y sus nombres afloran de cuando en cuando en los estudios genealógicos, más con carácter erudito y aun pintoresco que como realidades políticas. No tenían entidad política, no ya porque no contestaban a las preguntas ineludibles de este párrafo, ni porque sirvieran a la Revolución, sino porque vivían absolutamente despreocupados y distantes de la cuestión, dedicados a ganarse la vida como cualquier ciudadano, a veces penosamente. La Revolución, al despojar a los nobles de sus bienes, consiguió distraerles de la política con exigencias materiales apremiantes.

No hay, pues, duda alguna de que es a Vuestra Alteza a quien corresponde la sucesión a la Corona de España (1).

EL BIEN COMUN

Con tener gran fuerza las razones típicamente legitimistas que acabamos de examinar, hay mucha gente que, aun sin razón para ello, no las concede valor alguno, y, por tanto, hemos de completar esta exposición con el estudio de las razones de bien común, las cuales confiamos que, de una parte, acabarán por mover el ánimo de Vuestra Alteza si aún fuere preciso, y, de otra, pueden asimismo servir como argumento decisivo para persuadir a la opinión española.

Es evidente que, por encima de toda alegación de derechos personales y sobre estos mismos derechos, se encuentra el bien común de la sociedad. El fundamento de esta, su razón suprema y su fin, no es otro sino el bien común. Y si la autoridad se constituye, en la sociedad, precisamente para regirla y gobernarla, es evidente también que esa autoridad, por encima de todo otro fin secundario, se encamina al logro del bien común. Por otra parte, la ley, según Santo Tomás, es la ordenación de la razón al bien común; y Suárez desarrolla este principio elevándolo a tal importancia que la justicia de la ley queda subordinada al mismo, y así dice: «*bonum commune est mensura, primum principium, per quod mensuratur justitia, utilitas et convenientia legis*» (De Legibus 1,7,4). Y si toda ley se ha de ordenar al bien común, la que constituye nada menos que el pacto entre la nación y la realeza ha de estar determinada por el bien común; y, por tanto, en todo caso dudoso, o frente a cualquier dificultad de interpretación de esa ley, de ese Pacto, ha de prevalecer la razón del bien común.

He aquí por qué insistimos nosotros tanto en el concepto de legitimidad: no es por un capricho partidista. Es que la legitimidad en la sucesión viene impuesta por el bien común.

Que el bien común de la sociedad española reclama imperiosamente la reinstauración de la Monarquía, como régimen propio, estable y permanente, ninguna persona sensata puede ponerlo en duda ante la prueba de la continuidad secular histórica en que vivió España con ese régimen en constante paz interna. Y que esa Monarquía, reclamada por el bien común, no ha de ser la llamada constitucional y parlamentaria, que desembocó por dos veces en la república anárquica y comunizante, sino la tradicional, tem-

(1) Esta tesis se razona también en muchos documentos anteriores.

plada y no absoluta, representativa, católica y popular, esa misma historia lo ha demostrado con la elocuencia de los hechos.

La sociedad es evidente que quiere su propio bien y cuanto al mismo conduce; y, por tanto, la sociedad española, fundamentalmente, aunque de modo más o menos explícito, quiere esa Monarquía tradicional como régimen que garantiza la observancia de principios e instituciones que conducen al bien común. Una ley sucesoria reguladora de la legitimidad de origen, que viene determinada por el bien común, no será decisiva en un caso concreto en que la indicación de origen no conduzca a ese bien; y, por tanto, ese origen indicado por la ley, dejará de ser determinante del derecho de sucesión si el titular no completa la legitimidad de origen con la de ejercicio. La cual no puede presumirse, sino al contrario, cuando aquel titular no sólo no respeta las instituciones ni profesa los principios, conducentes unas y otros al bien de la sociedad, sino que por el contrario, permanece adscrito a principios opuestos y a instituciones que, cuales las del sistema constitucional y parlamentario, lejos de lograr aquel bien, han llevado dos veces a España al borde de la ruina.

Las exclusiones de líneas y ramas que, en el examen anterior de nuestras antiguas leyes resultan obligadas, proceden igualmente en aplicación a esta doctrina incontrovertible del bien común.

La rama dinástica que ha reinado en España desde la muerte de Fernando VII hasta 1931, con la interrupción de 1868 a 1874, se adscribió a los principios del liberalismo, rompiendo con lo tradicional y guerreando contra la rama que representaba los principios opuestos. Esa rama dinástica, aun prescindiendo en este momento de su atentado contra la rama legítima y preferente por razón de origen, pudo, con una legitimidad de ejercicio, mediante la observancia de los principios tradicionales, haber logrado, en aras del bien común, que cediese ante ella la legitimidad de origen. Pero lejos de ello apartó a España de su constitución natural e histórica y dio lugar a que, en su desarrollo lógico de sus principios, por dos veces se encontrará sumida en el caos y a punto de ruina y muerte.

¿Qué otras líneas ofrecen con su conducta la garantía de observancia de los principios? Ciertamente ninguna de las que, por razón de origen, preceden a la línea de Parma representada por Vuestra Alteza. No nos paremos a razonarlo, puesto que es evidente.

EL SEÑALAMIENTO

Si pues, en España el bien común reclama la instauración de la Monarquía tradicional con los principios propios de esta, es evi-

dente también que no puede ser otro sino Vuestra Alteza el titular del derecho soberano. Si esa razón de bien común excluye a los pretendientes actuales y posibles de otras líneas, ese bien común es el que llama al trono a Vuestra Alteza. Vuestra fidelidad a los principios, Vuestra vida y toda Vuestra actuación desde que en 1936 fuisteis instituido Regente por el Rey Don Alfonso Carlos, son la garantía más completa de que Vuestra Alteza representaría con toda autenticidad esa Monarquía que reclama el bien de España.

EL CARGO DE REGENTE NO ES OBSTACULO

Resta examinar si el cargo de Regente de que invistió a Vuestra Alteza el último Rey constituye un obstáculo para que Vuestra Alteza asuma, Señor, el carácter de titular de la realeza. Dicho cargo tenía un doble carácter: el de restaurador del régimen monárquico y el de designar el sucesor a la corona. Uno y otro son caracteres de naturaleza transitoria.

Del primero, y de quienes impidieron que llevase a cabo su objetivo, ya se ha dicho lo pertinente en este documento. En cuanto al otro cometido, la designación de sucesor de la corona, el tiempo transcurrido ha puesto de manifiesto que en ningún otro Príncipe se encuentran las condiciones adecuadas. Para que se den estas condiciones son precisas dos circunstancias: una, la aptitud de dotes y profesión de ideales; y, otra, la adscripción sincera de la voluntad. Pues bien, no hay Príncipe alguno con profesión de ideales que quiera asumir la carga y los que la pretenden es con declaraciones y conductas contrarias a los principios tan repetidos.

Porque hay una razón primaria para la recta inteligencia de lo que es la realeza: conjunto de graves deberes, pesada carga que, en el exilio, sin las compensaciones del Trono, se hace insostenible y abrumadora.

Si pues la misión de la Regencia no puede cumplirse plenamente en sus dos caracteres, ¿puede y debe el Regente asumir la Corona y hacerse titular de la realeza? Puede, desde luego, porque es el único que ha aceptado la carga y los graves deberes que la integran; porque está identificado plenamente con los principios; porque el propio Don Alfonso Carlos, que le designó Regente, oficialmente declaró que tal cargo no era incompatible con sus derechos a la sucesión y aun expresó, posteriormente, que ese sería su ideal («esta Regencia no debe privarte de ningún modo de un eventual derecho a Mi sucesión, lo que sería mi ideal, por la plena confianza que tengo en tí, mi querido Javier, que serías el salvador de España» —carta del Rey de 10 de marzo de 1936—); y porque puede decirse que Vuestra Alteza es el único Príncipe que inspira

garantías de dirigir con acierto la política en aras del bien común.

Pero no sólo puede Vuestra Alteza asumir la Corona declarándose titular de la realeza, sino que ese es vuestro deber, Señor. De no hacerlo así, peligra la instauración de la Monarquía y la sociedad española se verá privada de lo que es su bien. Si por Vuestro cargo de Regente aceptasteis tutelar la institución monárquica y guardar nuestros principios, cuando la institución corre el riesgo de perderse y los principios el de no volver a informar el régimen español, es evidente el deber de asegurar una y otros de la única manera que parece eficaz: levantando Vuestra Alteza bandera como titular de la realeza, a reserva de que, en su día, seais reconocido y acatado por las Cortes Tradicionales.

Ante Vuestra Alteza como Príncipe Regente, el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista manifiesta solemnemente el criterio definitivo de que a Vuestra Alteza corresponde la sucesión legítima a la Corona de España con cuya proclamación se asegurará la continuidad hereditaria de la dinastía defensora de la Tradición y fiel a sus principios.

No desconocemos que esta proclamación de Rey en la persona de Vuestra Alteza entraña dificultades. Pero la recta intención de este designio, la elevación de los móviles a que va encaminado, y ese supremo objetivo de servir sobre todo a los altísimos intereses espirituales de un país como España, a los de la atormentada sociedad presente y a los de la misma Iglesia Católica, pesarán, sin duda, en el tribunal de la Divina Justicia y Dios dará a quien tiene el derecho la asistencia necesaria para cumplir el deber.

LA OPORTUNIDAD PARA LA PROCLAMACION

Respecto a la oportunidad de la proclamación y al modo de hacerla, decisiones que a Vuestra Alteza incumben plenamente, vuestro mayor conocimiento Señor, de las circunstancias que pueden ser más convenientes será quien determine, para lo cual no ha de faltarle a Vuestra Alteza la gracia de estado. En cuanto al instrumento y forma legal necesarios para el caso, a disposición de Vuestra Alteza pone este Consejo desde ahora la oferta de sus asesoramientos, si son menester para esa cuestión de trámite.

Y, por último, es obligación gravísima del Consejo formular ante Vuestra Alteza nuestra más firme promesa de poner en práctica cuantos esfuerzos y trabajos sean necesarios para la más extensa acción política que debe seguir al paso trascendental de la proclamación (1).

(1) Esta idea, que se repite en el párrafo siguiente, es importante porque promete romper un círculo vicioso empobrecedor que era clave en la situación:

Señor:

Fervientemente le pedimos que vea en cuanto antecede el testimonio de nuestro acrisolado amor a la Causa y el de nuestra profunda adhesión a la augusta persona de Vuestra Alteza. La decisión de mejor servir a España, y de mantener al Carlismo con la vitalidad necesaria para hacer frente a todas las contingencias del futuro, sean cuales fueren, son las raíces de nuestra petición. Creemos firmemente que en vuestra Alteza recaen los derechos al Trono de España porque no se encuentra antes que Vuestra Alteza entre los descendientes de Felipe V, un Príncipe en el que coincidan, como en Vuestra Alteza coinciden, las dos legitimidades necesarias para asumir la sucesión a la Corona.

El restablecimiento de la Monarquía en España, sólo puede hacerse con nuestros principios. La gran responsabilidad de la rama isabelina consistió en haber atentado contra los fundamentos mismos de la Monarquía española, culpa que no tiene remisión, pues los culpables enajenaron en los altares del liberalismo los principios y las masas que eran el soporte de la Corona de España: hecho del cual el sucesor de los culpables ni ha renegado ni se ha arrepentido. En el plano superior de la Filosofía de la Historia, en el terreno metafísico donde se teje, con rigor inexorable, al fluir de las causas y las consecuencias, esa responsabilidad es la que cerró hace tiempo los caminos del trono a la línea de doña Isabel. Como se la cerró en la práctica el certero instinto del pueblo, despegado constantemente, durante un siglo, de esa dinastía. Que respecto a ella, Señor, desde los comienzos fue patente el desvío popular. Las masas españolas se fueron con Don Carlos en abrumadora proporción. La otra línea dinástica se les impuso por la fuerza. Y si por varias razones bien comprensibles —cansancio, desilusión, atracción del poder o ida a la política por cualquier modo de posibilismo— de la enorme masa monárquica que proclamó a Don Carlos, se fueron separando a lo largo del siglo XIX gentes diversas y cada día más numerosas, no se iban para servir de corazón a los poderes constituidos. Y si al correr del tiempo muchos se acostumbraron a la existencia de un Rey de hecho en Madrid, y ya no le resistían, no por eso nació en ellos la adhesión profunda que es el verdadero sostén del Trono. La grey española

muchos carlistas no trabajaban en la acción política porque no sabían superar la pregunta: «¿Quién es vuestro Rey?» Y, por su parte, el Regente no asumía la realeza porque no se sentía impulsado ni respaldado por una acción política suficientemente extensa. La mayoría de los carlistas confundían la acción política con la tertulia intrascendente, inmanente. Otros grupos políticos adolecían del mismo mal. A España, a toda España, le faltaba una verdadera clase política.

que ya no era militante del Carlismo, sólo fue para la rama isabelina un arrimo circunstancial, hoy por hoy, sin entusiasmo, orientado francamente a la accidentalidad de las formas de gobierno. Era que en el subconsciente del país anidaba la impresión de que aquella Monarquía no era la suya, no era auténtica, no era la Monarquía. Por eso el pueblo volvió las espaldas. Y cayó, en fin, la Monarquía liberal asfixiada por sus propios errores y culpas. Había pecado contra la Monarquía, negando los principios monárquicos. Había pactado con la Revolución.

Así la citada dinastía, que ni suscitaba amores ni esperanzas, hundió en la indiferencia política a grandes masas de españoles. Hace falta, Señor, el dedo apto para poner en marcha el resorte que sacuda esta indiferencia. Porque aún son extraordinarios los tesoros de ideales y energía de que es capaz el alma española. Y aún (1) son nutridos los cuadros de los leales.

De aquí la atención que merece este país, que espera y es esperanza, a la rama dinástica borbónica fiel y providencial, que no ha pactado con la revolución, que está limpia de turbios contactos y se mantiene pura en su concepto político cristiano y en su lealtad monárquica: Vuestra Causa, Señor.

Por medio de nosotros hablan a Vuestra Alteza las pasadas generaciones que lucharon; los voluntarios que dieron su sangre por la bandera de Don Carlos en una gesta reiterada y sin par; los que aceptaron destierros, indigencia, oscuridad, sufrimientos en lejanos presidios de Cuba y Filipinas, por servir a la Causa; los que abnegadamente ofrendaron su existencia al estandarte del Rey; los que murieron en la demanda, y sus huérfanos, madres y viudas; los guerreros de Zumalacárregui, los hombres de Alpens, Montejurra y Somorrostro; la inmensa legión, única en la historia política del mundo, de los leales soldados de la Corona legítima de España, legión heroica escalonada todo a lo largo de un siglo, como inmarcesible guardia de honor del Derecho Público Cristiano y de la Legitimidad tradicional en medio de generales apostasías y del torrente secularizador. Y os hablan, también, Señor, los dignos sucesores de esa legión inmensa, que Vuestra Alteza conoció y acaudilló en los memorables y gloriosos días de 1936.

Esta proposición que hoy hacemos a Vuestra Alteza, la depositamos con máximo acatamiento y devoción a las plantas de Jesús Sacramentado. A quien pedimos que en la solemne procesión de este Congreso Eucarístico, bendiga al pasar a los miles de car-

(1) La palabra «aún», repetida, parece aludir a que esos tesoros de ideales y esos cuadros de leales estaban disminuyendo, lo cual era cierto.

listas congregados aquí, a sus dirigentes y al Príncipe que los encabeza en este homenaje a la Sagrada Eucaristía. Ratificamos ante Cristo Sacramentado nuestro ánimo de que todas esas luchas que por muchos años venimos manteniendo, aunque en un terreno tan puramente humano como es el político, vayan sólo enderezadas al fin de conseguir la auténtica Soberanía Social de Jesucristo Rey, alabado en estos días como permanente holocausto por la redención de los hombres, y que Él libre nuestros actos, como es nuestro deseo, de toda tendencia menos pura.

Y ante esa Hostia Santa os juramos lealtad, Señor. Y en pie, cuadrados, quedamos ante Vuestra persona, apretados en torno a la vieja y siempre joven bandera de Dios, la Patria y el Rey, en espera de que Vuestra Alteza nos de la autorización para saludarle Majestad. Y para poderle decir con toda la masa Carlista: ¡Viva el Rey!»

ANEXO II

PALABRAS DE DON JAVIER

«Mis leales Consejeros:

He visto con gran atención los distintos informes que se han concretado en la ponencia que me acabáis de leer y he oído con verdadera emoción.

Comprendo perfectamente vuestras ansias. Son ya dieciséis años casi, desde que me nombró Regente nuestro llorado Rey Don Alfonso Carlos (q.s.g.h.) y desde que juré ante su cadáver cumplir esta tan gloriosa y difícil misión de mantener enhiesta la Bandera Carlista, nobilísima.

Entonces, en 1936, teníamos derecho a esperar que la victoria nuestra contra la revolución roja diera paso a la Regencia legítima. Los acontecimientos han sido contrarios. Vosotros, mi querido Jefe Delegado puesto por el Rey hace dieciocho años, y vosotros los miembros de la Junta, los Jefes regionales y provinciales, los Consejeros nacionales y todos los que formáis nuestros cuadros sabéis bien de los heroicos sacrificios con que me habéis asistido en este largo y duro período del interregno.

Os profeso el mayor agradecimiento y guardo en mi alma la admiración a vuestra acrisolada lealtad.

Hoy, aquí reunidos en la capital del principado, en este magnífico Congreso Eucarístico, unidos en la Comunión con Nuestro Señor Sacramentado, quiero hablaros con todo el sentido de mi responsabilidad.

La autoridad soberana requiere para su ejercicio, cuanto más para su instauración, la concurrencia de la sociedad y la colaboración de sus hombres representativos.

Huérfanos los pueblos de legítima autoridad, acaban por ignorar su propio bien, cuando no lo rechazan a la manera de aquel que pedía cayera sobre sus cabezas la sangre del Justo.

La Comuni6n Tradicionalista, la genuina representaci6n ideal de Espa1a, por lo mismo que cifra la salvaci6n de nuestra sociedad en la restauraci6n de la dinastía titular de la Monarquía legítima, tiene el claro concepto de lo que significa la proclamaci6n de Rey; Rey de derecho. Rey de derecho no es la frívola significaci6n de lo que el vulgo llama Pretendiente. Rey de derecho es una bandera de justicia, un programa de reivindicaci6n, un paladán de causa noble, una promesa de salvaci6n. Pero además es un ejemplo y una vida de hondos sacrificios, totales renunciadores, línea y camino, de padres a hijos, de servicios y trabajos.

Mientras, la victoria inicia rutas de superaci6n de todas esas abnegaciones.

Hasta entonces Yo no paso de ser, pues que así lo pedís y así lo impone mi deber jurado, más que Rey de los Carlistas, Rey de la representaci6n ideal de Espa1a, Rey de la Monarquía ideal.

Fijaos bien que al aceptar la Realeza de Derecho de Espa1a no hago sino radicar en Mí la suma copiosa de deberes sagrados que a mis mayores unió a esta noble naci6n.

Las revoluciones han borrado de las conciencias el concepto de la realeza legítima y de las obligaciones del pueblo. Sin oportunas circunstancias y preparaci6n adecuada, una proclamaci6n de derechos el trono puede ser inoperante cuando no contraproducente. Esa es vuestra labor. Como tarea Mía, ultimar trámites que estimo necesarios. Quedan de ese modo diferenciados estos dos momentos: Mi resoluci6n a vuestro ruego de asumir el Derecho Real vacante y el de su promulgaci6n oficial y juramento con mi hijo, llamado a heredarme, y que ahora está impedido de concernir.

Para el mismo escribo una carta de la que haga depósito en manos de Mi Jefe Delegado, que es ya el documento auténtico de Mi acuerdo; suficiente, él sólo, para asegurar la sucesi6n legítima de nuestra Monarquía si durante estos trámites, no obstante que sean breves, Dios Nuestro Señor quisiera cortar mi vida que a Él, en su Divina Realeza, ofrezco en holocausto por esta Su Causa (1).

(1) Este párrafo bien podía, aunque no necesariamente, haber sido prolongado con una anulaci6n de las disposiciones anteriores que el mismo Don Javier había dicho en alguna ocasi6n, que había tomado en previsi6n de su muerte. El recopilador ha fracasado en sus prolongados y laboriosos trabajos de búsqueda de esos

Con el corazón repleto de emociones que vuestra lealtad me causa, como Rey vuestro y en camino, tan penoso como sea menester, para serlo de todos los españoles, os invito a laborar sin desaliento hasta la victoria y la salvación.

Barcelona, 31 de mayo de 1952.

Francisco Javier de Borbón.»

EN LOS DIAS SIGUIENTES

EL REY NOMBRA A DON JORGE BENEITO MORA REPRESENTANTE SUYO EN EL TRASLADO DE LOS RESTOS DE SAN PASCUAL BAILON

La claridad y la relativa energía de Don Javier en los documentos de la magna reunión del Consejo se mantiene algunos días más. Don Javier dejó de escribir a continuación de su firma las abreviaturas de Príncipe Regente, «Pp. Reg», habituales hasta entonces. Si bien tampoco sitúa la palabra Rey, ni su inicial, R. La primera carta que firma así, todavía en Barcelona, fue para nombrar al Consejero don Jorge Beneito Mora representante suyo en el traslado de los restos de San Pascual Bailón, en Villarreal de los Infantes que habría de celebrarse pocos días después (1). El día 4 de junio escribe desde Palma de Mallorca una carta corta a don Melchor Ferrer Dalmau en la que se advierte firmeza y entonación; de ella hay que retener las palabras «mi trascendental resolución».

documentos. Don Angel Romera Cayuela le refiere que don Manuel Fal Conde le explicó que esa previsión hecha por Don Javier para el caso de una inesperada muerte suya era un documento en el cual Don Javier traspasaba el encargo de la Regencia recibido de Don Alfonso Carlos a su hermano Don Luis de Borbón Parma. Acerca de éste, vid. Tomo II, págs. 9 y 17.

(1) En aquellos actos se le rindieron homenajes increíbles al representante del nuevo Rey, don Jorge Beneito Mora, vestido de requeté y con boina roja. En la iglesia le sentaron en un trono aislado, en el lado del Evangelio, y después, en la procesión del traslado de los restos de San Pascual Bailón a su nueva iglesia, formó completamente solo y destacado, seguido a corta distancia de respeto por el distinguido carlista de dicha ciudad, el editor don Juan Flors, que también llevaba boina roja e iba solo. Durante todo el trayecto el público les aplaudió incesantemente, y de manera aún más notable al pasar delante del Círculo de España, que era el nombre con que funcionaba el Círculo Carlista. Después hubo un banquete ofrecido por don Juan Flors, que sentó a su derecha al Padre general de los Franciscanos y a su izquierda al representante del Rey. Los Gobernadores civiles y otras autoridades, asombrados, fueron colocados en todos los actos en lugares distantes. Por la tarde, en el Círculo de España, don Jorge Beneito dio cuenta del Acto de Barcelona a los socios, que abarrotaban el local, despertando un entusiasmo delirante.

CARTA DE DON JAVIER A DON MELCHOR FERRER

«Muy querido Ferrer:

Me ha contado Fal tu accidente y las molestias que sufres. Ya comprendo tu pena por no haber podido estar en estos colosales acontecimientos Eucarísticos y en el Consejo de mi trascendental resolución. Mucho me gustaron tus trabajos (1). Ponte bueno, mis recuerdos a tu mujer e hijo y quedo tu afectísimo.

Francisco Javier de Borbón.»

En el dorso se lee: Un fuerte abrazo.—M. Fal.

NUEVO DESTIERRO DEL REY

Inmediatamente después del Acto de Barcelona, Don Javier salió para Palma de Mallorca. Era la continuación del programa de un viaje por España, establecido anteriormente, como vemos en una carta de don Manuel Fal Conde a don Macario San Miguel, el 19-IV-1952. El Jefe Delegado le dice que tiene en su casa a la Princesa María Francisca, que está viajando por España con gran éxito. Continúa: «El propósito nuestro es que después de Barcelona, donde se reunirá con su padre, y de visitar Mallorca, termine su recorrido en Vizcaya y como remate final en Navarra. Todo esto hoy depende de que el Príncipe se restablezca completamente, pues me ha prevenido que no haga programa alguno más que para el Congreso Eucarístico ya que si no se encuentra bien del todo, demorará el viaje». Posteriormente el viaje se retocó, disponiéndose inesperadamente el regreso de la Princesa a Francia. Y en una carta particular a don Joaquín Baleztena, desde Barcelona, el 30 de mayo, víspera del Acto, le dice: «Siento mucho no poder ir ahora a Navarra. No quiero hacer muy largas mis estancias en España y además necesito atender a mi salud. En septiembre ire a Navarra, como ya te avisara antes separadamente Fal Conde».

En Mallorca le llegó la orden gubernativa de salir de España. Este nuevo destierro (2) fue poco divulgado, probablemente para que las relaciones con Franco, siempre frágiles, se deterioraran lo menos posible. Solamente se encuentran dos pequeños vestigios suyos, a saber:

«Información: Nuevo destierro del Rey.—Como consecuencia del acuerdo tomado por Don Javier en Barcelona, de asumir los derechos a la Corona, ha sido nuevamente desterrado. La Dirección

(1) Probablemente se refiere a los que publicamos en este mismo tomo, referentes a sus derechos a la Corona.

(2) Véase Tomo I, pág. 158.

General de Seguridad ha dado la orden de que sea detenido en el caso de una visita a España. El Rey había previsto ya esta contingencia y decidió en el Consejo de mayo que en adelante todos los viajes los haría clandestinamente.» (Boletín «AET», de 1-X-52.)

Una confirmación de esta noticia, importante por su autoridad y espontaneidad, es la alusión a este destierro que hizo el Consero por Vizcaya, señor Gaviria, ante el Consejo Nacional de la Tradición del día 22 de noviembre de 1952, sin que a nadie llamase la atención ni protestase ni pidiese aclaraciones. En las actas de este Consejo, que reproducimos en otro lugar de este tomo, se lee: «El señor Gaviria dice que puesto que a raíz de los Actos de Barcelona se prohibió a S.M. la entrada en España, ello es prueba de que ya son conocidos».

Nótese que este destierro se produce a pesar de la prudencia de Don Javier de salir inmediatamente para Palma de Mallorca, lugar discreto, eludiendo las comprometedoras aclamaciones que hubiera podido recibir en Cataluña, Vizcaya y Navarra, como explotación del Acto de Barcelona.

ACTIVIDADES INTERNACIONALES DE DON JAVIER

Probablemente Don Javier encontró en este nuevo destierro una nueva ocasión para entregarse a sus actividades internacionales, nunca exhaustivamente conocidas, nunca abandonadas del todo, siempre en consonancia con el pensamiento tradicionalista, pero siempre competitivas, en cuanto a dedicación, con la Causa española. El día 3-XII-1952 escribe desde Ginebra, en francés, a la preceptora de sus hijas, señorita María Teresa Angulo: «Su muy buena y amable carta me ha seguido hasta Suiza, donde paso tres días, y especialmente esta fiesta de San Francisco Javier, lejos de los míos. Hay tantas cosas que hacer en nuestras organizaciones que me haría falta obtener el don de bilocación. Debo estar mañana a la noche en Lyon y después, el sábado, en París; el martes y miércoles en Roma, y el sábado próximo y el domingo de nuevo en París» (...). «Mis hijos van bien: Hugues es ahora oficial y sigue siempre de guarnición en Alemania.» (1).

CARTAS A DON MAURICIO DE SIVATTE

La euforia que acompañó, brevemente, al Acto de Barcelona, se refleja por última vez, auténtica y sincera, en las cartas que algunos carlistas cualificados escribieron en seguida a don Mauricio

(1) Vid. et. año 1949, pág. 163.

de Sivatte, cabeza real y visible de la antigua Junta Regional Carlista del Principado de Cataluña, que no cesaba en sus actividades a pesar de haber sido nombrada otra Junta por el Jefe Delegado, con el explícito beneplácido del Regente, y de haber sido expulsado por éste don Mauricio de la Comunión Tradicionalista. (Vid. tomo del año 198, pág. 72.) Estas cartas se guardan en el archivo de don Mauricio de Sivatte y son muy parecidas entre sí. Le dicen que en el reciente Acto de Barcelona ya se ha cumplido lo que él tanto deseaba y exigía, y que, por ello, ya no tiene razones para mantener su actitud, y que debe volver al seno de la Comunión Tradicionalista y a su disciplina. A pesar de la fuerza, verdad y autoridad de estas cartas, y de análogas manifestaciones recibidas verbalmente en abundancia, don Mauricio de Sivatte y sus colaboradores no se precipitaron a decidir. Callaron y esperaron, a ver. No tardaron en empezar a percibir muestras de desencanto en las filas de don Javier, que les confirmaron en sus cautelas. Este se empeñaba en silenciar y en quitar importancia al Acto; acallaba cualquier alusión a la Proclamación pendiente o preparativo para la misma; toda su conducta era confusa y rodeaba a aquel Acto de equívocos. Hasta el punto de que, al cabo de algún tiempo, a niveles populares de la Comunión Tradicionalista, resultó contraproducente. Sivatte no se arrepintió, sino que, lejos de sentirse desautorizado, se ratificó y endureció; sus amigos aumentaron y otros le dieron la razón haciendo lo mismo que él de otras formas, como veremos.

II. ANTECEDENTES DEL ACTO DE BARCELONA

Incubación.—Condiciones puestas por Don Javier.—Convocatoria para el Consejo de Barcelona el 26-III-1952.—Dictamen de la Junta Nacional, el 10-XII-1951.—Dictamen del Consejo de la Comunión Tradicionalista.—Complemento al Dictamen del Consejo, elevado por Don Jaime de Carlos, el 1-V-1952.—Dictamen de los Carlistas guipuzcoanos de 23-IV-1952.—Dictamen de los Carlistas de La Rioja, de 29-IV-1952.—Dictamen de don Pablo Iturria, titulado «Leyes por las que se rige la Sucesión a la Corona Real española».—Tres dictámenes de don Melchor Ferrer Dalmau, titulados: «El Derecho y el Deber de la Comunión Tradicionalista», de 20-V-1952; «La nacionalidad de los Príncipes» y «El Deber de reinar».—Carta de Don Javier a don Joaquín Baleztena, el 30 de mayo de 1952.

INCUBACION

El Acto de Barcelona tuvo una preparación informal y remota durante todos los años precedentes desde el final de la guerra; en ellos latía, a veces violentamente, un anhelo sostenido del pueblo carlista y de sus dirigentes de que Don Javier terminara la Regencia.

Una preparación formal y próxima tuvo lugar por lo menos desde el final del año precedente de 1951; en diciembre de este año emite su dictamen la Junta Nacional; luego, en los primeros meses de 1952 se preparan, concluyen y entregan otros informes. Además de tales escritos hubo comunicaciones personales sobre la cuestión, pero sin anunciar que esta vez iba en serio; pocos lo suponían. Era una precaución sapientísima que confirma las malas relaciones entre Franco y la Comunión Tradicionalista.

El 19 de abril de 1952, don Manuel Fal Conde escribe a don Macario San Miguel a propósito del homenaje a don Bruno Lezaun, que es «la figura más representativa del clero Carlista español». En esa carta, entre otras cosas heterogeneas, dice:

«Cuanto a lo que es objeto de nuestro común anhelo, los trabajos que se tienen preparados son concluyentísimos en favor del derecho

de Don Javier. En su voluntad se ha hecho también una gran labor encontrándola todo lo que cabe propicia. Digo todo lo que cabe en su humildad y modestia que tanto le retraen de un acto que pueda parecer a algunos interesado, cuando en él supone el máximo sacrificio por la pesadez de la carga. Y sólo queda acabar de conseguir su consentimiento a la vista de la oportunidad política, sobre todo en lo internacional. Todo esto se lo digo confidencialísimamente.»

CONDICIONES PUESTAS POR DON JAVIER

Don Ramón Villalón de Quartas, Jefe regional de La Mancha, que asistió al Acto de Barcelona, comunicó verbalmente al recopilador que Don Javier había puesto tres condiciones para la aceptación, a saber: Que su hijo aceptara el compromiso. Que lo aceptaran las Cortes europeas (lo cual ya era más complicado y parece relacionado con las alusiones que a veces aparecen a la situación internacional). Y que se comunicara al Santo Padre; era ésta una atención muy propia de un Príncipe cristiano, y que da realce al Acto de Barcelona. Algunos comentaron que había en este tercer requisito una cautela y un matiz importantes; tendría que coordinar y hacer compatible este nuevo compromiso con España y los Carlistas, con antiguos y anteriores compromisos con la Santa Sede

CONVOCATORIA PARA EL CONSEJO DE BARCELONA EL 26-III-1952

«JUNTA NACIONAL DE LA COMUNIÓN TRADICIONALISTA

Comisión de Régimen Interior

Madrid, 26 de marzo 1952

Mi querido amigo: En cumplimiento de los acuerdos del XIV Consejo Nacional de la Comunión y para la rápida y mejor realización de los mismos, le recordamos:

1.º Que organizándose por nuestros amigos de Barcelona la asistencia del Consejo al Congreso Eucarístico, todos los Consejeros y Jefes que piensen concurrir a él deben solicitar urgentemente de la Junta Regional del Principado Catalán su inscripción como congresista, indicando si precisan también que les proporcionen alojamiento o cuentan ya con él.

2.º La conveniencia de remitir cuanto antes a esta Junta Nacional, debidamente contestado, el cuestionario sobre temas sociales que se repartió en la reunión del Consejo.

3.º Que habiéndose acordado por el Consejo elevar a S.A.R. el Príncipe Regente una manifestación y un dictamen sobre la cuestión sucesoria se ha nombrado una Comisión encargada de redactar dicho documento, a la que deberá Vd. enviar, en el plazo máximo de un mes, las opiniones y sugerencias sobre la materia que estime oportunas (1).

4.º Que habiéndose nombrado una Comisión para reunir los fondos necesarios para la proyectada adquisición de un diario y la posible publicación de una revista semanal, es preciso que todos los Jefes la presten la máxima ayuda en su labor, procurando lograr aportaciones de numerario en firme y en el menor plazo de tiempo posible.

5.º Finalmente, como consecuencia de nuestra tarea general de reorganización, le señalamos la necesidad de reorganizar las Juntas de Vd. dependientes, con vistas a darles la mayor eficiencia posible, así como de constituir aquellas que no existan en la actualidad y que sean necesarias para lograr el máximo contacto entre todos nuestros correligionarios y revitalizar nuestras actividades para ponerles a tono con lo que las circunstancias evigen de nosotros.

Esperando ponga el máximo interés en el cumplimiento de estos acuerdos, queda de Vd. con un fuerte abrazo, buen amigo.

Por la Comisión de Régimen Interior, Luis Castilla.» (2).

DICTAMEN DE LA JUNTA NACIONAL DE LA COMUNION TRADICIONALISTA, EL 10-XII-1951

CONSULTA DE LA JEFATURA-DELEGADA:

S.A.R. el Príncipe Javier de Borbón-Parma Braganza, ¿puede ante la Comunidad de Pueblos españoles y debe ante la Comunión Tradicionalista, asumir la Corona?

DICTAMEN:

Contestar a la pregunta propuesta supone aclarar su contenido, matizando qué ha de entenderse por «asumir la Corona».

Pueden ser dos los significados:

a) Designarse a sí propio como Rey con carácter definitivo, absoluto y excluyente para siempre; o,

b) Considerarse Rey en bien de la Causa hasta la definitiva designación de Rey legítimo.

(1) Nótese que este punto tercero no tiene una redacción clara y enfática, reveladora de su capital importancia, sino borrosa; y, además, para disimularlo, va envuelto en otros proyectos que no se atendieron en el famoso Consejo.

(2) Luis Castilla es el seudónimo de don Jaime de Carlos y Gómez-Rodulfo.

Ambas posibilidades han de ser consideradas por separado.

Primer tema: ¿Puede el Príncipe Regente designarse a sí mismo, siendo Príncipe pretendiente de mejor derecho, como Rey con carácter definitivo, absoluto y excluyente?

Dos son las cuestiones planteadas: la primera, estrictamente jurídica, acerca de la posibilidad de asunción de la Corona; la segunda, estrictamente ética y política, sobre la obligación moral de hacerlo. Ambas jerarquizadas y unidas, ya que la cuestión moral únicamente ha de ser planteada caso de haber sido resuelta la primera de modo afirmativo. Además, la segunda concierne a los moralistas y teólogos, cayendo dentro de mi competencia sólo el aspecto jurídico de la cuestión.

La cuestión jurídica ha de ser analizada por el siguiente orden:

a) Fijando determinadas premisas acerca de los supuestos sociológicos, legales y políticos que califican a la Comunión Tradicionalista.

b) Determinando los caracteres jurídicos de la Regencia como institución, del Regente como órgano y del titular de la Regencia en cuanto posible poseedor de otros títulos en condición de órgano potenciado; y

c) Concretando la cuestión en seis problemas específicos: la de si tal asunción entra dentro de la competencia del Regente; la de si puede hacerlo por sí y ante sí; la de las consecuencias jurídicas que entraña en orden a la sucesión; la de las consecuencias políticas que tal acto supone para la Cristiandad, para las Españas y para la Comunión Tradicionalista.

I. SUPUESTOS SOCIOLOGICOS, LEGALES Y POLITICOS

1. La Comunión Tradicionalista, sociológicamente considerada, es persona de derecho público, puesto que a lo largo de sus ciento dieciocho años de existencia ha mantenido ininterrumpidamente los dos requisitos que la sociología jurídica considera necesarios para ello, tal como fueron detallados, por ejemplo, por León Michoud en su célebre obra «La théorie de la personnalité morale». París, Librairie Générale de Droit et de Jurisprudence, 1932. Tomo II, página 382:

a) Un grupo de personas poseedores de interés lícito, común y permanente; y

b) Una organización capaz de forjar cierta voluntad colectiva.

Mientras perduren ambos elementos la Comunión Tradicionalista será persona jurídica sociológicamente, con independencia del reconocimiento legal por parte del derecho positivo e incluso aunque tal reconocimiento falte, cual sucede a estas fechas desde el llama-

do Decreto de Unificación dictado por Francisco Franco, el 19 de abril de 1937, puesto que esta disposición que priva a la Comunidad Tradicionalista de personalidad legal en el derecho positivo es contraria:

a) A los preceptos del derecho natural, habida cuenta del fin lícito que la anima, de acuerdo con el derecho de todo hombre a unirse a otros para fines lícitos.

b) Por cuanto la realidad ha demostrado la imposibilidad de ejecutar aquella resolución tan ilegítimamente imperada.

c) Porque el D. 19 abril 1937 constituye patente acto de tiranía, al consistir en acto de ley positiva contraria al derecho natural (1).

Unicamente dejaría de existir la Comunidad Tradicionalista cuando desapareciera la organización incorporadora de la voluntad colectiva, o cuando el interés dejase de ser común, permanente o justo.

Como ninguno de esos hechos se ha producido, la Comunidad Tradicionalista es persona jurídica pública sociológicamente considerada.

2. La Comunidad Tradicionalista es jurídicamente, en virtud de sus principios constitutivos internos, una colectividad monárquica, según consta sin excepción alguna en todas las exposiciones de su ideario; por tanto, la existencia de la Monarquía como órgano supremo rector, es algo necesario para la existencia de la Comunidad Tradicionalista.

No siendo concebible ésta sin Rey, es preciso de todo punto mantener la continuidad de la realeza sin interrumpir la cadena de los Reyes legítimos, así como cerrar cualquier amenaza de solución de continuidad en el plazo más breve posible.

3. Enarbolando el concepto de Monarquía tradicional, federativa, misionera, antiliberal y antitotalitaria, la Comunidad Tradicionalista requiere que la continuidad en la legitimidad dinástica vaya indisolublemente unida a la continuidad ideológica. Es lo que se pretende significar estableciendo un orden cerrado en el lema *Dios-Patria-Fueros-Rey*, en el sentido de que, aunque le correspondiera la Corona por razones de sangre, no puede ser proclamado Rey de la Comunidad Tradicionalista Príncipe que no sirva a Cristo, que no conciba a la patria en función de nuestras tradiciones históricas de libertad concreta o que no jure los Fueros. A ello

(1) Debe tenerse en cuenta que cuando se produce ese decreto estaba vigente, y muy legítimamente, el estado de guerra, que trastoca, también legítimamente, los planteamientos habituales. «Silent inter arma leges». El Decreto de Unificación merece, pues, este juicio de este Dictamen solamente a partir del cese del estado de guerra, que no fue el 1.º de abril de 1939, sino varios años después. Tan larga prolongación fue evidentemente injustificada e ilegítimadora.

se debe que los Reyes no han de ser reconocidos si previamente no juran los Fueros, forma jurídica de asegurar la fidelidad a principios que son anteriores y que justifican previa e inexorablemente a la legitimidad de la sangre. Concepto tan vivo en nuestro pasado que promovió la caída de Juan III y que nuestra doctrina ha venido consagrando sin excepción al subordinar la legitimidad de origen a la legitimidad de ejercicio.

En la legislación vigente sobre la sucesión a la Corona, la legitimidad de ejercicio constituye algo previo e ineludible consignado en el artículo 3.º del R. D. 23 enero 1936 (1) y en la calificación secundaria del que allá se denomina «sólo, pero insuficiente, derecho de la sangre».

4. Juntamente con su significación de Comunión alzada en bandera política dentro del ámbito hispano, la Comunión Tradicionalista posee transcendencia universal, ya que es la única pervivencia de las concepciones políticas cristianas en el mundo moderno, sea en la esfera exterior cara al concepto histórico de la Europa protestante, sea en el interior de los pueblos hispanos.

La importancia de la continuidad histórica de la Comunión Tradicionalista se halla demostrada aparte el sello milagroso que unge su perduración secular, por las bocas más altas de la tierra, los Vicarios de Cristo, desde el beato Pío X, en famosa entrevista de la cual es aún glorioso testigo el benemérito don Manuel Senante (2), hasta el Papa Pío XII, felizmente reinante, en audiencia concedida al actual Príncipe Regente.

Nota.—Las anteriores premisas parece fueron los supuestos previos al planteamiento de la Regencia como solución propuesta a S.M. el Rey Don Alfonso Carlos por la Jefatura-Delegada, una vez oídos los dictámenes de los señores don Lorenzo María Alie, don Esteban Bilbao Eguía, don Marcial Solana y don Luis Hernando de Larramendi. Fallecido el primero y traidor el segundo sería conveniente consultar los dictámenes emitidos y aun particularmente a los dos últimos, a fin de precisar la exactitud con que estas cuatro premisas responden a los criterios que entonces informaron sus respuestas.

CONSIDERACIÓN JURÍDICA DE LA REGENCIA

1. Siendo la Monarquía régimen esencialmente continuo, la institución de la Regencia es el órgano que asegura la continuidad

(1) El Real Decreto de Don Alfonso Carlos de 23-I-1936 se reproduce íntegro en el Tomo I, páginas 13 y sgs.

(2) Esta entrevista está narrada en esta recopilación con motivo de la canonización de San Pío X, Tomo XVI, del año 1954.

institucional de la realeza en los casos en que falte la persona del Rey.

A ello responde el texto del R. D. 23 enero 1936, artículo 1.º: «Si al fin de Mis días no quedase sucesor legitimamente designado para continuar la sustentación de cuantos deberes y derechos correspondan a Mi dinastía...»

2. Al lado de esta misión peculiar de todas las regencias, la de gobernar en caso de fallo real, especiales circunstancias harto conocidas han dado a la Regencia creada por el R. D. 23 enero de 1936 otro carácter: designar al Rey. Ambas tareas están expresa y taxativamente consignadas en el R. D. 23 enero 1936, artículo 2.º

Y ambas funciones son independiente entre sí, regulándose por distintas calificaciones juspóliticas, no obstante coincidir en el órgano institucional y en la persona titular de él.

3. Según la técnica juspólitica más admitida, la regencia constituye un órgano de derecho público creado para fines delimitados y dentro de ámbitos bien precisos, habiendo de buscarse en los dos fines concretos aquí asignados su concreta calificación jurídica.

En cuanto la Regencia gobierna a la Comunión Tradicionalista durante el interregno tratase de un órgano,

- *de derecho político*, porque atiende a la gobernación;
- *inmediato*, porque su desaparición acarrearía la de la línea de la legitimidad y crearía gravísimo hiato histórico en la continuidad de la Tradición;
- *substantivo*, porque el Regente goza de absoluta independencia sin más frenos que los del propio Rey, ahora indicados en el artículo 3.º del R. D. 23 enero 1936;
- *extraordinario*, como toda Regencia, pero
- *normal*, a fuer de pieza lógica en el sistema monárquico; y
- *supremo*, porque en lo temporal no reconoce superior.

En cuanto el Príncipe titular de la Regencia está obligado a designar Rey, tratase de un órgano de:

- *derecho político*, por la índole de sus funciones;
- *inmediato*, porque la designación de Rey es algo preciso para la persistencia de la Comunión Tradicionalista, comunidad radicalmente monárquica;
- *substantivo*, porque goza de independencia para decidir acerca de las capacidades en legitimidad de origen y en legitimidad de ejercicio de los pretendientes;
- *supremo*, porque no reconoce superior temporal;
- *preliminar*, porque su decisión no será totalmente eficaz en tanto el pretendiente electo no jure los Fueros, esto es, no

- revalida expresa, pública y religiosamente, su capacidad de ejercicio; de tal suerte que si no obrara así, perdería ipso facto los derechos que la elección la confiere;
- *de creación*, por la índole de su función; y
- *potenciado* o no simple, ya que en el artículo 1.º se fija la dualidad de condiciones en la persona del Príncipe Regente al consignarse de manera taxativa que «esta Regencia no le privaría de su derecho eventual a la Corona».

Desde el punto de vista de la técnica juspolítica el nudo reside en el análisis del concepto de órgano potenciado.

3. Georg Jellinek define así tales órganos (aquí viene un largo párrafo en alemán, que se ha suprimido.) (*Allgemeine Staatslehre*. Tercera edición. Berlín, Julius Springer, 1929. Página 547). O sea: «Un órgano sencillo es aquel que se ve llamado directamente a titular del órgano merced a su cualidad individual; uno potenciado, el que de modo duradero anuda esa condición de órgano a una cualificación orgánica de otra índole, de tal suerte que en su persona deban ligarse jurídicamente varios órganos. Los órganos potenciados se presentan de muchas formas».

Tal es la situación legal del Príncipe Javier de Borbón-Parma. De una parte es titular del órgano de la Regencia, por R. D. 23 enero 1936, artículo 1.º; de otro lado, es titular de un derecho de pretensión al trono, expresamente reservado en el mismo artículo *in fine*.

Ambas titularidades coinciden en su persona única, empero con valores jurídicos dispares: en cuanto Regente que ha de designar Rey es titular de un órgano existente; en cuanto pretendiente con derechos reservados es posible titular futuro del órgano de la institución Monárquica que es la Corona, por más que ahora sea mero titular de una serie de derechos.

Su actuación jurídica queda perfectamente separable según ambas cualidades: en cuanto órgano elector carece de derechos, su labor es la de ejercer una competencia, la de elegir Rey que le fue ordenada en el artículo 2.º del referido decreto 23 enero 1936; en cuanto pretendiente, ejerce derechos.

La técnica jurídica matiza ambas esferas con nitidez evidente (Georg Jellinek, «*Allgemeine Staatslehre*», página 561), estableciendo la posibilidad de que coincidan legalmente en el mismo sujeto, al definir que el individuo titular del órgano no tiene nada que ver con el órgano mismo (página 562). Si cupieran incompatibilidades, ellas serían de carácter particular, nunca jurídico. Jurídicamente, el Príncipe Javier de Borbón-Parma, titular del órgano de la Regencia, puede reconocer los derechos al trono y proclamar Rey al preten-

diente Javier de Borbón-Parma si le disputa el más adecuado a tenor de las legitimidades de ejercicio y de origen.

Conclusión doctrinal que se halla además recogida en los textos legales, al preverse que la asunción de la Regencia no le privaría de sus eventuales derechos al trono, en el R. D. 23 enero 1936, artículo 1.º

III. PROBLEMAS DERIVADOS

1. *Si la asunción entra en la competencia legal del Príncipe Regente*

Sí, según el R. D. 23 enero 1936, artículo 2.º, en relación con el 1.º, donde sólo se le imponen dos obligaciones:

a) Que elija al Príncipe que mejor posea la legitimidad de ejercicio; y

b) Que, entre los pretendientes que gocen indiscutible legitimidad de ejercicio, elija el de mejor legitimidad de sangre (1).

2. *Si puede hacerlo por sí y ante sí*

La respuesta ha de ser afirmativa, pues al elegir cumple un encargo lícito, personalísimo, intransferible y único.

Según la doctrina, compete al Príncipe Regente designar Rey y a los pueblos españoles aceptarlo y reconocerlo, una vez cumplido el requisito de la Jura de los Fueros por el Rey y del homenaje de fidelidad correspondiente. El Príncipe Regente ha de designar Príncipe ornado con legitimidad de ejercicio, pero confiere únicamente la legitimidad de origen en acto y la de ejercicio potencialmente, en una potencia cuya actualización tiene lugar solamente tras la jura de los Fueros. De ahí sea función real designar Rey posible, cuya efectiva condición real se consolida solamente con la Jura. Por eso S.M. Don Alfonso Carlos habla en Carta al Jefe-Delegado de 25 mayo 1935, de que «nadie puede elegir Mi sucesor sin Mi concurso» (2).

(1) El propio Príncipe Regente manifestó a este recopilador en una audiencia individual concedida en Leiza, el verano de 1955, que Don Alfonso Carlos le había dicho que en todo momento diera preferencia a la legitimidad de ejercicio, que debía prevalecer sobre la de origen, que era muy confusa. Nótese que en los documentos de la rama liberal se invierte este orden de prelación, mencionando casi exclusivamente la legitimidad de origen, y silenciando la de ejercicio.

(2) Aquella carta era para desautorizar la Asamblea de Zaragoza, promovida por el Núcleo de la Lealtad y los que, después, siguieron a Don Carlos VIII. Decía así:

«Querido don Manuel Fal Conde: Acabo de tener noticias de una Asamblea titulada Carlista, celebrada hace poco en Zaragoza, para designar Mi sucesor en la Monarquía Legítima Española.

Quiero hacer público que esa reunión se ha de celebrar a espaldas de nuestra

3. Consecuencias jurídicas de tal acto en orden a la sucesión

El Príncipe Regente se halla ligado:

a) Por la voluntad del Monarca difunto, de quien recibió la comisión electora. Le obligan, por tanto:

a) Los postulados expresados en el R. D. 23 enero 1936, artículo 3.º

b) Las indicaciones sobre procedimiento indicadas en la Carta de 25 de mayo de 1935 y 23 de enero de 1936, artículo 2.º (1).

c) Las exclusiones determinadas por la voluntad del Monarca que le confirmó el encargo elector, tal cuales constan en las cartas del 10 de marzo de 1936, 8 de julio de 1936 y 17 de septiembre de 1936 (2).

Comunidad Tradicionalista Carlista, única que sigue mi Causa y única auténtica carlista, cuya principal virtud es su lealtad a los Reyes Legítimos y su inquebrantable decisión de no entregarse al que no lo sea, según la doble legitimidad de origen y de ejercicio, jurando nuestros principios y reconociendo la legitimidad de mi rama.

Y aunque los leales no necesitan que esa disidencia esté declarada, no sin dolor por mí, fuera de mi partido, bueno es que lo recuerdes para conocimiento del público en general, no pertenecen a la Comunidad, y obran en contra de mis expresas órdenes.

Nadie puede elegir mi sucesor sin mi concurso, ni menos en forma plebiscitaria, más propia, como ya dije otra vez, de elecciones a Presidente de una república.

A cuantos seducidos o engañados se hayan dejado llevar de esas tendencias y caído en actos de tal rebeldía, nuevamente les llamo al seno de la Comunidad Tradicionalista, donde todo buen carlista debe estar disciplinado a las órdenes de las autoridades nombradas por mí; y seguros de que Dios asiste a la Causa defensora de sus derechos, y seguros también que jamás consentiré designar para mi sucesor a uno que no tenga todos los principios Carlistas.

Con las más cariñosas memorias, querido don Manuel Fal Conde, quedo de corazón tu afectísimo,

Alfonso Carlos.

25 de mayo de 1935.»

(1) La carta de 23 de enero de 1936 se encuentra en el Tomo I, página 13 y sgs.

(2) La primera de estas tres cartas se encuentra en el Tomo II de esta recopilación, páginas 35 y 36.

La carta de 8 de julio de 1936 se encuentra en el Tomo III, página 28.

La carta del 17-IX-1936, dice así:

«Mi muy querido don Manuel Fal Conde: El periódico «Le Jour», de París, de fecha 16 del presente, trae un artículo desbaratado, contra el cual es preciso protestes de mi parte. Dice que en vista de tan avanzada edad, hemos convenido entre mi sobrino Don Alfonso de Borbón y Habsburgo y yo, nombrar para sucederme al Príncipe Don Juan de Borbón y Battenberg.

A pesar de mi avanzada edad considero mi deber continuar mientras viva en el puesto que Dios me impuso.

Pero en cuanto a hablar de cuestiones sucesorias no es ahora el momento de discutir las, mientras yo ordene a mis carlistas tomar parte en la actual guerra civil tan sólo para salvar a España al grito de ¡Viva España!, sin cuestión de

d) Los deseos del propio Monarca encargante, claramente patentes en las Cartas de 10 de marzo y 8 de julio de 1936.

Siendo así que el Regente, en su función electora, cumple encargo expreso de S.M. Don Alfonso Carlos, se halla legal y moralmente sujeto a las manifestaciones de voluntad e incluso a los deseos de quien le constituyó para dicha misión.

4. *Consecuencias políticas de tal acto en orden a la Comunión Tradicionalista.*

No se trata de cuestión secundaria, sino cardinal. De la elección pronta y acertada de Rey pende nada menos que la existencia de la Comunión y su vigor político.

5. *Consecuencias en orden a los pueblos españoles*

Al proclamar Rey de la Comunión Tradicionalista se designa un candidato al trono español, no se designa Rey de las Españas. Estando ligada la suerte de España a la de la institución Monárquica, es preciso cuanto antes instaurar la institución Monárquica legítima, saliendo ya del período transitorio de la Regencia Tradicionalista, a fin de poder brindar a España la solución de un Rey. Las circunstancias obligan al Príncipe Regente a cumplir jurídicamente la segunda parte de la declaración 5.ª de la Carta de 10 de marzo de 1936, ya que las otras soluciones propuestas al pueblo español son insatisfactorias, siendo necesario levantar de manera efectiva la bandera de la legitimidad, sin más reserva que la transitoriedad inherente a un orden monárquico todavía no triunfante. Lo que el Príncipe Regente propone al pueblo español no es el reconocimiento como Rey del candidato que él designa y la Comunión proclama, sino la adhesión a la verdadera institución monárquica, vista la falsedad e insuficiencia de las otras propuestas: la de Don Juan de Borbón, por su obstinación en atarse a principios liberales y por su pertinacia en desconocer la legitimidad dinástica que arranca de Carlos V; la de la Regencia del Estado franquista,

partidos, todos unidos para ese fin. Después de triunfar, Dios ayudará, y yo confío en El.

Pero ese artículo mentiroso me obliga a encargarte le desmientas; porque precisamente por no admitir que esa rama me suceda, fue porque yo nombre el 23 de enero último a mi querido sobrino el Príncipe Don Javier Carlos de Borbón-Parma y de Braganza, Regente para el día de mi muerte, sabiendo que no podía dejar nuestra admirable Comunión en mejores manos para salvar a España con nuestros principios fundamentales, católicos y legitimistas.

Que Dios te guarde m. a. querido Fal Conde.

Tu affmo.

Alfonso Carlos.»

por cuanto los artículos 9 y 13 de la Ley de 26 de julio de 1947 (1) se imponen al futuro Rey los principios del Estado nacionalsindicalista, absolutamente incompatibles con el ideario de la Tradición española.

Contra ambas soluciones falsas y en el fondo antimonárquicas al ser enemigas de la Monarquía tradicional federativa y misionera cuya instauración constituye misión expresamente confiada a la Regencia y dada la insuficiencia de estas a las fechas de hoy por no ofrecer clara solución nacional por su índole secundaria e inoperante, es urgente la designación de Rey a los efectos y en la forma arriba dichos, si se quiere cumplir con lo ordenado por S.M. Don Alfonso Carlos en su Carta del 10 de marzo 1936:

«... bien, si esa hora tarda, puedes tú llamar a sucesión a quien corresponda y seguir todo el orden sucesorio hasta llegar al Príncipe que de veras asegure la lealtad a la Causa Santa, que no esté al servicio de una sucesión de sangre, porque es ésta la que ha de servir a aquella, como ordenado ante todo al bien común de los españoles.»

Hallándose amenazado el bien común por la debilidad de la Monarquía tradicional al prolongarse demasiado la forma transitoria de la Regencia y ser hostiles a la Tradición las fórmulas propuestas hasta el día, parece llegada la ocasión de cumplir las citadas órdenes de S.M. Don Alfonso Carlos, tanto más cuanto un Rey tradicional es indispensable para la acción superadora de la crisis totalitaria que atravesamos y de las turbulencias revolucionarias que acarrea la caída de cualquier totalitarismo.

6 Consecuencias en orden a la Cristiandad.

Reforzar la acción de la Comunión Tradicionalista como única abanderada hoy del sentido cristiano de la vida.

Conclusión: El Príncipe Regente puede designar Rey en el candidato Don Javier de Borbón-Parma y debe hacerlo inmediatamente de acuerdo con la voluntad que informa la institución de la Regencia, con lo apremiante de las circunstancias y para el bien común de los pueblos españoles.

Segundo tema: ¿Puede el Príncipe Regente considerarse Rey en bien de la causa hasta la definitiva designación de Rey legítimo?

Separaremos dos aspectos: el legal y el moral. A lo legal toca definir si es posible que el Príncipe Regente asuma la Corona sin prejuzgar la sucesión; a lo moral atañe decidir en conciencia la ejecución de aquella posibilidad jurídica.

(1) Puede leerse su texto íntegro en el Tomo IX de esta recopilación, páginas 95 y 96.

Desde el punto de vista legal, la contestación es afirmativa, sea desde la doctrina juspolítica, sea desde el derecho natural o desde el derecho positivo.

1. Puede hacerlo según la doctrina, porque ésta muestra cómo la posición jurídica de Regente equivalente a la de Rey, consistiendo la diferencia en mayor o menor vigor político. Léase la suprema autoridad de Georg Jellinek en su «Besondere Staatslehre» «Der Regent... Sein Wille gilt als Monarchenwill». (Ausgewählte Schriften und Reden. Berlín, O. Häring, 1911. II, 177.)

De la identidad de posiciones jurídicas que la doctrina reconoce resulta la posibilidad de transformar los títulos jurídicos de la acción política, máxime cuando como en el presente caso:

a) El Príncipe Regente actúa en nombre propio, ya que la Regencia suya no cubre el fallo de una línea legítima, sino la pervivencia de la propia institución Monárquica.

b) El Príncipe Regente ha jurado incluso los Fueros en nombre propio (1) y es obedecido con lealtad a título de órgano de la Monarquía, no de órgano de la regencia; y

c) En el presente caso no es sólo que la voluntad del Regente valga igual que voluntad de Rey, por obrar en nombre de la voluntad de un menor o de un incapaz, sino que es ya voluntad de Rey, pues obra legalmente en nombre propio a tenor de lo establecido en el R.D. 23 enero 1936.

2. Puede hacerlo según el derecho natural, tanto por motivos de fondo, cuanto por motivos de lógica jurídica.

La razón de fondo imperada por el derecho natural resulta de la aplicación del principio de la responsabilidad jurídica. Los reyes no están sujetos a la «vis coactiva» de la ley, pero sí a la «vis directiva», siendo de notar que cabalmente en esa sujeción a la «vis directiva» de las leyes naturales tiene lugar la inserción de la moral en el derecho como raíz más allá del derecho positivo en la que se funda todo el sistema del derecho positivo.

El primer principio de derecho natural que obliga a los Reyes es la búsqueda del bien de la comunidad, por encima de sus intereses, afectos, gustos o inclinaciones particulares. Según declara Santo Tomás de Aquino, en la «Summa theologia», la ley está ordenada «ad bonum commune», correspondiendo al rector o gobernante, al que tiene a su cargo el cuidado de la comunidad, buscar ese bien común; y Francisco Suárez eleva a tan alta importancia este principio que le subordina hasta la misma justicia de

(1) El texto íntegro del juramento de los Fueros Vascos se encuentra en el Tomo XII, página 130. El texto íntegro del juramento de los Fueros Catalanes se reproduce en el Tomo XIII, página 79.

la ley, al escribir que «*bonum commune est mensura, primum principium, per quod mensuratur justitia, utilitas et convenientia legis*». («*De legibus*», I, 7, 4.)

Siendo evidente que el bien de la Iglesia, de la Cristiandad y de los pueblos de las Españas se busca solamente mediante el robustecimiento de la Comunión Tradicionalista, y que para robustecer la Comunión Tradicionalista precisase designar Rey legítimo, a lo menos mientras tal designación tiene lugar y para fortalecer la máquina política de la Comunión al servicio de aquellos altos ideales, el Regente puede y debe asumir la Corona como única manera de servir eficazmente al bien común.

Subrayo haber indicado *puede* jurídicamente y *debe* moralmente; porque el apremio de las circunstancias bien habrá tal vez transformado en imperativo jurídico de derecho natural, y por ende estrictamente moral, lo que en otras coyunturas no hubiera pasado de facultad potestativa. Llegando a tales extremos semejante imperativo ineludible que, cualquier resistencia fundada en pruritos de propia estima crearía hasta pecado, porque supondría —por respetable que en sí fuera— anteponer consideraciones personales al supremo deber de buscar el bien común, cifra máxima de las obligaciones de los rectores de las comunidades humanas.

El argumento de lógica jurídica va implícito en la vieja regla de que puede lo menos, quien puede lo más. Si está en manos del Príncipe Regente reconocer los derechos que asisten a Javier de Borbón para Rey, con carácter definitivo, absoluto y excluyente, tanto más le será hacedero reconocer en Javier de Borbón una realeza provisional e intrasmisible, siendo así que apenas se trata de mudanza de títulos dado que la viene ejerciendo con entera efectividad.

3. Finalmente, puede hacerlo con arreglo a la legislación vigente, porque tal fuera el modo único de cumplir dos preceptos bien claros contenidos en el R. D. de 23 enero 1936: el de salvar «las leyes y usos históricos y principios de legitimidad que ha sustentado durante un siglo la Comunión Tradicionalista» y el de «proveer sin más tardanza».

Conclusión: Desde el punto de vista legal el Príncipe Regente Don Francisco Javier de Borbón-Parma puede reconocer los derechos del pretendiente Francisco Javier de Borbón-Parma, asumiendo definitiva y absolutamente la Corona, tras la Jura de los Fueros de los Reinos de las Españas.

Por tanto, con mucho mayor motivo *puede* asumir la Corona de manera provisional hasta la designación del Rey legítimo, escogiendo al que ostente mejor legitimidad de origen entre los que

posean clarísima legitimidad de ejercicio, sempre a reserva de la Jura de los Fueros de los Reinos de las Españas.

Dado el apremio de las circunstancias actuales y los equívocos existentes, el bien común exige, si no fuera posible realizar la solución primera, llevar a cabo inaplazablemente la segunda.

Granja de Torrehermosa, 10 diciembre 1951.

Francisco Elías de Tejada y Spínola.»

DICTAMEN DEL CONSEJO DE LA COMUNION TRADICIONALISTA (1)

«El Consejo de la Comunidad Tradicionalista, evacuando el dictamen pedido por la Jefatura Delegada para informar a S.A. el Príncipe Regente sobre si conviene y procede dar por terminado y cancelado el período de Regencia, y en su lugar proclamarse titular de la Realeza, como sucesor de los Reyes legítimos y como único posible instaurador del régimen Monárquico connatural a España, emite su dictamen, unánimemente, y después de concienzuda deliberación, en los siguientes términos:

Desde dos puntos de vista, se pasa a examinar la cuestión consultada, a saber: desde el punto de vista de las leyes de la legitimidad, y desde el punto de vista del bien común.

* * *

Los principios de la legitimidad son decisivos para todo carlista, y debieran serlo también para todo español, pues tienen su asiento en nuestra historia y legislación fundamental.

La legitimidad de origen ha de buscarse con arreglo a la Ley de Sucesión de 10 de mayo de 1713 (2). Por ella son llamados, en primer término, los descendientes varones de Felipe V, por línea recta legítima y orden de primogenitura, aplicando en su caso el derecho de representación.

Aparece, en primer término, actualmente, la rama de Don Francisco de Asís, primera de la línea de Don Francisco de Paula, hijo

(1) La copia de que dispongo, cuya autenticidad me consta, no tiene fecha. Se puede datar a fin de abril, porque el 5 de mayo Don Jaime de Carlos, desde Madrid, se la envía a Salamanca a Don José María Lamamle. En la carta, que poseo, donde esto se dice, también dice Don Jaime de Carlos que lo acaba de mandar a Sevilla, a don Manuel Fal Conde.

(2) Texto íntegro en Tomo IX, página 85.

de Carlos IV, cuyo actual Jefe es Don Jaime de Borbón y Battenberg, y de la cual pretende el Trono su hermano Don Juan.

Esta rama dinástica, por el matrimonio de Don Francisco de Asís con su prima doña Isabel, no es otra que la que arrebató sus derechos a la rama legítima, sosteniendo varias guerras frente a ella e incautándose de sus bienes. La legislación universal que consagra la desheredación de todo presunto heredero que atenta contra su causante, bastaría a justificar la total exclusión y pérdida de derechos sucesorios de esta rama; pero, concretamente, las leyes españolas tradicionales establecen esa exclusión. Sin detenernos a examinarlas, citemos las leyes 1.^a, 2.^a y 3.^a, Título II, partida 7.^a; la ley 2.^a, Título VIII, partida 2.^a; la ley 2.^a Título VII, Libro XII de la Novísima Recopilación; la ley 1.^a, Libro III, y la ley 1.^a del Título VII del Libro II, ambas de la Novísima Recopilación, que corresponden a la inserción de otras del Fuero Real y del Ordenamiento de Alcalá; y, por último, la ley 6.^a del Título I del Libro XII del Fuero Juzgo.

Una sola consideración basta para razonar la exclusión de dicha rama de un modo decisivo con arreglo a dichas leyes, y es la siguiente. Esa rama sancionó constantemente acuerdos de las Cortes liberales que excluían de la sucesión a la línea de Don Carlos, fundados, precisamente, en esas leyes tradicionales, por considerar que el derecho estaba de parte de doña Isabel y sus descendientes y que la línea de Don Carlos trataba de arrebatarle esos derechos moviendo la guerra contra ella. Pues bien, estando el derecho de parte de Don Carlos y su línea, con toda lógica se han de aplicar esas mismas leyes a la rama de los descendientes de Don Francisco de Asís y de doña Isabel, para deducir, de modo indudable, su exclusión a la sucesión a la Corona.

La segunda rama de esta línea de Don Francisco de Paula, e igualmente las líneas de Francisco I, Rey de las Dos Sicilias, y del Infante Don Gabriel, resultan todas incursas en causas de exclusión, las unas por haber reconocido a la rama usurpadora, desconociendo a la legítima, otras por haber infringido la ley de 23 de enero de 1776, mediante la celebración de matrimonios desiguales, y algunas por ambas razones.

Y así resulta que, conforme a la Ley de 1713, en relación con las de exclusión citadas, llegados a la línea del Infante Don Felipe, Duque de Parma, ascendiente de V.A. e hijo de Felipe V. Esta línea, representada por vuestro padre, el Duque e Infante Don Roberto, da lugar a tantas ramas como hijos: es la primera, la del hijo que queda de su primer matrimonio, o sea, el Príncipe Don Elías; de las del segundo matrimonio es, a su vez, la primera la que encabeza V.A.

Si se tiene en cuenta que el Príncipe Elías reconoció a Don Alfonso XIII, hasta el punto de que éste en 1920, le concedió el tratamiento de Alteza por un Real Decreto, resultará que también esta rama se encuentra incurso en causa de exclusión.

Cuantas exclusiones van dichas fueron ratificadas por el Rey D. Alfonso Carlos en diversas Cartas, entre ellas, las de 10 de marzo y 8 de julio de 1936; y algunas de ellas, y en especial de la rama usurpadora, fueron solemnemente reiteradas en diversos documentos reales de los Reyes legítimos.

Llegamos, pues, a la rama de que es cabeza V.A. como aquella a la que pasa la legitimidad de origen en virtud de las exclusiones legales, y ajustadas a los principios tradicionales, de las líneas y ramas anteriores.

Por otra parte, la condonación de las causas de exclusión de los representantes de esas líneas y ramas que actuaron contra la dinastía legítima o que reconocieron a la usurpadora, podría considerarse como un acto potestativo, pero nunca obligado, que podría realizar V.A. Mas para determinarse a hacer tales condonaciones, era inexcusable que los posibles favorecidos con las mismas hubieran realizado actos contrarios a los hechos que originaron la exclusión. Y, ¿acaso Don Juan de Borbón ha repudiado los pretendidos derechos de sucesión por la rama liberal de doña Isabel? ¿Acaso ha repudiado de modo expícito y terminante los principios a que se vinculó aquella rama? ¿Ha reconocido, por ventura, la legitimidad de la rama Carlista? ¿Ha proclamado de modo inequívoco su adhesión a los principios tradicionales defendidos por ésta?

Pues si nada de esto ha hecho, ¿cómo pensar que sea posible la condonación de las causas de exclusión de su rama?

Y entre las otras líneas y ramas excluidas de la sucesión por haber reconocido a la usurpadora, ¿quién ha repudiado tal reconocimiento?, ¿quién ha condenado la usurpación? o, ¿quién ha proclamado su adhesión a la dinastía legítima con solemne aceptación de sus principios, haciendo posible, con tales actos, la condonación por V.A. de las causas de exclusión? Absolutamente nadie.

No hay pues duda alguna, de que es a V.A. a quien corresponde la sucesión a la Corona española.

* * *

Con tener gran fuerza las razones típicamente legitimistas —que acabamos de examinar— hay mucha gente que, aun sin razón para ello, no las concede valor alguno, y por tal razón vamos a completar nuestro dictamen con el estudio de las razones de bien

común, las cuales confiamos en que de una parte acabaran por mover el ánimo de V.A. si aun fuera preciso, y, de otra, pueden servir asimismo como argumento decisivo para persuadir a la opinión española.

Es evidente que, por encima de toda alegación de derechos personales y sobre estos mismos derechos, se encuentra el bien común de la sociedad. El fundamento de ésta, su razón suprema y su fin no es otro sino el bien común. Y si la autoridad se constituye, en la sociedad, precisamente para regirla y gobernarla, es evidente también que esa autoridad, por encima de todo otro fin secundario se encamina al logro del bien común. Por otra parte, la ley, según Santo Tomás, es la ordenación de la razón al bien común, y Suárez desarrolla este principio elevándolo a tal importancia que la justicia de la ley queda subordinada al mismo, y así dice: «*bonum commune est mensura, primum principium, per quod mensuratur justitia, utilitas et convenientia legis*». (De «*Legibus*», I, 7, 4.) Y si toda ley se ha de ordenar al bien común, la que constituye nada menos que el Pacto entre Nación y la Realeza ha de estar determinada por el bien común; y, por tanto, en todo caso dudoso, o frente a cualquier dificultad de interpretación de esa ley, de ese Pacto, ha de prevalecer la razón de bien común.

He aquí por qué insistimos nosotros tanto en el concepto de Legitimidad: no es por un capricho partidista. Es que la legitimidad, en la sucesión, viene impuesta por el bien común.

Que el bien de la sociedad española reclama imperiosamente la reinstauración de la Monarquía, como régimen propio, estable y permanente, ninguna persona sensata puede ponerlo en duda ante la prueba de la continuidad secular histórica en que vivió España con ese régimen en constante paz interna. Y que esa Monarquía, reclamada por el bien común, no ha de ser la llamada constitucional y parlamentaria, que desembocó por dos veces en la República anárquica y comunizante, sino la tradicional, templada y no absoluta, representativa, católica y popular, esa misma historia lo ha demostrado con la elocuencia de los hechos.

La sociedad es evidente que quiere su propio bien y cuanto al mismo conduce; y, por tanto, la sociedad española, fundamentalmente, aunque de modo más o menos explícito, quiere esa Monarquía Tradicional, como régimen que garantiza la observancia de principios e instituciones que conducen al bien común. Una ley sucesora reguladora de la legitimidad de origen, que viene determinada por el bien común, no será decisiva en un caso concreto en que la indicación de origen no conduzca a ese bien; y, por tanto, ese origen indicado por la ley dejará de ser determinante del derecho de sucesión, si el titular no completa la legitimidad de origen

con la de ejercicio, la cual no puede presumirse, sino al contrario, cuando aquel titular no respeta las instituciones ni profesa los principios, conducentes unas y otros al bien de la sociedad, sino que por el contrario, permanece adscrito a principios opuestos y a instituciones que, cuales las del sistema constitucional y parlamentario, lejos de lograr aquel bien, han llevado dos veces a España al borde de la ruina.

Las exclusiones de líneas y ramas que, en el examen anterior de nuestras antiguas leyes resultan obligadas, proceden igualmente en aplicación de esta doctrina incontrovertible del bien común.

La rama dinástica que ha reinado en España desde la muerte de Fernando VII, hasta 1931, con la interrupción de 1868 a 1874, se adscribió a los principios del liberalismo, rompiendo con lo tradicional y guerreando contra la rama que representaba los principios opuestos. Esa rama dinástica, aun prescindiendo en este momento de su atentado contra la rama legítima y preferente por razón de origen pudo, con una legitimidad de ejercicio, mediante la observancia de los principios tradicionales, haber logrado, en aras del bien común, que cediese ante ella la legitimidad de origen; pero lejos de ello, apartó a España de su constitución natural e histórica y dio lugar a que, en un desarrollo lógico de sus principios, por dos veces se encontrara sumida en el caos y a punto de ruina y muerte.

Quien representa hoy esa rama dinástica es Don Juan de Borbón y Battemberg, quien al cabo de más de veinte años del destronamiento de su padre todavía no ha condenado los principios a que se adscribió su rama, vinculándose solamente a los tradicionales, quien por el contrario, en declaraciones autorizadas, en la correspondencia cruzada con el Generalísimo, y en negociaciones no desautorizadas de sus partidarios más cercanos, pone de manifiesto una absoluta falta de fijeza en sus orientaciones; es evidente que no ofrece garantía alguna de aplicar aquellos principios e instaurar aquellas instituciones que conducirían al bien común.

¿Qué otras líneas ofrecen con su conducta la garantía de observancia de tales principios? Ciertamente ninguna de las que, por razón de origen, preceden a la línea de Parma representada por V.A. No nos paremos a razonarlo, no es preciso.

Si, pues, en España el bien común reclama la instauración de la Monarquía Tradicional con los principios propios de ésta es evidente que el titular del derecho soberano no puede ser otro sino V.A.

Si esa razón de bien común excluye a los pretendientes actuales y posibles de otras líneas, ese bien común es el que llama al Trono a V.A. Vuestra fidelidad a los principios, vuestra vida, y toda vuestra actuación desde que en 1936 fuisteis instituido Regente por

el Rey Don Alfonso Carlos, son la garantía más completa de que V.A. representaría con toda autenticidad esa Monarquía que reclama el bien de España.

Resta examinar si el cargo de Regente de que invistió a V.A. el último Rey, constituye un obstáculo para que V.A. asuma el carácter de titular de la realeza.

Dicho cargo tenía un doble carácter: el de restaurador del régimen Monárquico y el de designar al sucesor de la Corona. Uno y otro carácter son de naturaleza transitoria.

La función restauradora no se ha podido llevar a cabo, pues de una parte la actual dictadura viene prolongando indefinidamente su permanencia en el Poder, y, de otra, la resistencia de Don Juan de Borbón a acatar la Regencia ha impedido la formación de un frente monárquico que hubiera reclamado con eficacia la instauración del régimen monárquico tradicional.

En cuanto al otro cometido, la designación de sucesor de la Corona, el tiempo transcurrido ha puesto de manifiesto que en ningún otro Príncipe se encuentran las condiciones adecuadas. Para que se den estas condiciones son precisas dos circunstancias: una, la aptitud de dotes y profesión de ideales; y, otra, la adscripción sincera de la voluntad. Pues bien, no hay Príncipe alguno, con profesión de ideales, que quiera asumir la carga, y los que la pretenden es con declaraciones y conductas contrarias a los principios tan repetidos.

Si pues la misión de la Regencia no puede cumplirse plenamente en sus dos caracteres, ¿puede y debe el Regente asumir la Corona y hacerse titular de la realeza?

Puede, desde luego, porque es él el único que ha aceptado la carga y los graves deberes que la integran; porque está identificado plenamente con los principios; porque el propio Don Alfonso Carlos, que le designó Regente, oficialmente declaró que tal cargo no será incompatible con sus derechos a la sucesión y aún expresó, posteriormente, que ese sería su ideal; y porque puede decirse que V.A. es el único Príncipe que inspira garantías de dirigir con acierto la política en aras del bien común.

Pero no sólo puede V.A. asumir la Corona declarándose titular de la realeza, sino que ese es vuestro deber. De no hacerlo así peligrará la instauración de la Monarquía, y la sociedad española se verá privada de lo que es su bien. Si por vuestro cargo de Regente aceptasteis tutelar la institución monárquica y guardar nuestros principios, cuando la institución corre el riesgo de perderse y los principios el de no volver a informar el régimen español, es evidente el deber de asegurar una y otros de la única manera que aparece eficaz: levantando V.A. bandera como titular de la realeza, a reser-

va de que, en su día, seais reconocido y acatado por Cortes tradicionales.»

COMPLEMENTO AL DICTAMEN DEL CONSEJO, ELEVADO
POR DON JAIME DE CARLOS EL 1-V-1952 (1)

«Excmo. señor Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista:

Planteado en el seno del Consejo de la Comunión el tema de la sucesión legítima a la Corona de España, tras madura deliberación, el Consejo ha emitido un dictamen que esa Jefatura Delegada proyecta elevar a S.A.R. el Príncipe Regente, para someter a su consideración y decisión el sentir de la Comunión sobre tal problema.

Ahora bien, muerto sin sucesión directa el último Rey legítimo de España, y sabiamente instituida por El, en previsión de este caso, la Regencia salvadora en la figura de S.A.R. el Príncipe Regente, la cuestión que actualmente se plantea a la Comunión, al estudiar la solución legítima y más adecuada a la cuestión sucesoria, es doble:

Por un lado, tenemos el problema propiamente sucesorio: la determinación según la ley vigente y las complementarias de exclusión, atendidos también los intangibles principios de la legitimidad española, que dan la de ejercicio, del Príncipe digno en quien recaigan los derechos de sangre —legitimidad de origen— y la personal adscripción a esos principios, o legitimidad de ejercicio.

Y, por otro lado, el problema se centra en la cuestión de si esa determinación del Príncipe en quien recaiga la sucesión —que indiscutible e inequívocamente corresponde hacer al Príncipe Regente—, debe hacerse en el momento presente o, por no ser ello oportuno, conviene prolongar algún tiempo más la interinidad de la Regencia.

El primer aspecto de la cuestión que hoy estudia la Comunión Tradicionalista, la determinación de sucesor, es esencialmente legitimista, de tipo jurídico, y el segundo —el de la procedencia o improcedencia de efectuar actualmente esa designación— de tipo político.

Pues bien, como lógica consecuencia de los estudios anteriormente elaborados por el Consejo Nacional —muy singularmente en la convocatoria de junio de 1950, que presidió personalmente el Príncipe Regente—, y de la trayectoria toda de la Comunión Tradicionalista en su actuación política el dictamen ahora elaborado y al que aludo al principio de este escrito, se ocupa muy acertadamente de la cuestión, estudiando con sano criterio legitimista, desde los

(1) Don Jaime de Carlos escribe a Lamamie el 5-V-1952 que había hablado con Fal Conde de que el dictamen de la Comunión estaba incompleto desde el punto de vista político. Para completarlo, redactó el escrito que sigue.

puntos de vista jurídico (exposición y aplicación de las leyes que regulan la sucesión), y filosófico (predominio del bien común y determinación de lo que éste exige en las actuales circunstancias de nuestra patria), cual es el legítimo sucesor de la corona española y la conveniencia de proceder a su proclamación para salvaguardar ese bien común.

Pero leído el dictamen, con el que ciertamente estoy completamente de acuerdo, me ha parecido —e igualmente lo han señalado así diversos miembros de la Junta Nacional y aun su propio redactor—, que el segundo aspecto, el de la procedencia o improcedencia de llegar ahora a una determinación y proclamación de sucesor, no queda en él suficientemente estudiado.

Me parece, pues, conveniente, analizar un poco más detenidamente si procede o no poner fin a la Regencia y, por ello, partiendo en todo lo demás de cuanto se manifiesta en dicho dictamen —por lo que no tocaré, en principio, los aspectos jurídicos y filosóficos, suficientemente estudiados en él— me he decidido a elevar a esa Jefatura Delegada este escrito en el que, modestamente, me esforzaré en hacer unas consideraciones de tipo político sobre este aspecto de la cuestión.

Escrito que, por otra parte, no tiene otra pretensión que la de ofrecerse a la consideración de la Jefatura Delegada, por si alguno de los argumentos en él expuestos aparecen ante ella como dignos de consideración para completar el dictamen emitido por la Comisión que ha estudiado el problema sucesorio, o bien, por si merecen ser tenidos en cuenta en algún momento y en la forma que sea, para aportar alguna mayor claridad a este problema que tanta importancia tiene para el presente y porvenir de la Comunidad y de España.

Y para ello, en primer lugar, me parece adecuado empezar por analizar los argumentos que se dan —o podrían darse— para defender la tesis de la continuidad de la Regencia:

PRIMER ARGUMENTO: *Interrumpida la continuidad dinástica, roto el pacto de la dinastía con la sociedad, y desterrada la Monarquía, procede la prolongación de la Regencia que, con su carácter de depositaria de la legitimidad, y su misión creadora e instauradora, reanude el pacto con la sociedad y establezca previamente a la designación del titular de la Corona, las instituciones esenciales para la reinstauración de la Monarquía.*

Creo que la primera premisa de este argumento puede y debe rechazarse desde el primer momento. La continuidad dinástica no se ha interrumpido. Habría sido así si no hubiera ningún descendiente legítimo de Felipe V, ni Príncipe alguno digno, con derecho a la sucesión según la legislación vigente. Pero el hecho de que

no haya un descendiente inmediato —que reúna todas las condiciones precisas— del último Rey legítimo, no quiere decir que no haya ningún sucesor, indicado por la ley de modo claro e inequívoco, de la Corona española. Claramente lo demuestra así un ligero examen de la Casa Real española y el dictamen de la Comisión que el Consejo nombró para estudiar esta cuestión. Y habiendo sucesores legítimos de los Reyes de España, no puede, de ninguna manera, hablarse de interrupción en la continuidad dinástica.

La segunda parte de este argumento, exagerada, nos llevaría afirmar que ha sido una suerte que la Monarquía española no tenga en la actualidad un titular proclamado, como sucesor inmediato y automático de Don Alfonso Carlos, ya que parece dar cierta prioridad, ante la restauración de la Monarquía, a la Regencia, como institución, sobre la realeza en ejercicio. Y no creo que pueda estimarse así.

Ciertamente que la Monarquía está desterrada de España —y en realidad hace ya más de veintiún años, pues no puede considerarse Monarquía, en el verdadero sentido del concepto, la república coronada que era la Monarquía constitucional—, pero el pacto de ella, de la verdadera Monarquía, con la sociedad, no puede decirse que se haya roto. Ha habido una parte muy considerable —y podemos decir que, precisamente, la más representativa— de la sociedad española, el pueblo carlista, que ha permanecido vinculado a la dinastía legítima, con lealtad y fervor jamás igualados en la historia de ningún país, y que ha conservado incólume ese pacto de la sociedad con el representante de la Monarquía.

Ahora bien, si es cierto que la continuidad dinástica no se ha perdido, y que en su pura esencia tampoco se ha roto el pacto de la sociedad española con la dinastía legítima, también es cierto que las fundamentales instituciones de la Monarquía Tradicional han desaparecido de la organización social y política de nuestra patria.

¿Quiere esto decir que para hacer esta restauración tradicional de instituciones sea imprescindible la Regencia? Imprescindible, no. Pongámonos en el caso de que Don Alfonso Carlos hubiera tenido sucesor inmediato. Habríamos podido discutir su derecho a la proclamación inmediata, o propugnar su transitoria cesión a una Regencia, para no «desgastar su prestigio», llegado el momento de la restauración de la Monarquía y organizar tradicionalmente a la sociedad española con carácter previo a la restauración Monárquica total. Es evidente que no. El Rey, en ese supuesto, habría podido constituir una Regencia —previa a su advenimiento a España— para dar los primeros pasos en la reinstauración de la Monarquía, si lo juzgaba conveniente, pero esto —que igualmente puede ha-

cerse si se estima oportuno, aunque se proceda de inmediato a la designación de sucesor legítimo—, no habría sido obligado de ninguna manera.

No siendo imprescindible para la restauración de la Monarquía la Regencia, ¿es más adecuada o conveniente en la situación actual de España? Esta pregunta no puede contestarse íntegramente en este apartado, pues en realidad constituye todo el tema de este escrito y se irá contestando en sus sucesivos puntos. Pero ahora puedo contestar que, a mi juicio, partiendo del hecho de que Don Alfonso Carlos no tuvo sucesión inmediata, y de que la Regencia existía de hecho y de derecho al terminar la Cruzada Nacional, en aquellos momentos en que había motivos para esperar que se diera a España su régimen natural, y que había que cancelar una anómala situación de guerra civil y de desbarajuste político y social, y la posibilidad de llegar a la restauración de la Monarquía «con el concurso del pueblo español», fue una acertada medida el mantenimiento de dicha Regencia, hasta agotar las posibilidades de llegar a una paulatina y ordenada reinstauración de la Monarquía que, lógicamente, debería haberse iniciado con la previa reorganización de la sociedad en sentido monárquico. En esta vía de restauración, la Regencia, institución ya Monárquica, tenía una misión fundamentalísima que realizar, y, siendo la realeza la institución que corona el edificio de la Monarquía, y careciendo por voluntad de Dios de titular proclamado de ella, fue sensato aplazar la designación de este titular con la esperanza de poder organizar primero las instituciones esenciales, que hubieran permitido hacer su designación ante unas Cortes constituidas tradicionalmente. Pero esta posibilidad se ha perdido por la excesiva y funesta permanencia del régimen transitorio y personal instaurado a raíz de la Cruzada. Mantener indefinidamente la Regencia, con la ilusión de poder restaurar la Monarquía de esta forma «ideal», es, (aparte de exponer a la causa de la legitimidad y de la Monarquía, instrumento del bien común de la sociedad española, al riesgo inherente de que el Señor disponga de la vida del Príncipe Regente, quedando así incumplida su misión de transmisor de la legitimidad, lo que es un gravísimo peligro que no podemos dejar de atender en toda su importancia), incurrir en el mismo defecto —tan justa y continuamente combatido por nosotros—, en que ha incurrido el General Franco. A saber: dar carácter de permanencia o de duración indefinida, a lo que, por esencia, no es más que un régimen transitorio. Y la Regencia —salvada toda la inmensa distancia que la separa del régimen personal que padecemos— es, por esencia, una institución provisional y provisoria, por lo que no puede, ni debe, mantenerse más allá del tiempo estrictamente indispensable.

Y esta cuestión, por estar enlazada con él, nos lleva a tratar el siguiente argumento:

SEGUNDO ARGUMENTO: *La Regencia, en la situación actual de España, es el organismo más adecuado para efectuar el tránsito de este régimen personal al régimen definitivo y monárquico.* Podría serlo si el régimen la hubiera reconocido o reconociera, y la hubiera dado paso, o estuviera dispuesto a dárselo en breve, para que procediera por sí misma, y en sistema ya Monárquico, a la instauración de la Monarquía. En este caso estaríamos en la solución «ideal» de que hablo en el argumento anterior, y que fue la que en espera de una eventual posibilidad de realizarla, ha venido motivando el mantenimiento de la Regencia como solución política para la situación presente

Pero no ha sido así y creo que no es expuesto vaticinar que tampoco lo será. Ha habido muchos momentos buenos y oportunos para que el régimen se autoeliminase y diese paso a otra solución más estable, y no los ha aprovechado, pese a que reiteradamente se le ha hecho ver la conveniencia de realizarlo así.

También ha pasado el régimen por numerosos momentos «malos», de fuerte presión, y ellos tampoco le han hecho dar el menor paso hacia una solución distinta. Todo ello pone de manifiesto que, la única intención, clara y firme, del régimen, es subsistir el mayor tiempo posible, sea como sea, y al precio que sea. Sus únicos cambios, superficiales y de carácter esencialmente maniobrero, es manifiesto que han sido dirigidos exclusivamente a tratar de subsanar el desgaste del tiempo y de las maniobras en contra suya, y a tomar nuevas posiciones en beneficio de su pervivencia. Públicamente el régimen no ha dado ningún paso, serio y eficaz, para su sucesión, pues no puede considerarse así una ley sucesoria que ha nacido muerta y es un amasijo de contradicciones que ninguna tendencia política aceptará luego.

No es presumible, pues, que un día, de repente, se acuerde de la Regencia para hacerle entrega del poder, y menos, cuando es evidente la manifiesta hostilidad con que ha mirado siempre a la Comunión Tradicionalista por haber sido la única fuerza política que, integrante del Alzamiento, se le ha opuesto desde el golpe de Estado de la Unificación y ha permanecido en una constante y noble oposición, sin haberse sometido a ninguna maniobra y habiéndole hecho sentir el fracaso de no haber podido manejarla ni jugar con ella.

No creo, en consecuencia, que el mantenimiento de la Regencia, bajo este punto de vista, aumente en lo más mínimo las posibilidades actuales del Carlismo y haga más sencilla y natural la reinstauración de la Monarquía Tradicional. Es más, en la actual situa-

ción política de España, parece más bien que el mantenimiento de la Regencia sería perjudicial: cuanto menos claras sean las soluciones opuestas al régimen que se le presenten, menos será la fuerza frente a éste. Y la solución de la Regencia, clara en teoría —para los hombres de estudio y de criterio político formado—, no lo es tanto en la práctica y realidad concreta. Y la política es, esencialmente, realismo y oportunidad. En efecto, es evidente que un Regente, —por excepcionales que sean sus condiciones personales— está siempre en relación con el titular de la Corona, en una situación precaria. El Regente es el que rige y tutela una institución, la Monarquía, en nombre de una persona —el Rey— y mientras éste no pueda hacerlo de por sí. Pero en razón de esta provisionalidad de su cometido, no tiene el mismo peso moral, ni goza de la fuerza y el prestigio de que goza el titular de la Corona que habla en nombre propio. No se trata aquí del efecto moral que la proclamación del Rey produciría en nuestras masas, tan anhelantes de él y tan desconcertadas —sin poner en duda su lealtad al Príncipe Regente—, por no tenerlo. Se trata de la fuerza que la causa de la Monarquía Tradicional podría ejercer sobre el régimen si la cuestión sucesoria estuviese aclarada. Ciertamente que, no por eso, Franco se prestaría a darle paso, pero su posibilidad de maniobra se vería notablemente disminuida. No podría continuar su labor de división y desorientación. La ficción carlosoctavista sufriría un rudo golpe y al cobrar fuerza política concreta la Comunión Tradicionalista, no se podría especular con la afirmación especiosa de que el Carlismo no tiene Rey porque no hay Príncipe que acepte la sucesión de Don Alfonso Carlos, de acuerdo con los principios tradicionales, por lo cual la solución «pura» de la Comunión Tradicionalista si magnífica, en teoría, es impredictable en la realidad.

Por el mismo motivo, el sector que, sin convicción sólida, se inclina hoy hacia Don Juan, por no ver «Rey» en el panorama político español, y que doctrinalmente no está de acuerdo con él, porque teme su vinculación liberal, y que en el fondo simpatiza con los principios tradicionalistas, podría ser atraído hacia nuestra Causa desde el momento que, señalándole la persona del Rey tuviese ocasión de apreciar sus virtudes y estimar su adscripción a los postulados de la Monarquía Tradicional.

Esto sin contar que, ante la eventualidad de una caída repentina del régimen, ante el poder militar que, en una de las posibilidades que pueden darse, asumiera las funciones de gobierno, ejercería mucha más fuerza la presencia de un titular idóneo de la Monarquía Tradicional, que una Regencia —todo lo excelente que se quiera—, pero de carácter también provisional. No hay que olvidar que, en este caso posible, el poder militar sufriría fuertes

presiones y habría de plantearse con urgencia el problema del régimen definitivo. Y en esta situación, tanto como las doctrinas, puede el realismo de las soluciones que se ofrezcan y, frente a Don Juan de Borbón, poco deseable por su posición política, pero con la innegable ventaja de ser una solución realizable en el momento, mucha más fuerza que la Regencia, con una magnífica doctrina, pero con una incógnita en algo tan esencial a la Monarquía, como el titular de la misma, tendría la presentación de un Rey que ofreciera, de inmediato, la garantía de una plena adscripción a los principios tradicionales.

Todo ello sin olvidar que, para que perduren los sentimientos monárquicos, es preciso, para la masa ingenua y para el político realista que se mueve en la esfera de los hechos concretos, «ver» al «sujeto pasivo» —Rey— de esos sentimientos. Lo demás es arriesgarse a que estos sentimientos no perduren y que, con su pérdida, se debilite y pierda también la posibilidad de la Monarquía.

TERCER ARGUMENTO: *Don Juan de Borbón es el Príncipe de «mallores posibilidades». El mantenimiento de la Regencia permite obligar la esperanza de que Don Juan un día la acate y pueda ser el tradicionalista, restaurador de la Monarquía Tradicional.* Pocas palabras son precisas para rebatir este «argumento». Ni Don Juan de Borbón ha hecho la menor declaración de principios tradicionalistas ni ha intentado la menor aproximación sincera a la Regencia, ni su trayectoria política facilita el menor indicio de que ello pueda ser realidad algún día. Por el contrario su actuación pone de manifiesto su falta de criterio, y con ella su liberalismo constitucional, y de ninguna forma ofrece la menor garantía de adscripción, actual ni futura, a la Monarquía Tradicional. Y jamás la Comunión Tra a la Corona por las leyes tradicionales, como se ha puesto de mantener intactos los principios de la Monarquía Católica— de entregarlos a quien no ofrezca seguridad absoluta de saber manifestarlos. No, Don Juan de Borbón, como sus antepasados usurpadores, repudiado siempre por el Carlismo; y excluido de los derechos a la Corona por las leyes tradicionales, como se ha puesto de manifiesto en casi todos los documentos publicados por la Comunión, y en los dictámenes sobre la cuestión sucesoria elaborados por el Consejo de la Tradición, no es, ni puede ser jamás, una solución para la Causa de la Monarquía Tradicional. Es pues, bajo este punto de vista, innecesario e inútil mantener la Regencia. Ni Don Juan la reconocerá, ni ella podrá jamás transmitirle los derechos de que es depositaria. Es más, considerando la cuestión desde este punto de vista, creo que la prolongación de la Regencia favorece a la causa juanista. En primer lugar, porque —aunque sea sin fundamento— permite que nuestros enemigos nos combatan afirmando

que, uno de los motivos de su mantenimiento, es la esperanza de llegar a un acuerdo con Don Juan, con lo cual siembra malestar entre algunos carlistas desorientados, se debilita la disciplina de la Comunión y muchos simpatizantes o elementos neutros sanos, incompatibles con Don Juan, no terminan de adherirse a nosotros por no ver clara la solución dinástica que la Comunión pueda ofrecerles.

En segundo lugar, porque algunos que sienten la nostalgia y necesidad de la Monarquía, como reacción contra el régimen actual, y no «ven» más que un pretendiente, se vinculan a él, aunque personalmente su significación liberal no termine de serles grata.

Y, finalmente, porque lo que haya de venir ha de prepararse con anticipación, y, en las presentes circunstancias, es difícil hacer en poco tiempo una propaganda y un ambiente adecuado. Todo el tiempo que se pierda en dar a conocer la figura del Rey, como Rey, es tiempo que no se recuperará fácilmente y es perder posibilidades ante los demás pretendientes y, singulármnte, ante Don Juan de Borbón, que llevará de por sí la ventaja de ser el hijo del último Rey de hecho, en la memoria de la gente.

En esto se basan los que afirman que Don Juan tiene más posibilidades de llegar a reinar. Pero frente a ello hay que considerar que, si Don Juan es el hijo del «último Rey de hecho», y goza de cierto apoyo y simpatía en algunos sectores de categoría social en nuestra Patria, no solamente no tiene arraigo en las masas, sino que la mayoría de la gente le mira con prevención por sus actividades y declaraciones políticas. Hoy día es indudable —no hablo de la masa Carlista, de honda raíz popular— que la juventud es antiliberal y que, entre los no jóvenes, se nota miedo y hostilidad hacia la Monarquía Constitucional. Los principios tradicionales tienen ambiente y gozan de simpatía, pero, si cierta gente se inclina difusamente hacia Don Juan es porque sólo le ve a él, y a él se acogen como a la única solución práctica que vislumbran. En estas circunstancias si, a la sombra de nuestros principios, la gente conoce al Rey que se compromete a realizarlos, la opinión popular se vendrá con nosotros y, las «posibilidades de Don Juan», se convertirán en las posibilidades del legítimo sucesor de Don Alfonso Carlos. Estas, crecerán tanto más cuanto más conocida sea su figura y persona, y más aún siendo el sucesor el Príncipe Regente, quien por su magnífica personalidad y absoluta adscripción tradicionalista, forzosamente ha de cautivar a la opinión española. Pero ésta, en su simplismo, necesita para ello verlo como Rey, no como Regente, pues la sola duda de que no pudiera aceptar la Corona, y verlo un día en el trono, le haría desviarse hacia otra solución. Esta necesidad de «popularizar» la figura del Rey que tanto aumen-

taría nuestras posibilidades, es otro importante argumento en favor de la resolución de la cuestión sucesoria.

CUARTO ARGUMENTO. *El mantenimiento de la Regencia hace posible que se depure más la cuestión sucesoria y pueda reivindicar sus derechos algún Príncipe no excluido que aún no lo haya hecho.* Quienes así hablan no indican qué Príncipe pueda ser éste, ni de dónde puede salir, pero en contestación a tan peregrina tesis cabe afirmar rotundamente que, Príncipe que no haya reivindicado sus derechos a los quince años largos de Regencia, o no existe, o no lo hará ya. Y la Corona de San Fernando no puede estar vacante, año tras año por si algún Príncipe con eventuales derechos la reclama. La Regencia ha durado ya tiempo suficiente para que, quien crea tener derechos a la sucesión española, los haga presentes ante ella, y al no haberlo hecho así ningún Príncipe, puede considerarse en conciencia que no tiene interés en ello y ha hecho dejación de sus presuntos derechos. En rigor, se puede afirmar que, bajo este aspecto, ha habido plazo de sobra y no hay motivo para prolongarla ni un día más.

QUINTO ARGUMENTO. *El mantenimiento de la Regencia aumenta las posibilidades del Carlismo, porque ofrece mayor facilidad para la unión de los Monárquicos y la creación de un frente político monárquico.* El tiempo transcurrido ha puesto de manifiesto que no es así: la posibilidad que en este aspecto ella indudablemente ofrecía, no ha sido reconocida ni aprovechada. Se arguye que la designación de Rey apartará de nosotros a todos los que no estén conformes con la persona, las cuales, permanecen hoy en la Comunión con la esperanza de que la cuestión Sucesoria se arregle a su gusto. Este argumento es completamente falso. ¿Quiénes son estos «carlistas» y cuál es «su gusto»? Es inútil darle vueltas al asunto: la cuestión sucesoria gira sólo en torno a dos polos: Don Juan de Borbón, Rey liberal y excluido por la legislación tradicional e incompatible con el Carlismo y repudiado por los Carlistas, y Don Javier de Borbón, legítimo sucesor de Don Alfonso Carlos y futuro Rey Tradicional. La ficción carlos octavista, inconsistente y sin fuerza, no cuenta. Los pocos partidarios de Don Jaime de Borbón y Battemberg, tampoco. No hay otra alternativa a la vista.

Ahora bien, no cabe la menor duda de que los escasos partidarios de Don Carlos de Habsburgo y de Don Jaime de Borbón no aceptarán la proclamación de Don Javier, pero esos ni cuentan, ni están en la Comunión y, por lo tanto, no podrán separarse de ella. Es más, casi todos los octavistas de buena fe, al poner fin a la Regencia, y despejarse un poco el confusionismo imperante en la

actualidad, es de presumir que reconocerán a Don Javier y volverán a la disciplina.

En cuanto a los partidarios de Don Juan, ciertamente que discutirán y combatirán la proclamación de Don Javier, pero éstos, ni son carlistas, ni están con nosotros. Son juanistas y es lógico que estén, o se vayan, con Don Juan.

Por otro lado, habrá que considerar la masa de los indiferentes a la política, que tampoco ahora están con nosotros, ni contra nosotros, y la de aquellos otros que, llegado el caso, se decidirán, sin más, por un Rey liberal o un Rey carlista. Y, en este último caso, cuanto más conocido y estimado por ellos sea el «Rey Carlista», más probabilidades tendrá de que se decidan por él habida cuenta de lo dicho en el párrafo anterior de la prevención que despierta Don Juan como Rey liberal.

SEXTO ARGUMENTO. *Debe mantenerse la Regencia porque ello nos da mayor facilidad de maniobra.* Esto, exagerado, nos llevaría también como en el caso del primer argumento, a afirmar que la Regencia tiene mayor virtualidad y eficiencia política que la Realeza y la experiencia demuestra que no es así. Por otra parte, el examen de los argumentos anteriores ha puesto de manifiesto que, en las actuales circunstancias de España, el Carlismo se fortalecería poniendo fin a la interinidad de la Regencia y determinando la persona del Rey, con plena asunción, por su parte, de sus derechos y deberes de Rey. Precisamente la ventaja que hemos visto que tiene en la actualidad el juanismo sobre nosotros, pese a su inferioridad doctrinal, es el tener un pretendiente oficial y visible reconocido y acatado por sus partidarios como Rey. Por otra parte, vemos como, su condición de tal —aunque hayamos de repudiar muchas de las maniobras a que se entrega—, no le impide maniobrar a Don Juan. Jamás, en el caso de la preconizada proclamación como Rey, del Príncipe Regente, perdería éste la capacidad de entregarse a una lícita y oportuna maniobra política; es más, la podría realizar, al hacerla en nombre propio y con una clara determinación de derecho, con mayor fuerza y fundamento que con el carácter de mero Regente.

SEPTIMO ARGUMENTO. *La mayoría de los objetivos que se persiguen en los puntos anteriores, al proponer la cesación de la Regencia y la proclamación de Don Javier, se conseguirían igualmente con que éste se limitara a reivindicar sus derechos y a presentarse como pretendiente, pero sin llegar a proclamarse Rey.* Ciertamente que, con el hecho de reivindicar claramente sus derechos y declararse pretendiente, se conseguirían algunos de los objetivos preconizados y se robustecería la Causa de la Comunión. Pero

no parece que sea preferible: la condición de pretendiente no goza de la fuerza y del prestigio que disfruta la de Rey. Por otra parte, si los derechos sucesorios recaen en él, ¿qué motivo fundamental hay para quedarse a mitad de camino y proclamarse solamente pretendiente en lugar de asumir plenamente la función real? ¿El ser Regente pretendiente le dará mayores posibilidades y fuerza, que el ser Rey en el destierro? Creo que no. No ante los Carlistas que quieren Rey y necesitan Rey. No ante los juanistas y demás enemigos que combatirán igualmente al pretendiente que al Rey, no ante el Régimen, que le será indiferente una u otra cosa mientras se sienta fuerte y que, en su declinación, preferirá habérselas con dos o más pretendientes a los que tratar de manejar, a enfrentarse con un Rey amparado en unos derechos definidos, y con un mayor ambiente hecho al calor del prestigio que la realeza, y las virtudes personales de su titular, le hayan granjeado. No ante la opinión fluctuante, desorientada y sana, que necesita ver las cosas claras y no entra en discusiones de derechos ni en riñas de pretendientes, sino en cumplimiento de deberes y en ofrecimiento de seguridades y garantías. Y estas seguridades y garantías, mejor que un pretendiente (término que implica siempre un principio de discusión, de indeterminación y de zozobra) las puede ofrecer un Rey que da el ejemplo supremo de aceptar la más pesada de las cargas, en los momentos más difíciles de la historia de España.

Finalmente, a quien independientemente de los argumentos, o simultáneamente con todos o alguno de ellos, o por cualquier otro motivo, crea que «todavía no es oportuno», que «no ha llegado el momento», etc., a guisa de resumen quisiera hacerle unas pocas y últimas reflexiones.

¿Qué ocurriría si, Dios no lo quiera, se prolonga la Regencia y antes de llegar a la designación de sucesor, falleciese Don Javier? Espanta a los carlistas la sola consideración de esta posibilidad. Ciertamente que la sabia previsión del Príncipe Regente no la ha ignorado y varias veces ha manifestado tener tomadas sus medidas, pero, si la Regencia instituida don Don Alfonso Carlos, Rey indiscutible de derecho, ha sido discutida y combatida, ¿no sería más discutida y combatida aún, una Regencia derivada de un Regente, en meras funciones de tal? No voy a entrar en más consideraciones sobre este aspecto de la cuestión: basta con dejarla planteada.

La Monarquía hereditaria, tal como la propugnamos, es por esencia continuidad, y una de sus mayores ventajas está en la adscripción a la sucesión de la descendencia del Rey, desde el momento mismo de su nacimiento, lo que le permite ser educada y formada en consonancia con sus gravísimos deberes. No es lo mismo, en este aspecto, por mucha adscripción y vinculación que se tenga a

unos principios, ser hijo de un Regente, que ser hijo del Rey. El Príncipe Don Hugo Carlos Príncipe de Asturias, en sentir de los Carlistas y según las leyes tradicionales, debe sentirse vinculado de inmediato a la sucesión de la Corona española y entrar en el ejercicio de las obligaciones y deberes que, como tal, le corresponden.

Por último, no debemos olvidar la fuerza, el prestigio, la «unción» especialísima, puede decirse que derivan de la Realeza y que posee el Rey por el mero hecho de serlo, y nadie más que él. A quien no conozca y sienta la Monarquía puede parecerle que, entre «Regente» y «Rey» no hay más que una diferencia de grado, un matiz, o una distinción de concepto. Pero sabemos que no es así. Y porque lo sabemos creemos que muchos de los inconvenientes que hoy se nos presentan como tales, cuando tengamos al Rey al frente nuestro, dejarán de serlo.

La Regencia ha cumplido una misión —nada menos que la de salvar la legitimidad y al Carlismo—, y por ella España ha de estarle perpetuamente agradecida. Pero han pasado dieciséis años, las circunstancias han cambiado, sus posibilidades se han agotado y ha llegado el momento de prever la sucesión, en cumplimiento de la voluntad del Rey Don Alfonso Carlos, que determinó lo hiciera así «sin más tardanza que la necesaria».

Y el Sucesor, descendiente legítimo de los Reyes, que han hecho la historia de España y nos han legado el orgullo de ser españoles, es, según la clara indicación de las leyes sucesorias, el mismo Príncipe Regente Don Javier de Borbón.

Y así por creer en conciencia y tras meditada reflexión, que el bien de España reclama la cancelación de la interinidad de la Regencia y la clara aceptación por parte de S.A.R. Don Javier de Borbón de los derechos y deberes que sobre él recaen, es por lo que me he atrevido a elevar a la Jefatura Delegada, de acuerdo con el dictamen emitido por el Consejo, y como complemento del mismo, este modesto estudio de las razones políticas que, a mi juicio, así lo abonan.

En Madrid, a 1 de mayo de 1952.

Firmado: Jaime de Carlos Gómez-Rodulfo.»

DICTAMEN DE LOS CARLISTAS GUIPUZCOANOS, DE 23-IV-1952

«El Jefe Provincial y los Consejeros nacionales residentes en Guipúzcoa han recibido la circular de la Junta Nacional recordando el acuerdo, tomado en la última reunión del Consejo, de plantear sin demora el asunto relativo a la cuestión sucesoria e indi-

cando se remitieran las ideas y sugerencias que sobre tal problema ocurriesen.

El Jefe Provincial y los Consejeros que suscriben han estimado preferible, en lugar de remitir separadamente su parecer, dada la gravedad del problema, cambiar impresiones acerca de él y no sólo entre sí, sino consultando también a elementos destacados de la Comunidad en Guipúzcoa, cuya reserva no ofrece duda.

El resultado de sus deliberaciones se condensa en el presente escrito que, sin pretensiones de dictaminar y únicamente a título de sugerencia, se remite por si se estimara que en ello pudiera haber algo aprovechable.

Entienden los que suscriben que el problema tiene fundamentalmente tres aspectos que para la debida claridad deben considerarse separadamente. Estos aspectos son, según el orden que vamos a seguir en este escrito, los siguientes: 1.º Necesidad de solucionar el problema sucesorio asegurando la continuidad de la Monarquía legítima. 2.º Determinación del Príncipe en quien recaen los derechos al Trono. Y 3.º, momento y forma de la aceptación por el Príncipe y circunstancias que deben acompañar a su publicidad.

El primero puede ser formulado así, de manera interrogativa: ¿Es conveniente o necesario llegar a la solución de la cuestión sucesoria dando por terminada la Regencia de Don Javier de Borbón?

Ha de tenerse en cuenta que en el régimen Monárquico, cuya principal virtud política es la continuidad, la Regencia es una institución prevista para casos excepcionales y por esencia transitoria y temporal.

La excepcional circunstancia que motivó su creación por el Real Decreto de 23 de enero de 1936 está claramente expuesta en el preámbulo del mismo: La imposibilidad de conseguir, hasta ese día, la determinación del Príncipe de Asturias en quien concurren, tanto por imperio del derecho como por su segura y deliberada adscripción y pública aceptación, todos los requisitos indispensables de principio y de política garantía.

La singularidad de la Regencia creada en dicha soberana disposición consiste, a nuestro entender, en que no se determina el tiempo que debe durar. Al menos, no se determina de un modo concreto y directo. Se limita a asignarle dos funciones: una inmediata y secundaria, la de «regir» en el interregno los destinos de nuestra Santa Causa, y, otra, mediata y fundamental: la de «proveer, *sin más tardanza que la necesaria*, la sucesión legítima de Mi dinastía».

Sí, pues, el Regente tiene facultad para proveer a la sucesión

de la Legítima dinastía, no puede negarse que el Rey tiene igual derecho. Sin embargo, Don Alfonso Carlos no lo hizo. Es lógico inferir que tal actitud no fue caprichosa, sino motivada por razones de prudencia y oportunidad política que las circunstancias entonces existentes imponían. El examinar las que en aquella época se tuvieron presentes y comparalas con las actuales nos dará la pauta para discernir si, con arreglo al espíritu que presidió la promulgación del Decreto creando la Regencia, es ya, o no, tiempo de dar por terminada ésta.

De los propios documentos reales (entre otros el Manifiesto a los españoles del 29 de junio de 1934), como de algunas de sus cartas (las dirigidas a don Lorenzo Saez, en 8 de febrero y 12 de mayo de 1933, la dirigida al Jefe Delegado el 17 de septiembre de 1936, y muy especialmente la dirigida a S.A.R. el Príncipe Javier el 10 de marzo de 1936, aclaratoria del decreto instaurador de la Regencia), resulta claro que una razón fundamental pesaba en el ánimo del Rey para adoptar la actitud que siguió: el pensar que el ideal es que el problema de la sucesión sea resuelto por el Rey, o en su caso el Regente, asistido de las Cortes Tradicionales. Otra razón lo fue el intentar, en generosísimo, nunca bastante alabado y jamás agradecido esfuerzo, la solución del pleito dinástico español con la armonía de las dos ramas que se han disputado el Trono: «pero habiendo perdido la descendencia de Don Francisco de Paula, el Trono —dice en la carta al señor Saez, de 12 de mayo de 1933— es natural vuelva a poder adquirir derecho». No obstante sus buenos deseos, pronto se dio cuenta nuestro último Rey de la inconsistencia de esta razón» ante la persistencia en mantener derechos constitucionales y principios políticos sólo admirables dentro de un sistema liberal y refinados, por tanto, con la Tradición Española», por parte de la dinastía alfonsina: «te prevengo además que, según las antiguas leyes españolas, la rama de don Francisco de Paula perdió todo su derecho de sucesión por rebeldía contra sus Reyes legítimos, y lo perdió doblemente don Alfonso (llamado XII) para él y toda su descendencia por haberse batido al frente de su ejército liberal contra su Rey Carlos VII», decía en su carta al Príncipe Javier, del 10 de marzo de 1936.

En la fecha que dichas cartas se escribieron, durante la república, que bien claramente se veía no podía nacionalizarse en España, y aún más en la fecha de la promulgación del decreto creador de la Regencia —casi en vísperas del Movimiento Nacional— era natural, habida cuenta además del gran número de españoles que en aquellas fechas parecieron agregarse al Carlismo, pensar que no tardando hubiera de presentarse ocasión de poder reinstaurar las instituciones tradicionales españolas y con ellas

las Cortes que habrían de asistir al Rey en la resolución de tan arduo problema.

Efectivamente, esa circunstancia se dio con ocasión del Movimiento Nacional, pero, desgraciadamente, quien se arrogó la administración de la victoria ha hecho imposible tal solución que con ejemplar constancia ha venido propugnando la Comunión Tradicionalista manteniendo con tesón la Regencia Nacional. Y la ha hecho definitivamente imposible, precisamente, cuando ha declarado que el régimen por él instaurado es una Monarquía y ha promulgado su propia Ley de Sucesión.

En cuanto a la solución de la cuestión dinástica mediante la armonía de las dos ramas que se disputaron el Trono español, tampoco puede caber duda que ya no hay posibilidad de que se produzca, dada la pública y reiterada actitud de quien se titula representante de la rama de Don Francisco de Paula.

Esta pública actitud de Don Juan de Borbón, de una parte, y de otra los caracteres de permanencia y estabilidad que presenta el actual desgobierno español, imponen la conclusión de que no existiendo en las circunstancias actuales ninguna de las razones que determinaron al Rey a no proveer por sí mismo a la sucesión y no pudiéndose presumir razonablemente que en fecha próxima se produzcan de nuevo, debe la Regencia poner término a su mandato y proveer a la sucesión de la Dinastía Legítima dando con ello cumplimiento al encargo esencial que Su Majestad le confiara.

Es indudable, además, que nuestra interpretación está del todo de acuerdo con el criterio oficialmente mantenido por el Príncipe Regente. En el manifiesto fechado en Bostz, el 25 de julio de 1941, en el cual S.A.R. ofreció la ocasión para la solución del pleito dinástico mediante una fórmula de unión nacional, se afirmaba que: «si quienes deben abrir paso a esta solución (la Regencia Nacional) no lo hiciesen, sería porque frente a ella se seguirían manteniendo propósitos particulares; y, en tal caso, la obligada defensa de España haría que se plantease de nuevo la necesidad de continuar la lucha y para hacerlo se proclamaría sin demora en el seno de la Comunión Tradicionalista, en el que lo auténticamente nacional volvería a quedar recluido, al Príncipe que la acaudillase, Rey legítimo, en el Trono o en el destierro, sobre cuyo derecho no podría en adelante admitirse discusión».

Esto aparte, existe el continuado peligro de que quiebre la sucesión dinástica en la Monarquía española al hacerla depender de la vida de un sólo hombre. Esta quiebra traería la muerte de nuestra gloriosa Comunión y con ella de la legitimidad monárquica española, haciéndose difícilísima —mejor diríamos imposible— una restauración tradicional en España. Este peligro no

puede ser detenido con la simple designación de un segundo Regente porque, aparte de que jurídicamente sería acaso discutible la legalidad de tal designación, nadie sabe quién tiene los días más contados en este mundo y prácticamente el valor de tal solución sería muy aleatorio ya que no es aventurado suponer que su autoridad sería muy discutida.

El afrontar y solucionar el problema sucesorio lo requiere también la necesidad interna de la Comunión. Plazo tan largo transcurrido desde la muerte del Rey Don Alfonso Carlos en esta situación de interinidad ha originado una extraordinaria desazón en el pueblo leal, ocasionando la indisciplina en algunos y la desesperanza en muchos que piensan no tenemos posibilidad de solucionar la cuestión sucesoria, siendo todo esto agravado por una visible pérdida del sentimiento monárquico, pérdida natural ya que la masa no se mueve por ideas abstractas. No le bastan instituciones políticas por perfectas que sean; necesita encarnarlas en una persona determinada. Aparte de que no puede caber duda de que la disciplina se vería grandemente fortalecida si la autoridad se ejerciese por el Rey y en nombre del Rey.

Lo demanda asimismo la experiencia adquirida en este largo lapso de tiempo. Porque si la Regencia, al no suponer una apetencia y una ambición personal, pudiera pensarse, y se ha pensado, tiene una mayor amplitud para agrupar a las gentes, la práctica ha demostrado que a estas no se las llama con instituciones abstractas, y que sólo siguen banderas representadas por personas concretas. Véase, si no, la fuerza que posee el juanismo, que fluctuando entre las corrientes políticas más opuestas doctrinalmente y sin otra mira que ocupar el poder de cualquier forma, con una aportación exigua al Movimiento, sin masa alguna de pueblo a su alrededor, es, no obstante, una fuerza política apreciable y, ¿por qué negarlo?, de amplias posibilidades basadas exclusivamente en la persona de un «Rey».

Además, el hecho de que la Comunión Tradicionalista tenga a su frente al Rey evitará la imitación de nombres e instituciones de nuestra doctrina, que pueden ser utilizados, con el natural desprestigio, por fuerzas políticas totalmente distintas y aun contrarias a la Comunión. Pero la persona del Rey legítimo es una y nadie podría invocarla, teniendo nosotros resuelto ese problema.

Finalmente, aun en el supuesto, a todas luces improbable, de que en breve alcanzáramos el poder, el Regente habría de afrontar la solución del problema sucesorio con las Cortes Representativas con una idea clara sobre la persona en quien recaen los derechos al Trono, evitando soluciones improvisadas y bastardos manejos partidistas.

El punto segundo de este nuestro escrito nos plantea esta cuestión: ¿Quién es el Príncipe en quien recaen los derechos a la Corona de España?

Por el enunciado de la pregunta bien claramente se ve cuál es nuestro criterio sobre el modo de resolver esta cuestión. Es necesario decidirla con un criterio estricta y exclusivamente legitimista. No se trata, en modo alguno, de una elección entre varios candidatos, ni siquiera al modo del compromiso de Caspe, entre otras razones, porque entendemos no se ha cortado hasta ese punto la continuidad de la Dinastía Legítima. Se trata de averiguar quién es el Príncipe en quien recaen los derechos a la Corona, según el orden de sucesión legítima señalado en la legislación tradicional española.

No puede caber duda de que según el espíritu de las leyes reguladoras de la sucesión a la Corona es condición esencial y primera, señalada concretamente en la cláusula tercera del Decreto de Regencia de 23 de enero de 1936, para ostentar derechos al Trono, respetar y defender los fundamentos de la legitimidad española, «a saber: I. La Religión Católica Apostólica Romana, con la unidad y consecuencias jurídicas con que fue amada y servida tradicionalmente en nuestros reinos; II. La constitución natural y orgánica de los estados y cuerpos de la sociedad tradicional; III. La federación histórica de las distintas regiones y sus fueros y libertades, integrantes de la unidad de la patria española; IV. La auténtica Monarquía tradicional, legítima de origen y ejercicio; V. Los principios y espíritu y, en cuanto sea prácticamente posible, el mismo estado de derecho y legislativo anterior al mal llamado derecho nuevo». En buenos principios políticos no hay duda de que estos fundamentos esenciales no están «al servicio de una sucesión de sangre, porque es ésta la que ha de servir a aquellos, como ordenado ante todo al bien común de los españoles» —carta de Don Alfonso Carlos, de 10 de marzo de 1936—.

Cumplido este primer y esencial requisito, el orden de llamamientos a la sucesión está regulado por la Ley de 10 de mayo de 1713. Orden que puede alterar la obligada aplicación de las leyes penales y de la que regula el matrimonio de los Príncipes de la Casa Real Española.

A nuestro juicio y según la noticia que tenemos de las circunstancias que concurren en los Príncipes de la Casa Real Española, el primero en el orden de llamamientos establecido en la mentada Ley de 1713, que cumple el requisito fundamental de plena adscripción a los fundamentos de la Legitimidad española es S.A.R. Don Javier de Borbón y Braganza, siendo también el primero en dicho

orden a quien, sin género de duda alguna, no cabe posibilidad de aplicar ninguna ley exclusoria.

Esta interpretación de las leyes sucesorias españolas era la de S.M. Don Alfonso Carlos, quien, no dándose en los Príncipes rebeldes la obligada y leal aceptación de los principios fundamentales de la Monarquía Tradicional Española, no les levantó la aplicación de las leyes penales exclusorias, porque: «siendo dentro de la doctrina tradicional más necesaria aún que la legitimidad de origen la de ejercicio, jamás podría yo cometer, y protesto solemnemente que no cometeré la inconsecuencia de entregar las huestes leales, que tantos esfuerzos realizaron por el triunfo de nuestros inmortales principios, a la dirección de quienes no acertaron a comprender la magnitud de tanto sacrificio y el deber de reparar el daño inmenso que un siglo de liberalismo y revoluciones originó a España». (Manifiesto a los españoles de 29 de junio de 1934.)

Pero no son sólo estas razones de tipo jurídico las que demandan esta solución. Hay otras razones de orden práctico que la prudencia política no debe nunca menospreciar. El vehemente deseo de S.M. Don Alfonso Carlos de que S.A.R. Don Javier llegara a ser Rey de España, expresado en su carta aclaratoria del Decreto de Regencia antes citada y en su carta póstuma al Jefe Delegado don Manuel Fal Conde de la que es el siguiente párrafo: «Pido a Dios lo arregle de modo que Don Javier Carlos sea mi sucesor legítimo, y después de él, sus hijos. Tengo plena confianza en mi sobrino Javier y espero que sea él el salvador de España». El sentimiento del pueblo carlista, que en Guipúzcoa es unánime, para quien S.A.R. es ya el Rey de España y, por último, aunque acaso este motivo debiera ser el primero, las cualidades que concurren en Su Alteza; su adscripción pública, solemne, reiterada e inequívoca a los principios de la legitimidad española, demostrada con los múltiples servicios prestados a la Causa y los solemnes juramentos de Guernika y Montserrat; y el perfecto conocimiento que S.A. tiene del problema institucional español, que otro Príncipe cualquiera habría de tardar en adquirir.

Finalmente, pasemos a examinar el último apartado (punto tercero) de este escrito: «Momento y forma de proceder a la aceptación de sus derechos por el Príncipe y circunstancias que deben acompañar a su publicidad».

Entiéndase, ante todo, que el Príncipe lo es Don Javier de Borbón de acuerdo con lo expuesto en el anterior punto.

En cuanto al tiempo, entendemos que la resolución de este problema ha de ser rápida, tanto como las circunstancias lo permitan. Las razones que aconsejan esta rapidez son las mismas que hemos expuesto en el apartado primero de este trabajo. Pudie-

ra, no obstante, pensarse que la aceptación o su publicación se aplazase hasta un momento en que las circunstancias nacionales y extranjeras fuesen las más favorables; pero como no existe el más leve indicio de que aquellas mejoren en plazo breve, ni siquiera largo, y siendo imperiosa la necesidad del cierre de la larga interinidad de la Regencia, entendemos que la aceptación y su publicación deben hacerse en el más corto plazo posible, una vez que el Príncipe nos dé a conocer su resolución de asumir definitivamente como Rey los derechos a la Corona.

Respecto a la forma, juzgamos indispensable que la aceptación sea pública, si se quiere que sea eficaz y surta sus plenos efectos jurídicos y políticos; materialmente podría consistir en un decreto del Príncipe como Regente, dando fin, en cumplimiento de las disposiciones de S.M. Alfonso Carlos, al período de interinidad de la Regencia, seguido de una declaración dirigida a la Comunidad Tradicionalista aceptando los deberes y derechos de la realeza, dado que es el primer Príncipe en quien no se da causa alguna de exclusión.

Al llegar aquí conviene hacer constar que con la resolución de este problema no se trata de hallar un medio para lanzarse una vez más a una ofensiva o maniobra para la conquista inmediata del Poder, sino de asegurar la continuidad de la Monarquía Tradicional Española, aun cuando quizá pudiera darse, por efecto o consecuencia de ello, esa circunstancia.

Pero no basta con que la aceptación sea pública para que produzca todos sus esperados efectos; es preciso que vaya acompañada de una eficaz reorganización de la Comunidad y dé la máxima actividad de todos sus organismos, juntas y elementos, en vistas a conseguir que en breve plazo sea un fuerte instrumento político. Como medios para ello podríamos sucintamente enumerar, a título de mero ejemplo, puesto que seguramente se hallan en la mente de todos y, por otra parte, no encajaría su estudio dentro del presente trabajo, entre otros, los siguientes: organizar un secretariado o, cuando menos, enviar un secretario cerca de Don Javier. Realizar una intensa campaña para hacer popular la figura del Rey con todos los medios que estén a nuestro alcance (una buena biografía sería utilísima a este fin). Conseguir un órgano de prensa, asunto sobre el cual ya se han realizado intensas gestiones por la Junta Nacional. Efectuar gestiones ante las Cancillerías para dar a conocer la importancia de nuestra solución. Y, en fin, otros muchos medios que sería enojoso exponer y alargaría inútilmente este escrito, tendentes a conseguir el mayor número posible de asistencias, tanto de personalidades destacadas como del pueblo español. Pero todo esto, medios y asistencias, no puede

en modo alguno ser condición previa e indispensable para la resolución del problema sucesorio, la cual debe afrontarse con toda decisión aun cuando esos elementos nos faltaran por completo, cosa que, en nuestra opinión, no creemos sucedería.

Para terminar este trabajo, resumiendo todas las consideraciones y sugerencias que en el mismo se hacen, creemos se pueden establecer las siguientes conclusiones:

PRIMERA: Desaparecidas las circunstancias que motivaron la instauración de la Regencia, debe ponerse fin a la misma y procederse a la determinación del Príncipe en quien recaen los derechos al Trono, asegurando de este modo la continuidad de la Dinastía Legítima.

SEGUNDA: La recta aplicación de los principios que informan el espíritu de la Monarquía española y de sus leyes fundamentales, señalan que tales derechos recaen primeramente en Don Javier de Borbón y Braganza.

TERCERA: La aceptación por S.A.R. de sus derechos a la Corona ha de ser pública y todo lo rápida que las circunstancias lo permitan.

Estas son las consideraciones que los firmantes, con la esperanza de que haya en ellas algo de utilizable, se atreven a elevar al Jefe Delegado y a la Junta Nacional de la Comunión Tradicionalista en cumplimiento de la consulta que les ha sido dirigida.

San Sebastián, a 23 de abril de 1952.» (1).

DICTAMEN DE LOS CARLISTAS DE LA RIOJA, EL 29-IV-1952

«En cumplimiento de los acuerdos tomados en el XIV Consejo Nacional de la Comunión, el Consejero que suscribe (1) expuso ante los Jefes y correligionarios de la Rioja más significados a quienes pudo consultar lo tratado y acordado en el referido Consejo en lo que atañe a la cuestión sucesoria.

Entre los consultados lo fueron el Jefe Provincial don Francisco Errasti, el de Arnedo, don Timoteo Ruiz; el Jefe Provincial de Requetés, don Vicente Ruiz de Gauna; el Presbítero don Urbano Fernández, don Justiniano Lasanta, industrial; don Rafael Peón,

(1) No constan firmas. Pero en una carta de Don Jaime de Carlos a don José María Lamamie de Clairac se dice que los autores de este escrito fueron don Juan Antonio Olazábal, don Ignacio Ruiz de la Prada y don Pablo Iturria.

(2) Era don Luis Ruiz Hernández, cofundador del Tercio de Requetés de Doña María de Molina, Jefe del Ejército, Abogado y Consejero nacional de la Comunión.

Ingeniero de Montes; don J. J. Sáenz de Santamaría, Ayudante de Montes; don Jesús Fuentes y don Alejandro Purón, Abogado, y empleados.

El criterio unánime de todos ellos, coincidente con el del Consejero firmante es que debe exponerse a S.A.R. el Príncipe Don Francisco Javier de Borbón Parma la necesidad de que, con la mayor celeridad posible se provea la sucesión de la Corona de España, como de consuno reclaman las circunstancias y el cumplimiento de lo estatuido por S.M. Don Alfonso Carlos (q.e.g.e.) en la disposición segunda de su Decreto de 23 de enero de 1936, instituyendo la Regencia.

Es también deseo ferviente de todos que la Corona recaiga en el Príncipe Regente, por entender que es la persona llamada a ello por las leyes sucesorias tradicionales y en quien concurren toda suerte de derechos; además de reunir todas las legitimidades, según queda dicho, concurren en S.A.R. tales ventajas y excepcionales circunstancias de toda índole (dicho sea en honor a la verdad y fuera de nuestro ánimo por completo la menor sombra de lisonja o adulación) que parece indicado, además, por la Providencia para cefir, en su día, la Corona de España. Aparte de que, con ello, se cumpliría el deseo expuesto por nuestro último Rey en la carta que le dirigió, sobre la cuestión sucesoria, con fecha 10 de marzo de 1936.

Logroño, 29 de abril de 1952.»

DICTAMEN DE DON PABLO ITURRIA, TITULADO:
«LEYES POR LAS QUE SE RIGE LA SUCESION A LA
CORONA REAL ESPAÑOLA»

La Sucesión a la Corona Real española se rige por las leyes vigentes a la muerte del Rey don Fernando VII, y que se hallan recogidas, principalmente, en la Novísima Recopilación, ordenada en 1805 por Don Carlos IV.

El orden de los llamamientos a la Sucesión se regula por la Ley Fundamental de 10 de mayo de 1713 (1), dictada por el Rey Don Felipe V con las Cortes en Madrid, Ley V, del Título I, Libro III, del citado cuerpo legal. Ley que deroga y anula, en todo lo que fueron contrarias a la misma «las leyes, estatutos, costumbres, estilos y capitulaciones anteriores «dexándolas en toda su fuerza y vigor para lo demás», por lo que habrá de completarse con las leyes penales que luego examinaremos.

(1) Se reproduce íntegramente en el Tomo del año 1947, pág. 85.

Los matrimonios de los Príncipes de la Casa Real se rigen por la Pragmática de 23 de marzo de 1776, incorporada a la Novísima Recopilación, en su Libro X, Título IX.

- A) Examen de la Ley Fundamental de 1713: El orden que ha de seguirse en la sucesión, según la ley, es el que se expone:

PRIMER SUPUESTO: A la muerte de Don Felipe V, son llamados sus descendientes varones, descendientes de varones legítimos por línea recta legítima, todos nacidos en legítimo matrimonio, por orden de primogenitura y aplicándose el derecho de representación.

SEGUNDO SUPUESTO: Siendo acabadas íntegramente todas las líneas masculinas y no habiendo ningún descendiente agnado de Don Felipe V, es llamada la hija o hijos del último varón reinante en quien termine la varonía, nacidas en legítimo matrimonio, y prefiriendo la mayor a la menor, y respectivamente sus hijos y descendientes legítimos.

TERCER SUPUESTO: En el caso de que el último varón reinante agnado no tuviese hijas, sucederá la hermana o hermanas que tuviere por su orden, y sus hijos y descendientes legítimos en la forma dicha.

CUARTO SUPUESTO: A falta también de hermanas, se llamará a la sucesión «al transversal descendiente legítimo de Felipe V, que fuera proximior y más cercano pariente del dicho último reinante, sea varón o sea hembra, y sus hijos y descendientes legítimos».

QUINTO SUPUESTO: Extinguida toda la descendencia del Rey Don Felipe V, se llamará a suceder a la Casa de Saboya por el mismo orden.

- B) Leyes penales aplicables en la sucesión de la Monarquía española:

Estas leyes son las siguientes: Leyes 1.^a, 2.^a y 3.^a, Título II, Partida 7.^a (Recogida la segunda, en la Ley 11, Título II, Libro III de la Novísima Recopilación), Ley II del Título VIII, Partida II (dispone el destierro y desnaturalización de los Príncipes rebeldes al Rey). Ley II del Título VII, Libro XII de la Novísima Recopilación (sobre la pena de los traidores). Ley 1.^a del Título I del Libro III de la Novísima Recopilación (es la ley única del Título III del Libro I del Fuero Real y versa sobre «la obligación de todos los vasallos de guardar lealtad y obediencia al Rey...»). Ley I del Título VII, del Libro XII de la Novísima Recopilación (es la Ley V del Título XXXII del Ordenamiento de Alcalá sobre las traiciones). Ley 6.^a, Título I, Libro II del Fuero Juzgo.

NOTA: En todas las legislaciones existen las instituciones de la Desheredación e indignidad, que apartan de la sucesión a aquellas personas que hayan observado una conducta desleal o delictiva para con el causante de la misma. En el orden del Derecho público, tratándose de la sucesión real, la conducta delictiva para con el Rey, de los príncipes de su casa, adquiere una mayor gravedad e importancia, que la hace ser calificada como delito de lesa majestad. Y no cabe mayor indignidad en la conducta de los príncipes que cuando se llega a la usurpación del Trono, prescripción de los legítimos reyes y señores, e incautación de sus bienes, ya como principales autores, ya prestando su colaboración a ello, con su complicidad y asentimiento. Esta incapacitación de príncipes indignos, recogida por las más antiguas leyes que regulan la institución monárquica (como, por ejemplo, la ley sucesoria de la partida 2, que dice, al llamar a los colaterales, «debe heredar el regno el más próximo pariente que hobiere, seyendo home para ello, et non habiendo fecho cosa porque lo debiese perder»), ha pasado, por su evidente equidad y justicia, a las modernas constituciones. Así es recogido por el artículo 64 de la Constitución de 1876 y por el número 13 de la Ley de Sucesión de la Jefatura del Estado, dictada por el General Franco el 26 de julio de 1947 si bien estas modernas leyes exigen la intervención de las Cortes para la declaración de incapacidad, apartándose en esto de la legislación tradicional que la declara «ex lege».

En las leyes citadas se define el delito de traición al Rey castigándolo con la pena de muerte, confiscación de bienes e infamia del delincuente y su descendencia, que nunca podrá tener honra de caballería, ni cargo, ni dignidad alguna. Así, la Ley 2, Título 2 de la Partida 7 (vigete por la Ley XI, Título II del Libro III de la Novísima Recopilación), dice: «Et demás todos sus hijos que son varones deben fincar por enfiados para siempre, de manera que nunca pueda haber honra de caballería ni de otra dignidad, nin oficio». Es indudable, por tanto, que se castiga a los príncipes traidores y a su descendencia, con la pérdida de sus posibles derechos a la Corona. Esta misma fue la interpretación dada por los juristas liberales, cuando pretendieron aplicar estas leyes, para privarle de sus derechos a S.M. el Rey Don Carlos V y su línea, al imputarle el falso delito de traición a la antirrey Isabel II, diciendo textualmente: «No caben decisiones más adecuadas al caso de que se trata; la letra y el espíritu de estas leyes del reino, señaladamente las Partidas, no dejan lugar a duda de que Don Carlos María Isidro de Borbón ha perdido el derecho a la Corona; y que le ha perdido igualmente la línea de que es cabeza. Sus hijos quedan privados de todos los bienes que correspondían al padre; y el pri-

mero, el más apreciable de estos bienes, era ciertamente el derecho a la sucesión. Sus hijos, según la ley, «no pueden haber oficio alguno». ¿Y cómo podrían aspirar al de gobernar estos reinos? Su ulterior descendencia procederá de una rama separada del tronco para los efectos de la sucesión que antes le correspondieran».

Estos dictámenes citados prueban la vigencia de las mencionadas leyes penales a la muerte de Don Fernando VII, vigencia que no está afectada por «las ulteriores disposiciones dadas por regímenes ilegítimos; y refuerzan el valor moral de nuestra interpretación, que no puede ser atacada lógicamente por quienes la han defendido durante un siglo.

C) Legislación sobre los matrimonios de los Príncipes: Ley IX, Título IX, Libro X de la Novísima Recopilación, que es la Pragmática del señor Don Carlos III, de 23 de marzo de 1776.

Esta ley es confirmatoria de la antigua costumbre que impone a los infantes y grandes y a sus hijos e inmediatos sucesores, la obligación de obtener la Real aprobación para contraer matrimonio, castigando a los contraventores, así como a su descendencia, con la declaración de inhabilidad para gozar los títulos, honores y bienes dimanados de la Corona.

Entendemos que esta Pragmática obliga a todos los Príncipes de la Casa Real Española, no pudiendo interpretarse la palabra infante en un sentido restringido, por cuanto que si se exige la real aprobación para el matrimonio de cualquier grande, con mayor motivo ha de exigirse en el de las personas que puedan llegar a ocupar el trono.

La necesidad de la aprobación de los matrimonios de los príncipes por los jefes de sus familias, es costumbre antigua y general de las casas reales europeas, con el fin de evitar matrimonios desiguales que puedan afectar al decoro de las familias reinantes y lleven consigo una causa de natural indignidad para ocupar el Trono.

Línea del Infante Don Francisco de Paula, hijo del Rey Don Carlos IV. *Línea primera*, descendencia de Don Francisco de Asís, Duque de Cádiz.

Todos los Príncipes de esta rama son inhábiles para la sucesión. Sus ascendientes inmediatos son los autores directos de la usurpación; y tanto Don Jaime, Duque de Segovia, como Don Juan, titulado Conde de Barcelona, han sido continuamente desleales a la Corona Real. Además de serles aplicables, a ellos y a sus descendientes, las leyes penales, hay que advertir que no podrían invocar en ningún caso derechos derivados de la ley de 1713, por faltarles

el requisito necesario de filiación legítima, como consecuencia de la notoria bastardía de su abuelo el antirrey Alfonso XII.

El Rey Don Alfonso Carlos, en su carta del 10 de marzo de 1936, a S.A.R. el Príncipe Javier, declaró expresamente la exclusión de esta rama, al decir que: «Según las antiguas leyes españolas la rama de Don Francisco de Paula perdió todo derecho de sucesión por rebeldía contra sus reyes legítimos, y lo perdió doblemente Don Alfonso (llamado XII) para él y toda su descendencia, por haberse batido al frente de su ejército liberal contra su Rey Carlos VII», ratificándolas en sus cartas al Excmo. Sr. don Manuel Fal Conde, de 8 de julio y de 17 de septiembre de 1936. Textualmente el Rey dice: «Yo considero que toda la línea (rama) de Don Francisco de Paula no me puede suceder legítimamente por su rebeldía, pero sobre todo la de Don Alfonso (denominado el XII) por haber peleado al frente de su ejército liberal contra su legítimo Rey Carlos VII, y así tampoco su hijo Don Alfonso (llamado XIII), que nació once años después de la batalla de Lácara». En la segunda: «precisamente por no permitir que esa rama me suceda, fue por lo que nombré el 23 de enero último a mi querido sobrino Don Javier Carlos de Borbón Parma y Braganza, regente para el día de mi muerte, sabiendo que no podía dejar nuestra admirable Comunión en mejores manos para salvar a España con nuestros principios fundamentales, católicos y legitimistas».

Estas palabras de Don Alfonso Carlos, que revelan claramente su pensamiento, en todo acorde con la legislación sucesoria citada y vigente, entrañan una grave obligación y responsabilidad moral para la Comunión y la Regencia. ¿Cabría pensar que Don Alfonso Carlos hubiera nombrado Regente a Don Javier, si pensara que éste iba a designar a los descendientes de Don Francisco de Paula? Claramente se ve que no y la confianza por el Rey depositada en el Regente y en la Comunión marca la clara incompatibilidad de la sucesión legítima con la descendencia de la usurpación y ha de pesar, con gravísimo peso moral, sobre toda decisión que en la cuestión sucesoria se tome.

Rama segunda. Descendencia de don Enrique, Duque de Sevilla.

Esta rama ha sido cómplice principal de la usurpación a cuyo servicio ha estado siempre y sigue estando, salvo la fugaz aparición en el ejército de Carlos VII de los hijos de Don Enrique; hecho del cual se arrepintieron, abandonando las armas al hacerse la proclamación revolucionaria del antirrey Don Alfonso en Sagunto, y protestando después que si habían militado en el ejército Carlista, lo hicieron «en su edad irresponsable» vanagloriándose además de haber sido «los primeros y únicos Borbones que en los días de

prueba, y estando con las armas en la mano, hemos reconocido la legitimidad de Don Alfonso XII». (Carta que dirigió Don Francisco M.^a de Borbón a don Eduardo Dato, Presidente del Consejo de Ministros, el 10 de septiembre de 1914.)

Su Majestad Don Alfonso Carlos, en sus cartas citadas del 10 de marzo y de 8 de julio de 1936, afirmó también la indignidad de esta rama para sucederle.

Prueba de su vinculación real a la usurpación y a la revolución liberal, son también el hecho de que Don Francisco de Borbón y Castellví fuera candidato a Cortes por el partido de Sagasta, y que doña Cristina, en tiempos de Alfonso XIII, les concediera el Ducado de Santa Elena, que aceptaron y siguen usando hoy, así como el haber disfrutado honores y distinciones de la usurpación y haber solicitado de Alfonso XIII el reconocimiento de su infantazgo (1).

Línea de Francisco I, Rey de las Dos Sicilias, nieto de Carlos III de España. Rama primera, descendencia de Don Alfonso, Conde de Caserta.

Los Reyes y Príncipes de las Dos Sicilias siguieron durante el siglo XIX una línea vacilante ante la lucha dinástica, buscando una solución conciliadora. Mas, desde el matrimonio del Príncipe Don Carlos con la hija del antirrey Alfonso XII, y su usurpación del título y honores de Príncipe de Asturias, los Borbón Dos Sicilias han acatado y servido a los antirreyes —con quienes han estrechado más su parentesco con el enlace del antirrey Don Juan y la Princesa María de las Mercedes—, desconociendo la legitimidad de nuestros Reyes y posteriormente la de la Regencia.

Esta conducta hace a los Príncipes de esta rama indignos de la Corona de España, como ya lo declaró nuestro señor Don Carlos VII, en su solemne declaración de 4 de noviembre de 1903. Terminantemente lo declaró también el Rey Don Alfonso Carlos, en sus ya citadas cartas de 10 de marzo y 8 de julio de 1936, en que dice: «la rama Borbones de Nápoles reconoció toda ella la dinastía usurpadora, aceptando empleos, cargos, condecoraciones de la misma, y, por lo tanto, no puede suceder en España».

Rama segunda. Descendencia de Don Luis, Conde de Aquila.

Está representada actualmente por dos varones sin descendencia. Esta rama es inhábil para la sucesión por proceder de matrimonios celebrados contra la oposición de la familia. (Don Luis de Borbón y de Braganza, casado en Nueva York, el 22 de abril de 1869,

(1) La carta con que Alfonso (XIII) contesta a esta solicitud, denegándola, se reprodujo en el número 1 de la revista «Servicios», de los Alféreces Provisionales.

con mis María Amelia Hamel, y el del hijo de este matrimonio, don Luis Alfonso de Borbón y Hamel, con la Condesa de Wis de Valbronca). El Gotha reconoce el carácter desigual de estos matrimonios que contravienen la pragmática del Rey Don Carlos III, de 1776, y por ello en sus últimas ediciones omite esta rama.

Desconocemos si existe alguna causa de exclusión, por un posible reconocimiento de la usurpación, muy probable si se tiene en cuenta que el Conde de Aquila casó con una Princesa de la casa imperial brasileña, y es conocida la posición adoptada por esta casa.

Línea del Infante Don Gabriel, hijo del Rey Don Carlos III.

Esta línea se extinguirá con el actual Duque de Hernani, don Manfredo de Borbón, su último representante, que carece de descendencia agnada.

Desde el reconocimiento que el Infante Don Sebastián hizo de los ilegítimos derechos de la antirrey Isabel II, que por Decreto de 13 de junio del mismo año le devolvió los honores de Infante de España, los Príncipes de esta línea han estado al servicio de la usurpación. Estos servicios han sido premiados con los títulos nobiliarios de Duques de Marchena (1885), Durcal y Ansola (1887) y Hernani (1914).

Línea del Infante Don Felipe, Duque de Parma, hijo de Felipe V de España.

De esta línea no queda más descendencia agnada que la que procede del último Duque soberano de Parma, el Infante Don Roberto de Borbón, que defendió con las armas los derechos del Rey Don Carlos VII. El Duque Roberto contrajo matrimonio dos veces: con la Princesa María Pía de Borbón Dos Sicilias y el segundo con la Infanta María Antonia de Portugal.

Antes de analizar la situación de esta línea, diremos unas palabras sobre un argumento que suele emplearse por ciertos elementos para negar sus derechos a la sucesión española.

Al casarse la Infanta española Doña Ana de Austria con Luis XIII, Rey de Francia, y para evitar que algún día pudiera recaer la Corona española en la Casa de Francia, se dio en 1619 una ley por la que Doña Ana, con anterioridad a su matrimonio renunciaba por sí, y por su descendencia, a sus derechos eventuales a la Corona española. Ahora bien, en 1739 el Infante Don Felipe, hijo de Felipe V, y primer Duque de Parma, casó con «madame la infanta» Luisa Isabel, primogénita de Luis XV, de Francia, y descendiente de Luis XIII y Ana de Austria. De aquí, dando una interpretación caprichosa a la ley de 1619 (recogida en la Novísima Recopilación

como Ley IV, del Libro III, Título I), y apoyándose en que son descendientes de Doña Ana de Austria, a través de «madame la infanta» Luisa Isabel, los carlooctavistas niegan a la Casa de Parma sus derechos a la sucesión española y aseguran que están adscritos a la francesa. Diremos en primer lugar que revela una total ignorancia legitimista el adscribir a los Borbón Parma a la sucesión francesa como consecuencia del matrimonio del Duque Felipe con «madame la infanta» Luisa Isabel cuando es evidente que, según el riguroso derecho sálico francés, esta no tenía ningún derecho a la Corona francesa y, por lo tanto, no podía transmitirlo.

La Ley de 1619 fue dada para evitar que un día, dado el derecho sucesorio que entonces regía en España, un sucesor de Luis XIII, de Francia, ocupase el trono de España, derivando sus derechos del matrimonio de este Rey con la Infanta española Doña Ana de Austria. Claramente se especifica así en la ley al hablar de la no conveniencia de la unión de los dos reinos, tras lo cual, se inserta la renuncia de Doña Ana. Esta ley excluye, pues, claramente a los descendientes de este matrimonio que pudieran alegar derechos *provinientes de él*, pero no, y aquí está la clave de la cuestión, de aquellos descendientes suyos que los alegarán como derivados de otro conducto. Esta es la interpretación exacta de la Ley de 1619, avalada por la aplicación que, repetidamente, se ha hecho de ella. Y así la licitud de esta interpretación se comprueba por la posterior renuncia de Doña María Teresa, que tenía los derechos por otro conducto, a la sucesión española y la de Felipe V, descendiente de Luis XIII y Ana de Austria, a la francesa al ser coronado Rey de España. Esta fue, pues, la interpretación que la dio Carlos II al designar para sucesor suyo a Felipe V, descendiente de Doña Ana; Carlos IV (casado con María Luisa de Parma, descendiente de Doña Ana a través de «madame la infanta»), y Carlos VII, que se casó con Doña Margarita de Parma. Si la Ley de 1619 excluyera de la sucesión española a todos los descendientes, fueren cuales fueren los conductos por los que alegaren sus derechos de Luis XIII y Doña Ana y, por lo tanto, excluyera también a los Príncipes de Parma, por descender de «madame la infanta», habría excluido también a Felipe V, Fernando VII, Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Don Jaime y Don Alfonso Carlos, así como a los antirreyes (caso aplicable al punto de vista liberal) Isabel II, Alfonso XII y Alfonso XIII. Y puesto que son ellos los que usan el argumento, desde el punto de vista octavista, habría excluido también al Archiduque Don Carlos, descendiente de Doña Ana a través de su madre Doña Blanca.

Descendencia agnada del primer matrimonio.

S.A.R. el Príncipe Elías, actual Duque de Parma, y su hijo el Prín-

cipe Roberto de Borbón Habsburgo, representan esta subrama. El Príncipe Elías admitió la usurpación del antirrey Alfonso XIII, quien le reconoció la nacionalidad española por R.D. de 1920, con tratamiento de Alteza Real. Su hijo el Príncipe Roberto ha observado la misma actitud; ostentó la representación del antirrey en el entierro de Don Alfonso Carlos.

En su carta del 8 de julio de 1936, el Rey, refiriéndose a estos Príncipes, afirmó: «El Príncipe Elías de Borbón Parma, Jefe de esta rama, reconoció igualmente a Don Alfonso (llamado XIII) y recibió de él el Toisón de Oro. No opuede, pues, suceder. Tiene dos hijos —el Príncipe Francisco murió el año 1939—, pero creo que irán con el padre».

Descendencia agnada del segundo matrimonio.

A la muerte del Duque Roberto los hijos del segundo matrimonio quedaron bajo la tutela del Rey, entonces infante, Don Alfonso Carlos. Estos Príncipes se han mantenido estrechamente vinculados con la Monarquía legítima, a la que han servido con la misma lealtad que su padre. Son sobrinos carnales de las Reinas Doña Margarita de Borbón Parma y Doña María de las Nieves de Braganza; primos carnales del Rey Don Jaime III, con el que mantuvieron relaciones de estrechísima y entrañable amistad. No hace falta recordar los servicios que el Príncipe Don Francisco Javier Carlos —ahijado del Rey Don Carlos VII— ha prestado y sigue prestando a la Monarquía española. Son los únicos descendientes agnados de Felipe V, que no están incapacitados para la sucesión a la Corona real española y en declaración hecha en Roma, por el Jefe de la subrama, Don Francisco Javier Carlos, en Mayo de 1950, han reivindicado sus derechos a la sucesión española (1).

Actualmente la composición de esta subrama es la siguiente: I. Francisco Javier de Borbón y Braganza, y sus hijos varones Hugo Carlos y Sixto de Borbón y Borbón.—II. Félix de Borbón y de Braganza, Gran Duque Consorte de Luxemburgo, y sus hijos Juan y Carlos de Borbón Nassau.—III. Renato de Borbón y Braganza, y sus hijos Jaime, Miguel y Andrés de Borbón.—IV. Luis de Borbón y de Braganza, y sus hijos Guido y Remigio de Borbón y Saboya.—V. Cayetano de Borbón y Braganza.

Conclusiones:

Examinadas las distintas líneas varoniles que descienden del Rey Don Felipe V de Borbón, y aplicadas en su caso las leyes penales, vemos existen a la muerte del señor Don Alfonso Car-

(1) Vid. Tomo XII, pág. 108.

los (s.g.h.), y actualmente Príncipes plenamente capacitados para la sucesión real. Por lo tanto, no hay lugar a salir del primer supuesto previsto por la ley fundamental de 10 de mayo de 1713. Es únicamente la línea de Don Felipe de Parma, y concretamente la descendencia del segundo matrimonio del Duque Infante Don Roberto de Borbón la que conserva sus derechos a la Corona. Estos recaen en primer lugar en la augusta persona de S.A.R. Don Francisco Javier Carlos de Borbón y Braganza, continuándose luego en sus hijos, y quedando establecido el orden sucesorio como se indica al final del apartado anterior, al consignarse la composición agnaticia de la Casa de Borbón-Parma Braganza.

A pesar del confusionismo creado en torno a la sucesión real, esta conclusión a la que se llega lógicamente por la justa aplicación de las leyes penales, y la fundamental sucesoria de 1713, es la que propugnamos y anhelaba el Rey Don Alfonso Carlos. En su importantísima carta de 8 de julio de 1936, se apunta claramente: «Pido a Dios lo arregle de modo que Don Javier Carlos sea mi sucesor legítimo —dice el Rey—, y después de él sus hijos. Tengo plena confianza en mi sobrino Javier y espero que sea él el salvador de España». Su nombramiento de Regente así lo indica, puesto que es cargo que se confiere en las Monarquías al más próximo heredero, no siendo menor de edad. Su Majestad el Rey, conociendo la extrema delicadeza del Príncipe, y previendo los posibles escrúpulos que de ella se derivasen, en su carta de 10 de marzo de 1936, a él dirigida, decía: «Esta Regencia no debe privarte de ningún modo de un eventual derecho a mi sucesión, lo que sería mi ideal, por la plena confianza que tengo en tí, mi querido Javier, que serías el salvador de España».

Y esta es también la solución anhelada por el pueblo leal. Buena prueba de ello —entre otras— fue la carta dirigida a S.A.R. el Regente por casi trescientos curas navarros (1). Atendiendo a este clamor popular, refrendo del pueblo legitimista español a las razones jurídicas que en este dictamen se exponen, el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista, reunido en Madrid el 25 de junio de 1950, bajo la presidencia efectiva del señor Príncipe Regente, manifestó a S.A.R. oficialmente su deseo de que, resolviéndose definitivamente el problema sucesorio, fuese proclamado el Señor, Rey Legítimo de España (2). Este deseo se ha visto ratificado en forma general y espontánea durante el reciente viaje de S.A.R. por tierras españolas.

(1) Vid. Tomo XI, pág. 136.

(2) Vid. Tomo XII, pág. 29.

Son el Rey y el pueblo quienes avalan las conclusiones a que llegamos con este dictamen. El Rey y el pueblo que son los dos pilares de la Monarquía.

Pablo Iturria
San Sebastián.»

TRES DICTAMENES DE DON MELCHOR FERRER DALMAU

«EL DERECHO Y EL DEBER DE LA COMUNION TRADICIONALISTA»

«Excmo. Sr.:

El problema de la sucesión de la Dinastía Carlista ha sido hasta ahora estudiado en el sólo aspecto de los imperativos de la Ley Sucesoria y de los derechos que para los Príncipes dimanaban de la misma. Y en último término por las consideraciones del bien común que corresponden a toda sociedad civilizada.

Hay, sin embargo, un aspecto sobre el cual me permito llamar la atención de V.E. que hasta ahora no ha sido tratado y que corresponde a los derechos adquiridos por nuestra gloriosa COMUNION, por su abnegación, sus sacrificios y sus lealtades durante más de un siglo.

Es evidente que el pacto histórico entre España y la Monarquía ha sido mantenido por los españoles con su lealtad a la dinastía desterrada. Este pacto histórico no ha sido roto un sólo instante y durante más de cien años todos los llamamientos de nuestros Reyes han sido escuchados y sus órdenes observadas por los fieles defensores de la legitimidad.

El pacto revolucionario entre la dinastía usurpadora y el pueblo revolucionario español, sí que ha sido roto, cuando menos por dos veces. En 1868 los mismos Generales que habían elevado al Trono de Madrid a Isabel II fueron los que la arrojaron de España y el pueblo que había aclamado a la Reina usurpadora aplaudió y se unió a los que llevaron a cabo la revolución de septiembre. En 1931 los mismos políticos que habían heredado de los que en 1874 habían proclamado a Alfonso XII fueron los instrumentos que arrojaron de España a Alfonso XIII. Y en un caso y en otro no hubo un movimiento popular que expusiera al servicio de aquella dinastía ni vidas ni haciendas.

Muy diferentemente ha sido el caso de la Comunión Tradicionalista. Apenas se había conocido la usurpación cometida en Madrid en 1833, en España entera surgen los reivindicadores del derecho usurpado y todavía no se ha oído la voz o cuando menos no se ha conocido el llamamiento de Carlos V, se inicia la guerra

llamada de los SIETE AÑOS, que desde 1833 a 1840 mantuvo con su lealtad y escribiendo con sangre la vigencia del pacto histórico de la sociedad española con su Monarquía. Y en 1844 todavía empuñan las armas los carlistas en corta, desgraciada, pero sangrienta campaña. En 1847, al llamamiento de Carlos VI, se inicia la Segunda Guerra llamada de los MATINERS, de 1847 a 1849. De 1855 al nuevo llamamiento de la dinastía Carlista, sus leales empuñan nueva campaña hasta 1856. En 1860 también acuden al llamamiento de Carlos VI, en aquella aventurosa empresa que tuvo remate sangriento en la tragedia de San Carlos de la Rápita. A la voz de Carlos VII los carlistas españoles empuñan las armas en 1869, y fracasado este movimiento de nuevo acuden al campo de batalla en 1870, y, por último, en 1872 comienza la tercera guerra que termina en 1876. A raíz del derrumbamiento colonial, los Carlistas se presentan en combate de nuevo en 1900 y, por último, a la voz de Don Alfonso Carlos surgen en campaña nuestros gloriosos Requetés en la gloriosa epopeya de 1936 a 1939.

Por lo que antecede y dejando aparte minúsculos alzamientos que no merecen apuntarse en este lugar, no porque el sacrificio y la lealtad no les diera este puesto, sino por su propia exigüidad, siempre se demuestra que tanto en paz como en guerra los carlistas han defendido sus ideales y han estado al absoluto servicio de la Causa de la Dinastía Legítima.

Esto nos lleva a la conclusión de que una parte del pueblo español, el monárquicamente más representativo, ha considerado como vigente el pacto entre España y la realeza y en ningún caso ha dejado de obedecer las órdenes de su Rey en el destierro como si hubiera estado presente en la Corte de las Españas.

Ningún partido monárquico en el mundo puede pretender tal cosa. Somos los primeros que admiramos la magnífica epopeya de los realistas franceses contra la Revolución y contra el Imperio. Pero en realidad la Francia monárquica y legitimista no ha vuelto a verter la sangre y sacrificar sus bienes desde el alzamiento de la Vendée, en 1832, en la empresa de la Duquesa de Berry. También admiramos la perseverancia de los jacobitas ingleses, pero no podemos menos de considerar que desde 1746, cuando las armas de Carlos Eduardo fueron vencidas en la batalla de Culloden, ningún nuevo alzamiento ha mantenido la protesta igual que el Carlismo español, y el pacto por lo tanto no fue continuado. Mucho admiramos a los legitimistas portugueses, que defendieron los derechos del Rey Miguel, pero desde 1848 no han vuelto a empuñar las armas y la sangre legitimista no ha corrido por los campos de batalla.

Es evidente, por lo tanto, que sólo el Carlismo español ha estado constantemente en la lucha cruenta hasta nuestros días y que

por este sacrificio y por esta constancia el pacto fue mantenido, lo que es más todavía, observado por los legitimistas, representación genuina de la sociedad española.

En estas condiciones debemos significar que la Comunidad Tradicionalista ha mantenido con honor y en toda su virtualidad el pacto histórico. La ha mantenido porque dinásticamente con otros casos de otros partidos legitimistas ha soportado toda la desgracia, toda la persecución, sin renegar jamás de su nacionalidad española. Jacobitas ingleses desterrados de Inglaterra adoptaron y sirvieron la nacionalidad española o francesa; los mismos defensores del Archiduque Carlos en la guerra de Sucesión española se acogieron a la nacionalidad austríaca vencidas sus armas, y en cambio los carlistas emigrados establecidos en las Américas, en Europa y hasta en los confines de Asia y África conservaron en su exilio su nacionalidad y crearon hogares españoles que eran hogares carlistas.

Lo que antecede establece el derecho que tiene la sociedad española representada por la lealtad de la Comunidad Tradicionalista a que la cuestión sucesoria planteada a la muerte de Don Alfonso Carlos tenga también la solución adecuada conforme a las condiciones prescritas por nuestros reyes.

No se trata, por lo tanto, de que solamente sea cuestión de resolverla en conciliábulo de Príncipes, examinando un árbol genealógico. No se trata solamente de que entre los Príncipes se designe aquel a quien la ley llame primeramente. Esto se podría hacer si la dinastía Carlista no hubiese sido constantemente obedecida, no ya en el interior de los hogares, o en las luchas incruentas de la política, sino en los momentos cumbres que el sacrificio de las vidas y el sacrificio de las haciendas marcaban con sello indeleble que el pacto era continuado, respetado y cumplido por el pueblo español.

Tiene la Comunidad Tradicionalista el más alto de los deberes que es el de cumplir su derecho. Más de cien años la Comunidad Tradicionalista con su sangre ha escrito las páginas en que se indicaban los derroteros que debía seguir España para no sucumbir en las garras de la revolución. Más de cien años ha estado la Comunidad Tradicionalista demostrando con su sacrificio que los derroteros que se seguían conducían al aniquilamiento, y para evitar ello para restablecer en toda su pureza nuestra tradición cristiana y monárquica, los hombres de genio sacrificaron las más legítimas ambiciones, los potentados entregaron sus fortunas, los Jefes militares vieron tronchadas sus carreras y el pueblo entero entregó su sangre a pecho descubierto delante del enemigo en los campos de batalla o ante los piquetes de ejecución. Prelados ilustres como el venerable Obispo de Santander, Sánchez de Castro, quedaron

relegados en sus diócesis o como el Obispo Caixal murieron en el destierro. Generales como Arévalo murieron en la indigencia, en el destierro, o como Zumalacárregui, heridos por la metralla enemiga. Escritores ilustres vieron cerradas todas las puertas por ser fieles a la Causa de la Legitimidad. Es decir, Excmo. señor, que el cumplimiento del pacto por el pueblo español rebasó los límites de lo humanamente exigible para entrar en el del heroísmo, del sacrificio. Mucho otra hubiera sido la concepción literaria de Arriaza si este poeta no hubiese sido carlista.

El derecho de la Comunión de ser escuchada es innegable ya que nunca rehuyó el cumplimiento de los deberes por el pacto histórico fijado cuando sus reyes hicieron los llamamientos. Pero también es cierto que el deber de la Comunión es absolutamente innegable, en cuanto a señalar la persona del Príncipe que debe iniciar desde el poder la restauración de la Tradición española.

La cuestión sucesoria española no se desarrolla como antiguamente en las pretensiones de dos dinastías. Triunfara Juana la Beltraneja o Isabel la Católica, no había diferencia de principios, como no la hubo en la lucha entre Pedro el Cruel y Enrique de Trastámara. No ocurre actualmente el mismo caso, sino que las luchas dinásticas representan combate entre las ideas tradicionales del país o las modalidades de reformas basadas en novedades. Muy particularmente en España en la lucha de la tradición cristiana contra el liberalismo dimanante de la Revolución francesa. En estas circunstancias el deber de la Comunión es señalar al Príncipe idóneo para acometer la gran obra de restauración Monárquica, que no puede estar al azar de un mayor derecho por nacimiento preferente sino en la capacidad y condiciones espirituales y doctrinales de la persona que debe hacerlo. Y este principio quedó perfectamente a la vista, fue reconocido y aplicado por nuestros predecesores cuando el Infante Don Juan, nada menos que hijo de Carlos V y padre de Carlos VII, se apartó de su vinculación con el tradicionalismo. Y fue justamente una Princesa de la Casa de Braganza, aquella gloriosísima Reina Doña María Teresa, más conocida por la Princesa de Beira, la que nos dijo y nos enseñó de que el llamamiento por sangre, el llamamiento por primogenitura, el llamamiento por ser el Príncipe de mayor derecho, es inoperante cuando hay lesión a los puros principios de la Monarquía Tradicional española. En estas condiciones, bien claro está que el deber de la Comunión Tradicionalista está en decir a todos los españoles quién es el Rey de España, no presentarlo como un candidato a la Corona, que sería parangonarlo con los otros pretendientes, ni presentarlo como un pretendiente más, sino como el verdadero sucesor de la Dinastía Carlista para poder decir a todos los españoles: Los principios

políticos para la salvación de España que durante un siglo os anunciaron nuestros pensadores: Fray Magín Ferrer, Pedro de la Hoz, Aparisi y Guijarro, Navarro Villoslada, Gabino Tejado, Cándido Nocedal, Ramón Nocedal, Vázquez de Mella y tantos otros, no pueden ser realidades en España, sino bajo la égida del Rey que nosotros aclamamos y que por ser el sucesor de la Dinastía que se extinguió en 1936, es continuadora de la labor realizada en pro de España desde 1833. Cuando nosotros os decíamos que vuestros derroteros conducían a la anarquía y a la disolución no nos escuchasteis; cuando os señalábamos nuestros Reyes del destierro no nos hicisteis caso: *muy caro lo habéis pagado*. Hoy como ayer os decimos: nuestros principios salvadores son estos, nuestros modos y procedimientos son estos, y el Rey que tiene que hacer la salvación de España es éste, el que nosotros decimos, y si una vez más cerráis los ojos y os tapáis los oídos, diremos al pueblo español: Los males que caigan sobre España vosotros los habéis querido, que la solución completa en doctrina y en aplicador de la doctrina ya os lo hemos desde ahora de nuevo dicho y repetido.

Y la Comunión, escribiendo de nuevo una página de su historia, recabando un derecho, habrá cumplido con su deber.

Tal es a mi entender, Excmo. señor, el punto de vista que debe ser tenido en cuenta en la cuestión de la solución sucesoria. Si la Comunión ha cumplido su deber con el pacto histórico que le vincula a la Casa de Borbón, descendiente de Felipe V, ha de esperar, y justamente espera, que los Príncipes descendientes del fundador de la Casa de Borbón en España cumplan con su deber de sangre y su deber histórico. Pero la Comunión no debe estar supeditada a los azares de que los llamamientos preferentes presenten algún Príncipe que no esté vinculado en sentimientos y pensamiento con la Comunión. La Comunión no puede estar pendiente de que un Príncipe desvinculado de España y desvinculado de la Dinastía Legítima pueda hacer acto de presencia por simple pretensión de un puesto preferente en el árbol genealógico, pero incapaz de sentir la grandeza de España y la grandeza de la Comunión. Esta no puede aceptar a uno cualquiera por un mayor derecho de nacimiento y, por lo tanto, deberá formular los llamamientos de la sucesión dinástica bajo otro aspecto. No estableciendo las líneas preferentes, sino fijando aquellos Príncipes cuya vinculación espiritual les une al tradicionalismo español, y entonces, sí, entre estos debe hacerse la indicación de preferencia en la rama o por nacimiento.

Establecida esta forma, la Comunión Tradicionalista no encuentra en todas las líneas de Felipe V más que la de Parma, y aun dentro de ella no todos tienen aquellas condiciones de convivencia en el pensamiento y, por lo tanto, deben rechazarse los que le

falten este requisito. Y hecha esta labor, Excmo. señor, es cuando nos encontramos en el lugar primero a S.A.R. el Príncipe Don Francisco Javier de Borbón, que reúne todos los requisitos y cuyas condiciones son tales que puede dignamente figurar a continuación de Carlos V, Carlos VI, Carlos VII, Jaime III y Alfonso Carlos.

Sería tristísima la lectura de un acto de abandono por Príncipes de sangre real que por respeto a una ley no comprendieran todas las lealtades, los tesoros inmensos de heroísmo y sacrificios de un pueblo que cumple con sus deberes del pacto histórico, se viera abandonado, en trance tan decisivo no sólo para España, sino por la supervivencia de la lealtad en una Europa en que sufren grave crisis el ideal monárquico.

Estas son reflexiones que me atrevo a elevar a conocimiento de V.E. por si juzga conveniente darlas a conocer a S.A.R. el Príncipe Don Francisco Javier de Borbón, Regente de la Comunión Tradicionalista.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Sevilla, 20 de mayo de 1952.

Firmado: Melchor Ferrer Dalmau.

Excmo. Sr. Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista.»

«LA NACIONALIDAD DE LOS PRÍNCIPES»

Suscitada por los octavistas, y al mismo tiempo utilizada como arma de combate por los sivatistas, se plantea con cierta frecuencia la cuestión de la nacionalidad del Príncipe Don Javier.

La Jefatura Delegada me ha encargado que tratara de este aspecto de la cuestión sucesoria y, aunque me considero inferior a la tarea que se me ha dado, por disciplina he tratado de formular unas observaciones para llegar a una sola conclusión, cuya realización depende de todos nosotros.

Al iniciar el tema nos encontramos con dos cuestiones fundamentales: la primera, la nacionalidad de origen; la segunda, la nacionalidad por naturalización. Los adversarios del Príncipe rechazan a Don Javier bajo el pretexto de que no teniendo adquirida la nacionalidad española, no es apto para la sucesión a la Corona. Dispuesto a informar completamente, no quiero eludir ningún aspecto de la cuestión a fin de poder resolverla lo mejor posible según la recta interpretación de la Ley Fundamental de 1713.

La nacionalidad por origen tiene tres características en el caso de Don Javier. La primera es que pertenece a la Casa de Parma, y, por lo tanto, es italiano; la segunda es que pertenece a la Casa de España, en cuanto dimana del tronco común de Felipe V, del

que descende en línea agnaticia rigurosa y es, por tanto, de nacionalidad española; la tercera es que pertenece a la antigua Casa de Borbón y existen en Francia las famosas cartas patentes dadas por los Reyes, incluso a favor de Felipe V, por las que todo Príncipe de dicha Casa que pasa a regir una Corona en el extranjero conserva, él y sus descendientes varones, la nacionalidad francesa: bajo este último aspecto es francés. Todo ello no deja de ser una ilustración a la doctrina de que todo Príncipe pertenece a la Casa de origen, y que no hay nacionalidad para los Príncipes. Alegato que hemos empleado contra el Archiduque Carlos cuando le hemos dicho que su nacionalidad española nada indica, porque él pertenece a la Casa de Toscana, y en este caso es italiano, y luego a la de Habsburgo, que es austríaca (1).

Hay, además, el hecho de que Don Francisco Javier se haya nacionalizado francés, habiendo prestado innegables servicios a Francia si bien no ha pertenecido al ejército francés y sí al belga. Si partimos del principio de que la nacionalización legal no afecta a la nacionalización efectiva de la Casa a que pertenecen, veremos que el hecho de naturalizarse el Archiduque en España no le exime de estar totalmente unido a las dos nacionalidades de su origen; y lo mismo le ocurre a Don Francisco Javier, si bien al naturalizarse ha recobrado por la vía legal el derecho que recibieron los Borbones y los Príncipes franceses cuando existía la Monarquía, y que hubiera obtenido también, sin trámites burocráticos, si hubiese sido restaurada en Francia la Monarquía legítima con Enrique V, y la sucesión se hubiese mantenido luego. Es decir, que mientras en Don Carlos la nacionalización civil es un simple *pastiche*, en Don Javier es la reintegración a la Casa de origen, hecha necesaria por el triunfo revolucionario y la subsistencia de la república.

Antes de seguir nuestro informe hemos de estudiar la respuesta inmediata al siguiente dilema:

1.º Si el derecho a la sucesión legítima recae según la ley de 1713 en la persona y familia del Príncipe Javier.

2.º Si en realidad recae en otra persona.

Este asunto tratado en otro informe que presento al Consejo debe ser contestado afirmativamente en lo que respecta al primer apunte, es decir, que el derecho a la sucesión llama a la línea de Parma, y por abandono de derechos, dentro de ella, recae la sucesión en Don Javier.

(1) Acerca de la nacionalidad del Archiduque don Carlos de Habsburgo y Borbón, más conocido por Don Carlos VIII, véase entre otros datos dispersos por esta recopilación el subtítulo «La nacionalidad de Don Carlos VIII», Tomo XII, pág. 181.

Y ahora hemos de ir a una hipótesis: si el derecho de sucesión recayera en Príncipe no español.

Partiendo de que todo Príncipe pertenece a la Casa de su origen, Don Javier, perteneciente a la de España, es español. Pero tengamos en cuenta que todo Príncipe de la Casa de Borbón es también español, mientras tenga línea de agnación rigurosa a partir de Felipe V. Todo Borbón que no se encuentre en este caso no es español.

Ninguna ley española ha exigido nunca la nacionalidad española para la soberanía Real, si no es la ley de 1947, dada por el General Franco, contra la que protestaron el Príncipe Don Javier y la Comunión (1). Las demás leyes sucesorias que se han seguido en el siglo XIX, incluyendo lo asignado en la Constitución de las Cortes de Cádiz, están en este caso: Artículo 182, «si llegaran a extinguirse todas las líneas que aquí se señalan, las Cortes harán nuevos llamamientos, cuando vean que más importante a la nación, siguiendo siempre el orden y reglas de suceder aquí establecidas» (Constitución de 1812). En la famosa Constitución liberal de 1837, se lee en el artículo 53: «Si llegaren a extinguirse todas las líneas que se señalan, se harán por una ley nuevos llamamientos como más convenga a la nación». Este artículo lo pasa a ser el 52 de la Constitución de 1845. En el proyecto de Constitución de Bravo Murillo de 1852, en el artículo 31 se decía: «Si llegaren a extinguirse todas las líneas que se señalan, se harán por una ley nuevos llamamientos». Dejemos la Constitución nonnata de 1855, puesto que no llegó a regir tampoco, y en la que esta cuestión quedaba sin mencionar por haber sido rechazado en la discusión de las bases el artículo 58, que decía: «Si llegaran a extinguirse todas las líneas anteriormente designadas, las Cortes harán nuevos llamamientos como más convenga a la nación», quedando sin sustituir la fórmula de proveer el Trono de la Majestad, en el caso de extinción de la familia real, excluida la Carlista».

Es indudable que la Constitución dada por las Cortes de 1869 no iba a ofrecer dificultades para un llamamiento de un Príncipe extranjero, y así, en el artículo 78, decía: «si llegare a extinguirse la dinastía que es llamada a la posesión de la Corona, las Cortes harán nuevos llamamientos, como más convenga a la nación». Por último, en la Constitución de 1876, mal llamada de la Restauración, se lee en el artículo 62: «si llegaran a extinguirse todas las

(1) Por adaptarse a este derecho positivo, Don Javier y su hijo y sucesor Don Hugo, se empeñaron en los años sesenta en una larga y dura gestión por conseguir la nacionalidad española, como veremos.

líneas que se señalan, las Cortes harán nuevos llamamientos como más convenga a la nación».

Es por lo tanto una innovación muy contraria a lo usual en la transmisión monárquica en todos los países, la ley de Franco de 1947, en que se exige la nacionalidad española para el llamado a ser Rey, lo que demuestra un concepto pobre y raquítico de la persona del Rey, de la Majestad Real, que se considera por esta ley como un simple funcionario del Estado, el primer funcionario del Estado, el Monarca, siendo así que este es la personalización del Estado y, por tanto, no puede ser funcionario por rango y categoría que se le de.

Esta ley contradice, además, la práctica de todas las Monarquías. Extranjero en el Reino de Aragón era el Infante Don Fernando de Trastámara, conocido por el de Antequera, de la Casa de Castilla, en la que había tenido nada menos que la Regencia de Juan II. Esta extranjería no impidió que los compromisarios de Caspe le llamaran a la sucesión en el Trono de Aragón, con preferencia a Don Jaime, Conde de Urgel, que era catalán.

La extranjería no impide que sea llamado a la Corona de Navarra Teobaldo I, Conde de Champaña, IV del nombre en dicho país, adoptado por Sancho VII el fuerte en 1224, y que siguieron siendo Reyes de Navarra, Teobaldo II y Enrique el Gordo, a pesar de que eran también soberanos en Champaña, donde reinaron con los nombres de Teobaldo V y Enrique III.

Extranjeros eran en Navarra los Reyes de Francia Felipe IV el Hermoso, Luis X el Hutino, Felipe V el Largo y Carlos IV el Hermoso, es decir, toda la línea de los últimos Capetos.

Tampoco eran navarros Felipe de Evreux y sus sucesores Carlos II el Malo y Carlos III el Noble.

Tampoco era navarro Juan II de Aragón. Ni lo era Francisco Febo, ni Juan de Albret.

Así tenemos que si en Aragón no fue obstáculo la extranjería para que entrara la Casa de Trastámara de Castilla; en Navarra pudieron ser Reyes de la misma los que a la par eran Reyes de Francia, Condes de Champaña, Reyes de Aragón y Conde de Foix.

No invalidaba tampoco la extranjería para que la Casa escocesa de los Estuardos reinara en Inglaterra, para que se llamara después a reinar a Guillermo de Orange (Guillermo III), ni para que con Jorge I entrara a reinar la Casa de Hannover, notablemente alemana, tanto que ni siquiera el primer Rey supo hablar inglés. Esto demuestra que cuando el derecho de sucesión llama a un Príncipe por la ley y por la sangre, no hay incapacidad por el hecho de ser extranjero, ni siquiera por ocupar un Trono o detentar

una soberanía sobre otro Estado (1). En esta materia no conocemos más que la prohibición dictada por las Cortes de Lamego, en Portugal.

Todo lo cual es demostración clara de que si el derecho de suceder llama a un Príncipe que pertenece a una nacionalidad que no es del país que debe regir, el derecho dimanante de la ley de sucesión por la sangre es superior al concepto moderno, protestante, napoleónico y liberal de las nacionalidades.

Y porque así lo entendían los españoles lucharon en guerra civil entre ellos, los partidarios de un Príncipe francés de origen y de nacionalidad, Felipe V, y los de otro Príncipe de nacionalidad y origen alemán, el Archiduque Carlos, más tarde Carlos VI, Emperador de Alemania, lo cual, si hubiera triunfado en España, no habría sido obstáculo para que hubiera ceñido las dos Coronas.

En el caso de que el Príncipe pretendiente no esté llamado a la sucesión de la Corona por Ley fundamental, no le asiste ninguna condición que le mejore en su pretensión por el hecho de ser español. Y aplicándolo aún más: el hecho de ser nacionalizado español, no da preferencia alguna sobre otro Príncipe con mayores derechos, pero que no goce de la ciudadanía española en el sentido burocrático.

La nacionalidad de los Príncipes está en la Casa a que pertenecen, no en la adscripción voluntaria a determinada nacionalidad. Ya hemos dicho que Don Javier es Príncipe de la Casa de Parma, y, por lo tanto, es italiano en cuanto tenga derecho directo a la sucesión de aquellos estados; es español en cuanto tiene derecho a la sucesión inmediata a la Corona de España. Pero es siempre francés por cuanto pertenece a la Casa originaria de Borbón, y es una rama de los Capetos, y todos los Borbones están mantenidos dentro de la Casa de Francia por las cartas patentes que para ellos dieron los Reyes, y muy particularmente, en este caso, para Felipe V (2). Ahora bien, si el derecho inmediato no recae en

(1) Incluso en las izquierdas, desde las moderadas a las revolucionarias, se ven ejemplos contemporáneos de prescindir de la nacionalidad de origen: así, el «Ché Guevara», argentino de nacimiento, escaló el poder en Cuba y lo intentó después en Bolivia. Y uno de los tres llamados «padres del Mercado Común Europeo», fue, por Francia, Schuman, nacido en Alsacia, cuando esta era alemana: Adenauer, por Alemania, había nacido en Renania; De Gasperi, representante de Italia, era natural de Austria. Por otra parte, Adolfo Hitler era austriaco.

(2) Los revolucionarios abominan, aun de lejos, la posibilidad de la coincidencia de dos coronas en un mismo Rey, con la consiguiente unión de pueblos. Pero se declaran apátridas, se afilian a las internacionales, son devotos de la unificación de Europa y del mundo (movimientos «One World») y partidarios de que las actuales naciones cedan parte de su soberanía a organismos supranacionales oscuros.

Don Javier, y si su derecho es eventual, no pueda decirse que sea italiano más que en lo que corresponda a esa eventualidad. Si el llamamiento a la Corona de España no le llama inmediatamente, es español en el grado que refleje su eventualidad, pero nunca pierde su derecho francés porque los Borbones revierten siempre al tronco originario de la familia. Lo mismo podríamos decir y ocurrió, en los ascendientes del Archiduque Carlos, quien reversionó a la casa de Austria al perder la soberanía de Toscana, pero volvió, una vez despojada esta casa del poder y de la soberanía, a su casa originaria.

Los Príncipes de Parma gozaron de un privilegio del que no gozaron los de Nápoles: fue el de que al primogénito se le considerara Infante de España. Si bien esta norma se suspendió desde 1833 hasta 1849, en que el Duque de Parma, por imposición de la revolución imperante reconoció a Isabel II, situación que se mantuvo hasta 1868, en que fue privado de él, perdiéndolo definitivamente ante la dinastía usurpadora, por haber tomado parte el Duque Roberto en la guerra carlista al lado del Rey Carlos VII, a cuya causa se adscribió. De esta forma vemos que el Jefe de la Casa de Parma figura, incluso en las Guías Oficiales del período isabelino, como Infante de España y miembro de la familia real.

Nuestros realistas en las Cortes de Cádiz tenían una clara visión de lo que significaba la extranjería en los Príncipes: por eso, a pesar de que Doña Joaquina Carlota estaba casada con Don Juan VI de Portugal, la presentaron para Regente de España durante la guerra de la Independencia, y es curioso que, ni folletistas liberales, ni diputados del mismo matiz, alegaran para oponerse a ello que Doña Joaquina Carlota era extranjera. Y, sin embargo, es evidente que al contraer matrimonio había entrado a formar parte de la casa de Braganza y a ella pertenecían sus hijos sin tener ya relación con la Casa de España.

Todo, por lo tanto, estriba en que Don Javier tenga derecho a la Sucesión. Si el derecho recae en Don Javier, nada hay que se oponga por ejercicio de la ley fundamental, y por la tradición española, a que sea llamado a ocupar el trono, ya que Don Javier, al recibir el derecho inmediato a la sucesión, ha pasado a gozar de sus derechos plenos de español. Oponerse a ello pretextando la extranjería es contrario al legitimismo, es despojar de derechos, es seguir la causa de la usurpación, como ya decía a su tiempo Carlos VII.

Y ahora examinemos la doctrina Carlista sobre el particular. Nos interesa en cuanto nosotros obramos y actuamos como Comunión Tradicionalista y tenemos la obligación de respetar la tradición Carlista.

Don Javier pertenece a la Casa de España y su derecho dimana del tronco fundador de Felipe V. Desciende por línea agnaticia de rigurosa agnación y constante legítimo matrimonio, condiciones fundamentales en la ley de 1713. Pertenece, también, sin embargo, a la Casa de Francia. No es extranjero en Francia. Decía Carlos VII: «Un Ministro, imaginando que un Borbón, un descendiente de Enrique V y Luis XIV, puede ser extranjero en Francia, me retira la hospitalidad francesa». (Protesta por su expulsión de Francia de fecha 10 de julio de 1881, en París.)

Toda doctrina que mantenga el principio de que el Príncipe Javier, por ser francés, pierde sus derechos en España, está condenada por Carlos VII como fautora de usurpación: «Doy a Vd. las gracias por haberme enviado su escrito los «Herederos de Enrique V», estudio magistral que he leído con verdadero placer. En él se pulverizan erróneos asertos y se deshacen argumentos empleados en beneficio de todas las usurpaciones». (Carta al Príncipe de Valori, Venecia, 27 de febrero de 1889.)

Los derechos que se puedan tener a la Corona de Francia no invalidan los efectivos que se tengan a la Corona de España. Tal es la doctrina de Carlos VII: «no hay en Europa un político, un diplomático, un hombre de recto juicio que considere vigentes renunciaciones que nacieron muertas. No hay un patriota español, ni un francés, que se atreva a reivindicar actos impuestos en odio a la grandeza de España y de Francia». (Carta al Príncipe de Valori, Venecia, 27 de febrero de 1889.)

La legitimidad de que las dos Coronas recaigan sobre la misma persona también es doctrina de Carlos VII, aunque él no pretendiera la de Francia: «si no reclamo una doble y legítima corona...». (Carta al Príncipe de Valori, Venecia, 14 de septiembre de 1888.)

Carlos VII indicaba bien claro que si no hacía efectivos sus derechos, cualquier Príncipe, con derecho legítimo, podía reivindicarlos en cualquier momento: «un día llegará en que algún Príncipe de mi Casa sepa reclamar los imprescriptibles derechos, reservados por mí solamente al contestar en diciembre de 1887, al mensaje de los señores Cathelineau, d'Andigne y Du Bourg». (Carta al Príncipe de Valori, Venecia, 27 de febrero de 1887.)

Y, además, Carlos VII tampoco pensó nunca en abandonar abso-lutamente la Causa legitimista de Francia. Así podía escribir: «Si, en mi santa pasión por España, no reclamo inmediatamente mis derechos a la Corona de Francia...». (Carta a M. Joseph du Bourg, Venecia, 11 de junio de 1889.)

Y al fin de sus días, cuando se dirige a sus leales en aquel documento que era al mismo tiempo el adiós supremo, pero en el que exponía toda la grandeza de su alma, su afecto a Francia, su

unión con la Causa legitimista, se expresaba con las siguientes palabras: «No quise ni pude olvidar que el nacimiento me imponía deberes hacia Francia, cuna de mi familia. Por eso allí mantuve intactos los derechos que como Jefe y primogénito de mi casa me corresponden».

Así, con textos de Carlos VII, irrecusables para todo carlista, se contestan los pretendidos argumentos de los octavistas y sivatistas, que oponen sus ambiciones y sus personalismos a lo que debe ser norma constante en quien se titule carlista: la voz de nuestros Reyes y, en este caso, particularmente la de Carlos VII. Quien rechace estos documentos estará al servicio de algo o de alguien, pero no de la Causa Carlista; favorecerá a los poderes constituidos o al hijo de Alfonso XIII: al Carlismo intransigente e inclaudicable, jamás.

Véase, pues, que ni en doctrina Carlista, ni en precedentes históricos españoles, ni en la legislación tradicional, ni siquiera en la de la Monarquía liberal, hay obstáculos, ni tan sólo dificultad en admitir, aceptar y reconocer todos los derechos que la ley concede a Don Francisco Javier, sea o no pretendiente a la Corona de Francia, sea o no pretendiente a la Corona de Parma, sea o no naturalizado francés, porque en este último caso, francés era para los legitimistas franceses y españoles, lo mismo antes que después de la naturalización legal.

Es inútil que pretendamos ahora poner antecedentes históricos, tales como el de Carlos VII ofreciendo a Napoleón su espada para luchar en la guerra franco-prusiana de 1870, porque lo que habla son los principios, lo que dispone son las doctrinas, la que determina son las leyes, y todas y cada una de estas alegaciones se pueden presentar en favor de Don Francisco Javier.

Es inútil y absurdo hablar de renunciaciones que, como decía Carlos VII, nacieron muertas, con el fin de apoyar el triste y lamentable tratado de Utrech. («tratados diplomáticos que Europa, por veinte veces, los ha violado», como decía Carlos VII en su carta al Príncipe de Valori, el 14 de septiembre de 1888 desde Venecia.)

Pero además tengamos en cuenta que nos presentan una cuestión absolutamente bizantina, ya que en realidad Don Francisco Javier no es pretendiente a la Corona de Francia, ni mucho menos Rey de Francia. Toda esta polémica tiende a dos fines, a favorecer las pretensiones de Don Juan y las pretensiones del Conde de París.

* * *

Hemos indicado anteriormente que son muchas las familias reinantes que no son autóctonas en sus países. Hemos referido

cómo en Navarra y en Aragón habían entrado Casas extranjeras. Un leve recorrido nos indicará el origen de las dinastías que ahora reinan en Europa: mejor dicho, los apellidos reales de estas dinastías.

Inglaterra: oficialmente Casa de Windsor; en realidad: Sajonia-Coburgo-Gotha, por el casamiento del Príncipe Alberto con la Reina Victoria. Anteriormente el apellido era Brunswick-Lineburg (Hannover) por el advenimiento de Jorge I; antes, Estuardo de Escocia y, por lo tanto, para tener entronque anglonormando debemos remontarnos hasta el siglo XVI, es decir, al salir Inglaterra de la guerra de las Dos Rosas.

Bélgica: es la Casa de Sajonia Coburgo-Gotha, por el advenimiento de Leopoldo I, al ser elegido después de la revolución de 1830.

Grecia: Casa de Holstein-Gluckburgo, es decir, la casa reinante en Dinamarca desde la proclamación de Jorge I en 1863. Antes había sido Rey de Grecia Otton, de la Casa de Wittelsbach, entonces reinante en Baviera.

Noruega: Casa de Holstein-Gluckburgo de Dinamarca por el advenimiento en 1905 del Rey Haakon VII.

Holanda: Casa de Mecklemburgo, alemana, por el casamiento de la Reina Guillermina con el Duque Enrique. Esta casa tampoco era holandesa antes del casamiento, pues pertenecía a la de Nassau, alemana.

Luxemburgo: como la anterior era y es todavía de la Casa alemana de Nassau. De suceder los hijos de la actual Gran Duquesa, quedará esta Monarquía en la Casa de Borbón.

Suecia: Casa de Bernardotte, francesa, que ni siquiera es de sangre real, por adopción de Carlos XII en perjuicio del Príncipe Wasam, hijo del Rey Gustavo IV, destronado, y que eran Holstein desde Federico I (1719).

Y así a mucho aceptar, queda como única familia reinante en Europa nacional, y cuyo tronco originario no es estrictamente extranjero, la reinante en Dinamarca, aunque se podrían poner reparos que preferimos no hacer para que no se crea que estamos dispuestos a extremar la nota.

Pero con las familias reinantes y cuyos troncos han sucumbido estos últimos años, podemos citar los siguientes casos:

Austria: oficialmente Casa de Habsburgo-Lorena. En realidad Casa de Lorena por el casamiento de la Emperatriz María Teresa.

Bulgaria: Casa de Sajonia-Coburgo-Gotha, por el advenimiento en 1887 de Fernando I. Antes había sido Príncipe de Bulgaria Alejandro de Battemberg.

España: Casa de Borbón, francesa, antes Casa de Hasburgo,

alemana, por el advenimiento de Felipe I el Hermoso. Castilla había estado regida desde el comienzo del siglo XII por una rama de la Casa de Borgoña, por el casamiento de Enrique con Doña Urraca.

Italia: Casa de Saboya.

Portugal: Casa oficialmente de Braganza, en realidad de Sajonia-Coburgo-Gotha, por el casamiento de la Reina María de la Gloria con el Príncipe Fernando.

Rumania: Casa de Hohenzollern, alemana, por el advenimiento en 1866 del Rey Fernando.

Rusia: oficialmente Romanoff, en realidad Holstein-Gotorp, por adopción por la Emperatriz Isabel, del Príncipe Pedro, más tarde Zar Pedro III en 1742.

Así se da cuenta uno de que excepto Alemania, Montenegro y Servia no había ninguna dinastía en Europa que tuviera el tronco agnaticio, dentro de los límites del reino o imperio que gobernara, dándose el caso curioso de que en los Estados que formaban el imperio alemán, en muchos de ellos no regían familias cuyo tronco estuviera en el mismo país: por ejemplo, Prusia con los Hohenzollern, que descendía del Duque de Baviera Tassillon, en el siglo IX.

Invocar nacionalismo en estas cuestiones es lo más absurdo y lo más antimonárquico que se ha conocido.

Se dirá, sin embargo, que se ha de contrarrestar la campaña de juanistas y demás adversarios del derecho legitimista de la casa de Borbón. Pero esto se puede hacer teniendo en cuenta la alta personalidad del Príncipe que cuanto más sea conocido, mayores simpatías tendrá en la opinión nacional, y poniendo en evidencia la catástrofe de la Monarquía liberal, destacando cómo, con tal de salvar el trono, la dinastía usurpadora ha aceptado y consumado las grandes catástrofes españolas: por ejemplo, que si Doña María Cristina cumple su misión de Reina Regente, que era entregar la Corona a su hijo, lo hace y lo consigue con el sacrificio de nuestro imperio colonial y la entrega del poder a los liberales y masones.

Es decir, tarea nuestra fundamental ha de ser ahora dar a conocer al Príncipe Javier, poniendo en cotejo su vida y sus cualidades con los demás pretendientes a la Corona de España y, sobre todo, formar una decisión absoluta de imponer nuestro criterio ya que, como dijo Maurrás, «son las minorías activas las que se imponen a las mayorías pasivas».

Y con ello hemos de poner de manifiesto la diferencia de lo que los tres Pretendientes significan con sus respectivos programas:

Don Javier: la Monarquía Tradicionalista y la tradición Carlísta.

Don Juan: la Monarquía liberal y la tradición alfonsina.

Don Carlos: la continuación Monárquica del régimen actual sin aportación alguna de valores y hombres nuevos.

Todo lo cual hemos de hacerlo simultáneamente con una gran crítica de la España isabelina y alfonsina, para contrarrestar la gran labor que están realizando los juanistas con libros de pretendida historia.

Melchor Ferrer.»

* * *

El tercer y último dictamen de Don Melchor Ferrer que se puso en manos de Don Javier está en la línea de los dos anteriores, si no de exigir, sí, al menos, de apremiar más que otros documentos y autores al Príncipe Regente, con elegancia y discreción vestidas de erudición, para que se proclame Rey. Es muy breve, porque lleva un apéndice de diez apretados folios de documentos históricos probatorios de su tesis. Limitaciones editoriales nos impiden la transcripción literal de tales documentos, que fueron ofrecidos al Regente; los enumeramos a continuación del texto al que sirven. Pero conste que su presencia en este asunto, su acumulación a la ya rica parte documental del mismo, es un testimonio espléndido del rigor, de la seriedad y de la grandeza con que se hizo. No fue el Acto de Barcelona una decisión «iluminada», intuitiva o «carismática» improvisada en una francachela de «condottieri», sino un reposado, riguroso y sabio acto de culto a la Tradición y a la Monarquía.

El tercer y último dictamen de don Melchor Ferrer, dice así:

«EL DEBER DE REINAR»

Es deber en quien tiene el derècho. Los deberes no se pueden renunciar; los derechos, sí. En último caso, se aceptan transitoriamente para entregarlos al legítimo sucesor.

Este caso se presentó en España en la época de Felipe V. Sin importarnos para ello la causa de ello, Felipe V abdicó en su hijo el Rey Luis, pero al poco tiempo de reinar este último falleció.

Se planteaba así si debía sucederle su hermano Fernando VI, que entonces tenía once años y, por lo tanto, sujetarse el país a una Regencia larga, o bien volver a reinar Felipe V. En todo caso la obligación moral del Rey Felipe V de asumir el Gobierno, fuese como Regente o como Rey.

Por mediación del Marqués de Grimaldo se elevó consulta al Consejo Real de Castilla, y al mismo tiempo a un Consejo de

Teólogos, ya que parece que Felipe V había hecho voto de retirarse de los negocios públicos. El Consejo de Teólogos, sin entrar en sí debía de nuevo ceñir la Corona o quedar solamente como Regente, dictó su consulta diciendo que en la posición de esta obligación la materia del voto se hace ilícita, en cuyo caso enseñan no sólo los teólogos, sino también la razón natural, que el voto no obliga.

El Real Consejo de Castilla expresa la obligación moral que tiene el Rey en conciencia de volver a ceñir la Corona.

Como acompaño los documentos, no he de insistir sobre la importancia que tiene este antecedente sobre el deber de los Reyes a ceñir la Corona.»

Hasta aquí, don Melchor Ferrer.

Los documentos que se adjuntan son los siguientes:

Papel del Marqués de Grimaldo al Gobernador del Consejo Real de Castilla, en que transmite al Consejo el deseo del Rey de que amplíe y detalle más su primer informe acerca de si debe volver a ceñir la Corona o nombrarse un Consejo de Tutores, o dar otra Providencia.

Consulta de la Junta de Teólogos, que en sus párrafos nucleares, dice: «Que habiendo mirado con la mayor y más profunda atención punto de tanta gravedad y de tantas circunstancias, es de sentir: que no obstante el voto que V.M. hizo de renunciar a la Corona y al Gobierno, para no volver a reasumirle, tiene obligación grave, debajo de pecado mortal, a tomar el Gobierno o Regente del Reino, no habiendo considerado la Junta que en V.M. haya igual obligación a tomar la Corona, porque discurren gravísimos inconvenientes en que V.M. no entre en el Gobierno, o Regencia, lo que discurre en volver la Corona».

Consulta del Real Consejo de Castilla.

Real Decreto de 26-IX-1724, de Felipe V, resolviendo volver a ser Rey hasta la mayoría de edad del Infante Don Fernando (VI) y convocando Cortes para que juren a este Infante por Príncipe de Asturias.

Real Decreto de 8-IX-1724, dirigido al Consejo de Hacienda participándole de lo anterior.

Carta convocatoria del 12-IX-1724 para celebrar Cortes y jurar al Príncipe de Asturias (1).

(1) El recopilador hacía llegar a la clase política de Franco estos y otros dictámenes, análogos y preciosos. A todos eludían con el calificativo de «monsergas» y se empecinaban en sus hábitos mentales zafios y propios de incultos. Por eso —entre otras causas, claro está—, en cuanto Franco cerró los ojos también llamaron «monsergas» a su obra política y se fueron a andar de tumbo en tumbo. Incluidos los «Cuarenta de Ayete».

CARTA DE DON JAVIER A DON JOAQUIN BALEZTENA,
EL 30-V-1952

Lo que interesa de esta carta es su primer párrafo. Nos recuerda a los conspicuos la consigna que a sí misma se había dado la familia Baleztena de «animar» a Don Javier. Por cumplirla se molestaron en ir a Barcelona las hermanas Baleztena, a contarle grandes cosas a Don Javier, para animarle en el trance inminente.

«Querido Joaquín Baleztena.

Con mucho gusto oigo a tus hermanas las buenas noticias tuyas y que las juventudes de las A.A.E.E.T.T. están actuando entusiásticamente para constituirse y realizar muchas propagandas.

Te encargo saludes a esos buenos jóvenes carlistas animándoles a una intensa labor.

Siento mucho no poder ir ahora a Navarra. No quiero hacer muy largas mis estancias en España y además necesito atender a mi salud.

En septiembre iré a Navarra como ya te avisara antes separadamente Fal Conde.

A tus hermanas, y en especial a Ignacio, mis recuerdos en su boda de plata domingo y a ti un saludo afectuoso.

Francisco Javier.

Barcelona, 30 de mayo de 1952.»

III. APLAZAMIENTO DE LA PROCLAMACION

Carta de los carlistas guipuzcoanos a Fal Conde.—Carta de Don Javier a los carlistas guipuzcoanos.—Parte de las actas del Consejo Nacional de la Tradición celebrado en Madrid los días 21 y 22-XI-1952, referente al aplazamiento de la Proclamación.

La exposición y dictamen que el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista elevó a S.A. el Príncipe Regente el día 30 de mayo de 1952, y que acabamos de leer, termina con una alusión a la Proclamación y a su oportunidad.

A este Acto de Barcelona se llegó tras una larga y difícil gestación, muchos de cuyos episodios se recogen disueltos en esta obra. En ellos hay dos constantes: la resistencia de Don Javier a asumir la Corona y la insistencia de los carlistas en empujarle a ello. Llegó al acto de Barcelona por la debilidad e indecisión de su carácter, en contra de su voluntad, y por la tozudez de los carlistas que acabaron arrastrándole.

En aquella terrible batalla de desgaste, que venía durando años, consiguió salvar para su íntima repugnancia a ser Rey de España, un desdoblamiento del proceso: en su primer tiempo, que se consumaba en aquel momento, pasaba de ser Príncipe Regente a ser Rey de los Carlistas; se preveía y se formulaba inseparablemente un segundo tiempo que era pasar, mediante la Proclamación, de ser Rey de los Carlistas a ser Rey de las Españas. La batalla entre Don Javier y sus leales continuará, pues, y de forma no muy distinta, hasta el Acto de Puchheim, en 1965.

Apenas terminado el Acto de Barcelona, los conspicuos carlistas que le han protagonizado, y los del resto de España, quedan divididos en dos bandos según su criterio acerca de la velocidad a que se ha de desarrollar la segunda fase. Unos quieren descansar y otros seguir a paso de carga; y como fórmula mixta conciliadora se arbitra la táctica de, por de pronto, difundir el Acto de Barcelona. Ya imaginará el lector que Don Javier estaba con los que

querían descansar y no deseaba siquiera la divulgación del Acto de Barcelona, antes bien, a todos mandaba, rogaba o suplicaba, que fuera ocultado o, al menos, disimulado, lo cual daría lugar a situaciones equívocas.

Se inicia, pues, aquí un largo tema que seguiremos a lo largo de los años venideros, y que en este de 1952 tiene ya reflejos en los documentos que van a continuación: carta de los carlistas guipuzcoanos a Fal Conde; carta de Don Javier a los carlistas guipuzcoanos; actas del Consejo de la Tradición de los días 21 y 22 de noviembre. He dividido el texto de estas actas: la parte referente a la Proclamación, pasa a este subtítulo, y el resto va en otras actas en el epígrafe VI, de este mismo año; en esta dislocación de párrafos se ha respetado a la letra el texto de las actas.

En cuanto regresaron de Barcelona, los carlistas guipuzcoanos enviaron un mensaje a Don Javier de saludo y agradecimiento por haber dado fin a la Regencia. Nada hay de particular en ello, aparentemente; en el fondo, sí: un recelo de que la adhesión de Don Javier al acto no era muy firme, y un deseo de comprometerle más. En diciembre, repitieron la maniobra, modesta. (Puede verse al final del epígrafe VII. «Actas de diversas reuniones de dirigentes carlistas».) No he conseguido el texto íntegro del primer mensaje; sus autores me dicen que era gris, pero con la intención que queda explicada. Más interesante fue la respuesta al mismo, una carta manuscrita de Don Javier que va a continuación. Se ve que entendió la intención y replicó con la importante afirmación final, «cuento también con vuestra disciplina del silencio en esta determinación interna de nuestra Comunión».

Los guipuzcoanos enviaron a Don Manuel Fal Conde una copia de su primer mensaje a Don Javier acompañándola de una carta muy expresiva, que inicia la serie de documentos de este subtítulo. La incluyo para la mayor comprensión de que el Acto de Barcelona, obra paciente de Fal, le dio gran prestigio y la distensión de sus enemistades internas, con esos guipuzcoanos entre otros, que le acusaban de complicidad con Don Javier en prolongar innecesariamente la Regencia. Poco durarán los buenos sentimientos expresados y la distensión, porque iniciada la fase de transición del Rey de los Carlistas a Rey de España, muchos renovaran contra Fal Conde la antigua acusación de lentitud. Esta vez, contribuirá a su caída, pero con resultados contraproducentes.

CARTA DE LOS CARLISTAS GUIPUZCOANOS A FAL CONDE

Excmo. Sr.:

Remitimos a V.E. el mensaje que en nombre del Carlismo guipuzcoano elevamos a S.M. el Rey (q.D.g.) para expresar la emoción y el agradecimiento con que sus leales hemos recibido Su determinación de asumir los derechos a las Coronas de la Monarquía española.

Aprovechamos esta ocasión para renovar nuestras protestas de adhesión, lealtad y afecto a V.E., y testimoniarle nuestro reconocimiento y gratitud por el gran servicio prestado a la Causa por V.E. con su consejo y aliento, tan eficaces y decisivos, para la trascendental y salvadora resolución tomada por Su Majestad. Servicio verdaderamente extraordinario que hay que añadir a los innumerables que V.E. lleva prestados a la Comunidad Tradicionalista en su abnegada y fecunda lucha como Jefe Delegado.

San Sebastián, 15 de junio de 1952.

Dios guarde a V.E. muchos años.

Excmo. Sr. don Manuel Fal Conde, Jefe Delegado de la Comunidad Tradicionalista.

Sevilla.»

CARTA DE DON JAVIER A LOS CARLISTAS GUIPUZCOANOS

«Excmos. señores don Antonio Arrue, el Marqués de Valde Espina, don Luis Zuazola y los firmantes de la carta del 15 de junio.

Mis queridos amigos guipuzcoanos.

Vuestra carta fechada el 15 de junio llega hoy en mis manos y con grande emoción leo la expresión de vuestra acrisolada lealtad y de vuestros tan nobles sentimientos.

Cada uno de nosotros hemos ante Dios llenar la alta responsabilidad de nuestra vida y de nuestras actuaciones en el mundo y no es sin honda reflexión que en Barcelona hemos tenido o fijar para garantizar el Porvenir mi posición verdadera con los carlistas, en un acuerdo recíproco.

Los años que vienen son en las manos de Dios; sean lo que sean. Pero sé que puedo contar en cada momento sobre mis queridos guipuzcoanos, y especialmente sobre cada uno de los amigos que han firmado esta carta. Os agradezco de todo corazón, y como cuento con vuestra inalterable y tan probada lealtad a la Santa Causa, cuento también con vuestra disciplina del silencio en esta determinación interna de nuestra Comunidad.

Con tanto cariño mis queridos amigos quedo vuestro afectísimo

Francisco Javier de Borbón.

Bost. Besson. Allier

26 de julio de 1952»

PARTE DE LAS ACTAS DEL CONSEJO NACIONAL DE LA
TRADICION CELEBRADO EN MADRID LOS DIAS 21 Y 22
DE NOVIEMBRE, REFERENTE AL APLAZAMIENTO DE
LA PROCLAMACION

Preside el Jefe-Delegado Nacional con los señores H. de Larra-mendi y Senante y los miembros de la Junta Nacional señores Zamanillo, Fagoaga, Galmes, Marqués de Santa Rosa e Inchausti, actuando de secretarios los señores Sáenz-Díez y De Carlos. Asisten representaciones de todas las regiones, con excepción de Navarra, Aragón y Murcia. Iniciadas las sesiones el señor Jefe-Delegado expone el orden del día. Siguiendo el mismo procedo a informar al Consejo sobre:

Aplazamiento de la Proclamación:

Expone la marcha de los trabajos realizados para la Procla-mación con las tres comisiones de «organización», «propaganda» y «hacienda», dando cuenta de los trabajos realizados por las mis-mas. Explica que la Proclamación estaba pendiente de la concu-rrencia de varias circunstancias, a saber: conformidad de S.M., llegada de un momento oportuno, tener terminada ya una prepara-ción adecuada y, finalmente, que la misma ofrezca algunas posi-bilidades inmediatas de resonancia y éxito. Da cuenta de su viaje a Francia en el mes de julio, acompañado de los miembros de la Comisión de «organización» y de la buena impresión que entonces trajo.

A continuación lee una carta de S.M., de fecha 3 de noviembre, en la cual se le ordena el aplazamiento por el momento de la Pro-clamación, por ser evidente que la resonancia de los últimos acuer-dos internacionales haría parecer insignificante el acto, y éste no tendría ni la resonancia ni las consecuencias esperadas, pudiendo incluso ser interpretado como una actitud tendente a resquebrajar la unidad de los elementos católicos y nacionales, tan necesaria en estos graves momentos porque atraviesa el mundo. En conse-cuencia la Jefatura Nacional delegada se ve precisada a aplazar la realización de los planes al respecto, que incluso preveían una fecha dentro del otoño.

Añade que a su juicio es evidente que el acto pasaría como

desapercibido, tanto en el interior como en el exterior, pues toda la atención está pendiente de los acuerdos últimos. Además en la preparación había algunos fallos, sobre todo en materia de recaudación de fondos y también en cuanto a la reorganización y puesta a punto de la Comunión en la mayoría de las regiones. Pero, por otra parte, es evidente que este aplazamiento ha de causar decepción entre nuestras masas, que verdaderamente lo ansiaban, por lo que entiende que corresponde al Consejo el estudiar la situación planteada y el ver de hallar soluciones a la misma, que en su entender podrían consistir en una mayor publicidad de los actos de Barcelona, que son los que encierran la resolución del problema sucesorio, pues representan la aceptación de S.M.

Iniciado el debate, el señor Elías de Tejada pide que se eleve un escrito a S.M. por el Consejo, insistiendo en la conveniencia de continuar con los planes para la Proclamación. El señor Iturria es de opinión que si bien quizá no sería procedente un escrito del Consejo, sí deberían elevarse a S.M. escritos y trabajos particulares de los señores Consejeros sobre el tema.

El señor Ortiz Estrada es contrario a cualquier acción de este estilo por entender que sería desobedecer las órdenes del Rey. El señor Cañada es de la misma opinión. El señor R. de la Prada, el señor Ruiz Hernández y el señor Bustamante se expresan en el mismo sentido que los señores Iturria y Elías, entendiendo todos ellos que no hay desobediencia en hacer llegar escritos e informes que declaren ante S.M. el problema, única forma que tiene de conocer todas las facetas del problema y todos los puntos de vista.

El señor Ferrer señala que como leales subditos y en uso del derecho de representación, podrían dirigirse los carlistas a S.M. elevándole las peticiones, escritos e informes que tengan por conveniente y pidiéndole autorización para dar la máxima publicidad a los trascendentes acuerdos de Barcelona.

Se reanuda la sesión el día 22 dándose lectura a los documentos de Barcelona, etc. El señor Ortiz y Estrada opina que no existen actualmente circunstancias apropiadas para la proclamación y que a la Comunión Tradicionalista corresponde el crearlas, siendo entre tanto mejor el no dar aire a la cuestión y dejar que las aguas corran por su cauce.

El señor Larramendi (hijo) dice que en su opinión no es preciso en modo alguno el dar al acto de la Proclamación un relieve y una importancia exagerados. Lo que es preciso es dar a conocer el hecho de que el problema sucesorio está resuelto.

El señor R. de la Prada indica que el problema está en dar con la forma de hacer conocer a todos el hecho fundamental de que está resuelto el problema sucesorio por la aceptación de Barcelona.

y asegurada la continuación de la dinastía legítima. Como medios señala la conveniencia de una declaración oficial de la Comunión Tradicionalista sobre ello y de un nuevo acto del Rey dirigido solamente a los carlistas.

El señor Juan Sáenz-Díez señala que no se ha hecho ni tan siquiera la debida propaganda de la persona de S.M. y señala algunos medios para subsanar esa falta.

El señor Forcadell lee un escrito de la Junta Provincial de Tarragona pidiendo que se dé a conocer, por la proclamación u otro medio, la resolución del período de interregno; todo esto a la mayor brevedad posible. Defiende el escrito con acertadas palabras.

El señor Iturria expone que en la actual situación la trascendencia de los actos de Barcelona es casi desconocida y que es preciso darla a conocer de una forma oficial.

En el mismo sentido se expresa el señor Ruiz Hernández.

El señor H. de Larramendi interviene en el mismo sentido que el señor Ortiz y Estrada. A su entender es suficiente con lo hecho en Barcelona.

El señor Ferrer es de opinión que se pida autorización a S.M. para dar publicidad a los documentos de Barcelona o a parte de los mismos, pero que mientras tanto no se puede hacer ninguna declaración, pues ello equivaldría a indisciplina.

El señor Iturria interviene para rectificar, señalando la disciplina con que en este aspecto se ha obrado en Guipúzcoa. No hay rebeldía ni indisciplina en dar a conocer la trascendencia de la aceptación de Barcelona y el hecho de que esté resuelto el problema sucesorio; para ello no es preciso publicar el contenido íntegro de los documentos de Barcelona.

El señor Gaviria dice que puesto que a raíz de los actos de Barcelona se prohibió a S.M. la entrada en España ello es prueba de que ya son conocidos por todo el mundo y que por tanto no hay por qué hacer nada más.

El señor Fagoaga insiste en que es preciso dar a conocer el hecho de la aceptación.

El señor Garzón dice que además se ha hablado de la conveniencia de un acto o declaración de S.M. y que éste podría consistir en la respuesta oficial del Príncipe de Asturias a la carta de S.M. de Barcelona.

Interviene el señor Jefe-Delegado para decir que el problema es serio y que es preciso que el Consejo tome alguna resolución sobre el mismo. Que la Jefatura ha visto con agrado las propuestas de varios señores Consejeros de publicar un documento oficial de la Comunión Tradicionalista y de pedir otro a S.M., que bien podría ser la carta del Príncipe de Asturias.

Después de breves intervenciones de los señores Sáenz Díez y Fagoaga, de la Junta Nacional, y de varios señores Consejeros, se acuerda nombrar una Comisión compuesta por los señores Peña y Ferrer para redactar una petición a S.M. y otra Comisión por los señores Iturria y Ortiz y Estrada para redactar un documento oficial de la Comunidad. Se acuerda también que una Comisión del Consejo lleve el primer escrito a S.M. y le exponga los puntos de vista de la mayoría de los Consejeros. En un principio se decidió que formasen en dicha Comisión dos representantes de Cataluña, en atención a que los actos fundamentales habían tenido lugar en Barcelona, ampliándose después su composición a propuesta del señor Ruiz de la Prada, con dos representantes de Navarra.»

IV. APUNTES Y DOCUMENTOS POSTERIORES AL ACTO DE BARCELONA

**Recuerdos de Fal Conde.—Encuentro de Don Javier con Don Juan.
Un texto de López Rodó.—Un artículo de «Tiempos Críticos».
Don Javier y la legitimidad de adquisición.**

RECUERDOS DE FAL CONDE

Párrafos de una carta de don Manuel Fal Conde a don Raimundo de Miguel el 2 de noviembre de 1963:

«Y como la Comunión no esperaba más y como los diversos dictámenes pedidos coincidían en la urgencia de la resolución de la misión testamentaria de Don Alfonso Carlos, se formularon las necesarias peticiones y no sin el transcurso de un par de años, se llegó a lo de Barcelona, que veo no se guarda con fiel memoria.

Don Javier no usó ninguna facultad electiva, que algunos creían ver en el documento de Regencia. Declaró sus derechos como consecuencia de estar excluidos los que le precedían en el orden de agnación y que no habían sido rehabilitados por condonación de las causas excluyentes de la sucesión por indignidad en el ejercicio.

La Regencia implicaba un interregno. El interregno supone suspensión o interrupción. Y la proclamación ulterior requiere un compromiso más que personal, dinástico; compromiso de la nueva línea familiar. La declaración de Don Javier no vinculaba a sus hijos, y a ese fin el documento de Barcelona —más que declaración, documento—, es la carta de Don Javier al Príncipe de Asturias. Documento del que me hizo a mí depositario y que yo entiendo que debía publicarse para callar tanta palabrería y demostrar la fidelidad de nuestra Real Familia a la Tradición y a las esencias patrias.»

ENCUENTRO DE DON JAVIER CON DON JUAN

Escribe don Pedro Sáinz Rodríguez en su libro «Un reinado en la sombra» (Editorial Planeta, pág. 275):

«—Cuénteme su discusión con el Príncipe Javier de Borbón-Parma, cuándo se consideró con mejor derecho a la Corona de España...

—Es una curiosa anécdota. Ocurrió al entrar yo en el Hotel Palacio, la mañana de la boda de la Princesa María Pía. El es cuñado del Rey de Italia o con cuñado, y por eso asistía también; había venido con todos sus hijos. Cuando entré me dijo: «Bon soir; je salue en toi le chef de la famille». Yo repuse «Tiens! C'est nouveau!». Era, en efecto, una novedad. Por eso le pregunté: «¿Qué es lo que has hecho?» Acababa de ocurrir lo de Barcelona. Y él me contestó: «Alors... La ceremonie du sacre a Barcelone...»

—¿Qué era lo de Barcelona?

—Se había consagrado Rey, en vez de...

—¡Ah, sí! Se declaró, en vez de Regente, Rey.

—Y añadió: «Une toute petite ceremonie...». Yo entonces no dije más que: «Ceremonie... M...! Y me fui. Mi mujer es testigo.

—Bueno, esto es lo que he leído yo en algún lado. El incidente se ha comentado.»

Un antiguo dirigente tradicionalista pasado a la obediencia de Don Juan, que presenció la escena, confirmó al recopilador este encuentro, añadiendo algunas precisiones:

El Rey Humberto de Italia anunció a Don Juan que Don Javier iría a la boda, y le dijo bromeando: «Espero que no os partiréis la boca». A lo que Don Juan respondió, asombrado, que no comprendía por qué decía eso, ya que sus relaciones eran buenas. Cuando se encontraron Don Javier le dijo a Don Juan: «Je salue en toi au chef de la Maison. Je te presente mon fils aîné».

—«¿Le Prince des Asturies?» —le preguntó Don Juan con ironía.

Don Javier quedó desconcertado y finalmente dijo: «Cela fut une petite ceremonie sans importance». (Don Hugo se autotituló Príncipe de Asturias en su presentación en Montejurra, el año 1957.)

Don Manuel Fal Conde escribe a Don Raimundo de Miguel el 26-VI-1971, y entre otros recuerdos le cuenta lo siguiente: «... Don Juan, que en febrero anterior, en Lisboa, cuando la boda de la Princesa María Pía, cuando Don Javier le presentó a Don Carlos y le dio el tratamiento de Jefe de la familia, le increpó: «Ahora me dices que soy el Jefe de la familia, pero tú en Barcelona te pusiste por ti mismo la Corona».

UN TEXTO DE LOPEZ RODO

Don Laureano López Rodó, en su libro «La larga marcha hacia la Monarquía», escribe lo siguiente:

«DON JAVIER DE BORBÓN-PARMA EN MONTSERRAT. En 1952 Don Javier de Borbón-Parma protagoniza una singular noticia que, más que irritar a las esferas oficiales y monárquicas, produce estupefacción. A finales de mayo se celebra en Barcelona el Congreso Eucarístico y, aprovechando alguna peregrinación de carlistas que se unieron a sus partidarios catalanes, Don Javier se proclamó en Montserrat, quizá no muy solemnemente, Rey de España. Y añadió a su nombre de pila el guarismo de «primero».

Parece ser que tomó tal decisión tras meditar un memorándum que le presentó el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista (uno de sus redactores fue Francisco Elías de Tejada). Aunque su primer documento público como tal «Rey» no vería la luz hasta 1954.

Resulta asombroso y abusivo que Don Javier diera este paso, cuando existe una carta suya dirigida a Iturmendi (quien, aparte de su condición de Ministro de Justicia, tenía la de prohombre del Tradicionalismo) en la que Don Javier expresamente le decía que él se consideraba solamente el abanderado de los carlistas, pero que en modo alguno se creía con derechos a la Corona de España. Iturmendi manifestó el deseo expreso de hacer entrega de esta carta a Don Juan Carlos para que tuviera prueba fehaciente de la falta de fundamento de las pretensiones al Trono que posteriormente tuvo Don Javier y luego su hijo Don Hugo.

Don Juan de Borbón no tomó en serio la proclamación de Don Javier y el mismo Don Javier, ante la chanza con que había sido acogida su extraña actitud, le pidió personales excusas. Y por lo que se refiere al tema monárquico, el año transcurre sin más relieve que este pintoresco acontecer, al menos en lo oficial o público.»

Nótese: Primero, que el destierro consecutivo de Don Javier a pesar de la discreción con que procedió, prueba que las esferas oficiales se irritaron. Segundo, no hubo ninguna peregrinación carlista. Tercero, precisamente la proclamación fue desglosada del Acto; Don Javier no se proclamó nada. Cuarto, no fue en Montserrat. Quinto, no añadió ningún guarismo a su nombre de pila. Sexto, Don Francisco Elías de Tejada no intervino en la redacción del documento. Séptimo, la famosa carta a Iturmendi fue en 1956. Octavo, Iturmendi no era prohombre del Tradicionalismo: Lo demuestran, entre mil datos, «su deseo expreso de hacer entrega de esta carta a Don Juan Carlos...», etc., y la fotografía, entre otras muchas análogas, de la página 259 del libro de Serrano Súñer «Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue. Memorias», en que aparece vestido con el uniforme totalmente negro de los falangistas más radicales. Noveno, Don Juan estaba irridadísimo

con este asunto. Décimo, Don Javier eludió la cuestión, pero no pidió a Don Juan personales excusas.

Así se escriben algunos libros de historia.

Este encuentro tuvo un epílogo pocos días después, en Madrid, cuando Don Javier y sus hijos se detuvieron unas horas camino de Francia. Véase año 1957.

DON JAVIER Y LA LEGITIMIDAD DE ADQUISICION

El canónigo don Emilio Ruiz Muñoz, colaborador de «El Siglo Futuro», con el seudónimo de «Fabio», y de «Acción Española» con el de «Javier Reina», distinguía una tercera legitimidad, además de las de origen y de ejercicio, que llama legitimidad de adquisición (1).

Consiste en el cumplimiento de los modos establecidos para acceder al poder, es decir, de la forma de sucesión en el mismo, o transmisión de la autoridad de un titular al siguiente. Un golpe de Estado, una revolución, quebrantan el procedimiento establecido legalmente para la transmisión y carecen de legitimidad de adquisición. Buscan entonces ésta invocando el peligro en que estaba —según ellos— el bien común. Una situación de hecho sin legitimidad de adquisición puede legitimarse posteriormente con el transcurso del tiempo sirviendo bien al bien común. Es decir, que la falta de legitimidad de adquisición se puede redimir con la legitimidad de ejercicio.

En este tomo llevamos recogido un tremendo esfuerzo intelectual hecho para demostrar que Don Javier reunía la legitimidad de origen y la de ejercicio. Pero en cualquier caso, sus valedores venían a caer, exhaustos, ante un nuevo muro, el que alzaba la legitimidad de adquisición. Ahí estaba la verdadera clave de la situación política. ¿Cómo suceder legítimamente a Franco? El Acto de Barcelona era la última etapa previa, el máximo acercamiento posible al enfrentamiento ya ineludible con el problema de la legitimidad de adquisición, visto ahora limpia y claramente sin el oscurecimiento engañosamente consolador de trámites pendientes fáciles. Incluso, en el Acto de Barcelona, se demuestra que Don Javier tenía la legitimidad de adquisición de la sucesión de la Rama Dinástica Legítima y de la Jefatura de la Comunión Tradicionalista. Con ello queda aún más limpia y descarnada la gran y última gran cuestión pendiente de la legitimidad de adquisición del Trono de España, de la sucesión de Franco.

(1) Colaboración de don Gabriel Alférez.

Como los estudiantes al aprobar la última asignatura de la carrera se asustan ante la vida, Don Javier se asustó ante el último toro de su corrida política, Franco. Quiso luego dar marcha atrás para ensayar otros métodos de lograr la legitimidad de adquisición. Pero el problema era insoluble. No lo remedió el odio, pasajero, que concibió contra Fal Conde y los que le habían metido en el Acto de Barcelona.

Porque Franco, de una parte, ayudaba a la Religión y no maltrataba al bien común como para legitimar un golpe de Estado. (Para el que Don Javier no tenía recursos.) Y, por otra parte, no quería designar a Don Javier ni a su hijo; y su Ley de Sucesión, que legítimamente anulaba la de Felipe V, le permitía querer y no querer a su antojo. Para ganar la adquisición no había más camino que ganar la voluntad de Franco. Este puede ser el punto de partida de la destitución de Fal y de la política de colaboración de Valiente. Claro está que quedaba otra salida, que era esperar, encastillados en la más pura ortodoxia a ganar la voluntad del sucesor de Franco, por muerte o por golpe de Estado dado por otros.

V. VIAJE A ESPAÑA DE LA PRINCESA MARIA FRANCISCA DE BORBON-PARMA Y BORBON BUSSET

Carta de Don Javier al Marqués de Valde-Espina el 12-II-1952.

Diario de la estancia de la Princesa en Guipúzcoa.—Carta

de Don Javier al Marqués de Valde-Espina el 25-III-1952.—

Contestación del Marqués.—Regreso a Francia de la Princesa.

Carta de Don Javier al Marqués de Valde-Espina el 24-IV-1952.

Estancia en Madrid de los Infantes Don Sixto y Doña Cecilia.

En los meses de marzo y abril de este año la hija primogénita de Don Javier, Doña Francisca, hizo una estancia en España que además de las consideraciones que diremos, tuvo dos efectos claros: uno, reavivar al pueblo carlista, cansado y desorientado, y, otro, informar a su padre del entusiasmo que suscitaba su aparición y de la extensión y calidad de las adhesiones que en todas partes recibía. También de lo que los carlistas selectos que convivieron con ella le dejaron caer para que lo repitiera y que fue, unánimemente, que Don Javier asumiera sus derechos a la Corona y terminara la Regencia. Estas narraciones familiares tuvieron, sin duda, influencia notable en el carácter dubitativo de Don Javier, y le entonaron para decidirle a aceptar, al fin, el título de Rey continuador de la Dinastía Legítima, en el Acto de Barcelona.

La mayor parte de la estancia de la Princesa en España está escrita por el Marqués de Valde-Espina en el diario que sigue. Para reproducirlo he suprimido de él muchos detalles innecesarios, conservando, sin embargo, otros que con la misma apariencia supérflua garantizan la autenticidad de algunos fenómenos sociopolíticos diluidos en el relato, y que definen el ambiente y la situación en aquella época tan distinta de otras posteriores próximas. Y que son estos:

Un gran número de familias guipuzcoanas distinguidas por su influencia social militaban en el Carlismo, o lo aceptaban espontáneamente y sin complicaciones como cosa natural y buena. Lo mismo se ve que sucedía con el clero. Varias autoridades civiles reciben y homenajean a la Princesa con igual soltura; su designación franquista coincidía con su condición de notables naturales de

aquellas sociedades donde el Carlismo seguía muy arraigado. Las atenciones y adhesiones de estos tres estamentos son públicas, formales, solemnes y aun diríamos en algunos casos que triunfalistas.

Correlativamente, el pueblo sigue la regla general de imitar a sus notables naturales, y acude con representaciones variadas y abundantes que dan calor y colorido a los recibimientos; estas movilizaciones son más estimables cuanto que no se disponía para hacerlas ni de prensa, ni de transmisiones fáciles, y tienen lugar en horas de trabajo.

La Princesa Doña Francisca se muestra en todo momento muy piadosa, en contraste con otras conductas que pocos años después se observarán en personas próximas a ella. Esta piedad personal está adecuada con la profunda religiosidad del pueblo guipuzcoano en aquella época, que tiene como punto de referencia de su geografía e historia, y de sus actividades sociales destacadas, como son estas visitas, a formidables santuarios de piedra.

Aunque en los documentos escritos Don Javier figura con toda propiedad como Príncipe Regente, ya por poco tiempo, porque estamos a pocos días del Acto de Barcelona, el pueblo carlista le aclama sin dudar como Rey en la persona de su hija.

Don Manuel Fal Conde escribe el 19-IV-1952 una carta a Don Macario San Miguel, que le invitaba a asistir a un homenaje a Don Bruno Lezaun. Don Manuel se excusa diciendo que le gustaría mucho ir, «pero tengo aquí a la Princesa hospedada en casa. Ya comprenderá que ni las cosas más obligatorias, comprendido lo profesional, puedo atender. Consagrado a ella por deber y por necesidad, además para que esté realizando un programa magnífico en el que ella está conociendo a España en sus diversas regiones, visitando monumentos de nuestra historia y de nuestro arte y perfeccionando el castellano que ya habla perfectamente. Además, V. se dará cuenta de lo ambientada que está en lo carlista. El propósito nuestro es que después de Barcelona, donde se reunirá con su padre, y de visitar Mallorca, termine su recorrido en Vizcaya, y como remate final en Navarra».

CARTA DE DON JAVIER AL MARQUES DE VALDE-ESPINA (1)

«Besson, 12 febrero 1952.

Mi querido Marqués:

Acabo de enterarme que habéis tenido la muy grande gentileza de invitar a mi hija primogénita Francisca a vuestra casa de Astigarraga. Quedo por ello muy agradecido. Ella será feliz de en-

(1) Carta manuscrita en francés y traducida por el recopilador.

contrarse en vuestra querida familia y en ese castillo tan lleno de recuerdos antiguos y gloriosos.

Recuerdos también para mí de los años 1912, cuando vine con mi tía la Condesa de Bardi a vivir en casa de vuestro Padre, durante la preparación del movimiento contrarrevolucionario en Portugal (1). Y luego nuevamente en vuestra casa en 1937.

Estoy muy feliz de que Francisca pueda aprender el castellano bastante rápidamente y ver ese admirable país vasco y Navarro tan cargado de historia antigua y moderna.

Os pido que queráis transmitir a la Marquesa mi vivo reconocimiento por vuestra encantadora hospitalidad.

Os ruego, querido Marqués, de creermelo muy afectuosamente vuestro,
Xavier de Borbón.»

DIARIO DE LA ESTANCIA DE S.A.R. LA PRINCESA DOÑA FRANCISCA MARIA DE BORBON-PARMA Y BORBON-BUSSET EN EL PALACIO TORRE-FUERTE DE MURGUIA, EN ASTIGARRAGA (GUIPUZCOA) DE LOS EXCMOS. SEÑORES MARQUESES DE VALDE-ESPINA, CONDES DE FAURA Y DE ALMENARA, VIZCONDES DE ORBE, ETC. (2).

El original de este diario está compuesto por cuarenta y tres folios a máquina lujosamente encuadrados. Lleva impreso en la portada el escudo nobiliario de los Valde-Espina, que también cierra el último folio. En el interior hay fotografías de la Princesa con diversas personas en los lugares que visitaba. Hay, además del texto, tres apéndices con los nombres de las personas notables, numerosas, que saludaron a la Princesa en las principales poblaciones de su recorrido. Y unos recortes de periódico, de «El Pensamiento Navarro», de 8 y 9 de marzo, y «La Voz de España», del 14 de marzo, referentes a la excursión a Navarra y a unos agasajos en San Sebastián, respectivamente. No se ha añadido nada al texto; todo lo que se reproduce es del original; únicamente se ha descargado este de noticias excesivamente personales o lejanas a nuestra historia.

«Señora:

Permítame ponga en sus manos este diario, que le recordará la

(1) Reflejo de la actividad internacional de los Príncipes cristianos; se repite un poco más adelante, en la dedicatoria del Marqués de Valde-Espina a la Princesa del diario que escribió acerca de su estancia. Sobre la intervención de los carlistas en Portugal a que se alude, puede verse en el volumen del año 1942 en el epígrafe II XI. «Las relaciones hispano portuguesas», especialmente, pág. 194 y sgs.

(2) Este diario está mecanografiado y no ha sido impreso ni divulgado hasta ahora. Fue escrito por el Marqués de Valde Espina y proporcionado a este recopilador por su señora viuda.

temporada pasada en este su Palacio Torre-Fuerte de Murguía desde el 14 de febrero de 1952, hasta nuestra despedida en Madrid, el 31 de marzo del mismo año.

Si a V.A.R. hemos de agradecer, tanto mi mujer como mis hijos y yo, la serie de atenciones y confianzas con las que nos ha distinguido y tratado, es también muy justo agradezcamos el honor de haberla tenido unos días entre nosotros, a sus Augustos padres, SS.AA.RR. los Príncipes Francisco Xavier de Borbón-Parma y Magdalena de Borbón-Busset, quienes, fiados únicamente en la lealtad que ha sido siempre norma característica de los Valde-Espina hacia sus legítimos Reyes, no tuvieron inconveniente en poner en nuestras manos su preciada vida.

Si desde el año de 1833 corre por las venas de los Valde-Espina sangre carlista, y la lealtad nunca desmentida de mis mayores fue largamente premiada por los Reyes de la legitimidad, comenzando por el Rey Carlos V, al conceder a mi bisabuelo don José María de Orbe y Elio, tercer Marqués de Valde-Espina, «La Grandeza de España de Primera Clase» y más tarde por nuestro llorado Rey Carlos VII, el Vizcondado de Orbe a mi padre don José María de Orbe y Gaytán de Ayala, quinto Marqués, ruego a V.A.R. diga a su Augusto padre que yo, el último y más modesto de los Valde-Espina he recibido el mayor premio y galardón de sus Augustas manos, al concederme la gracia y el honor inmerecido de alojar en mi modesta morada a la hija mayor de S.A.R. el Príncipe Francisco Xavier, nuestro Augusto Príncipe Regente.

Dígame también que si un día —ya lejano— fue esta Torre de Murguía depósito de lo que se creyó pudiera ser útil para el triunfo de las sanas y legítimas aspiraciones de nuestros hermanos portugueses, sigue hoy en día siendo depósito de leales corazones dispuestos a darlo todo por su Dios, por su Patria, por sus Fueros y por su Rey.

Astigarraga, Palacio de Murguía, 1 de abril de 1952.

Señora

A los R.P. de V.A.

El Marqués de Valde-Espina

Jueves, 14 de febrero de 1952.

En el sud-expres que procedente de París llega a Hendaya a las seis y cuarto de la tarde, llegó a la indicada estación francesa S.A.R. la Princesa Doña Francisca de Borbón-Parma, hija mayor de SS.AA.RR. los Príncipes Don Francisco Xavier y Doña Magdalena. Esperaban a la Augusta viajera en la estación de Hendaya doña María Teresa de Piniés y Roca de Togores, Marquesa de

Valde-Espina y don Juan Antonio de Olazábal y Bordiú. Cumplidos los requisitos fronterizos, entraron en territorio español donde les esperaban los señores don Antonio Arrue y Zaráuz, don Luis de Zuazola, don Juan José Peña, don Pablo Iturria y el matrimonio Olazábal y Bordiú, José Ignacio y María Rosa de Castro. Sin que les molestaran grandemente en la aduana, emprendieron la marcha camino de Astigarraga, en medio de un diluvio torrencial. Antes de llegar a Rentería tomaron la carretera de Oyarzun, torciendo inmediatamente a la derecha, para por el barrio de Ugaldecho continuar a Astigarraga, pasando por las ventas del mismo nombre. A las ocho de la noche puso S.A.R. los pies en el umbral del Palacio de Murguía. Con don Ignacio de Orbe y Vives de Cañamás, Marqués de Valde-Espina esperaban a la Augusta viajera sus hijas Pilar, Margarita y Conchita y su hermana doña María del Pilar de Orbe y Vives de Cañamás, Condesa viuda de Vallcabra. Tanto mi hijo Carlos como mi hermana Luz, por encontrarse enfermos en cama, no pudieron saludar aquel día a S.A.R. como hubiera sido su deseo. En la galería y al calor de una «salamandra» charlamos hasta las nueve y media de la noche, hora en la que quedamos solos con la Princesa. Aprovechó S.A. este momento para entregarme una cariñosísima carta de su Augusto padre el Príncipe Francisco Xaxier. Después de la cena continuamos un buen rato la charla y la Princesa se retiró a descansar pasadas las once. Las habitaciones que ocupa S.A. son las de mi hijo mayor José María, o sea la del piso principal, frente por frente del comedor.

Viernes, 15.

A las ocho y media, en compañía de mis hijas y de María Teresa, fue a la Iglesia donde comulgó y oyó la Santa Misa (1). Después del desayuno, y a pesar del malísimo tiempo de lluvia y frío, salió con mi hija Pili a dar un paseo por el jardín. Por la tarde recibió la visita de los señores Sánchez Guardamino, José Antonio y Asunción, con sus hijas Pili y Maruja. Algo más tarde llegaron los señores Juan José Peña, Juan Antonio de Olazábal y Bordiú, Antonio Arrue y su mujer (María Teresa Salazar), el sacerdote de Astigarraga don Tomás Ormazábal, el señor cura párroco don Francisco Tapia Seguro, antiguo requeté del Tercio de San Miguel, acompañado de varios carlistas de Astigarraga. Pasaron en casa toda la tarde acompañando a la Princesa mis dos hermanas Luz y Pilar. Los señores Arrue y Peña hablaron con el sacerdote señor

(1) Nótese la valoración de los ejercicios piadosos que se hace a lo largo de todo este diario.

Ormazábal sobre las clases de castellano de la Princesa y acordaron fuera este señor quien se las diera todos los días de once a doce y media de la mañana, dando comienzo a ellas el lunes día 18 (1).

Sábado, 16.

Como el día anterior, oyó la Misa de ocho y media y después del desayuno y a pesar de que como el día anterior continuaba lloviendo, salió en compañía de mis hijas Pili y Margarita a dar un paseo por el monte, de donde regresaron llenas de barro y frío, pero la Princesa encantada de la mañana pasada. A las cuatro y media llegó Juan Antonio de Olazábal con su coche y acompañando a S.A. fuimos a San Sebastián Juan Antonio, mi hija Pili y yo. Dejamos a su Alteza en casa de don Tirso de Olazábal y Eulate, donde se encontraban Ana María de Olazábal y Vives y Lola Comín. Como Concha Jaraquemada, mujer de Tirso, se encontraba enferma de algún cuidado, después de permanecer un buen rato en la casa, la Princesa, acompañada de Pili, Ana María y Lola Comín, salió a dar un paseo por la Concha y después de merendar en «Garibay», a las siete y media, se fueron al cine Novedades. Juan Antonio y yo nos citamos en el Club Cantábrico, para a la salida del cine recoger a la Princesa y llevarla a Astigarraga, como lo hicimos. En el club nos encontramos con Fausto Gaiztarro, quien nos dijo que podía la Princesa disponer de su coche Citroën a todas horas, para lo cual nos encargaba encontráramos un «chauffeur» de toda la confianza ya que no creía prudente poner a S.A. en manos de cualquier desconocido. A eso de las diez y cuarto llegamos a Murguía y como de costumbre después de la cena y un rato de conversación la señora se retiró a descansar.

Domingo, 17.

Como los días anteriores la Princesa oyó la Misa de ocho y media y comulgó en ella y después del desayuno se fue a sus habitaciones hasta las doce en que llegó Juan Antonio en su coche. Al poco rato salimos para San Sebastián con S.A. y en el coche conducido por Juan Antonio, mi hija Pili y yo. Como no paraba de llover, sin bajarnos del coche enseñamos a S.A. los destrozos causados por el último temporal en el Paseo Nuevo, la Concha y el Paseo del Malecón del Tenis. Del Malecón del Tenis y por la Avenida de Zumalacárregui nos fuimos al Paseo de Heriz, de donde

(1) Es digno de consignación y de alabanza el esfuerzo que entonces hacía toda la familia de Don Javier por aprender el español y conocer mejor a España.

salimos a la carretera de Ayete y por ella bajamos a la Concha pasando por delante del Colegio del Sagrado Corazón de María y continuando sin detenernos en parte alguna hasta Mundaiz (1), donde con la Princesa estábamos invitados a almorzar. También se encontraban invitados a almorzar la Marquesa de Valde-Espina, que llegó poco después de nosotros y el matrimonio Zuazola (Luis y Lola) y Pablo Iturria. En vista del mal tiempo permanecimos en Mundaiz hasta las nueve y media de la noche en que regresamos a Astigarraga en el coche de Juan Antonio Olazábal.

Lunes, 18.

Hoy la Misa ha sido a las nueve y después de ella ha dedicado la mañana a escribir varias cartas. A las once llegó don Tomás Ormazábal, dando inmediatamente comienzo a las clases de castellano, que tuvieron lugar en la galería de junto al comedor. A la hora del café llegaron Juan Antonio Olazábal y el sevillano don Antonio Gil. En compañía de estos nos trasladamos a San Sebastián, donde la Princesa en compañía de Pili fue a la peluquería y a comprarse unos zapatos. A las siete y media, S.A. con mis hijas Pili y Margarita se fue al cine Victoria Eugenia, y terminada la función se trasladaron a Astigarraga.

Martes, 19.

Este día la Princesa no salió de Astigarraga.

Miércoles, 20.

Terminada la clase, S.A. salió al jardín en compañía de mis hijas. A la hora del café se presentaron —previo aviso y petición de audiencia— Magdalena, Carmen y María Teresa Michelena. Estas tres hermanas viven en Oyarzun y son carlistas de abolengo y fieles a sus Reyes y en la actualidad incondicionales de nuestro Augusto Príncipe Regente. A las cinco y media llegó Juan Antonio y con él la Princesa se trasladó a San Sebastián acompañada de los Marqueses de Valde-Espina y su hija Pili. A las seis y media nos trasladamos todos a casa de los señores de Zuazola, don Luis, donde nos dieron un espléndido té. Se encontraban en la casa a más de los ya dichos, Pili Murúa hija de los Marqueses de Murúa y sobrina nieta de los Zuazolas, y las señoritas Pili y Maruja Sánchez Guardamino. Permaneció la Princesa en esta casa hasta las nueve y media de la noche.

(1) Mundáiz era otro gran enclave del Carlismo en Guipúzcoa. (Vid. nota 3 de la página 140 del Tomo VII.)

Jueves, 21.

Gracias a Dios vemos por fin amanecer un día primaveral, por lo que la Princesa muy temprano salió a dar un paseo por el jardín. Terminada su clase volvió a salir al jardín donde se dedicó, en compañía de mis hijas, a sacar algunas fotografías. A las cuatro y media salió S.A. con mi hija Pili, Juan Antonio de Olazábal y yo por la carretera de Oyarzun, tomando al llegar a Ugaldecho, la carretera que conduce a Rentería. Fuimos a Lezo donde visitamos el antiguo Santuario del Santo Cristo, subiendo al camerín para besar sus pies. La Princesa, con Pili, visitaron la Iglesia Parroquial sacando una foto de ella. Continuando hasta Pasajes San Juan, tomamos la nueva carretera de Jaizquíbel a Guadalupe. Esta carretera que turísticamente es admirable por el bello paisaje que desde ella se contempla, se encuentra algo estropeada a causa de los últimos grandes temporales y heladas. En el trayecto la Princesa sacó un buen número de fotografías. Al llegar a Guadalupe, visitamos la Iglesia o Santuario y durante un buen rato nos dedicamos a contemplar el maravilloso panorama que se divisa desde la explanada. Puestos nuevamente en movimiento bajamos a Fuenterrabía, donde visitamos el Castillo en ruinas de Carlos I de España y V de Alemania; la magnífica Iglesia Parroquial y algunas de las típicas calles del Fuenterrabía antiguo. Por la carretera general regresamos a San Sebastián, pues la Princesa estaba invitada a tomar el té en casa de Ana María de Olazábal y Vives. De todas formas y a pesar de nuestra rapidez llegamos con una hora de retraso, pues la cita era a las seis y media y nosotros llegamos a las siete y media. Esperaban a la Princesa en la casa a más de los de la casa las señoritas Pili y Maruja Sánchez Guardamino, Lola Comín y la señora de Lasuen con su hija.

Domingo, 24.

Después de oír la Misa mayor en Astigarraga, a eso de las once y cuarto emprendimos el camino para Loyola «Azpeitia». En el Citroën que Fausto Gaiztarro ha puesto a la disposición de la Princesa, tomaron asiento juntamente con S.A., el Marqués de Valde-Espina, con su hija Pili, y la señorita Paz Elio y Zubizarreta, hija de los Marqueses de las Hormazas. En el coche de Juan Antonio Olazábal tomaron asiento el matrimonio Luis Zuazola y Antonio Arrúe. En la escalinata de la Santa Casa nos esperaba el padre Errandonea, Rector del Santuario, acompañado de otros dos padres. También un buen grupo de carlistas dio la bienvenida a su Princesa. Como se les había avisado que nuestra llegada sería para las doce, para esa hora se habían reunido en la escalinata más de

doscientos carlistas, muchos de ellos requetés del Tercio glorioso de San Ignacio de Loyola. Esperaron hasta las dos y en vista de que no llegábamos se retiraron la mayoría a sus casas. Acompañada de los padres, visitó S.A. con detenimiento la casa natalicia del Santo guipuzcoano, firmando al final en el álbum. El padre Rector le regaló la obra del padre Pérez Arregui, sobre la Santa Casa. Ya dadas las tres nos trasladamos al Hotel Arteché, de Azpeitia, donde nos sirvieron una gran comida. En el mismo comedor había otra mesa ocupada por carlistas presididos por Galo Barrena, quienes al entrar la Princesa se levantaron respetuosamente. Terminada la comida y acompañados de Galo Barrena visitó la Señora la magnífica Iglesia Parroquial, así como su sacristía, donde se guardan ricas colecciones de ternos de los siglos XV y XVI.

Domingo, 2 de marzo.

Amanece un día primaveral y a las once, después de haber cumplido el precepto dominical, salimos rumbo a Aránzazu. Con su Alteza van los Marqueses de Valde-Espina y su hija Ana María, y con Ignacio Ruiz de la Prada el matrimonio Arrue y Juan Antonio de Olazábal. Por Hernani, Urnieta, Andoain, Villabona, Irura, Tolosa (la antigua capital foral de Guipúzcoa), Alegría, Icazteguieta, Legorreta, Isasondo, Villafranca, Beasain, Ormaiztegui (patria de Zumalacárregui), Zumárraga, Legaspia, Telleriarte y Oñate. Antes de llegar a Oñate nos detuvimos para admirar y sacar algunas fotos del Convento de Vidaurreta, de religiosas franciscanas, que fue fundado por don Juan López de Larraga, Contador de los Reyes Católicos, y doña Juana de Gamboa, su mujer, mediante bula que obtuvieron al efecto del Papa Julio II, en 1509. Después de contemplar durante un buen rato esta maravilla nos trasladamos a la Universidad, donde esperaban a S.A. un buen grupo de carlistas y margaritas. La Princesa, acompañada por un numeroso grupo de carlistas y margaritas recorrió todos los locales, siguiendo con marcada atención las explicaciones del encargado de la custodia de dicho edificio. A la salida se sacaron algunas fotos en grupos y sueltas; trasladándose a continuación la comitiva a la Iglesia Parroquial con la advocación de San Miguel. A la entrada en la Iglesia fue recibida S.A. a los acordes del órgano y un señor sacerdote le dio toda clase de explicaciones. A la salida, S.A. contempló la fachada de la Casa Ayuntamiento y la de la antigua Torre de Lazarraga, hoy propiedad del Excmo. señor Duque de Sotomayor, por enlace con la Casa de Artazcos. A continuación nos trasladamos a almorzar, sirviéndose una espléndida comida, consistente en: entremeses variados, consomé, filetes de lenguado, b'steq con patatas fritas

paja y tomates rellenos. Postres, queso y tortilla soplada, café, licores, etc. A los postres, a petición de la Princesa, entraron en el comedor los «chistularis», que interpretaron algunas piezas de su repertorio. Terminada la comida, en tres coches nos trasladamos a Aránzazu, que dista de Oñate 9,300 kilómetros de fuerte subida y buena carretera. Fue recibida S.A. por el padre Vicario y Director de la revista «Aránzazu», en ausencia del padre Guardián de la Comunidad y otros varios padres quienes la acompañaron en la visita de las obras de la nueva Basílica y a la Iglesia donde en honor de la egregia visitante el coro cantó magistralmente la «Salve». A continuación en la sacristía se le enseñó todo lo que de valor guarda ese Monasterio y se le hizo firmar en el álbum. Antes pasó a adorar a la Santísima Virgen Patrona de Guipúzcoa, en su propio camarín. Después de sacadas varias fotografías a la puerta del Santuario, se despidió S.A. de los padres y regresó a Oñate, deteniéndose en la carretera para sacar unas fotografías de un caserío grande y muy típico del país. Ya en Oñate nos trasladamos al Círculo Carlista, donde la Princesa fue recibida y aclamada por un nutrido grupo de requetés y margaritas que le ofrecieron flores y un delicado vino español. El Delegado local le dirigió un saludo y la Princesa, ya en castellano, dijo agradecía a todos el recibimiento dispensado y pedía a la Virgen de Aránzazu por todos los allí presentes. Cuando la Princesa hablaba un estentóreo «Viva el Rey» sonó en la sala, que fue contestado con entusiasmo delirante. Firmó un gran número de tarjetas y al despedirse, emocionada de todos aquellos leales a Dios, la Patria y el Rey, sonó la marcha de Oriamendi, que S.A., cuadrada y sin pestañear escuchó emocionada, acto que se premió con una delirante ovación. Después de recorrer algunas calles y contemplar los magníficos edificios de Oñate emprendimos la marcha camino de Vergara. Paramos ante la Iglesia Parroquial de San Pedro de Ariznoa, después de haber pasado por el «Campo del Convenio», donde en 1839 el traidor Maroto entregó sus fuerzas al General Espartero.

Lunes, 3

Después de su diaria clase dedicó un rato a pasear por el jardín y a escribir la siguiente carta: «Señor Don José Altube. Oñate. El día de ayer será para mí una fecha inolvidable. Mucho me habían hablado de las bellezas y riquezas arquitectónicas de Oñate y de los sentimientos carlistas de sus hijos. Pero todo lo que me habían contado resultó pálido al lado de la realidad. A todos quiero dar las gracias por las atenciones recibidas y deseo sea V. quien en mi nombre haga efectivo este deseo y salute a las simpáticas margaritas, valientes requetés y viejos carlistas, a quienes con gran ale-

gría estreché sus manos. Que la Santa Patrona de Guipúzcoa, a cuyas plantas tuve la dicha y el honor de orar, nos proteja y haga sea pronta realidad el triunfo de nuestro santo lema de Dios, la Patria y el Rey». Por la tarde, en compañía de mis hijas, dio un paseo por el monte, llegando al fuerte de «Choritoquieta», hoy abandonado y en ruinas. Regresó a casa a las seis y media, dedicando el resto de la tarde al estudio y la escritura.

Martes, 4.

Pasó la mañana como las anteriores, entre clases y paseo por el jardín, ya que el tiempo sigue convidando a ello. A las cuatro, acompañada de mis hijas Ana María y Conchita, y de Juan José Peña, salió camino de Ormaiztegui. En el coche de Ignacio Ruiz de la Prada fueron Antonio Arrue, Francisco Juaristi e Iturria. En Ormaiztegui visitaron con todo detenimiento la casa natal del gran genio de la guerra don Tomás de Zumalacárregui e Imaz. Esta casa que hace pocos años fue adquirida por la Diputación de Guipúzcoa, fue restaurada con acierto por el Arquitecto don Joaquín de Irizar y está convertida en Museo Carlista, mejor dicho, esa es la idea de la Diputación. A continuación se trasladaron a Segura y Cerain, desde cuyo minúsculo pueblo contemplaron uno de los más bellos panoramas de la provincia. De aquí pasaron a Cegama, villa donde murió el gran Zumalacárregui. Fueron recibidos por el pueblo en masa, presidido por el Alcalde y los curas de la villa y pueblos de los alrededores. Dirigidos por Aceguinolaza, visitó S.A. la Iglesia donde se encuentra el gran monumento y panteón con los restos mortales del gran General Carlista, y a continuación la casa donde murió así como la propia cama del General y otros recuerdos. De cuanto pasaba por delante de los ojos de la Princesa don Juan José Peña fue explicándole a S.A., a grandes rasgos, la historia del glorioso Caudillo.

Miércoles, 5.

A las cuatro de la tarde, invitados por Fausto Gaiztarro fue S.A. al Tiro de Pichón de Gudamendi, en el barrio de Igueldo, de San Sebastián. Fue acompañada de mi hija Pili y de las Sánchez Guardamino, en cuya casa almorzó este día. En Gudamendi nos reunimos las siguientes personas a más de la Princesa: Fausto Gaiztarro, Marqués de Valde-Espina, con sus hijos Ignacio (Achito), Carlos, Pili, Margarita y Ana María. Cuatro o cinco de Mundáiz, Paz y Bernardo Elio y Zubizarreta, Ignacio Ruiz de la Prada, Antonio Arrue, Juan Antonio Olazábal, Iturria, etc. La Princesa, acompañada de algunas y de algunos subió al torreón para con-

templar el magnífico panorama que se divisa desde su altura. A continuación comenzó la tirada de «platos» (pichón artificial), pero antes el señor Gaiztarro ofreció a la Princesa como obsequio una magnífica escopeta del calibre 12, de la acreditada fábrica eibarresa de Aguirre y Aranzábal, que han sabido repartir por todo el mundo sus acreditadas escopetas marca «Aya». S.A. emocionada por tal obsequio no encontraba palabras de agradecimiento para el señor Gaiztarro. Comenzó la tirada tomando parte la Princesa que demostró grandes condiciones de tiradora, pues a pesar de ser la primera vez que tiraba a los platos, rompió gran número de ellos. A continuación en el «Fuerte de Hernández», propiedad del señor Gaiztarro, invitó a la Princesa y demás acompañantes a una merienda a base de tortilla, sidra y vinos. A las siete y media se fueron todos al cine Victoria Eugenia y a la terminación regresó a Murguía.

Jueves, 6.

Salimos rumbo a Lequeitio, tomando al llegar a Zaráuz la carretera del interior conocida con el nombre de Meaga, por estar interceptada la de la costa a causa de los últimos temporales. Con toda calma seguimos nuestro camino, deteniéndonos repetidas veces para sacar fotografías y disfrutar del paisaje y del día primaveral. Por Motrico, patria del gran Almirante Cosme de Churrua, héroe de Trafalgar, pasamos sin detenernos. En el alto de Saturrarán paramos y se sacaron varias fotografías, todo ello haciendo tiempo para que el 4-4 pudiera alcanzarnos. Como Saturrarán está en el límite de la provincia de Guipúzcoa con Vizcaya, en cuanto emprendimos la marcha entramos en Vizcaya, siendo su primer pueblo el pesquero Ondarroa, donde visitamos la Iglesia. Nos llamó la atención el ver casi todos los edificios con colgaduras de los colores nacionales y crespones negros, preguntada la causa, nos dijeron era el aniversario del hundimiento del «Baleares», donde perdieron la vida gran número de hijos de Ondarroa (1). S.A. demostró deseos de que en su coche bajara hasta Lequeitio el Capitán mutilado don Luis Elizalde, quien así lo hizo costándole gran trabajo el colocarse en el auto, debido a su mutilación. Este gesto de S.A., me decía

(1) La propaganda oficial dio versiones fantásticas de este hundimiento, en las que sistemáticamente se ocultaba el gran número de voluntarios carlistas de la costa vasca que perecieron en aquel combate naval. Sus nombres figuraron en lápidas funerarias de sus pueblos hasta la llegada de las libertades democráticas (1976), en cuyo nombre varias han sido rotas. Los jóvenes marineros y pescadores de la costa vasca que antes y después del Alzamiento de 18 de julio de 1936 no siguieron a los rojos ni a los separatistas, se afilaron al Requeté, Falange era un producto exótico para ellos incomprensible.

Elizalde, jamás lo olvidaré y hoy me considero el hombre más feliz del mundo al haber viajado con mi Princesa, la hija de mi Rey Francisco Javier de Borbón-Parma. Llegamos a Lequeitio, donde entre otras personas esperaban a S.A. los bilbainos Gerardo Arriola (notario), con su hija Charito, que le entregó un magnífico ramo de claveles, y Santos Azcoitia, con su hijo del mismo nombre. Encontrábase también en el grupo una señora austriaca, casada con el Secretario de Lequeitio, la cual fue durante muchos años jefa de cocina de la Emperatriz Zita. Al ver a la Princesa se emocionó grandemente y no paró de preguntarle en alemán por la Emperatriz y todos sus hijos, etc. (1). Todos reunidos penetramos en la magnífica Basílica de Santa María de la Asunción, una de las Iglesias más suntuosas y grandiosas del Señorío de Vizcaya, de la que han hecho grandes elogios arqueólogos de fama mundial y quienes sostienen que el año de 1289 se consagraron en esta Iglesia tres Obispos con la asistencia de la religiosa viuda de don Juan y cuya Iglesia fue reconstruida en el siglo XV. El ramo de claveles que la señorita de Arriola entregó a S.A. a la llegada a Lequeitio fue depositado por la Princesa a los pies de la Virgen de la Antigua, Patrona de Lequeitio, a cuyas plantas se postró S.A. y oró devotamente un buen rato. Terminada la visita de la Iglesia nos trasladamos a comer muy cerca de las tres y media de la tarde. Terminado el almuerzo nos trasladamos a la casa de la señora austriaca, quien recibió a S.A. visiblemente emocionada y le enseñó gran número de fotografías de la familia Imperial de la época de su vida en Lequeitio. Firmó en varios reglamentos de Requetés y escribió una postal al Emperador Otto, su primo, rogándome a que firmara también yo con ella. Mucho agradecí esta distinción de S.A., distinción que nunca olvidaré. Le regalaron unas cuantas naranjas procedentes del huerto de la Emperatriz. Después de contemplar apesadumbrada las ruinas del hermoso Palacio donde vivió la Emperatriz con sus hijos y terminada esta visita, partimos en tres coches camino de Guernica, llegando primero hasta el pintoresco puerto de pescadores llamado Elanchobe, donde S.A. sacó algunas fotos. Pasamos por los pueblos de Ea, Ibarrangelúa y otros, llegando anochecido a Guernica, donde nos esperaba el Conservador del Santuario de las Libertades Vascas, quien con todo detalle explicó a S.A. cuanto encierra de importante la his-

(1) La Emperatriz Zita era esposa del Emperador de Austria-Hungría Don Carlos de Habsburgo. Fueron desterrados por la revolución al final de la Primera Guerra Mundial, pasando a Funchal y después a Portugal (metrópoli) donde murió el Emperador Carlos en la miseria. Don Alfonso (XIII) acogió a la Emperatriz Zita, recién viuda, en El Pardo; poco después la Emperatriz pasó a residir más establemente en Lequeitio, donde discurrió la adolescencia de Don Otto.

tórica «Casa de Juntas» y el roble santo de las libertades forales que con tan bribantes notas cantó el gran Iparraguirre.

Viernes, 7.

La Princesa, María Teresa y Carlos salen para San Sebastián a las cinco de la tarde para hacer algunos encargos y recoger a Juan Antonio Olazábal y todos reunidos salir para Pamplona. A eso de las siete de la tarde salieron para Pamplona a donde llegaron alrededor de las ocho, parando frente a la casa de los señores de Baleztena. Fue recibida por don Joaquín y don Ignacio Baleztena y sus hermanas y demás familiares, entre ellos la señora Abarrategui de Baleztena (don Ignacio), Baleztena Lizasoain, con su hijo, señora viuda de Jaurrieta y don Pablo Jaurrieta. Fue asimismo cumplimentada por el ex Diputado foral don José Angel Zubiaur, por el Director del «Pensamiento Navarro», don Francisco López Sanz y otros varios señores, así como un selecto grupo de señoras y señoritas. La señorita de Alonso, en nombre de un grupo de margaritas, le entregó un artístico ramo de flores. S.A., con la Marquesa de Valde-Espina, se hospeda en casa de los Baleztenas y Juan Antonio Olazábal y mi hijo Carlos en el hotel.

Sábado, 8.

Después de oír su Misa y comulgar, la Princesa Francisca de Borbón-Parma visitó detenidamente la Diputación admirando cuanto de bello e histórico se encierra en ella. Detúvose para contemplar el magnífico cuadro de doña Margarita, que actualmente se está pintando, por encargo de la Diputación Foral. A continuación recorrió los alrededores de la ciudad para conocer, sobre todo, el recinto amurallado. Hizo grandes elogios de toda la parte del Portal de Zumalacárregui. Al mediodía almorzó en casa de los señores de Baleztena y seguidamente se trasladó a Javier, para conocer el Castillo, cuna del gran santo navarro y asistir a los actos de la novena de la Gracia. Unos requetés con guitarras interpretaron varias jotas, cantando un mutilado de nuestra guerra coplas alusivas al Príncipe Gaetano, tío de S.A., y al Príncipe Xavier de Borbón-Parma, padre de la Princesa Francisca María. Al terminar su última copla el valiente mutilado se emocionó tanto que no pudo concluir y entonces levantándose su Alteza le dio una copa. Durante toda esta excursión fue Su Alteza rodeada constantemente por voluntarios requetés que le pedían firmas y deseaban besar respetuosamente su mano. A última hora del día se trasladó a Pamplona a casa de los señores de Baleztena.

Lunes, 10.

S. A., en unión de sus acompañantes, acudió a la Capilla del Museo de Recuerdos Históricos para asistir a la misa de Comunión organizada en sufragio de los mártires de la Tradición.

S.A. tomó asiento en un reclinatorio de honor, teniendo a sus lados a don Joaquín Baleztena, la Marquesa de Valde-Espina, doña Dolores Lorente de Lizarraga, la señora viuda de Urizarri, la señora de Baleztena y don Juan Antonio Olazábal. Tanto la Capilla como sus alrededores se encontraban abarrotados de carlistas y margaritas. Terminada esta ceremonia, S.A. visitó el Museo. A la una de la tarde visitó la Catedral, siendo los canónigos señores don Juan Olo y don Agustín Arbeloa, quienes le dieron toda clase de explicaciones y detalles. Antes de retirarse de la Catedral oró ante la imagen de Santa María la Real de Pamplona y depositó a sus pies el magnífico ramo de flores con que le habían obsequiado el «Muthiko-Alaiak». Retiróse luego a almorzar en casa de los señores Sánchez Marco y a las seis de la tarde emprendió el regreso a Astigarraga acompañada de la Marquesa de Valde-Espina, Juan Antonio Olazábal y Antonio Arrue, que habían llegado a Pamplona aquella misma mañana. Llegó a Murguía a las ocho y media de la tarde, después de un magnífico viaje por tierras navarras, aunque algo cansada por el continuo no parar de esos días.

Jueves, 13.

Después de las clases se reunió con mis hijas y se dedicó el resto de la mañana a jugar a la pelota. Por la tarde y a primera hora recibió a doña Martina Sarasola, viuda del Comandante don Luis Guijosa, Comandante Jefe del Tercio Guipuzcoano de Oriamendi, que murió gloriosamente en Vergara a consecuencia de las heridas en el vientre en el frente de Mondragón. También su único hijo, Teniente de Infantería y requeté murió heroicamente en el frente de Teruel (1). A las ocho menos diez llegó a Villa Celayenea, residencia de los señores de Olazábal, José Ignacio y María Rosa de Castro, su mujer, donde S.A. estaba invitada a tomar el te, o mejor dicho un espléndido cok-tail, que duró hasta las diez de la noche en que se retiró S.A. Los señores de Olazábal le regalaron las obras completas del gran poeta andaluz Gustavo Adolfo Béquér.

(1) Patxi Guijosa y Sarasola era Capitán del Tercio de Requetés de Zumalacárregui; sufrió una puñalada por la espalda en una calle de Teruel al reconquistar esta ciudad.

Viernes, 14.

A las doce menos cuarto, después de terminadas sus clases, se trasladó con Valde-Espina y sus hijas Pili y Margarita a San Sebastián para visitar el Museo de San Telmo. A la entrada del Museo aguardaban a S.A. don Amadeo Delaunet y don Juan Antonio de Olazábal. Después de visitar detenidamente el Museo se despidió de los señores Olazábal y Delaunet. Este último entregó a la Princesa un estudio genealógico hecho por él de la familia Borbón, en sus distintas ramas. Después del almuerzo en vista del buen tiempo, S.A. paseó un buen rato por el jardín de Murguía. A las seis de la tarde se trasladó a casa de los señores Marqueses de las Hormazas, donde estaba invitada a tomar el te y ver unos cuantos objetos que pertenecieron al gran General don Tomás de Zumalacárregui. Asistieron a este te, a más de los de la casa, el Marqués de Valde-Espina y sus hijas Pili y Achito —Ana María de Olazábal— y Pili y Maruja Sánchez Guardamino. Después del te, Paz Elio nos dio un recital de guitarra acompañada de su profesor el «gitano Esteban». A las nueve menos cuarto llegó el gran guitarrista Sánchez Granada, quien interpretó a la guitarra, magistralmente, varias piezas de concierto. Resultó esta reunión muy del agrado de la Princesa, quien se retiró a su casa a las diez y media.

Domingo, 16.

A las nueve y media oyó Misa y Comulgó en la Capilla de la Inmaculada de la Catedral del Buen Pastor de San Sebastián, donde organizado por el Círculo Carlista (1) se celebró una Misa por los mártires de la Tradición. La Capilla se encontraba totalmente llena de Margaritas y leales carlistas, quienes recibieron la presencia de su princesa en el templo con gran alegría y satisfacción, como lo demostraron a la salida del templo ovacionando largamente a S.A.R. Con la sencillez de S.A., en ella característica, conversó largamente con todos y firmó una buena cantidad de postales y estampas. También unos improvisados fotógrafos sacaron una buena cantidad de fotos de S.A. Después de mucho trabajo pudimos sacar a la Princesa de aquel mar que le rodeaba y no la dejaban marcharse, pues como me dijo un viejo carlista, «para una vez que vienen los hijos de nuestro Rey, justo es que deseemos estar con ellos». Por fin pudimos arrancarla y nos la llevamos a casa de los señores de Arrue, don Antonio, donde desayunó en compañía de

(1) Este círculo carlista, como el que se ha mencionado de Oñate, funcionaban con el nombre de «Círculo de España»; el nombre de «Círculo Carlista», tan glorioso, estaba terminantemente prohibido.

los señores de Arrue, Valde-Espina y su hija Pili y la Condesa viuda de Vallcabra y su hermana Luz Orbe y Vives de Cañamás. A las once, S.A. con sus acompañantes regresaron a Astigarraga, dirigiéndose S.A. a sus habitaciones, donde permaneció hasta la hora del almuerzo. Por la tarde, a las cinco, se celebró en Murguía una gran fiesta vasca en honor de la Princesa, en la que tomaron parte los «dantzaris» o cuadro de bailes vascos del Círculo Carlita de San Sebastián. Formaban el grupo de bailarines y «chistularis» unas cuarenta personas, y con el aplauso general y gran contento y satisfacción de S. A. interpretaron el siguiente programa (...). Todos estos bailes fueron maravillosamente ejecutados, mereciendo el aplauso caluroso de S.A., así como de cuantos presenciaron el espectáculo, tanto los invitados como el pueblo que se congregó en los alrededores para presenciarlo. Al final de uno de los bailes, una pareja de niños se acercó a la Princesa y después de besarle la mano le entregaron, la niña, una boina blanca y, el niño, una colorada. S.A. emocionada besó a los dos niños. Al terminar los bailes, todos los bailarines y chistularis desfilaron ante la Princesa besando respetuosamente su mano, y alguno de ellos, con lágrimas en sus ojos. A las cinco y media, conduciendo el Citroën S.A., salimos por la carretera de Oyarzun hasta Ventas de Astigarraga, donde tomamos la que conduce a Rentería y de allí por Lezo a Pasajes de San Juan, cuyo puerto pesquero deseaba ver la Princesa. Recorrimos todo el pueblo y S.A. contempló la casa donde vivió el novelista francés Víctor Hugo. Visitamos la Iglesia Parroquial y terminada esta visita por Rentería continuamos a Oyarzun. Dejamos los coches en la plaza y a pie nos trasladamos a la casa de las hermanas Michelenas, Magdalena, Mari y Teresa, donde nós esperaban en compañía del señor cura párroco don Eugenio Uranga, y las hermanas Luz y Pilar. Después de tomar el te y charlar un buen rato salimos para visitar la Iglesia, que es una de los mejores de la provincia y, desde luego, la mayor de las de una sola nave. En el atrio esperaban a la Princesa un nutrido grupo de carlistas y margaritas, que le entregaron un ramo de flores que S.A. depositó al pie del altar de la Virgen de los Dolores. Terminada la visita regresamos a Astigarraga directamente por Ventas de Astigarraga, llevando con nosotros a las hermanas Luz y Pilar. Llegamos a las nueve y acto seguido S.A. se retiró a descansar.

Viernes, 21.

Día triston y con trazas de llover. Como de ordinario, por la mañana clases de español e historia. A esta asistieron con S.A., Luz,

María Teresa, Conchita, Achito y yo. Por la tarde, a las 4, se fue a San Sebastián con los Valde-Espina y su hija Pili. Dedicó la tarde a modisteo y tiendas y a las siete de la tarde llegó a casa donde esperaba doña María del Pilar de Heriz y Roncal, mujer del Coronel de Ingenieros don Fernando Campos. Después de tomar el te, se dedicó en la galería a la escritura. Como María Teresa no se encontraba bien se retiró temprano. A las once, antes de retirarse, la Princesa demostró deseos de ir a ver a María Teresa, lo que encantada agradeció ella. Ya en el cuarto y después de abrazar con todo cariño a mi mujer le regaló dos hermosos álbumes de reproducciones de cuadros. Dichos álbumes, que son de la colección «Les Trésors de la Peinture Française», son los siguientes: «Fouquet», XV siècle, y «L'Ecole Provençale», XIV y XV siècles.

Sábado, 22.

A las nueve y media salió con Pili para San Sebastián, pues tenía que ir a la modista. Este día invitó S.A. a comer en casa al matrimonio Gaiztarro, Fausto y su hermana Carmen Verdugo. Después de la comida y el café, y de charlar un buen rato, a eso de las cinco se trasladó S.A. a San Sebastián y regresó para las siete y media. Dedicó el resto de la tarde a la escritura.

Domingo, 23.

Amanece un día muy triste y con mucha niebla. Después de la Misa de ocho y de haber desayunado, se preparó S.A. para la excursión proyectada al monte Hernio. En unión de Antonio Arrue, Ignacio Ruiz de la Prada, Iturria y mi hija Conchita, Paz Elio y Pili y Maruja Sánchez Guardamino emprendieron el camino en dirección a Vidania, desde donde pensaban escalar el Hernio. Apenas llegados a Vidania les mejoró el día y desapareció la densa niebla. Después de hora y media de subida llegaron al alto depositando en el buzón sus tarjetas. Estando comiendo se les presentaron, disparando cohetes, el Capellán y los Médicos del Sanatorio Andazárrate, situado a la otra falda del Hernio. Pasaron un día admirable y llegaron a casa a las ocho de la noche, completamente quemadas del sol y el aire, en especial la Princesa y mi hija Conchita.

Lunes, 24.

Frente a la fábrica de bicicletas de los señores de Orbea nos esperaba la furgoneta y los señores don José González Orbea, don Jesús y don Santiago Baglietto, éste último Delegado local

carlista de Eibar. En unión de los indicados señores nos trasladamos a la importante fábrica de máquinas de coser «Alfa», donde su Ingeniero técnico, señor Olave, ayudado del señor Zamacola, enseñó a la Princesa toda la fábrica, dándole toda clase de detalles sobre la fabricación, etc. En la indicada fábrica actualmente se están fabricando muy cerca de las trescientas cincuenta máquinas, siendo sus principales mercados el Brasil, Francia y los países árabes. Terminada esta visita, S.A. dio las gracias al señor Olave y acto seguido nos trasladamos a la fábrica de escopetas de caza de los señores Aguirre y Aranzábal. Vimos al encargado de la fábrica ya que ni el señor Aguirre ni el señor Aranzábal se encontraban en Eibar ese día, y le indicamos el objeto de la visita, que ya la conocía, por estar enterado de la carta que escribí al señor Aranzábal. El objeto no era otro sino el que tomaran a la Princesa la medida de la culata, pues la que tenía en la escopeta que le regaló Fausto Gaiztarro era muy larga para ella. Como llevé la escopeta, quedaron que le acortarían la culata y que en cuanto se les avisara la remitirían a donde se les indicara, debiendo advertirnos que de quererla sacar al extranjero lo más sencillo es hacer constar en el pasaporte de la persona que la saque el número y características del arma, pues según está dispuesto cada extranjero puede sacar libremente hasta dos escopetas. Fuimos a casa de los señores de González Orbea, donde su mujer, doña Toribia Arambarri, acompañada de sus sobrinos José M.^a Berraondo, Miguel Berraondo y Carmen Berraondo, recibió a la Princesa y le invitó a un espléndido te.

Martes, 25.

A las diez y media y después de haber oído la Misa de nueve, la Princesa, salió la Princesa con Pili para San Sebastián. Regresó a casa a las doce, acompañada de Pili y Juan José Peña. Inmediatamente Peña le dio una conferencia general sobre la historia de España, conferencia que duró hasta la una y media. Con esta conferencia dio Peña por terminadas las lecciones de Historia de España. Después de esta lección, Peña escribió unas muy sentidas palabras en el álbum de la Princesa.

Jueves, 27.

Amanece el día lloviendo. Terminada la Misa de nueve, S.A. dedicó un buen rato al arreglo de sus maletas y a despedirse del servicio, etc. Con casi una hora de retraso sobre la hora indicada para la salida —pues partimos de Murguía a las doce y cuarto— y después de despedirse S.A. de mis hijos y hermanas, emprendimos el

camino rumbo a Madrid (1). En el Renault de Ignacio Ruiz de la Prada iban éste, Juan Antonio Olazábal y Pablo Iturria. En el Mercedes Diesel, amablemente cedido por don Fausto Gaiztarro, se acondicionaron S.A. la Princesa, los Marqueses de Valde-Espina y su hija Conchita. Por Hernani y Andoaín llegamos a Tolosa, donde nos detuvimos a la puerta de la Iglesia Parroquial, llena de margaritas y carlistas. Al bajar del coche, S.A. fue obsequiada con un ramo de flores y un estuche conteniendo una boina roja. Rápidamente visitamos la Iglesia, haciendo ofrenda del ramo de flores S.A. al pie de la Virgen. Sin tropiezo alguno llegamos a Vitoria, mejor dicho unos seis kilómetros antes nos detuvimos, pues la Señora deseaba arreglarse un poco. Antes de llegar al campo de aviación esperaban a S.A. varias señoras y señores, trasladándose inmediatamente después de los saludos a la casa de la señorita María Cruz Guinea, donde almorzamos y después del café recibí numerosas visitas. Entre las personas que saludaron a la Princesa se encontraba un modesto obrero viudo y con siete hijos, que abrazado a la mano de S.A. lloraba emocionado y pretendía arrodillarse a sus pies. A todos los que presenciábamos esta escena nos emocionó y no digamos nada a la Princesa, que no podía comprender tal abnegación y amor por su santa causa de Dios, la Patria y el Rey. Después de la recepción, S.A., con un nutrido séquito que la seguía, fue a orar y depositar las flores que le entregaron a la llegada a los pies de la Virgen de la Blanca, Patrona de Vitoria y de la provincia de Alava. A continuación visitó las obras de la nueva Catedral, subiendo en el montacargas hasta la nave más alta de las construidas hasta el día. Terminada esta visita se despidió de todos los acompañantes, pero antes a la entrada de la Catedral se sacó algunas fotos en grupos varios, entre otros con el obrero viudo y con siete hijos. Continuamos nuestro camino y al llegar a Miranda fue recibida en triunfo y obsequiada con flores y cajas de bombones, lo mismo que en Vitoria. Después de tomado el te en casa de (...) y al salir de ella fue vitoreada y aclamada con vivas al Rey, no cesando los vivas y aplausos hasta que el coche se alejó. Continuamos para Burgos a donde llegamos con buen tiempo a las nueve en punto de la noche, parando en el Hotel Condestable, donde aguardaba la llegada de S.A. un inmenso gentío. Después de un corto descanso, dio comienzo el besamanos que duró hasta cerca de las once. Hizo las presentaciones el Delegado Regional de la Comunión en Burgos, don José Ruiz Peña. El poeta burgalés don Martín Garrido Hernando, al besar la mano de S.A., le recitó el siguiente soneto:

(1) También despidió a Antonio Arrue y Zaráuz.

OFRENDA

¡Hija del Rey! Humilde un castellano,
sin otro memoria que su hidalguía.
¡légase a Vos —cobarde en su alegría—
para besar rendido vuestra mano.

No sé del protocolo cortesano,
insincero y falaz. Al alma mía
sólo le va la rancia cortesía
de cantar vuestro nombre en canto llano...

¡Dulce Princesa de Borbón y Parma!
Mi corazón preséntaos el arma
de su encendido afecto y su nobleza.

¡Carlista raso en ejercicio activo,
hoy, como ayer y siempre, muerto o vivo,
a los Reales Pies de Vuestra Alteza!

Viernes, 28.

Llueve torrencialmente, pero a pesar de ello fuimos a la Iglesia de San Lesmes donde comulgamos. A continuación nos trasladamos en varios coches a visitar la Cartuja. Actuó de cicerone ante S.A. don Matías Martínez Burgos, quien demostró un profundo conocimiento sobre la historia y riquezas que encierra, no sólo la Cartuja sino también Las Huelgas, la Catedral, etc. Fue para todos una gran sorpresa que al abrirse la puerta de la Cartuja, el hermano portero se quedó mirando a Juan Antonio Olazábal y le dijo «V. es un Olazábal». Inmediatamente Juan Antonio lo reconoció, y resultó ser un antiguo empleado del periódico «La Constancia», periódico integrista que se publicaba en San Sebastián, antes de la unión de estos con los carlistas. Recorrimos con detalle la Iglesia y cuanto digno de admirar encierra tal joya. Terminada esta visita nos trasladamos al hotel a desayunar y a continuación fuimos a visitar otra de las joyas burgalesas, Las Huelgas. Después nos trasladamos a la Catedral, donde actuó de cicerone un canónigo, viejo carlista. Escuchamos a las dos el reloj y vimos actuar al célebre «Papa-moscas». A continuación visitamos la Iglesia de San Nicolás para contemplar su retablo barroco tallado todo él en piedra. Fuimos a continuación al Ayuntamiento, donde se recibió a S.A. con toda clase de honores. En la gran escalinata le esperaba el señor Alcalde, con un nutrido grupo de Concejales. Dando guardia varios guardias, subió su Alteza

la escalera llevando a su derecha al señor Alcalde y a su izquierda al Jefe Regional de la Comunión. En uno de los salones, el señor Alcalde dio la bienvenida a S.A. y le ofreció un ejemplar del «Mío Cid» en fotocopia, ejemplar que se encuentra numerado con el número 588 y dedicado a S.A. la Princesa María Francisca de Borbón y Borbón. El nombre de verdad de la obra es el de «Cantar del mío Cid», cuyo original es de la propiedad de don Roque Pidal. Terminado el acto del Ayuntamiento, S.A. regresó al hotel donde a las tres y media se sentó a almorzar, con los mismos señores de la noche anterior y algunos más, cuyos nombres no recuerdo. La tarde la dedicó a recibir visitas en el hotel y firmar autógrafos en gran cantidad. También hizo firmar en su álbum a un gran número de personas. Por fin, con algo menos de lluvia, llegamos a Madrid y nos fuimos directamente a la calle del General Mola, 35, residencia de don Guillermo Galmés, donde pensaba hospedarse S.A. En la casa esperaban a S.A. el matrimonio Galmés con sus hijos y los señores don Manuel Fal Conde, don José María Lamamié de Clairac, don José Luis Zamanillo y otros varios cuyos nombres no recuerdo. Fuimos invitados a cenar en la casa, y desde ella hablé telefónicamente con mis hijos José María y Vicente, quienes inmediatamente se presentaron en la casa.

CARTA DE DON JAVIER AL MARQUES DE VALDE-ESPINA

«Muy querido Ignacio. En pocos días mi hija Francisca se marcha para Madrid y después para Sevilla. Tengo a agradecerte de todo corazón a ti y a la Marquesa, como a tus hijos y hijas para esta hospitalidad hermosa familiar y tan cariñosa en tu casa de Murguía.

Todo ha sido perfecto. Las bonitas excursiones en el país vasco y en Navarra han sido una grande utilidad para ella y le han tanto gustado como la presencia de tantos nuestros fieles amigos carlistas.

Creo que también para nuestra gente ha sido de provecho ver a Francisca no pudiendo ir yo mismo con ella. No puedo decirte abastanza cuanto te soy reconocido.

Las cartas de mi hija son llenas de detalles muy interesantes y he podido así seguir su estancia en tu palacio y en San Sebastián con vosotros casi día tras días.

Te pido decir a la querida Marquesa con todo mi agradecimiento los afectuosos saludos y amistades de la Princesa y a ti querido amigo te doi un fuerte abrazo.

Tu afectísimo,

Francisco Javier de Borbón

Bost. Besson (Allier), 25-III-52.»

CONTESTACION DEL MARQUES

«Palacio de Murguía. Astigarraga, 2 de abril de 1952

Señor: A mi regreso de Madrid, a donde fui con mi mujer y mi hija Conchita a acompañar a su augusta hija la Princesa Francisca María, me encuentro con su afectuosa y cariñosa carta del 25 del pasado mes, en la que nos da las gracias por la hospitalidad familiar y cariñosa que hemos dado a S.A. la Princesa Francisca.

Somos nosotros los obligados a dar las gracias a V.A. y a la Princesa Doña Magdalena, su Augusta esposa, por el honor que nos han deparado al confiarnos durante una temporada el cuidado y convivencia con la encantadora, buena y cariñosa Princesa, quien ha sabido ganar todo nuestro afecto y todo nuestro respetuoso cariño.

Nunca podremos olvidar los días pasados en su grata compañía y podremos, una vez más, decir que si los Valde-Espina han sido siempre fieles a sus Reyes y Príncipes, también estos han sabido corresponder con creces, tratándoles con cariño de verdaderos amigos.

Sólo una pena embarga nuestra alma y es ella el haber tenido que dejar a la Princesa en Madrid, sin que por razones que ignoro haya podido mi hija Pilar (Pili) acompañarla en su viaje por tierras de Andalucía, como era deseo de su Augusta hija y repetidas veces me lo pidió y yo de muy buen grado se lo concedí, siempre que tuviera la conformidad de V.A.R.

Mucho nos alegramos haya llevado un buen recuerdo de esta tierra Vascongada, y ahora si V.A. me lo permite voy a pedirle un favor con todo respeto. Que cuando termine su recorrido por la tierra Andaluza y antes de regresar a su amada Francia, nos conceda la gracia de poder disfrutar nuevamente unos días de su grata compañía, pues creo que ella lo desea y nosotros mucho más, y sería para esta casa el mejor premio que pudiera concedernos nuestro Príncipe Regente. Si este nuestro deseo pudiera completarse con la presencia de V.A. la felicidad sería completa.

El viaje de la Princesa desde Astigarraga a Madrid fue magnífico.

En Tolosa la esperaban a la puerta de la Iglesia un nutrido grupo de requetés y margaritas, quienes le entregaron un ramo de flores y una boina roja.

También en Vitoria y Miranda el recibimiento fue grande y en muchos ojos se vieron correr las lágrimas.

En Burgos fue aún mayor el recibimiento tributado a S.A. la para todos encantadora Princesa, y en el salón del hotel recibió a más de un centenar de fieles carlistas.

A la mañana siguiente, después de haber comulgado en la Iglesia de San Lesmes, visitó S.A. la Cartuja, Las Huelgas, la Catedral y la Iglesia de San Nicolás y a eso de las dos de la tarde fue recibida con toda clase de honores en el Ayuntamiento por el señor Alcalde y Concejales. He de advertir a S.A. que el Alcalde no es carlista, sino falangista, pero es un caballero de cuerpo entero, según se nos dijo en Burgos.

A las once de la noche llegamos a Madrid, donde hicimos entrega de la Princesa a don Manuel Fal Conde, en el domicilio del señor Galmés.

Antes de terminar esta carta quisiera poner al corriente de V.A.R. del comportamiento de don Fausto Gaiztarro, aunque supongo que la Princesa le habrá comunicado algo.

Desde el primer momento de la llegada de S.A. a mi casa, Gaiztarro puso a su disposición su coche Citroën para que la Princesa dispusiera de él cuando lo deseara. Al terminar su estancia en esta le dejó su Mercedes Diesel para que en él se trasladara a Madrid. No contento con esto y a más de la hermosa fiesta que le dio en su finca de Bidebieta, donde reunió a gran número de carlistas y simpatizantes, le regaló una escopeta del calibre 12, fabricada para ella en una de las mejores fábricas de armas de Eibar; regalo este que enloqueció a S.A. al probarla en el tiro al plato que se le organizó en el Campo del Tiro de Pichón de San Sebastián.

Tanto esta escopeta como una maleta que ha dejado S.A. en esta, llena de libros y álbumes que le han regalado, veremos el modo de mandárselo todo al Château, lo que comunicaré a S.A. en el momento oportuno.

Creo sería muy conveniente, si V.A. lo estima oportuno, el que pusiera dos letras a Fausto Gaiztarro, dándole las gracias por todo lo que ha hecho por la Princesa y por el partido.

Señor: Ruégole con todo mi respeto salude en nombre de mi mujer y en el mío a S.A.R. la Princesa doña Magdalena.

Señor

A los R.R. P.P. de V.A.

El Marqués de Valde-Espina»

REGRESO A FRANCIA DE LA PRINCESA

«Viernes, 9 de mayo de 1952.

A las ocho y cuarto de la mañana se presentó en mi casa Ignacio Ruiz de la Prada con su coche Renault 4-4.

En él nos fuimos a la estación de San Sebastián María Teresa

y yo y algo más tarde, en su camioneta, Achito, Conchita y María Luisa.

En la estación se encontraban el matrimonio Sánchez Guardamino con sus hijas Carmen, Encarnación y Teresa. Luis Zuazola y su mujer Lolita Marquece. Ana María de Olazábal y Vives. Ambrosio Astrain. Pablo Iturria. Ignacio Ruiz de la Prada.

A las nueve en punto llegó el Sur-Expres de Madrid en el que regresaba de Sevilla y Madrid S.A. la Princesa Francisca de Borbón-Parma, acompañada del matrimonio Galmés, Guillermo y María.

De la estación se trasladó a oír Misa y desayunar a Mundaiz y a eso de las once llegó a Astigarraga.

Yo con Achito, Conchita y María Luisa regresamos a Astigarraga, conduciendo todo el equipaje de la Princesa.

A la llegada de la Princesa fue saludada en Astigarraga por el sacerdote don Tomás Ormazábal, que durante su estancia en esta fue su profesor de lengua española.

A las dos llegaron en el coche de Juan Antonio Olazábal y Bordiú, y en compañía de éste, el matrimonio Galmés, quienes quieren almorzar con la Princesa.

A las cinco de la tarde se fueron Juan Antonio y los Galmés dedicándose su Alteza a arreglar un poco su equipaje.

A las seis y cuarto vino con su coche Ruiz de la Prada y con él S.A., María Teresa y yo fuimos a visitar a don Tirso de Olazábal y Eulate, quien en compañía de su mujer recibió con todo cariño a S.A.

A las siete y cuarto llegamos a Mundaiz donde la señora estaba invitada a merendar.

A parte de los dueños de la casa y sus hijas y María Teresa y yo, solamente estaban la mujer de Antonio Arrue y Pablo Iturria y Ruiz de la Prada.

A las diez y cuarto se retiró S.A. de Mundaiz dirigiéndonos directamente a Astigarraga.

Inmediatamente después de cenar, S.A. se retiró a acostarse.

Sábado, 10.

A las nueve y media oyó su Misa y comulgó, y acto seguido arregló su equipaje y desayunó.

A las once llegaron los señores de Galmes, Sánchez Guardamino con sus hijas, Encarnación, Carmen y Teresa. Pablo Iturria. Ignacio Ruiz de la Prada. Juan Antonio Olazábal, matrimonio Barrera, Manolo y Consuelo Olague.

A las once y media, en el coche de Achito, nos trasladamos a

Irún mis hermanas Luz y Pilar, mi hija María Luisa y yo. Llegamos al puente internacional donde ya nos esperaba don Pedro Dorado.

Al poco rato llegaron en el coche de Barrera, éste con su mujer y María Teresa.

Juan Antonio Olazábal, con una de Mundaiz y todo el equipaje de la Princesa. También llegaron Ruiz de la Prada, Iturria y tres chicas de Mundaiz.

Gracias a Pedro Dorado, ni le registraron el equipaje, ni pusieron traba de ningún género ni en la frontera española, ni en la francesa.

Acompañaron hasta Hendaya, a la Princesa, el matrimonio Barrera, Juan Antonio Olazábal, La Marquesa de Valde-Espina y Ruiz de la Prada.

Admirablemente acondicionada en un coche salón, donde solamente había otras tres personas partió para París a la una y cuarto, con la esperanza de llegar a la capital francesa a las once de la noche y abrazar a sus Augustos padres en la estación Quai d'Orsay, donde según telegrama recibido la esperaban.

Señora: Que de España haya sacado un buen recuerdo. Que su estancia en esta tierra le haya hecho ver el amor y cariño con que fieles carlistas tratan a los Reyes y Príncipes de su Dinastía, y que con el respeto y sumisión que todo hijo ha de tener con sus padres, les pida de corazón su deseo de volver pronto a España.

El Marqués de Valde-Espina.»

CARTA DE DON JAVIER AL MARQUES DE VALDE-ESPINA

«Muy querido Marqués. Tu cariñosa carta me llega a la vigilia de mi aniversario de nacimiento y de mis sesenta y tres años y te agradezco de todo corazón por vuestra felicitación y para las oraciones. Pido a Dios que os conceda tantas gracias para todo cariño y amistades que habéis tenido con mi Francisca María durante su estancia en vuestra casa.

Me marchó mañana para Barcelona, por la carretera, y pienso llegar el lunes a la tarde.

Tengo muy grande ilusión de pasar esta semana en España y a estos actos solemnísimos.

Con tantas amistades a ti, querido Ignacio, a la Marquesa y a tus hijas, de Francisca, quedo tu afectísimo,

Francisco Javier de Borbón

Bost. Besson (Allier), 24 mayo 1952.»

ESTANCIA EN MADRID DE LOS INFANTES DON SIXTO Y DOÑA CECILIA

Vimos en el año 1950 que Don Javier decidió españolizar a su familia, y para ello se nombró preceptora de los Príncipes a la señorita María Teresa Angulo de Michelena; iría los veranos a Lignieres, con la familia del Regente, y los inviernos volvería a Madrid donde desempeñaba una cátedra de lengua francesa (1). En 1952, al final de su estancia veraniega en Lignieres, se decidió que los Príncipes, ahora ya Infantes para los carlistas, Don Sixto y doña Cecilia, regresaran con ella a España para pasar un mes, el de octubre, de ambientación y adaptación a la vida española, aprendizaje del español y trato con chicos de su edad. Estarían de riguroso incógnito y se guardaría la mayor reserva acerca de esta visita. Por su corta edad no hubo problemas de pasaporte, la señorita Angulo llevaba un documento de autorización paterna a los menores.

Llegaron a Madrid el 27 de septiembre y se instalaron en el domicilio de la señorita Angulo, a la sazón en la calle de la Cruz, 25; después, y siempre bajo la custodia de su preceptora pasaron por indicación de Fal Conde a casa de don Juan Sáenz Díez. Varias familias carlistas empezaron a disputarse albergar en sus casas a los Infantes y desencadenaron una guerra intestina de intrigas y vanidades. Por ello y para evitar malquistarse con los que le asediaban con sus peticiones, Don Javier dispuso el regreso a Francia de sus hijos antes de lo previsto, en carta del 13 de octubre y con pretexto de que tenían que iniciar sus cursos. Estas rivalidades se repiten en todos los siguientes viajes y estancias de Don Javier y de sus hijos hasta hacerse una constante de los mismos. Todos obsequiaron mucho a los Infantes y les llevaron a ver una corrida de toros, que Doña Cecilia explicó inmediatamente a sus padres en una carta en la que enviaba unas fotos sacadas durante la misma.

Don José Luis Zamanillo, Jefe Nacional de Requetés, envió a su hijo Santiago, de edad parecida a la de los Infantes, para que jugara con ellos; estaba dispuesto a abandonar su Colegio de los Sagrados Corazones para acompañar a Don Sixto en sus clases particulares, pero estas no llegaron a organizarse.

Don Calixto González Quevedo, destacado carlista y médico famoso que visitaba a toda la derecha de Madrid, atendió a Don Sixto en una leve indisposición que retrasó unos días el anticipado regreso.

(1) Vid. Tomo XII, págs. 109 y sigs.

La señorita María Teresa Angulo tenía una antigua y grande amistad con el General Torres Fontenla, alto Jefe de la Policía; éste puso inmediatamente a policías de paisano al servicio permanente de los Infantes, que le visitaron en su despacho oficial, e inició los preparativos para que visitaran a Franco, proyecto que, finalmente, no se realizó.

Don Javier insistía en que se mantuviera un estricto incógnito y Fal Conde escribe a la señorita María Teresa Angulo el 2-X-1952:

«Mi buena amiga: Enhorabuena por cuanto ha realizado usted con tanto éxito en servicio de nuestros Señores. Recibí su carta, y dándome cuenta de la gran necesidad del incógnito no he forzado mis asuntos para ir a Madrid. Porque tal vez mi presencia ponga dificultades a la permanencia de los Príncipes aquí. Cosa distinta es que vaya en final de la temporada porque ya habrán vencido la dificultad que al principio pueda haber y además porque ya será próxima la hora de su regreso voluntario y sin peligro de que lo hagan obligatorio las autoridades. A su madre, mis saludos, y para usted el más cordial y afectuoso de su buen amigo y correligionario, Manuel Fal.»

Por otra parte, Doña Magdalena escribe en francés a su hijo Sixto, que tenía ocho años, el siguiente párrafo, de estilo regio:

«También estoy segura de que eres muy sencillo, educado y amable con todos, tranquilo y sosegado en tu manera de obrar. Piensa en todo lo que representa el ideal de los que te rodean, su abnegación por las grandes causas. Papa quiere que cada uno de sus hijos esté a la altura de comprender todo esto. Por ello insisto en el pequeño deber de cada día; de momento, éste es hacer lo que se te pida.»

El Boletín Informativo de A.E.T., del distrito de Madrid, número 4, de octubre de 1952, menciona esta estancia en Madrid.

VI. ACTAS DE DIVERSAS REUNIONES DE DIRIGENTES CARLISTAS

Reuniones de la Junta Nacional en los días 18 y 25 de enero.—
Fragmentos de las actas del Consejo de la Tradición celebrado en Madrid los días 21 y 22 de noviembre de 1952.—Mensaje a S.M. de la nueva Junta Regional Tradicionalista de Guipúzcoa.—Bodas de Oro sacerdotales de don Bruno Lezaún: Carta de Fal Conde a don Melchor Ferrer.—Carta de Don Javier a Don Bruno Lezaun.

Sabido es que las actas de cualquier reunión dejan de recoger, con frecuencia, lo más sabroso que en ella se ha dicho; mucho más cuando la reunión es clandestina, aunque esta clandestinidad sea de una benevolencia sui generis, como la que se daba en reuniones de dirigentes carlistas de la época que reseñamos. A pesar de ello, he creído interesante reproducir algunas actas que he encontrado de este año, y que siguen a continuación, porque para un observador atento hasta su mismo tono soso y poco expresivo puede ser revelador. Para ayudar a su estudio he puesto algunas notas.

La Junta Nacional se reunió, además de los días 18 y 25 de enero, que se reseñan, los días 1, 8, 12, 22 y 29 de febrero; 22 y 29 de abril, y 7 y 23 de mayo. Las actas de todas estas últimas reuniones no se transcriben porque son breves, empíricas y sin mayor interés.

Por razones parecidas no se reproducen las actas de este año de la Junta de Granada, dedicadas a cuestiones locales, que el recopilador ha podido revisar. Registran el fallecimiento del ilustre carlista don Ramón Contreras y Pérez de Herrasti; le sustituye en la Jefatura el Doctor don Juan Bertos Ruiz

En San Sebastián, el 28 de diciembre, celebró su primera reunión la nueva Junta Regional Tradicionalista de Guipúzcoa. El acta de esta reunión es extensa: comprende, de una parte, cuestiones que omitimos de reorganización en los pueblos de la provincia, sin más interés que mostrar una vitalidad desconocida y asombrosa para los observadores de la situación de quince años después; y, de otra, un mensaje al nuevo Rey, que reproducimos íntegro.

Este epígrafe de documentos oficiales parece el más idóneo para acoger una carta de Don Javier a don Bruno Lezaun, que situamos al final del mismo.

REUNION DE LA JUNTA NACIONAL EL 18 DE ENERO DE 1952

«Asisten: Don José María Valiente, don Juan Sáenz Díez, don José Inchausti, don Ramón Villalón y don Jaime de Carlos.

Se plantea el problema de la actual situación política de la Comunión, a fin de ir madurando las directrices que ha de seguir nuestra actuación en lo futuro, con vistas a sacar el máximo partido de las circunstancias políticas de nuestra Patria y llegar a la restauración de la Monarquía Tradicional.

Se asienta como premisa fundamental la necesidad de llevar al convencimiento de la opinión que la Comunión se prepara para gobernar y que está capacitada para ello (1). Hay, pues, que luchar contra la situación de «imposibilismo político» en que gran parte de la opinión nos tiene situados.

Frente al «posibilismo» de tipo demócrata cristiano y cedista (2), y el imposibilismo de quien aparantemente no tiene posibilidades de gobernar, cabe buscar y adoptar una posición en el terreno táctico que, sin merma de los principios tradicionalmente defendidos por la Comunión, aumente nuestras probabilidades políticas y arrastre a la opinión desorientada e indecisa a adherirse a nuestra causa.

Tenemos, pues, que cultivar primero y convencer después, a las gentes próximas ideológicamente a nosotros, de que vamos a por el poder. Para ello, el problema que se hace preciso dilucidar y resolver puede centrarse en una primera pregunta: «¿Qué tenemos que hacer para salir del "imposibilismo político" en que vivimos para la mayoría de la nación?».

La respuesta a esta pregunta supone arbitrar una serie de medios y soluciones prácticas en el terreno de la táctica política; pero ello no podrá hacerse adecuadamente sin contestar a otra

(1) La opinión había sido sistemática y permanentemente «trabajada» años antes y después, desde toda clase de ángulos, de intenciones y de personas, para hacerle creer que la Comunión Tradicionalista era un asunto exclusivamente navarro, religioso y de luchas dinásticas anacrónicas y absolutamente distraída de la conquista del Estado. No decían que no podía conquistar el Estado, sino que no le interesaba.

(2) Nótese el antagonismo entre la Comunión Tradicionalista, católica y la democracia cristiana, vaticana.

interrogante, de fundamental importancia, que nos sale al paso en este planteamiento del problema. Es esta: «La Comunión, ¿puede actuar dentro de la órbita del poder sin unidad política?». En rigor, de la respuesta que se dé a esta pregunta dependen en gran parte los medios que se arbitren para contestar a la anterior.

Plantada la interrogación en líneas generales, parece que la respuesta puede ser afirmativa, puesto que la unidad política tiene que hacerse desde el poder y no es creíble que nos la den hecha ni nos entreguen este incondicionalmente para que la hagamos desde arriba.

Pero la materia es ardua y requiere un detenido estudio en reuniones posteriores.»

REUNION DE LA JUNTA NACIONAL EL 25 DE ENERO DE 1952

Asisten: Don José María Lamamié de Clairac, don José María Valiente, don Juan Sáenz Díez, don José Luis Zamanillo, don Guillermo Galmes, don Miguel Fagoaga, el Marqués de Santa Rosa, don José Inchausti y don Jaime de Carlos.

Se continúa con el estudio de si la Comunión puede actuar dentro de la órbita del poder a pesar de no existir la unidad política (1). En él hay que tener en cuenta las circunstancias actuales de nuestra patria: el Carlismo anteriormente había tendido siempre a resolver el problema por medio de la actuación guerrera, pero esta, hoy, y en el futuro que se vislumbra, no es posible. No debe olvidarse tampoco que actualmente el estar en la oposición no da fuerza política y que estamos en un régimen transitorio y constituyente por esencia, sin la presencia de un Rey usurpador en el Trono que condicione nuestra actuación. Parece, pues, que en líneas generales es lícito desde el punto de vista moral maniobrar políticamente dentro de la órbita del poder, pero siempre de una forma organizada y disciplinada, y sin que esta maniobra revista carácter de colaboración, sino de participación, obediente a nuestros principios y en consonancia con una política propia que se trata de imponer.

Teóricamente basta con plantear el problema e irlo estudiando

(1) La unidad política buscada por Franco con la Unificación (19-IV-1937) primero, con la exaltación de su figura después y, finalmente, con la actividad de sus agentes especializados, no se había conseguido por el carácter monolítico y personalista del sistema y por la antítesis esencial entre la Comunión Tradicionalista y el totalitarismo.

despacio, pues habrá que precisar cómo se realiza lo que se haya acordado.»

FRAGMENTOS DE LAS ACTAS DEL CONSEJO DE LA TRADICION CELEBRADO EN MADRID LOS DIAS 21 Y 22-XI-1952

La primera parte de las actas de este Consejo, la más importante, se dedica al aplazamiento de la Proclamación de Don Javier como Rey y la he dislocado al epígrafe del «Acto de Barcelona». La segunda parte dice así:

«Informes de las regiones.—Por Guipúzcoa habló el señor Ruiz de la Prada, indicando que no había sido posible informar en anteriores Consejos, pero que la labor de reorganización (nueva Junta Regional, reorganización de las Juntas Comarcales y Locales, etc.) hacía un año que estaba en marcha y que en breve quedaría terminada. Reseñó algunos actos celebrados explicando la génesis y desarrollo del de Villarreal en el centenario del Guernica'ko Arbola y anunció que con motivo del santo de S.M. se iban a celebrar diversos actos en la capital y en ocho pueblos de los más importantes.

El señor don Ramón Forcadell Prats dio cuenta de los actos celebrados en la ermita de Nuestra Señora de los Remedios y de las diversas actividades de los carlistas del Maestrazgo.

El señor don Balbino Rubio Robla informó de la constitución de la nueva Junta Regional de Andalucía occidental y de la provincia de Granada.

El señor Gaviria informó sobre los actos de Begoña.

Terminados los informes se procedió al estudio de las ponencias.

CONCORDATO

Se presentaron dos ponencias, una del señor don Luis Ortiz y Estrada, y otra del señor don Melchor Ferrer Dalmau. El señor Ortiz realiza un atinado estudio de las causas que han hecho posible el Concordato, señalando que para el mismo y para las relaciones en general Iglesia-Estado ha sido de suma importancia la actitud de la Comunión Tradicionalista, tanto a la iniciación del Alzamiento con su defensa de la Unidad Católica, y de la enseñanza religiosa, como en estos últimos años en su lucha contra las ideas heréticas (1), y en su defensa de la Iglesia contra

(1) Se refiere a la lucha contra los protestantes. Ver tomos de los años 1974, páginas 239 y siguientes, páginas 27 y siguientes, y este mismo tomo de 1952, epígrafe VIII.

las interferencias del Estado. El señor Ferrer presentó un estudio comparativo del último Concordato con los anteriores, resaltando que en el actual, a pesar de las afirmaciones de Catolicismo del Estado, es peor la condición de la Iglesia en muchos aspectos

ACTUACION SOCIAL DE LA COMUNION

Leyó la ponencia el señor Larramendi (hijo) por ausencia en aquellos momentos de su autor, el señor Fagoaga. En la misma se proponía el nombramiento en diversas provincias o zonas, de delegados encargados de realizar labores de encuesta sobre los más importantes asuntos sociales, de acuerdo con las indicaciones que con carácter general se dicten para toda España por un secretariado «ad hoc», con el objeto de poder presentar soluciones concretas, o por lo menos estudios, en todos los puntos importantes. Defendió la ponencia el señor Fagoaga, que regresaba en ese momento. El señor Zamanillo y varios señores Consejeros hicieron algunas observaciones y se aprobó la ponencia en sus líneas generales (1).

CONVENIENCIA DE DAR A CONOCER ANTE ALGUNOS ORGANISMOS DEL ESTADO LA POSICION DE LA COMUNION TRADICIONALISTA EN EL PROBLEMA DINASTICO

La presenta y defiende el señor Zamanillo. Comienza señalando el hecho de que Franco ha solicitado información al Consejo de Estado sobre la supuesta legitimidad de Don Juan, sobre la que parece tiene serias dudas, indicando que sería momento a propósito para dar a conocer a personalidades destacadas (o a entidades oficiales como el Consejo de Estado) la irrevocable posición de la Comunión Tradicionalista en defensa de la verdadera legitimidad dinástica, nacida de las tradicionales leyes sucesorias de la Monarquía Española, que hoy representa S.M. Don Javier de Borbón (2).

Se acordó que por miembros de la Junta Nacional se hiciera

(1) Muchos de estos proyectos y esquemas, algunos valiosos, solían quedar en nada por falta de personas con más espíritu de trabajo que afición a la tertulia. Esto producía un estado de «reorganización» casi constante. Era este un mal más general: por aquellos días corría la anécdota de que el Obispo de la Acción Católica, don Zacarías de Vizcarra decía que la Acción Católica se le estaba muriendo de «reunionitis». El Opus Dei había arramblado la mejor gente.

(2) Nótese que aquí también ya se ha sustituido el tratamiento de «Su Alteza» por el de «Su Majestad».

el estudio necesario y se presentara a las autoridades y centros que se juzgue conveniente, procurando que alcance una amplia difusión.

REORGANIZACION DE LA COMUNION

Presentan la ponencia los Consejeros residentes en Guipúzcoa y la lee y defiende el señor Iturria. Después de señalar la necesidad y la oportunidad de proceder a una reorganización de la Comunión, totalmente, indica para la misma las siguientes líneas generales: Se procurará llegar, como meta ideal en las actuales circunstancias, a lo siguiente: La Junta Nacional constará de un secretariado, con residencia en Madrid, formado por los miembros más activos de la misma, de unas Comisiones ejecutivas, con residencia también en Madrid, que resolverán los asuntos de trámite y ejecutarán las decisiones que les encomiende el Pleno de la Junta, el Consejo o la Jefatura Delegada. De un Pleno formado por la reunión del Secretariado, de las Comisiones Ejecutivas y de los miembros que designen las regiones; estos serán pocos en número (por grupos de regiones) y podrían ser designados para cada reunión (con mandato imperativo) o para un período determinado de tiempo. El Consejo de la Tradición se modificaría aumentando sus atribuciones y procurando que en su composición el cincuenta por ciento de los miembros fuesen designados por las regiones de forma electiva o representativa, teniendo también en cuenta que el número de los mismos fuese en cierto modo proporcionado a la importancia y densidad carlista de cada región. Las Juntas Regionales se codificarían de una forma semejante, procurando que por lo menos el cincuenta por ciento de sus miembros fuese de designación por las Juntas Locales y Comarcales. Y el mismo criterio se seguirá respecto a estas Juntas. Podría ser aconsejable separar el cargo de Jefe regional del de Presidente de la Junta Regional. Los nombramientos de los Jefes Regionales, Provinciales, Comarcales y Locales se harán como hasta ahora, pero podría pensarse en limitar la duración de los mismos evitando de esta forma que resulten vitalicios.

Intervino el señor Zamanillo para decir que en principio estaba conforme con las ideas apuntadas, pero que hasta ahora no se había seguido en la Junta Nacional el criterio representativo, y que el introducirlo de repente le parecía algo difícil. El señor Jefe Delegado señaló que se había omitido en el proyecto la existencia de la Junta de Jefes Regionales, que ya había dado buenos resultados en tiempo de la República, y que podía ser de momento una solución, en tanto se estudiaba la posibilidad de un nuevo funcionamiento de la Junta Nacional.

El señor Garzón declaró que los cargos provinciales y regionales debían tener una duración limitada, por ejemplo, tres años, para evitar de esta forma los resquemores que podría producir un cese o sustitución.

El señor Jefe Delegado señaló la conveniencia de que los Consejeros residentes en Guipúzcoa redacten un proyecto de reorganización señalando las medidas que podrían irse tomando gradualmente en los diversos escalones de la organización.

Así se acordó señalando además la conveniencia de que las normas se dicten con carácter general, pero sujetas a las modificaciones que las circunstancias aconsejen en cada caso para cada región o provincia.

Se trató también en el Consejo de formar una relación de los carlistas muertos en olor de santidad (Ponencia de don Melchor Ferrer) y de los acuerdos con los Estados Unidos. Temas que no reseñamos, pues con su enunciación o con lo dicho al tratar de otros puntos está contenido todo lo tratado sobre ellos. Finalmente, por falta de tiempo, fue preciso abandonar el estudio del tema sobre la «posición política de la Comunión Tradicionalista».

MENSAJE A S.M. DE LA NUEVA JUNTA REGIONAL TRADICIONALISTA DE GUIPUZCOA

«En San Sebastián, el día 28 de diciembre de 1952, a las once y media de la mañana, celebró su primera reunión la nueva Junta Regional Tradicionalista de Guipúzcoa» (1). El acta de esta reunión es extensa y trata de reorganizaciones en los pueblos, sin mayor interés político. «Finalmente, la Junta acordó elevar un mensaje de adhesión a S.M. felicitándole asimismo las Pascuas y el Nuevo Año (2). Fue firmado por todos los asistentes». Decía así:

«Señor: En el momento de constituirse la nueva Junta Regio-

(1) Puede resultar extraña la denominación de «regional» con que se califica a la Junta de Guipúzcoa, siendo esta una provincia y no una región. Este ascenso en la denominación de provincia a región fue un privilegio concedido por Don Carlos VII para consolar a los guipuzcoanos en sus celos con los vizcaínos e independizarlos.

(2) La intención oculta de este mensaje era insistir ante Don Javier, dándole el tratamiento de «Su Majestad» y haciendo una alusión, de pasada, en que ya había terminado la Regencia y ya era Rey de los Carlistas, a resultados del Acto del 30 de mayo en Barcelona. Nueva condición que se obstinaba en ocultar, aún muchos años después. El espíritu oculto de este mensaje, redactado por Juan José Peña Ibáñez, le podía muy bien haber colocado junto a los documentos del subtítulo: «Se aplaza la Proclamación».

nal Tradicionalista de Guipúzcoa se honra esta rindiendo pleitesía a la persona de Vuestra Majestad.

Sin otros méritos por nuestra parte que el ser representación de la nobilísima provincia de Guipúzcoa, cuya constante y fiel aportación a la Causa del Carlismo cuenta entre las primeras dentro de la secular empresa mantenedora de la Tradición de España.

Somos representantes, Señor, de las cinco generaciones carlistas que se han sucedido desde los días de Zumalacárregui hasta nosotros; todas leales en el sacrificio y en el servicio por la bandera de Dios, la Patria y el Rey. De este solar guipuzcoano salió la primera espada de los voluntarios del Rey, nuestro invicto General Zumalacárregui, y aquel José Joaquín de Alza, de distinguido linaje de Oñate, que en el destierro, aunque vivía en la miseria, rechazó las seductoras ofertas del Gobierno isabelino porque había jurado lealtad al Rey Carlos y pese a que no tenía en el mundo otra chaqueta que la que llevaba puesta. Y el insigne Vicente Manterola, de las Cortes de 1869. Y Tirso de Olazábal, brillante colaborador de Don Carlos VII en la última guerra Carlista. Y aquel Juan de Olazábal, paladín de la unidad española frente al separatismo en los años turbios de la segunda República. Y la inmensa legión de aguerridos voluntarios que en tres guerras se batieron con bravura inolvidable. Y los mozos que en ocasión reciente, alcanzada por Vuestra Majestad, salieron a campaña en los tercios guipuzcoanos del Requeté.

De todos ellos somos representantes. Y en nombre de los que viven y en memoria de los que murieron, nos presentamos ante vuestra Majestad para renovar el juramento de fidelidad a la persona que asegura la continuidad de la dinastía legítima por su origen y por su acendrada y permanente adhesión a los principios católicos y monárquicos que los Príncipes de otras ramas no supieron o no quisieron mantener incólumes y puros.

Garantía de mantenimiento y defensa de la Santa Causa de la Tradición de España, y única esperanza para el porvenir, la persona de Vuestra Majestad es el símbolo del ideal inmaculado por el que se batieron nuestros padres, ideal que a toda costa estamos dispuestos a mantener.

Por eso, al celebrar su primera reunión la Junta Regional Tradicionalista de Guipúzcoa, llegamos ante Vos los carlistas guipuzcoanos para poner ante Vuestra Majestad la promesa de nuestra adhesión inquebrantable. Y al mismo tiempo esta Junta presenta respetuosamente ante V.M. la felicitación de la Navidad y los deseos de un nuevo año próspero y feliz, para Vos, Señor, y para toda

vuestra augusta familia. Deseos que en nuestras oraciones pedimos fervientemente a Dios haga realidad.

Señor: A los pies de Vuestra Majestad.»

BODAS DE ORO SACERDOTALES DE DON BRUNO LEZAUN (1): CARTA DE FAL CONDE A DON MELCHOR FERRER

«Sevilla, 16 de abril de 1952.

Sr. don Melchor Ferrer Dalmau. Mi querido amigo y correligionario: El día 23 celebra sus bodas de oro sacerdotales el ejemplarísimo sacerdote navarro y verdadera gloria del Tradicionalismo, don Bruno Lezaun. En el clero navarro es esa celebración un verdadero acontecimiento porque en verdad puede decirse que se trata del sacerdote a quien todo aquel dignísimo clero mira como maestro en virtudes. Varios centenares de sacerdotes jóvenes han sido formados por él y a él deben su vocación. También los católicos tienen mucho que agradecer al celo apostólico de este hombre insigne. Y en el Carlismo, no tengo que decir, porque de todos es conocida su figura gigantesca.

Creo justo que la Comunión se asocie a las fiestas con que se va a rendir homenaje al admirado párroco, entre las que baste señalar la celebración simultánea de cuarenta Misas por sacerdotes que él ha formado.

El Príncipe le felicitará en nombre de la Comunión. Pero eso no obsta para que todos los Jefes y carlistas más destacados le dirijan en ese día cartas o telegramas y especialmente ruego a V. que los sacerdotes, nuestros amigos, sean los que más se distingan en ese tributo de afecto al integérrimo don Bruno Lezaun.

Encarecidamente le ruego que ponga en cumplir este encargo el máximo interés. La dirección es: Don Bruno Lezaun, Presbítero, MM. Escolapias. Anderaz de Abárzuza (Navarra).

Con gracias anticipadas le envía el más cordial saludo y un abrazo su buen amigo y correligionario.

CARTA DE DON JAVIER A DON BRUNO LEZAUN

«Muy querido y admirado don Bruno Lezaun: Me informan que celebra usted el 23 de febrero próximo sus bodas de oro sacerdotales y que muchos sacerdotes navarros que a usted deben su formación le ofrecen un justísimo homenaje de admiración y cari-

(1) Acerca de don Bruno Lezaun, véase el tomo IX, pág. 139.

ño; quiero en el mismo tomar la máxima parte que me es posible, asociándome de todo corazón con estas letras, encargando a don Joaquín Baleztena que me represente en dichos actos.

En ese día con toda propiedad se rinde homenaje al sacerdocio católico y a las insignes virtudes de que usted es el más vivo y santo ejemplo.

Famosa es en el mundo la nobilísima Navarra por sus acendradas virtudes católicas y patrióticas. Yo estoy seguro que las debe a la bondad de su clero y a la bondad de sus vocaciones y a la perfecta formación que reciben sus sacerdotes fieles a las tradiciones religiosas de este pueblo. El don máspreciado de Dios: la abundancia de vocaciones religiosas y sacerdotales.

De cuanta parte ha tomado usted en estos cincuenta años en el despertar de vocaciones y en la formación de nuevos sacerdotes me creo informado, pero sólo Dios puede penetrar la sublimidad del mérito que usted ha conquistado y sólo él puede darle cumplido premio.

Beso sus manos ungidas con el mayor cariño y afectuosa amistad.

Francisco Javier de Borbón, P Reg.

Bostz. Besson (Allier), 22 abril 1952.»

VII. DOCUMENTOS POLITICOS

**«La verdadera doctrina social».—Consulta a los Consejeros.—
Dictamen de los carlistas de Logroño.—«Indiferentismo político, no».**

En 1950 la Comunión Tradicionalista editó un folleto titulado «La Comunión Tradicionalista y la Cuestión Social», que reprodujimos y comentamos en el tercer epígrafe de aquel año, página 66. El 31 de enero de 1952, S.S. el Papa Pío XII dirigió un discurso importante a la Unión Cristiana de Directores de Empresa. La llamativa concordancia de los dos documentos impulsó a la Comunión Tradicionalista a publicar un nuevo impreso, con el título de «La verdadera doctrina social», que reproducimos a continuación, para hacer patente esa concordancia y capitalizarla políticamente. ¿Era el Papa quien se inspiraba en los estudios de la Comunión Tradicionalista, o esta la que lo hacía en la misma fuente que el Papa, el Derecho Público Cristiano?

Antes de responder remito al estudioso al tomo del año 1946, página 123, donde se explica que el equipo asesor para cuestiones sociales del Conde de Chambord, le hacía poco después a León XIII el borrador de la encíclica «Rerum Novarum».

La respuesta a la pregunta está en un fenómeno de sociología religiosa de aquella época. Los Obispos españoles trataban constantemente y familiarmente con los dirigentes carlistas; eran grandes y antiguos amigos que se pedían mutuamente consejo en asuntos importantes. Lo que tuvo de anormal y original benignidad el indefinible «modus vivendi» de los carlistas con Franco se debía en buena parte a esa amistad, que éste no perdía de vista. En más de una ocasión los Obispos, especialmente don Marcelino Olaechea, aunque no era carlista, hicieron ver a Franco que no le era lícito ensañarse con los carlistas. Aquellos Obispos charlaban con los dirigentes carlistas, que eran cristianos viejos, mucho más a gusto que con los desconocidos advenedizos a los puestos de autoridad y de mando de FET y de los JONS. Este fenómeno terminó con el Concilio Vaticano II; la promoción de Obispos posterior a él nunca

llamó para nada a los carlistas y se dedicó a coquetear con los dirigentes democráticos, rojos y separatistas.

En el ambiente apuntado resultaba inevitable que los dirigentes carlistas y los Obispos aprendieran mutuamente muchas cosas unos de otros, que estudiaran conjuntamente esas cuestiones sociales a la luz de los grandes principios cristianos inmutables que en Roma se custodiaban, que todos influyeran en todos y que este acerbo doctrinal surtiera por igual a los ayudantes del Papa que a las clandestinas imprentas de los carlistas.

El segundo documento de este epígrafe: «Consulta a los Consejeros» tiene interés por el carácter tendencioso de sus preguntas, un verdadero método socrático de sugerir las respuestas deseadas. Es más suavemente expositivo que fríamente investigador. Las respuestas se hallan en buena parte en el Plan de la Obra Nacional Corporativa del que publicamos extensos extractos en el volumen del año 1939. Dos deducciones fluyen de este documento: la distancia entre la concepción tradicionalista y la imperante; distancia mayor que la que, eludiendo cuestiones doctrinales, dicen que hay los cultivadores exclusivos de sentimentalismos post bélicos. Y otra, que confirma que los hechos consumados tienen una fuerza tremenda que impide que se prescindiera de ellos total y bruscamente.

El dictamen de los Consejeros de Logroño, que va en tercer lugar, no es más que una versión explícita y clara del cuestionario que lo suscita.

El otro documento político importante de este año se titula «Indiferentismo político, no», y se presentó en un folio suelto e independiente, pulcramente impreso, con fecha de 10 de marzo, fiesta de los Mártires de la Tradición. Aunque no iba suscrito por «La Comunidad Tradicionalista», la frase «La Comunidad Tradicionalista cree que tiene autoridad para hacer una llamada a todos los españoles», el estilo y circunstancias le dan rango de documento, cuando menos oficioso, que los recuerdos del propio recopilador confirman.

«LA VERDADERA DOCTRINA SOCIAL»

«Cuando son tantos los que yerran al tratar los temas sociales, no sobrará el destacar que la Comunidad Tradicionalista, que en esto, como en todo, ha venido depurando su pensamiento año tras año, sostiene un criterio social que no tropieze en los escollos de unas y otras escuelas, sino que se ajusta plenamente a la verdad. Fácil es contrastar que esto es cierto en cualquier ocasión. Pero nunca mejor que cuando así puede confirmarse con palabras

salidas de los augustos labios del Sumo Pontífice, como ocurre ahora con el discurso que acaba de dirigir, el 31 de enero de 1952, a la Unión Cristiana de Directores de Empresa.

DICE ASI EL PAPA:

«La gran miseria del orden social está en que no es profundamente cristiano ni realmente humano, sino únicamente técnico y económico.

Se habla hoy mucho de la reforma de la empresa... No han podido huir, sin embargo, a nuestra consideración las tendencias que en tales movimientos se infiltran, las cuales no aplican —como agrada— las incontestables normas del derecho natural a las mudables condiciones del tiempo, sino que simplemente las excluyen.

Quien se dedica a tratar problemas relativos a la reforma de la estructura de la empresa sin tener en cuenta que cada empresa particular está, por su fin, estrechamente ligada al conjunto de la economía nacional, corre el riesgo de poner premisas erróneas y falsas, con daño del orden económico y social completo. Por esto, en el mismo discurso de 3 de junio de 1950 os exhortamos a poner en su justa luz el pensamiento y la doctrina de nuestro predecesor, para el cual nada estuvo más ajeno que cualquier exhortación a proseguir el camino que conduce hacia formas de una anónima responsabilidad colectiva.

Ni podíamos ignorar las alteraciones, con las cuales se daban de lado las palabras de alta sabiduría de nuestro glorioso predecesor, Pío XI, dando el peso y la importancia de un programa social de la Iglesia en nuestro tiempo a una observación completamente accesorio en torno a las eventuales modificaciones jurídicas en las relaciones entre los trabajadores sujetos al contrato de trabajo y la otra parte contrayente; y pasando, por el contrario, más o menos bajo silencio la parte principal de la Encíclica «Quadragesimo Anno», que contiene, en realidad, aquel programa; es decir, la idea del orden corporativo profesional de toda la economía.»

FOLLETO DE LA COMUNION TRADICIONALISTA DE ENERO DE 1950

Lo que domina es un afán materialista que parece atribuir a la vida como único fin la conquista de la riqueza y el ansia inmoderada de bienes y goces materiales, con olvido de toda moralidad y espiritualidad.

A pesar de todo lo que se ha hablado de este tema (la Reforma de la Empresa), aún es el día que no se sabe con certeza qué es

lo que quieren los reformadores... Aquellos, de entre ellos, que no se atreven a atacar de frente el derecho de propiedad, han buscado este camino desviado para sugestionar a los incautos y, con capa de patrocinio del acceso de los humildes a la propiedad, minar los principios de ésta.

Debe mirarse con cautela todo lo que se está hablando de «reforma de la empresa» como solución del problema laboral, sobre todo cuando la solución propuesta lleva envuelta la creación de «Consejos de Empresas», sea el que sea el nombre que se les dé. No obedece esta cautela a una prevención injustificada, sino a la prudencia con que se debe recibir un proyecto de tal naturaleza, que ha hecho decir a un comunista italiano en el Congreso de Turín de diciembre de 1948: «Los Consejos de gestión son palancas al servicio del Sindicato para su lucha contra la clase patronal». Se ve, pues, que los socialistas y comunistas quieren hacer de los Consejos de Empresas unos instrumentos que sirvan para allanar los caminos para una economía totalmente estatificada.

No está la solución inmediata del problema de ordenación laboral en la llamada «Reforma de la Empresa», que con caracteres de ilusoria panacea ha prendido, de un tiempo a esta parte, en algunas mentes. No se trata de una de tantas ocasiones en que se fija con claridad la meta apetecible y lo único que se discute son los medios de llegar a ella. Aquí ocurre lo contrario; se pretende dar como indiscutible lo que es medio: reformar la empresa. Pero sin que se vea claramente la finalidad que se busca.

Cabe sentar unas líneas generales que respondan a sanos principios, inspirados fundamentalmente en la idea de Pío XI en la «Quadragesimo Anno»: «La política social tiene que dedicarse a reconstituir las profesiones». La primera conclusión que se debe dejar sentada es que la asociación debe ser libre dentro de la profesión organizada.

La Corporación es, en definitiva, la profesión organizada. Han de restaurarse, por tanto, los gremios, corporaciones y asociaciones, reguladas mediante estatutos libremente acordados en orden al fin lícito y honesto que se propongan; reconstruyendo las profesiones según las funciones sociales que cada uno ejerza; organizando diversas formas de mutualidad y cooperación, y concurriendo al logro del bien común, mediante la fidelidad de cada uno y de cada agrupación en el empeño de ejercer su profesión y sobresalir en ella.

(Estas últimas frases, entresacadas del folleto, son simple extracto, porque todo él está dedicado a explicar cómo debe hacerse esa organización corporativa de las profesiones.) Febrero, 1952.»

CONSULTA A LOS CONSEJEROS (1)

«El último discurso del Papa sobre cuestiones sociales (el 31 de enero a la Unión Cristiana de Directores de Empresa) nos sirve de gran consuelo porque viene a confirmar plenamente las directrices que en materia social señalábamos en el folleto que se publicó en enero de 1950. Alentados, pues, al ver que pisamos terreno firme, conviene que avancemos más en el desarrollo de las ideas que allí se esbozan. Como el tema es complicado conviene oír la opinión de todos los Consejeros, y al efecto interesa mucho que contesten con la mayor precisión posible las siguientes preguntas:

1.^a Hoy existe una organización sindical que aunque vieja de estructura encuadra a la casi totalidad de los trabajadores españoles, dispone de fondos cuantiosos y ha creado intereses de todas clases. En la transición de este régimen al que nosotros propugnamos, ¿se debe comenzar por declarar disuelto todo lo existente? ¿Es posible utilizar lo que hay como base para transformarlo en los núcleos iniciales de los futuros sindicatos, asociaciones, gremios y corporaciones? Si es así, ¿cuáles serían los medios para lograr esa transformación beneficiosa, y cuáles las etapas principales?

2.^a ¿Debe subsistir el Ministerio de Trabajo? ¿Y con este nombre? ¿Cuáles deben ser sus finalidades?

3.^a Concretamente en lo que se refiere a las futuras organizaciones laborales: ¿hasta qué punto debe intervenir o coadyuvar el Ministerio en su creación, o debe inhibirse totalmente y dejar que la sociedad por sí sola las desenvuelva? Dada la pérdida general de la noción de cómo deben ser esas asociaciones que hoy pongan al día el antiguo pensamiento gremial y corporativo, ¿se cree que la sociedad podrá llevar a efecto esa labor, sin que el Estado, organizado y constituido por personas que representen ese espíritu, la tutele en sus comienzos?

4.^a ¿Debe subsistir el Instituto Nacional de Previsión? Si es así, ¿con qué cometidos? ¿Debe pasar todos los seguros y toda la previsión a las nuevas asociaciones laborales, o a los gremios, o puede quedar algo encomendado a un organismo central, el Instituto u otro? ¿Debe el Estado reservarse alguna función de vigilancia sobre las instituciones de previsión y seguro que queden encomendadas a la organización laboral?

5.^a Está claro que la justicia laboral no puede ser rama independiente de la justicia ordinaria, sino una simple sección dentro de esta. Pero ¿en qué forma podrán los gremios, y con qué alcance, ejercer las funciones de los trámites iniciales de conciliación, y

(1) Archivo de Don Rafael Gambra Ciudad.

aun de resolución de cuestiones menores que no requiera la intervención de la magistratura?

6.^a La anterior pregunta está directamente ligada con la forma de constituir las juntas gremiales. Quedamos en que el gremio es la reunión de las distintas asociaciones locales o comarcales de patronos por un lado y de obreros o empleados por otro. Las juntas gremiales, por lo tanto, ¿tendrán carácter paritario?, ¿serán representativas del número de asociaciones agremiadas? porque bien claro está que no podrán estar constituidas por puestos proporcionales al número individual de agremiados.

7.^a ¿Cómo será la representación de la vida laboral en los municipios? ¿Aportarán sus representantes los distintos sindicatos o asociaciones, o por otro modo serán los gremios —reunión de asociaciones de distinto signo— los que designen sus representantes?

8.^a Se dice en el folleto (página 22) que los nuevos sindicatos no deben desviarse de sus fines propios profesionales y que la legislación impedirá que así se haga. Conviene estudiar cuáles deben ser las contenciones que impidan la desviación. Parece que entre otras deberían existir las siguientes:

a) Todos los cargos sindicales (excepto quizá el de Secretario técnico) corresponderán a auténticos profesionales de los gremios respectivos, para evitar los «profesionales de la sindicación».

b) La totalidad de los fondos que manejen los sindicatos figurarán en cuentas públicas para conocimiento de todos los asociados y los dirigentes serán responsables de esos fondos que no podrán emplear en fines extrasindicales.

La pregunta es: Además de esas dos contenciones, si parecen oportunas, ¿cuáles otras cabe establecer para evitar desviaciones políticas de las asociaciones profesionales?

9.^a Descartado el derecho a la huelga, ¿cómo pueden resolverse los conflictos laborales agudos, cuando el propio gremio no acierte a resolverlos? La apelación al Estado debilitaría la autoridad de los gremios y nos haría caer en nuevo estatismo. ¿Cabría establecer consejos intergremiales para que profesionales de otras profesiones, libres de la pasión con que ven las cosas los interesados, pudiesen resolver? Conviene estudiar bien este problema porque no estamos discurriendo para una sociedad ideal, sino que deseamos establecer un sistema que ande desde el primer día.

10.^a Aunque sin urgencia, debe pensarse en la representación corporativa en las Cortes. No se trata de establecer ya desde ahora la proporción de cada una de las actividades profesionales. Pero sí será conveniente pensar un poco sobre el porcentaje que la representación del mundo económico deba tener frente a las demás representaciones de la vida nacional. Parece lógico que la

representación de la vida económica deba estar en minoría; pero bueno será ir pensando algo sobre ello y fijar un criterio.

Marzo, 8 de 1952.»

DICTAMEN DE LOS CARLISTAS DE LOGROÑO

«Cumpliendo lo acordado en el XIV Consejo Nacional, el Consejero que suscribe se honra en contestar en la forma que sigue al cuestionario sobre temas sociales, presentada a la consideración de los Consejeros en la reunión citada.

Para ello repartió algunas copias del cuestionario citado a las personas calificadas a quienes con mayor comodidad se podía consultar y que a continuación se citan: don Francisco Errasti, Jefe Provincial, industrial; don Urbano Fernández, Presbítero; don Vicente Ruiz de Gauna, Jefe Provincial de Requetés, empleado; don Justiniano Lasanta, industrial; don Timoteo Ruiz, Jefe Comarcal de Arnedo, fabricante; don Rafael Peón, Ingeniero de Montes; don J. J. S. de Santamaría, Ayudante de Montes; don Alejandro Purón y don Jesús Fuentes, Abogado y empleado.

Tras un amplio cambio de ideas y pareceres se convino, por unanimidad, en contestar al citado cuestionario en la forma siguiente:

1.ª Conviene utilizar, en la medida de lo posible y conveniente, lo que hoy existe como base para transformarlo en los núcleos iniciales de los futuros sindicatos, gremios y corporaciones. Por ello no debe comenzarse por declarar disuelto todo lo existente.

De lo expuesto se deduce la contestación a la pregunta siguiente, esto es; hay que transformar lo existente, mejor dicho, lo que de lo existente haya de perdurar y todo ello sin precipitaciones, a fin de hacer las cosas bien y no tener que rectificar y modificar en seguida lo hecho, con los inconvenientes y descrédito para nuestro sistema que de ello resultarían.

No puede fijarse «a priori» el tiempo necesario para esta labor, ni menos determinar las etapas de la misma. Lo único que podemos conjeturar es que será cosa de bastantes años, si ha de ser una obra perfecta, en cuanto caben perfecciones en lo humano. Los momentos oportunos o necesarios para hacer esta o aquella cosa, es cuestión de táctica y de las circunstancias especiales de tiempo y lugar. Y, sobre ello no puede decirse nada concreto.

2.ª Debe subsistir el Ministerio del Trabajo con el nombre de Ministerio de las Corporaciones.

De momento su tarea sería mucho más amplia, pues habría de cooperar de manera directa en unos casos y de modo menos direc-

to en otros, según las circunstancias, a la puesta en marcha del orden corporativo. Después de montado éste, su labor, naturalmente, sería menos amplia, pues los organismos marcharían solos o con poca ayuda y menos intervención estatal.

3.^a Esta pregunta queda implícitamente contestada con lo expuesto como respuesta de la anterior.

4.^a Entiendo que no debe subsistir el Instituto Nacional de Previsión. Todos sus cometidos deben pasar íntegramente a las nuevas asociaciones laborales, aunque por la mayor ventaja que de ello resultaría, se agrupasen o centralizasen en alguna forma, sin perder del todo su autonomía. Dicho Instituto se liquidaría aplicando sus bienes a los fines, digo pasando sus bienes a las nuevas asociaciones o consorcio de ellas, según las circunstancias; y lesionando lo menos posible al personal del Instituto a quien se le colocaría en empleos iguales o análogos dentro de los nuevos organismos o en otros oficiales.

El Estado debe reservarse alguna vigilancia sobre las nuevas instituciones de previsión.

5.^a Los gremios podrán ejercer las funciones iniciales de conciliación y resolución de cuestiones menores constituyendo ... efecto una comisión o jurado mixto, o paritario, como quiera denominárseles.

6.^a Las Juntas Gremiales tendrán carácter paritario y serán representativas del número de asociaciones agremiadas.

7.^a Entendemos que son los gremios los que deben llevar sus representantes a los Municipios, no los distintos sindicatos o asociaciones.

8.^a De momento parecen suficientes las contenciones a) y b) fijadas en el folleto para la desviación de la vida de los nuevos sindicatos.

La práctica y las circunstancias indicarán si conviene tomar alguna otra medida precautoria, ya que nuestra orientación general en estas cuestiones es dar la mayor autonomía posible a los organismos y asociaciones.

9.^a Si los gremios no acertasen a resolver conflictos laborales agudos cabría someterlos a la decisión de un Tribunal arbitral, elegido para cada caso concreto; si aun así no tuviese solución el asunto, no tendría más remedio que pasar al competente Tribunal de Justicia.

10.^a Si la minoría de la representación de los intereses económicos se entiende en el sentido de respeto a todas las demás sumadas, conforme; pero hay que tener en cuenta que la representación que nos ocupa ha de ser lo suficientemente amplia para que los intereses de que tratamos se hallen bien representados y

conviene que su número sea lo bastante elevado para que constituya, de suyo, un contrapeso de las restantes representaciones, sobre todo en la discusión y ordenación de asuntos económicos, principalmente asuntos tributarios y presupuestos. El buen sentido práctico y la experiencia de la vida, propios de labradores, industriales y comerciantes es un excelente remedio contra las utopías y fantasías que en este orden de cosas tan primordial (y aun en otros) pudieran mantenerse por elementos intelectuales o de otras actividades más o menos especulativas.

Logroño, 29 de abril de 1952.

Luis Ruiz Hernández.»

* * *

Los dirigentes del Carlismo en aquellos años sufrían una penuria de vocaciones políticas. Ello les inspiró un par de hojas volanderas bien impresas con el título «Indiferentismo Político, no». Es una especie de llamamiento para el fomento o relanzamiento de tales vocaciones. Decían, entre otras cosas, las siguientes:

«INDIFERENTISMO POLITICO, NO»

«Cuando un pueblo, en un momento crítico de su historia se encuentra en un estado pasional exacerbado, ciertamente correrá peligro de errar el camino porque no podrá encauzar su actuación debidamente; pero sí, por el contrario, ese pueblo no siente inquietud, ha perdido la sensibilidad política y ha caído en el indiferentismo y la atonía, entonces los síntomas son más graves y su situación harta más peligrosa.

Este último es hoy el caso de la mayor parte de la sociedad española. Unos por perezoso egoísmo, otros porque creen que los deberes políticos no van en ellos, y muchos porque desorientados o despreocupados no tienen fe en ningunos principios políticos, es lo cierto que la mayor parte de los españoles se limitan al papel de espectadores y contemplan el rodar de los sucesos del mundo y de España, sin el menor ánimo de actuar en sentido alguno.

A ello han contribuido principalmente dos factores: uno, la ausencia de opinión pública a que se ha llegado por falta de formación y de cauces de expresión; y otro, un falso prejuicio extendido entre grandes sectores de los mejores españoles, excelentes católicos en lo demás, que llegan a considerar la política, toda la política, como cosa vitanda y rehuyen no sólo la actuación, sino aún el formar y tener opinión en materia política. Como si las

actividades en el campo social o del apostolado requiriesen una antivocación política (1).

Los dos factores han merecido la repulsa nada menos que de la alta autoridad de S.S. Pío XII que ha calificado de pueblos enfermos a aquellos en que la opinión pública no se manifiesta, y tal situación, de lamentable y de funestas consecuencias. Y en cuanto al abstencionismo político, ya repudiado por anteriores Pontífices y por el actual en repetidas ocasiones, lo ha sido nuevamente en 14 de enero último en el discurso al Patriciado romano al afirmar rotundamente que una sola actitud está vedada: la del abstencionismo, al que tacha de deserción, contraria a la necesaria unión de todas las fuerzas católicas (2).

La falta de actuación política de los buenos produce un vacío que fácilmente deja el campo libre a los enemigos. Es, por lo tanto, necesaria esa actuación política. Es hoy en España muy oportuna. Para nadie es un secreto que la máquina política se ha parado. Años atrás podía haber parecido que existía una orientación definida y que íbamos en una dirección determinada, pero ya no puede disimularse el atasco político. El partido arrastra una vida lánguida: los sindicatos hechos a su medida no logran interesar a las clases productoras; la presión estatista pierde eficacia y la sociedad procura escaparse de la intervención del Estado por cuantos entre-

(1) El indiferentismo ante la política y ante todo lo que requiere esfuerzo es mal de todos los tiempos y grupos humanos. Al acusarlo en este escrito, los dirigentes carlistas descubren y nos recuerdan que estaban desarrollando un gran esfuerzo de reclutamiento que era la causa de su hipersensibilidad respecto de él. Dicho sea en su honor y con nuevo desmentido a la permanente calumnia de que no hacían nada.

Hay, además, en este párrafo, una sutil alusión a un contexto importante que no se puede adivinar y es recuerdo exclusivo de quienes vivimos aquellos años. Aquel indiferentismo que anulaba los esfuerzos por ampliar los cuadros del tradicionalismo, se debía en parte a cierta psicología religiosa. El Carlismo solamente podía reclutar adeptos entre católicos militantes. Entre estos se desplegaba aquellos años el gran «boom» del Opus Dei. En la preguerra, esta asociación había crecido sigilosamente, pero luego salió a la superficie y sin misterios duplicaba sus socios cada año, acaparando a los mejores y tomando las riendas de su tiempo libre. De este desplazamiento de las élites españolas hacia el Opus Dei se resentían, además de la Comunión Tradicionalista, otras asociaciones, la misma Acción Católica entre ellas.

(2) Pío XII censuró duramente a la nobleza romana por su inexcusable falta de cooperación. Sus sucesores, ni la trataron. Igual vicio padecía la nobleza española liberal: viajaba a Estoril a divertirse cortejando a Don Juan de Borbón y Battenberg y a su regreso a España no movía un dedo por él. Sir Samuel Hoare, Embajador inglés, y Mr. Carlton Hayes, Embajador norteamericano cuentan en sus memorias cuánto les costó entender esta conducta paradójica. Don Juan de Borbón la entendió pronto y bien. Dentro de unos años veremos que Don Hugo tardó en entender una situación similar.

sijos descubre, algunos muy próximos a la picaresca. Todo el artilingio político se desmorona cual globo que se deshinchu, fulto del gas, de las ilusiones utópicas que lo elevaron en los primeros momentos.

Se ha terminado una etapa. De nada sirve simular nuevas iniciativas políticas dentro del mismo orden de cosas. Una de ellas quiso ser el cambio de Gobierno de julio pasado (1). A los pocos meses se ve que aquel cambio no entrañaba novedad fundamental; el actual equipo no tiene homogeneidad ni programa definido y pese a los buenos deseos de sus componentes, no logra pasar de tímidos tanteos. Cubre una época, pero no va en dirección determinada alguna.

De día en día se ve más caro que sigue en pie el fundamental problema político que España tiene de antiguo planteado. El gravísimo problema de saber si al fin y tras tantas convulsiones vamos a lograr un sistema que nos asegure la paz, el orden y la estabilidad o por el contrario volveremos a los bandazos de los últimos tiempos; si recuperaremos nuestra propia manera de ser, o si hemos de seguir siendo tierra de ensayo de todas las revoluciones, de arriba, de abajo o de en medio.

Es necesario que los españoles de la Cruzada formemos opinión sobre cual es el régimen que conviene a España y no dejemos tan importante problema al acaso. No es lo mismo que el actual sistema desemboque en el régimen que pueda devolver a España una paz y orden estables, que verlo transformado en una nueva situación interina análoga a las desintegradoras que acabaron en la república precomunista. Estamos frente a dos caminos que pueden conducirnos por derroteros diametralmente opuestos. No se trata de soluciones semejantes entre las que quepa escoger. No. O la Cruzada sirvió para resolver el problema político de fondo, o de lo contrario no habrá sido más que un caso más de sacrificios estériles.

La Comunión Tradicionalista cree que tiene autoridad para hacer una llamada a todos los españoles. Además de la seguridad de su doctrina, tiene en su haber el acierto político de los últimos tiempos. Cuando muchos españoles creían que era posible «convertir» a la República y malgastaban en tal empeño baldíos esfuerzos muy inteligentes y bienintencionados, nosotros vimos claramente que la intolerancia de la República llevaba derechamente a la guerra civil y nos preparamos para ganarla ya que se iba a plantear la lucha en ese terreno. Cuando luego se creyó por los más que la solución política de la Cruzada tenía que ser la implantación en España de un sistema a semejanza de otros de estatismo totalitario y de partido único, desde el principio nos negamos a aceptar

(1) Véase tomo XIII, pág. 59.

como buena aquella solución y nos opusimos con decisión al ensayo, vaticinando el fracaso que el tiempo ha confirmado.

Hoy llamamos a los españoles del 18 de Julio a la actuación política. No estamos en momentos de guerra, sino de actuación ciudadana, y les requerimos con el mismo ardor con que durante la República preparamos a los Requetés. Es preciso educar a la gente en política y política constructiva. No mirando con ojos miopes al detalle del momento, sino elevando la vista con visión histórica y comprendiendo que España tiene que cumplir una misión y debe responder a su vocación eterna.

Hace pocos meses (1) publicamos un escrito en el que pedíamos un mínimo de libertades ciudadanas: la genuina representación del pueblo, no otorgada por el gobernante, sino conferida por la propia ciudadanía; el derecho de crítica del acto administrativo; la concurrencia de las representaciones nacionales en la elaboración de las leyes fundamentales y especialmente en el pacto sobre tributos y fiscalización de sus inversiones; una razonada libertad de expresión, que debe concretarse principalmente en una ley de prensa; el derecho de asociación para los fines lícitos de la actividad humana; la libertad del desenvolvimiento económico. Todo ello lo pedíamos porque creemos que la sana libertad favorece el desarrollo de las cualidades humanas, mientras que la opresión sofoca los mejores movimientos de alcance nacional. Es necesario que no se ahogue más a la sociedad, y se le permita que ejerza sus derechos y se desenvuelva con la holgura que es condición indispensable de los pueblos civilizados. La autoridad, o mejor dicho, el abuso de poder, tiene hoy muchos defensores; nosotros recabamos el honor de ser los defensores de la sociedad, de esa sociedad que no será tal si no está la autoridad debidamente templada por los derechos de los ciudadanos, que han recibido, como hombres, la dignidad suprema de estar hechos a imagen y semejanza de Dios.

Es preciso lograr un ambiente político —un clima, como hoy se dice— que prepare un tránsito suave y eficiente que cancele esta situación interina y haga desembocar la Cruzada en su conclusión lógica y definitiva. No estamos con esto haciendo en este momento la crítica de nadie. Sólo decimos, como al principio de este escrito, que consideramos terminada esta etapa y que hay que prepararse para la siguiente. Va en ello la vida de España, porque estamos aún a tiempo de escoger uno de los dos caminos: o el de la salud definitiva, o el que vuelva a sumirnos en las convulsiones pasadas.

(1) Véase en el volumen de 1951 el documento «Nota de la Comunión Tradicionalista ante la nueva situación política», pág. 61.

No son para nadie desconocidas nuestras doctrinas y nuestras aspiraciones. Expuestas están en multitud de ocasiones. Nadie, desde luego, puede dudar de nuestra lealtad. Como «única solución» hemos presentado repetidas veces la que nosotros propugnamos; única para nuestra Patria y creemos que única también, con las variantes propias de cada país, para el mundo. Pero el mundo no lo ve así y camina, como acaba de decir el Papa, «por los derroteros que llevan al abismo almas y cuerpos, buenos y malos, civilizaciones y pueblos». Muchos creen salvarse haciendo concesiones parciales al enemigo, intentando aplacarlo. Pero hoy, frente al comunismo, lo mismo que ocurrió siempre en la historia, no hay más defensa posible contra los males que aquello que se les opone diametralmente. El sistema que nosotros defendemos, aquel por el cual lucharon y por el cual murieron todos los que en justicia llamamos los Mártires de la Tradición, es el único que se opone de todo en todo al comunismo. Otros sistemas participan en mayor o menor grado de su materialismo, o de su ausencia de religión, o de su carácter antisocial. Todos esos sistemas intermedios están llamados a desaparecer. Frente al mal hay que tener ideas claras y voluntad firme. Frente a los emblemas del odio, banderas de fe. Esas son las que nosotros levantamos hoy nuevamente.

10 de marzo de 1952.»

VIII. LA COMUNION TRADICIONALISTA SIGUE DEFENDIENDO LA UNIDAD CATOLICA

Nota de la Oficina de Información Diplomática, del 12-II-1952.—

Comentario carlista a esta nota.—Circular de Don Juan Sáenz Díez.—Actividades de A.E.T. de Sevilla.—Escrito al Príncipe de Asturias.—Comentario de «¡Volveré!», titulado «La Unidad Católica, Mr. Truman y el Fuero de los Españoles».—Fragmentos de la Pastoral del Cardenal Segura «La herejía del Protestantismo», de 20-II-1952, tomados de la revista «Tiempos Críticos».—Asalto a la capilla protestante de la calle de Relator, de Sevilla.—Apéndice: hoja «Los carlistas ante el XXXV Congreso Eucarístico Internacional».

Pronto se reanudó en el año 1952 la batalla en torno a la Unidad Católica de España. El detonante fueron unas declaraciones del Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Mr. Truman, y del ex embajador yanqui en Madrid, Mr. Stanton Griffis. Motivaron una réplica inmediata de la Oficina de Información Diplomática, portavoz del Ministerio de Asuntos Exteriores, que reprodujo toda la prensa nacional el 12-II-1952.

Como puede suponerse, esta nota estaba redactada con criterios y tono laxista. La prensa sedicente católica la aplaude, y los carlistas la rechazan y denuncian precisamente ese carácter laxista y postulan criterios y conductas rigurosos. Esta disparidad es un nuevo caso particular de las profundas divergencias genéricas entre el Tradicionalismo Español y la Democracia Cristiana, entre el bajo clero español y la diplomacia vaticana, entre el Catolicismo y el Liberalismo. No estamos ante una anécdota simple, o un episodio vulgar, sino ante un abismo infranqueable y omnipresente antes y después de esta historia. Por eso, porque es un tema capital, reproducimos íntegra la nota de la Oficina de Información Diplomática, e inmediatamente después un escrito de Lamamie de Clairac censurándola; repite en él algo de lo que ya explicó a don Pedro Cantero y al Cardenal Primado. (Véase tomo XII, pág. 134 y sgs.)

Espléndidamente, coinciden en este punto tres familias carlis-

tas, en algunos otros mal avenidas: un escrito de don Juan Sáenz Díez, otro de la A.E.T. de Sevilla, bajo la influencia directa de Fal Conde y un editorial de los seguidores de Don Carlos (VIII) en su revista «¡Volveré!», y los tres con la revista de la obediencia de don Mauricio de Sivatte, «Tiempos Críticos».

Los impresos carlistas reproducen una nueva Pastoral antiprotestante que el Cardenal Segura se apresura a publicar el 20-II-1952. Son los únicos en hacerlo; son el único medio —ellos, tan modestos— que tienen los españoles de enterarse de la pastoral, porque la frondosa prensa católica «oficial» y oficiosa la silencia y pone también sordina al tema en general y así el enemigo puede avanzar sin desencadenar reacciones, de puntillas, sin disparar. Estos impresos, tan surtidos, publican también, con este motivo, multitud de noticias y apostillas sobre el auge del protestantismo, como venían haciendo años atrás, y seguirán haciendo en el futuro hasta caer en manos de Don Hugo y sus muchachos desacralizadores.

Complemento de la batalla de las ideas fue el asalto a una capilla protestante en Sevilla. Porque la fe sin obras está muerta. Varios jóvenes de distinguidas familias carlistas sevillanas, entre ellos un hijo del Jefe Delegado, don Manuel Fal Conde, le hacen ese tremendo desplante al mundo anglosajón, como los macabeos, como David frente a Goliat. Y no pasó nada. Hasta que el Concilio Vaticano II abrazó las teorías enemigas en su Declaración «Dignitatis humanae».

El recopilador ha revisado, para estudiar este asunto, muchos más documentos de los que menciona (1). En esta investigación, profunda, no ha encontrado ningún documento de Don Juan de Borbón, ni de sus seguidores, ni siquiera de los que se titulaban a sí mismos tradicionalistas, que se ocupe del tema.

NOTA DE LA OFICINA DE INFORMACION DIPLOMATICA (12-II-1952)

«A juzgar por las manifestaciones del ex Embajador en España, Mr. Stanton Griffis, después de entrevistarse con el Presidente Truman, la declaración hecha por este de que no siente simpatía por el Régimen español pretende explicarse porque disgusta al Presidente la supuesta intolerancia española con las confesiones disidentes.

Luego de lamentar las palabras presidenciales y rechazar cuanto en ellas pudiese interpretarse como un intento de injerencia de un Gobierno extranjero en los asuntos privativos de nuestro propio

(1) El recopilador agradece a don Miguel Ayuso Torres el acceso a su archivo.

país, la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores se cree en el caso de recordar que la conducta del Gobierno español en materia de libertad religiosa se atiene escrupulosamente al principio del mantenimiento de la unidad católica de nuestra Patria y al criterio de tolerancia del ejercicio privado del culto disidente.

Esta actitud política viene impuesta por las razones siguientes:

a) Por el respeto que el Gobierno debe a la conciencia religiosa nacional, pues, en efecto, de un total de veinticinco millones de habitantes, el número de los que pertenecen a las Iglesias disidentes apenas alcanza la cifra de veinte mil, lo que no representa ni el uno por mil de la población.

b) Por la observancia de los preceptos establecidos en la ley fundamental de la nación, el Fuero de los españoles, el cual en su artículo 6 —que por cierto no difiere sustancialmente del artículo 11 de la Constitución de la Monarquía española de 1876, vigente hasta 1931— establece que: «La profesión y práctica de la religión católica, que es la del Estado español, gozará de protección oficial. Nadie será molestado por sus creencias religiosas, ni el ejercicio privado de su culto. No se permitirán otras ceremonias ni manifestaciones externas que las de la religión católica».

Esta ley fue, no sólo aprobada en Cortes, sino refrendada por plebiscito nacional en el referéndum celebrado el día 6 de julio de 1947.

c) Por la fidelidad debida a lo pactado con la Santa Sede, pues el artículo 1 del Concordato de 1851 establece que «la religión católica y romana, con exclusión de cualquier otro culto, continúa siendo la única de la nación española».

Este artículo se encuentra en vigor en virtud de lo dispuesto en el artículo 9 del convenio con la Santa Sede, de 7 de junio de 1941.

En cuanto la tolerancia de las confesiones disidentes, la que el Gobierno viene observando es la misma que tradicionalmente se ha seguido durante el tiempo de vigencia tanto de la Constitución del 76 como del Concordato del 51. Los veinte mil protestantes que residen en España, la mitad de los cuales son extranjeros, cuentan con cerca de doscientas capillas donde ejercer su culto y un número de pastores en proporción superior al que guardan entre sí el clero y la población católica; pueden celebrar matrimonios con arreglo a su rito y tener para su enterramiento cementerio propio.

Ahora bien, si el Gobierno español practica la tolerancia establecida en sus leyes, no puede en cambio permitir que al amparo de presiones extranjeras de ningún género, determinados agentes de propaganda, casi siempre venidos también de fuera, las vulneren,

tratando de romper, por medios muchas veces reprobables, la unidad católica del país, inestimable herencia de nuestros mayores.

Si al abrigo de unas relaciones amistosas con los demás países los gobernantes de algunos de ellos hubieran concebido la esperanza de prevalerse de esa amistad para fomentar en nuestro país la disidencia religiosa, incurren en un error que la nación nunca aceptaría y de cuyas consecuencias serían ellos los únicos culpables.» Cifra.

COMENTARIO CARLISTA A ESTA NOTA

Don José María Lamamie de Clairac, ya conocido de los lectores de esta recopilación, redactó y puso en circulación de mano en mano en los ambientes carlistas y en otros, simplemente católicos, un escrito a multicopista que decía así:

«En 29 de septiembre de 1947, la Comunidad Tradicionalista, por medio de cuatro de sus dirigentes: señores Fal Conde, Senante, Lamamie de Clairac y Valiente, se dirigió a todos los Prelados españoles para expresarles la preocupación y dolor que le causaba la tolerancia de cultos disidentes de que se hacía gala por parte de los gobernantes españoles. Se acompañaban a cada escrito unas documentadas notas informativas.

Cuando se cursaron estos escritos, ya se había publicado una Pastoral del Excmo. señor Cardenal-Arzobispo de Sevilla, y después siguieron actuaciones de varios Prelados, terminando con la Declaración de los Metropolitanos de 28 de mayo de 1948.

Lejos de haberse atajado el mal, se ha agravado y la tolerancia religiosa se viene aireando por los periódicos, en virtud de consignas de la Dirección de Prensa, que vale tanto como decir consignas de Gobierno.

En nota publicada, a nombre de éste, por la Oficina de Información Diplomática, el 12-II-1952, a propósito de las manifestaciones del Presidente Truman y del anterior Embajador norteamericano, Mr. Stanton Griffis, tras de afirmar que el Gobierno se atiene escrupulosamente al principio del mantenimiento de la unidad católica y al criterio de tolerancia del ejercicio privado del culto disidente, se contradice esta declaración o se desnaturalizan aquellos conceptos con las graves afirmaciones de que «la tolerancia de las confesiones disidentes que el Gobierno viene observando es la misma que tradicionalmente se ha seguido durante la vigencia tanto de la Constitución del 76 como del Concordato del 51», y la de que «el Fuero de los españoles en su artículo 6.º no difiere sustancialmente del artículo 11 de aquella Constitución».

Afirmaciones de tanta gravedad no han producida el efecto

de que la autorizada revista «Ecclesia» hiciera por lo menos algunas reservas en su artículo encomiástico del contenido y efectos de aquella nota.

La prensa, aun la que se precia de más católica, lejos de hacer la menor salvedad, ha repetido aquellas afirmaciones y ha contribuido a crear una lamentable confusión. Así el diario «Ya» publicaba la nota con este gran titular: «España tolera los cultos disidentes», y este subtítulo: «En materia de libertad religiosa nuestro Gobierno se atiene escrupulosamente a lo concordado con la Santa Sede». Y, por su parte, «El Correo Catalán», en un titular a tres columnas, decía: «Las Constituciones de 1808, 1812, 1837, 1845 y 1876 no iban más lejos en materia de tolerancia que el Fuero de los españoles».

Resulta una burla y un escarnio que, diciéndose que la redacción del artículo 6.º del Fuero se hizo en un todo de acuerdo con la Santa Sede (diario «Arriba», de 12-III-1952) y hablándose de la fidelidad debida a lo pactado con aquella (cual se dice en la nota) se pretenda a la vez mantener que aquel artículo 6.º, al permitir el ejercicio *privado* del culto, prohibiendo las ceremonias y manifestaciones *externas*, admite la existencia legal de templos de confesiones disidentes, y las ceremonias y culto dentro de estos, *y que esto ha sido admitido por la Santa Sede*.

Si Roma transigió con la redacción del artículo 6.º del Fuero, cuando le fue consultado, se debió precisamente a que su redacción y, por tanto, su sentido era más restrictivo que el artículo 11 de la Constitución del 76, contra el que en su día protestó el pueblo católico, el Episcopado español y el Papa Pío IX, precisamente afirmando que infringía el Concordato. Y ahora se quiere dar a entender, en una confusa mezcla, que el artículo 6.º del Fuero dice lo mismo que el 11 de la Constitución, y que uno y otro se atienen a lo pactado en el Concordato.

El Excmo. señor Cardenal Arzobispo de Sevilla, en reciente Pastoral ha levantado su voz contra «la campaña de benevolencia hacia el protestantismo» recientemente iniciada, confirmando su certeza con diversos fragmentos de un documento oficioso publicado por la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el que se llega a decir: «La tolerancia del protestantismo es más amplia y generosa que la autorizada por la letra y espíritu del Fuero de los Españoles». A confesión de parte... Por cierto que, después de confesiones como estas, todavía diarios como «Arriba» y «Ya», comentando dicha Pastoral, pretenden que el Estado no va en su conducta más allá del artículo 6.º del Fuero.

Pero hay algo más sobre lo que nos creemos en el deber de

llamar la atención. En ese documento oficioso de la Oficina de Información Diplomática, publicado en 1950, se da a conocer un llamado Decreto de 12 de noviembre de 1945, del que se dice: «El Gobierno, por Decreto de 12 de noviembre de 1945, autorizó la apertura justificada de cuantos templos se desearan; el sector católico en cuestión (lo acaba de llamar de ultraderecha) vio defraudadas sus aspiraciones, pero el Episcopado católico y la gran mayoría de la opinión consideró acertada la disposición gubernamental». (Ya veremos luego que ni aquel sector, ni los Prelados, ni la opinión conocieron tal Decreto.) La existencia de éste la da por cierta la tan citada reciente Pastoral al copiar párrafos del citado documento oficioso en que se le menciona. Y en las instrucciones enviadas por la Dirección de Prensa a los periódicos sin duda se ha insertado el texto de ese Decreto, puesto que algunos lo publican, y de no haber sido así difícil es que lo conocieran, porque tal Decreto de 1945 todavía no se ha publicado.

Porque esto es lo grave e insólito, que un Decreto al que se atribuye la fecha de 12 de noviembre de 1945, *al cabo de seis años largos* no ha sido publicado. Las Leyes y Decretos, para obligar, necesitan ser publicados. Pues bien, este Decreto no se le encuentra en el «Boletín Oficial del Estado», ni por tanto aparece en ninguna colección legislativa, lo cual vale tanto como no tener vida legal.

Por el texto que ahora leemos, se ve que se comunicaba, por lo visto privadamente, a los Gobernadores civiles y que, por medio de él, se fijaba el criterio del Gobierno en el cumplimiento y aplicación del artículo 6.º del Fuero; y ese criterio se establecía con la misma amplitud que el artículo 11 de la Constitución de 1876.

De donde resulta que, promulgado el Fuero de los Españoles en un 17 de julio de 1945, y habiendo sido redactado su artículo 6.º, después de consulta a la Santa Sede se procedió por el Gobierno en 12 de noviembre del mismo año a comunicar a los Gobernadores un criterio de aplicación que:

- a) se fijaba unilateralmente, tratándose de una redacción consultada;
- b) ampliaba y, por tanto, desnaturalizaba y contrariaba la letra y espíritu de lo legislado;
- c) se comunicaba a espaldas y sin conocimiento del Episcopado;
- d) se hurtaba al conocimiento general, cual interpretación reservada y confidencial, que no fuera conocida por los católicos españoles;
- e) y se saca de la clandestinidad en 1950, al cabo de cinco años, y se da a conocer su texto ahora en 1952 y se alrea nada

menos que con la pretendida categoría de Decreto de plena vida legal (de la que carece por su falta de publicación, indispensable tratándose de Decreto, como de interés general), y cual si se tratara de una disposición ya antigua con carta de naturaleza adquirida con los requisitos legales y conocida y aprobada por la Iglesia, puesto que se alardea de que se está cumpliendo estrictamente lo acordado con la Santa Sede.

Pero hay otra circunstancia digna de consideración. En 1947 tuvo lugar el referéndum para aprobación de la Ley de Sucesión, y en ella se confería el carácter de fundamentales a ciertas Leyes, entre ellas al Fuero de los Españoles. Si fueron bastantes los Prelados que recomendaron la votación afirmativa de la Ley, a buen seguro que consideraban que el artículo 6.º del Fuero, cuyo carácter de fundamental se aprobaba con la Ley de Sucesión, se entendía en el mismo sentido en que se había entendido en Roma al ser consultado, y ningún Prelado, ni ningún católico, pensó que ese sentido había sido cambiado y desnaturalizado por una disposición de Gobierno que se mantenía oculta, y que ahora se pretende que era un Decreto con fuerza de obligar.»

CIRCULAR DE DON JUAN SAENZ DIEZ (1)
(EL 23 DE FEBRERO DE 1952)

«Mi querido amigo: La maniobra del masón Truman parece que le ha dado resultado, pues dijo aquello de la libertad religiosa en España, sin duda para forzar al Gobierno español a nuevas concesiones en la cuestión de tolerancia religiosa y así ha sido, pues hace unos días publicó una nota la Oficina de Información Diplomática en la que se dice (apartado B), que el artículo 6.º del Fuero de los Españoles es sustancialmente igual al 11 de la Constitución de 1876.

Recordará usted que en el escrito que dirigió el señor Fal Conde y otros tres destacados carlistas a cada uno de los miembros del Episcopado español en 29 de septiembre de 1947, se les hacía notar que Roma admitió la redacción que se había dado al artículo 6.º por cuanto se introducían en él algunas modificaciones con respecto a la Constitución del 76, que restringían notablemente las posibilidades de desarrollo de la herejía en nuestra Patria. Es into-

(1) Don Juan Sáenz Díez ha informado al recopilador que él es el autor de esta circular; el nombre de «Juan Pascual», que la suscribe, era su seudónimo usual entonces. El verdadero Juan Pascual fue un paisano suyo, portaestandarte de Don Juan de Austria, en Lepanto.

lerable, por lo tanto, que el Gobierno, obrando por su sola cuenta, dé ahora una interpretación a dicho artículo del Fuero totalmente distinta de lo que debe ser su espíritu y es preciso que nos movamos todo lo necesario con el fin de lograr que se rectifique esa interpretación abusiva, para que no se vaya en esta cuestión ni un paso más allá de lo que debe ser.

Creo que uno de los pasos más eficaces será la gestión que se haga cerca del Episcopado y, por lo tanto, debe usted ir a ver a su Prelado, acompañado si le parece de dos o tres amigos para darle más solemnidad a la visita, para hacerle ver la necesidad de que los Obispos respondan al antecedente del Episcopado español en 1876, que unánimemente protestó contra aquel artículo 11.

Cuando el Referéndum de la Ley de Sucesión, que levaba implícita la ratificación del Fuero de los Españoles y, por lo tanto, de este artículo 6.º, algunos Obispos españoles aconsejaron a sus fieles que lo votasen favorablemente. Estos están más obligados a conseguir que no se altere en lo más mínimo el auténtico alcance de ese artículo 6.º, porque de otra forma resultarán ellos coadyuvantes en la implantación en España de una legislación totalmente anticatólica. Los Obispos, que por el contrario nada dijeron, tienen por su parte mayor libertad de movimientos y menos compromisos para poder actuar más decididamente. Según sea el caso de su respectivo Prelado deben ustedes argumentar en una u otra forma a base de lo que aquí le digo y con todas aquellas otras razones que a usted, sin duda, se le ocurrirán. Lo importante es que queden claros estos tres puntos: a), la gravedad que tiene esa interpretación unilateral del Gobierno en una materia tan delicada y que ha sido objeto de acuerdo con Roma; b), nuestra creencia de que el Episcopado español no puede con su silencio dar la conformidad a este ataque a la Unidad Católica; c), que la Comunión Tradicionalista hace constar su protesta por esta interpretación extensiva que abre las puertas a la herejía entre los españoles.

Le agradeceré que me dé cuenta del resultado de la gestión hecha, así como aquellas otras gestiones cerca de Autoridades o del público en general que a usted se le ocurran.

Le abraza su buen amigo,—Juan Pascual.

ACTIVIDADES DE A.E.T. DE SEVILLA

Extractos de un «Informe de la Delegación Nacional de Propaganda (de A.E.T.) correspondiente a noviembre de 1952». Después de reseñar las actividades de los distritos de Granada, Madrid y Murcia, y antes de relatar las de los de Valladolid y Vascongadas, dice del de Sevilla:

«Ha tomado posesión el nuevo Jefe de Distrito. Los Círculos de Estudio del primer trimestre los dedican al tema de «La Unidad Católica» en respuesta a las actividades protestantes, muy intensas en Sevilla. Han adoptado como lema para el curso el de «La A.E.T. de Sevilla, por la Virgen María». Paralelamente a esto, han iniciado una campaña pública contra el protestantismo, repartiendo profusamente la hoja impresa que se acompaña: «El problema protestante». Al tomar posesión la nueva Junta ha enviado un mensaje de adhesión a nuestro Presidente honorario, S.A.R. el Príncipe de Asturias, Don Carlos de Borbón. El Cardenal Segura ha publicado la pastoral cuyo texto se adjunta, condenando el culto pagano que se rinde en la actualidad a "los caídos".»

Extractos de un «Informe de la Delegación Nacional de Propaganda (de A.E.T.) correspondiente a diciembre de 1952». Después de reseñar las actividades de varios distritos universitarios refiriéndose al de Sevilla, dice así:

«La Junta de la A.E.T. visitó el día 4, con motivo de su fiesta onomástica, a S. Emna. el Cardenal Segura, quien en una entrevista interesantísima les invitó a luchar contra el protestantismo en defensa de la fe católica, atacando y denunciando todas sus actividades, muchas de las cuales están incluso fuera de las leyes vigentes. El día 7 se celebró una Misa por las intenciones del Rey. Se ha continuado la propaganda antiprotestante, repartiendo por las calles, en unión de la Acción Católica, cien mil pasquines antiprotestantes editados por «Fe Católica», de Madrid.»

ESCRITO DE A.E.T. DE SEVILLA AL PRINCIPE DE ASTURIAS

Como vamos a ver en seguida, un hijo del Jefe Delegado, don José María Faj Macías, estaba procesado por el asalto a una Capilla protestante en Sevilla, el día 3 de marzo de este año. Este disgusto no arredró a tan ejemplar familia, y dos hermanos suyos se situaron entre los firmantes de un escrito a Don Hugo, que, con pretexto de saludarle, es en realidad una pieza más en la presión antiprotestante. Decía así: «Señor: la A.E.T. de Sevilla, con la mayor emoción y entusiasmo, estuvo unida a V.A. en aquella histórica jornada en que quedó investido de la condición de Príncipe de Asturias al asumir su Augusto Padre los deberes y derechos de la Corona de España (1).

(1) Se refieren al Acto de Barcelona, de fecha 31-V-52, ampliamente descrito en este mismo tomo. Vale para este documento el comentario que en otro lugar hacemos a otros análogos, de que trataba de comprometerle con una situación que se fingía creer indudable y firme, pero que en realidad había quedado oscura y frágil.

Hoy, iniciado el curso 1952-53, la nueva Junta de este Distrito Universitario no puede menos de reiterarle expresamente a V.A. su firme propósito de superar, si posible fuese, ese mismo entusiasmo por Vuestra Causa, que es la nuestra, y decirle, con los debidos respetos, pero con el máximo fervor:

Alteza, ante el peligroso avance de las fuerzas del protestantismo nuestra consigna en este curso ha de ser: «La A.E.T. de Sevilla por la Virgen María». Ponemos, pues, en vuestras regias manos el más hermoso pendón para todo español (1), y a vuestros pies nuestra total entrega y fidelidad.

Sevilla, catorce de noviembre de mil novecientos cincuenta y dos.

Serenísimo Señor: El Secretario, Antonio Gil Dauphin. Vocales, Francisco Romero Campos y José M.^a Romero. El Delegado de Propaganda, Domingo Fal Macías. El Tesorero, Alfonso C. Fal Macías. El Jefe del D-U., José Francisco de Villalonga.

A S.A.R. Don Carlos de Borbón y de Borbón, Príncipe de Asturias.»

COMENTARIO DE «¡VOLVERE!» TITULADO «LA UNIDAD CATOLICA, MR. TRUMAN Y EL FUERO DE LOS ESPAÑOLES»

La revista «¡Volveré!», una de las mejores publicaciones tradicionalistas de la época, al servicio de Don Carlos VIII, acudió en seguida a la batalla, y en su número 25 de febrero publica bajo el título dicho el siguiente comentario:

«Un desahogo verbal de Mr. Truman contra España ha traído al plano de la actualidad el viejo tema de la libertad religiosa en España.

Nuestra tesis mantenida por nuestros Monarcas en memorables documentos y de un modo especial en el Testamento político de Carlos VII es la de la Unidad Católica; nuestra Nación es un país católico en su inmensa mayoría; abundan los católicos fervorosos, son muchos los católicos tibios, pero los cultos disidentes, incluidos los que no profesan ninguna religión, son una minoría insignificante; quien desee convencerse de ello, confronte en cualquier mes del año el número de nacidos con el de bautizados según el rito católico, el de fallecidos con el de los enterrados en cementerios acatólicos y la conclusión será decisiva, aplastante, como suele decirse.

(1) Luego se ha visto que ese hermoso pendón de la Unidad Católica le resultaba a Don Hugo, venido de Europa, incomprensible a la sazón. Cuando años adelante lo fue comprendiendo, lo rechazó, antes aún que el Concilio Vaticano II impusiera a España la libertad de cultos, por lo cual éste no le sirve de coartada.

Si la inmensa mayoría de los españoles profesamos la religión católica en conciencia (y en buena democracia, Mr. Truman), no es ningún disparate pretender que el Catolicismo rija nuestra vida privada y pública y que el Estado y la Nación sean católicos con exclusión de cualquier otra religión.

Hasta la Constitución de 1869 hubo en España Unidad Católica; la Constitución liberal de 1812 de las Cortes de Cádiz mantuvo la Unidad Católica y las varias Constituciones nacidas o a medio nacer durante el reinado de Isabel II respetaron la Unidad Católica; incluso la Constitución de Bayona de 1808, del intruso José Bonaparte, estatuye la Unidad Católica.

La Monarquía de Sagunto rompió la Unidad Católica con el discutido artículo 11 de la Constitución de 1876, en que se estableció la tolerancia religiosa, agravado por algunas reales órdenes, que vulneraban el precepto constitucional, como la referente a los signos externos en los locales dedicados a los cultos disidentes.

La República estableció la libertad de cultos con persecución de hecho para la religión católica y, gracias a esta persecución principalmente, reaccionó la conciencia católica del país y cayó anegado en fango, sangre y lágrimas aquel régimen de maleantes.

El régimen actual, reino social nacional-sindicalista, o como se llame, porque aún no sabemos lo que es, ha expresado su posición ante tal cuestión en el artículo 6.º del llamado Fuero de los Españoles, que dice:

«La profesión y práctica de la Religión Católica, que es la del Estado español, gozará de la protección oficial.

Nadie será molestado por sus creencias religiosas, ni por el ejercicio privado de su culto. No se permitirán otras ceremonias, ni manifestaciones externas, que las de la Religión Católica.»

Este artículo del Fuero de los Españoles coincide en esencia con el famoso artículo 11 de la Constitución de 1876, que en su tiempo dio origen a enérgicas protestas del Vaticano y del Episcopado español, y que decía como sigue:

Artículo 11. La Religión Católica Apostólica Romana es la del Estado. La Nación se obliga a mantener el culto y sus ministros.

Nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto, salvo el respeto debido a la moral cristiana.

No se permitirán, sin embargo, otras ceremonias ni manifestaciones públicas que las de la religión del Estado.»

Por lo que se ha dicho estos días en la prensa nacional y extranjera, aún le parece poco a Mr. Truman, pero a nosotros y a la inmensa mayoría de los católicos españoles nos parece demasiado, y aspiramos a la Unidad Católica, que no se atrevieron a derogar

ni los liberales de las Cortes de Cádiz, ni los moderados y progresistas del infausto reinado isabelino.

Al amparo del citado artículo 6.º del Fuero de los Españoles se ha notado en estos últimos años una mayor actividad de la propaganda protestante en España; suponemos que esta tolerancia ha sido una táctica de apaciguamiento para los vencedores de la guerra mundial, pero ni aún esto admite el Tradicionalismo español, ni por lo visto tampoco Mr. Truman, que desearía para España la libertad de cultos.

Si por unos cientos o millares de millones de dólares los españoles fuésemos capaces de ceder un ápice de nuestra aspiración, hoy no lograda, de la Unidad Católica, seríamos un nuevo Judas Iscariote y venderíamos a Cristo.

Cuando vuelva, que volverá, la gran Monarquía católica representada por la insobornable Dinastía, que no pactó jamás con el liberalismo ni con la revolución, la Unidad Católica será un hecho, le guste o no le guste a Mr. Truman.»

FRAGMENTOS DE LA PASTORAL DEL CARDENAL SEGURA «LA HEREJIA DEL PROTESTANTISMO», DE 20-II-1952, TOMADOS DE LA REVISTA «TIEMPOS CRITICOS»

La revista «Tiempos Críticos», decana de la prensa carlista clandestina de aquellos años, y a la sazón en manos del grupo inicialmente catalán acaudillado por don Mauricio de Sivatte, venía sirviendo constantemente a la causa antiprotestante. Salía irregularmente, porque no contaba con la benevolencia ni de la policía ni de un *modus vivendi* con Franco.

En su número de junio de 1952 reproduce los fragmentos que siguen de la Pastoral del Cardenal Segura, de 20-II-1952. Y además muchas otras noticias y extractos de documentos concernientes a la oposición católica seglar al protestantismo.

«No necesitamos, venerables hermanos y muy amados hijos, repetir cuanto os manifestábamos en Nuestro Documento pastoral de 20 de agosto de 1942, sobre el protestantismo. Queremos únicamente fijar vuestra atención en una circunstancia de extraordinaria actualidad.

Recientemente, con motivo de la muerte del Rey de Inglaterra —que, como es sabido, era Jefe del protestantismo de su nación— y con motivo de las manifestaciones de dolor y de condolencia universal, se ha iniciado una campaña de benevolencia hacia el protestantismo, como si todas las religiones fuesen igualmente aceptables, en la presencia de Dios.

Es más, coincidiendo con estos acontecimientos recientes, se ha recrudecido la campaña protestante en España, en términos extraordinariamente graves.

Conocida es la frase pronunciada por el Presidente de una nación protestante (1), que ha manifestado públicamente su poca inclinación hacia nuestro pueblo. En momentos como los actuales, en los que se está tratando una inteligencia entre España y los Estados Unidos, esa manifestación ha sido universalmente juzgada como inoportuna.

No es esto lo grave del asunto, sino la declaración hecha por el embajador que fue de los Estados Unidos en España (2), el cual, después de una entrevista con el Presidente, manifestó que «el repudio del Presidente hacia España y su Gobierno se debería, sin duda, a la intolerable demora del Gobierno español en llevar a efecto sus promesas de establecer la libertad religiosa en España.»

Gravísima es esta afirmación que explica perfectamente la mayor libertad en nuestra Patria, del proselitismo protestante, el cual, rotos los diques de la tolerancia, no duda en avanzar a campo abierto hacia la libertad religiosa en nuestro país.

Tenemos una documentación completa que demuestra claramente el avance del protestantismo en nuestra Patria, y de un modo concreto en nuestra Archidiócesis.

Todo esto que llevamos dicho, venerables hermanos y amadísimos hijos, es completamente cierto y totalmente público. El ánimo de los católicos está sobrecogido ante el temor de que, con pretexto de la política, puedan hacerse concesiones gravemente perjudiciales a la Religión.

Una autorizada revista escribe, a este propósito desvaneciendo este vano pretexto, las palabras gravísimas que siguen:

«Contra la eficacia de este razonamiento, nada valen los subterfugios de ciertos protestantes y aun católicos de espíritu lamenesiano; que la libertad religiosa es un valor supremo intangible; que la conciencia, aun equivocada, debe conservar su absoluta independencia; que el Estado ha de cuidar lo natural y lo temporal, no de lo sobrenatural y eterno. Porque ni la libertad es un valor positivo humano, ni independiente de su conexión con la verdad objetiva y el bien, y desligada de la divina voluntad; ni la conciencia errónea merece respeto alguno, cuando entra en conflicto con la recta y con el bien común; ni el poder civil puede excusarse de

(1) Truman.

(2) Stanton Griffins

defender y promover la verdadera religión debidamente conocida como tal, que es la católica, y dentro de las normas contenidas en ella, cuales son las antes mencionadas.»

«Por estas razones, que podrá ver el lector más desarrolladas en esta misma revista y en particular en una serie de artículos próximos, España no puede en modo alguno otorgar a los protestantes los mismos derechos que a los católicos, cuanto a la pública práctica y profesión de sus creencias.»

«Aunque no se le hagan empréstitos. Bien sentimos la necesidad que de ellos tenemos; y muy en el corazón nos duelen los sufrimientos de nuestro pueblo. Pero mucho más vale y mucho más es la fidelidad a la conciencia católica que un río de oro norteamericano. No es noble exigir a un pobre, como precio de un pedazo de pan, la violación de la ley divina. No nos extraña demasiado que, habiendo católicos que proclaman como ideal divino la libertad religiosa igual para todos, haya también protestantes del mismo error y nos exijan a los españoles esa libertad de condición previa de sus favores. Ignoran que esa condición es incompatible con nuestra conciencia, ciertos como estamos de que, en la situación religiosa de España sería contraria a la ley divina. Pedimos a Dios que unos y otros lleguen a convencerse de esta indiscutible verdad, o, a lo menos, de que nosotros la juzguemos tal.»

Con qué frecuencia, amadísimos hijos, olvidamos a propósito de bienes temporales, aquella sentencia del divino Maestro (*Mat.*, 6, 33; *Luc.*, 31): «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura».

Difíciles son los tiempos presentes, llenos de peligros para nuestra fe; por esto os recordamos nuevamente, hijos amadísimos, aquellas palabras energicas del primer Papa: «Resistid firmes en la fe». (*I Pet.*, 5, 9).»

ASALTO A LA CAPILLA PROTESTANTE DE LA CALLE RELATOR, DE SEVILLA

Los diarios de Sevilla del 11 de marzo reproducen una crónica de Rodrigo Royo, desde Washington, el día 7, publicada inicialmente por el diario «Patria», de Granada. El corresponsal alude al asalto sufrido por la capilla evangélica de la calle Relator, 39, de Sevilla, y explica que el suceso ha tenido una gran resonancia en el mundo anglosajón, donde alimentará la campaña contra España. Una «nota de la Redacción» del diario explica el suceso así:

«El día 3 de este mes y sobre las 21 horas, cuando se celebraban ensayos de himnos en la Capilla Evangélica de la calle Relator, 39, de esta capital, y donde se encontraban aproximadamente unas

catorce personas, penetraron en la misma unos doce individuos, que se dirigieron en forma intemperante a los allí congregados, intimidándoles a que abandonaran la capilla. Acto seguido destaparon unas latas de gasolina que portaban y procedieron a rociar el Presbiterio, prendiéndole seguidamente fuego. Penetraron igualmente en la Sacristía, de donde extrayeron unos libros que echaron al fuego. En consecuencia se quemó en buena parte el empapelado y los exornos del Prebiterio, y se ocasionaron otros daños menores y desperfectos. También parece comprobado que los asaltantes arrancaron el marco que da acceso al despacho-biblioteca del pastor, don Santos Martín Zurita, y según algunos testigos presenciales de los hechos, el propio pastor y los fieles. Francisco Serrano Álvarez y César Molina Marcial recibieron golpes y malos tratos en el forcejeo que se entabló entre unos y otros, aunque sin que ninguno recibiera lesiones de consideración. Después del asalto y del incendio, los autores se dieron a la fuga por la calle de la Amargura.

Tan pronto como la autoridad tuvo noticia de lo ocurrido, la Policía inició activas pesquisas, que dieron lugar al descubrimiento de los asaltantes y a su inmediata detención. Fueron estos, entre otros, José María Fal Macías y Agustín García Llorente, los que se encuentran detenidos a disposición del Juzgado número 3 de esta capital, que ha abierto el correspondiente sumario.»

Este episodio se recoge en esta historia porque sus dos principales protagonistas, los citados en la prensa, don José María Fal Macías y don Agustín García Llorente, eran destacadísimos carlistas. Y lo eran, también, sus familias. Don José María Fal Macías era hijo de don Manuel Fal Conde, en cuyo domicilio vivía por ser soltero. Don Agustín García Llorente era hijo de don Hermenegildo García Verde, destacado carlista sevillano y sobrino de don José María García Verde, Jefe Regional Carlista de Andalucía, con domicilio en Sevilla. Entre los García Verde, primero, y los García Llorente, después, hubo muchos y muy destacados carlistas. Un hermano de don Agustín García Llorente, don Hermenegildo García Llorente, que ocupó cargos importante en el Requeté, también participó gloriosamente en el asalto a otra capilla protestante.

Toda la A.E.T. de Sevilla les animaba y sostenía afectivamente en estas luchas. En un informe del 4 de noviembre dicen los jóvenes estudiantes: «Santos Martín, a su vuelta de su estancia en Madrid ha regresado con la categoría de Obispo, quizá pronto le haremos Cardenal». La Acción Católica no se avergonzaba de manifestar su amistad a estos jóvenes carlistas y les invitaba a tareas comunes, como consta en dicho informe.

APENDICE: HOJA, «LOS CARLISTAS ANTE EL XXXV CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL»

Aunque esta octavilla no guarda relación con el tema del epígrafe en que la incluimos, la lucha contra el protestantismo, la recogemos aquí porque confirma el interés y actividad de la Comunión Tradicionalista en cuestiones religiosas de todo tipo. Estaba bien impresa y se repartió con profusión. Bajo el título transcrito, decía textualmente así:

La Eucaristía y la Paz es el tema del Congreso Eucarístico Internacional, próximo a celebrarse en Barcelona. La Eucaristía, fuente de paz, de esa paz por la que clama a gritos nuestro mundo. Como un llamamiento de Dios hacia los caminos que conducen al hombre a la salvación, las voces de alabanza a Jesús Eucaristía resonarán con ecos de triunfo y de exhortación por los ámbitos de todo el universo.

Parece está de más decir que el éxito del Congreso consiste en algo sobrenatural. Aunque siendo las jornadas eucarísticas una manifestación pública de fe, supongan como es lógico, un éxito de carácter externo que se cifra en la brillantez y la grandiosidad de los actos. Pero, dando esto último por válido y no regateando ningún esfuerzo para que el Congreso alcance la solemnidad requerida, importa mucho no desviar sus fines de la meta sobrenatural, a la que esencialmente tiende. Y nos atrevemos a decir que eso —que cabe afirmarlo de cualquier Congreso—, exigen las circunstancias —que son las de la tremenda necesidad de salvación que vive el mundo—, se predique muy alto.

¡O con Cristo, y por El, a la paz; o sin Cristo, y faltos de El, a la guerra, a la desesperación, al caos! Este es el dilema que tiene planteado el mundo y que, día a día y en mil formas distintas, propone a nuestra consideración Su Santidad el Papa.

El Congreso Eucarístico Internacional viene a ser un colosal amplificador de las palabras pontificias. Sólo en el retorno a Cristo podemos hallar la salud. Retornar a Cristo es profundizar, íntima y vitalmente, en la verdad sobrenatural. Cristo nos comunica el conocimiento y el sentido de lo sobrenatural, que constituyen la vida del cristiano, al hacerse nuestro alimento en el gran misterio del amor: la Eucaristía. ¡Maravilloso significado el del Congreso que se avecina!

Percatémonos de su formidable trascendencia. Informemos nuestra actividad del espíritu vivificador, sobrenatural. E influjamos en los demás para que así piensen y obren. El Papa espera que el Congreso señale una nueva y fecunda etapa en pos de la indis-

pensable revigorización de la vida cristiana. Porque el mundo aguarda con ansia, y con él nuestra patria, para ser salvo, la espléndida floración de unos cristianos que sepan —y quieran— traducir en obras concretas, en la vida pública, en la familiar, en la social, en la económica, en la individual, las exigencias saludables de la Fe.

Con el espíritu anhelante por el amanecer glorioso del día de la salud, levantemos a lo Alto nuestras miradas y digamos con el Apóstol: *Ven, Señor Jesús. Ven y sálvanos.*

Los carlistas hemos de acudir con ese espíritu al XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Y estar presentes en todos sus actos.

Celebraremos, además, en los días del Congreso, un acto colectivo, consistente en una Hora Santa en la Iglesia de San Agustín (calle del Hospital, Ramblas), a las cuatro y media de la tarde del sábado 31 de mayo.

¡CARLISTAS Y AMIGOS! ¡ACUDID A LA HORA SANTA DEL 31 DE MAYO EN LA IGLESIA DE SAN AGUSTIN (Calle Hospital, Ramblas), A LAS CUATRO Y MEDIA DE LA TARDE!

¡ELLA SERA UN HOMENAJE MAS DEL CARLISMO A JESUS EUCARISTIA DENTRO DE LAS JORNADAS TRASCENDENTALES DEL XXXV CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL!

Barcelona, mayo de 1952.

Fiesta de San Pascual Bailón.»

IX. ACTIVIDADES DEL MOVIMIENTO DE DON CARLOS VIII

Entrevista con Franco.—Manifiesto del Frente Nacional Carlista. Boletín para Jefes.—Impreso, «Españoles».—Acta de la sesión celebrada en los días 18 y 19-X-1952 por la Junta de Señores Jefes Regionales de la Comunión Tradicionalista.

ENTREVISTA CON FRANCO

Con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona a fin de mayo, Franco se desplazó aquellos días al Palacio de Pedralbes de esta ciudad, y en él continuó casi un mes más después de terminado el Congreso. De sus audiencias que escuetamente publicaba la prensa, hay que resaltar la de Don Carlos de Habsburgo y Borbón, Archiduque de Austria y más conocido por Carlos VIII. Todas sus publicaciones recogieron la noticia, pero con igual laconismo que la prensa oficial. Nada se publicaba en España acerca del desarrollo y contenido de ninguna de estas audiencias. No quedaba más fuente de información que la oral, pero los más destacados seguidores de Don Carlos VIII han manifestado al recopilador que no saben nada más que hubo realmente esta audiencia.

MANIFIESTO DEL FRENTE NACIONAL CARLISTA

La entrevista Franco-Don Juan, de 1948, y la crisis matrimonial de Don Carlos VIII, en 1949, hicieron declinar al movimiento de éste. Y con el declive se cumplió la regla general de que cuando las cosas van mal, surgen las luchas intestinas. Como un incesante goteo, muchos volvían individualmente a las filas de Don Javier. Un importante grupo de jóvenes se separó de la obediencia al señor Cora y Lira, Delegado regio, y lanzó, en marzo de 1952, cuatro apretados folios a ciclostil titulados: «¡Basta ya!», en los que aireaban minúsculas rencillas domésticas sin interés. Terminaban diciendo:

«En Madrid tuvo lugar el pasado día 8 una Junta General

Extraordinaria de Juventudes Carlistas, poniéndose en estudio la negativa situación interior y aceptándose por unánime clamor la ruptura con la actual disciplina que dirige el señor Cora; propugnándose la formación de un Frente Nacional Carlista, cuyo manifiesto fundacional se procede a difundir en España, formándose a seguido su Junta Suprema, bajo los requisitos y normas del buen uso y costumbres tradicionales.»

El manifiesto del tal «Frente Nacional Carlista» estaba bien impreso con letra pequeña en los dos lados de un folio, y se difundió mucho. Era una síntesis de la historia de España desde la Reforma hasta aquellos días cuya factura recordaba mucho la pluma de Elías de Tejada. Su final, decepcionante por su falta de concreción, decía:

«Ha hablado el Carlismo. Os hablan su ejecutoria abnegada y su mística perpetua por deber implacable de viva eticidad respondiendo a un esquema de anhelos trascendentes, con raíz metafísica y heroica. Ante esos movimientos de pseudomonárquicos, avivados con la incógnita presente, apuntamos el latente peligro de nuevas emboscadas. Contra ellos, nuestro NO de carlistas, proclamando Comunión y Combate, misión más allá del alcance de la historia, bajo una disciplina castrense en alerta de empeños reditivos, al servicio eficaz de instituciones que en horas cenitales nos dieron la victoria. Ellas harán que nuevamente luzca el Sol de la Hispanidad, sin más sombras que las proyectadas por nuestras banderas: las de los Austrias. Carlistas, españoles todos: En alto el estandarte del Frente Nacional Carlista, el de las Españas, y nosotros con él, a vencer o morir. Por España, ¡Viva el Rey!»

Aquella operación no alumbró a ningún grupo nuevo. La difusión del Manifiesto fue un impulso estimable a la perduración de la interpretación tradicionalista de nuestra historia. Este es el asunto «príncipe» de los que desencadenó la sospecha, lenta y tardía en muchos, de que Cora y Lira era un agente de Franco.

BOLETIN PARA JEFES

Se difundió un «Boletín para Jefes» ciclostilado, número único, de fecha 1.º de febrero de 1952, y firma de «El Jefe Delegado de Su Majestad». Era una instrucción para la ya próxima Fiesta de los Mártires de la Tradición; explica que es necesario aprovecharla para hacer un alarde de masas populares que deberían acudir con sus peculiares distintivos a los actos que organizaran las «Autoridades Gubernativas y las Jerarquías de la Falange». Solamente donde estas no hagan nada, «hemos de celebrar esta Fiesta

nosotros solos». Prosigue: «... es de todo punto necesario y urgente dar a la Jefatura del Estado el convencimiento de cuántos somos, y de cómo somos, pues de esto depende el rumbo del Movimiento Nacional, y de que nuestro triunfo se logre por el camino por donde debe llegar y esperamos que llegue, o no se logre. Entiéndanlo todos, bien».

Esta consigna no es nueva para el recopilador, que ha leído una carta del mismo Cora y Lira a su Jefe de Navarra, don Antonio Lizarza Iribarren, apremiándole a hacer algo ostensible, porque «en Madrid» estaban a la espera de verles algo notable, a lo cual condicionaban —les decían con dudosa sinceridad—, una mayor ayuda. Era un círculo vicioso: no sacaban masas porque no les ayudaban suficientemente, y no les ayudaban porque no les enseñaban sus masas.

Franco aborrecía el sufragio universal, pero vivió siempre muy atento al recuento de fuerzas ajenas y era muy sensible a la magnitud de las mismas que conocía exactamente por sus múltiples servicios de información. Esta actitud, respetable por lo que tiene de prudente consideración de la realidad, demuestra que el sufragio universal no es en manera alguna el único, y ni siquiera el más fiel método para conocer la realidad.

La crisis interna revela en este escrito en que tiene que atajar los deseos crecientes de muchos de acercarse a las filas de Don Javier. «Hacemos muy presente, con la aprobación Real, que no debemos celebrar la Fiesta de los Mártires unidos a ningún sector tradicionalista, en localidad alguna. Esa finalidad antes expuesta, de la exhibición de nuestras masa populares, nos lo impide terminantemente. Todos se atribuirían la mayor aportación de concurrencia, haciendo fracasar nuestros planes. Pero, además, muy recientemente han demostrado la mala fe que les ha guiado cuantas veces han hablado de unión. Terminantemente queda, pues, prohibida la celebración conjunta con ellos de nuestra Fiesta de los Mártires...»

A fin de contribuir al alarde que insistentemente se pide, se anuncia el envío de una «hoja especial impresa» de propaganda. Era la siguiente:

IMPRESO: «ESPAÑOLES»

Era un folio pulcramente impreso en las dos caras. En una, bajo unas iniciales « C. VIII», con una corona real, se leía en gruesos títulos escalonados:

«Españoles. Nosotros, los Carlistas, no queremos que se denigre a Franco (y luego, en letra pequeña de texto), porque hemos luchado

a su lado por una España más digna y mejor, y él ha sabido darnosla... Porque eso es secundar la maniobra de todos los malos españoles, que le odian porque los venció en la guerra y en la paz y sería por nuestra parte una traición a cuanto significó el Movimiento Nacional...

Los rótulos se encadenan como una letanía, cada uno seguido de una explicación en letra de texto, que suprimimos por no tener un interés especial: «No queremos la restauración liberal (...). No queremos el Régimen Liberal (...). No queremos la Monarquía Liberal (...). España volverá a ser un Reino, pero... No queremos que reine Don Juan, ni su estirpe (...). No queremos ni oír hablar de Don Javier (...). Y como España es de los españoles que supieron ganarla para sus grandes destinos y salvarla de las garras de Moscú, no queremos nada inglés, ni masón, ni francés, ni traidor. Ni que las esencias ideales del Movimiento se pierdan ni traicionen ni consentiremos jamás que pisotee nadie la sangre de los requetés que lo dieron todo por la Patria al grito de ¡Viva España!, ¡Viva el Rey!, ¡Viva Carlos VIII!».

La otra cara del impreso está encabezada por el titular: «¡Alerta Tradicionalistas!», y desarrolla la teoría de que Don Javier es un traidor porque va a renunciar sus derechos en favor de Don Juan Carlos.

ACTA DE LA SESION CELEBRADA EN LOS DIAS 18 Y 19 DE OCTUBRE DE 1952 POR LA JUNTA DE SEÑORES JEFES REGIONALES DE LA COMUNION TRADICIONALISTA

Este documento no fue difundido. Una copia a máquina, cuya autenticidad me consta, dice así:

«Bajo la Presidencia del señor Jefe Delegado, y con asistencia de los señores Jefes o de sus representantes debidamente autorizados de Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Aragón, Vizcaya, Asturias, Galicia, Sevilla y Murcia, comenzó la sesión a las cinco de la tarde de dicho día en el domicilio del señor Jefe Delegado. Excusaron su asistencia, por telegrama o por correo, los señores Jefes de Salamanca, Navarra, Granada y Jaén y Guipúzcoa. Nada comunicaron los de Cataluña y Valencia. El de Alava no pudo ser convocado en tiempo oportuno.

En primer término se dedicó un cariñoso recuerdo a los Jefes fallecidos señores De Cura y Ramonell. Seguidamente se pasó al examen de los asuntos que figuraban en el orden del día.

Pleito matrimonial de Su Majestad

El señor Presidente informó a los reunidos del estado procesal

que mantiene tal pleito canónico, así como de las impresiones recogidas sobre su favorable y aún pronta resolución.

Después de ser expuestas diversas consideraciones, por los reunidos, se acordó declarar que si bien sería obligado en todo tiempo, como cosa imprescindible en todo régimen monárquico, reconocer como Príncipe de Asturias a aquel Príncipe a quien le correspondiera la sucesión, en los presentes momentos, abordar este tema, pudiera ser interpretado como señal de no tener esperanza respecto a la declaración de nulidad del matrimonio del Rey, e impresionaría la noticia del estudio de tal problema de la designación de Príncipe Heredero, pesimismo desalentador tanto en la propia persona del Rey, como en toda la Comunión (1).

Por ello se acordó dejar en suspenso toda gestión respecto a determinar a quien le corresponde el título de Príncipe de Asturias, Heredero de la Corona, ni a interesar del mismo la aceptación con los consiguientes compromisos y juramentos.

Actividades de los sectores tradicionalistas disidentes

Se consideró que la supervivencia del grupo rodeznista ofrecía serio peligro para la Causa, en atención a que, separados de la bandera del pretendiente Don Juan, por defender, más o menos declaradamente la del hijo de aquel Príncipe (2), y además disfrutar de la influencia política por contar con un Ministro en el Gobierno (3), seducirían con menos dificultades a los elementos tradicionalistas.

(1) Este párrafo recuerda a la fábula del zorro y las uvas verdes. Uno de los inconvenientes de la candidatura de Don Carlos (VIII) era que no tenía descendencia masculina, y a partir de su separación matrimonial perdía la esperanza de tenerla. Si el Príncipe de Asturias hubiera sido visible, iniciar su preparación, lenta y larga, cuanto antes era una exigencia política ineludible. Ya lo empezaban a hacer con sus hijos, cada uno por su parte, Don Juan de Borbón y Don Javier de Borbón Parma.

(2) Esta frase interesa por la precocidad de su aviso. A la sazón los monárquicos liberales estaban agrupados sin fisuras en torno a Don Juan, y no veían en su hijo más que al lejano sucesor; hasta los años sesenta no se fueron desplazando hacia la Causa directa y franquista de su hijo Don Juan Carlos. Hemos visto en el tomo del año 1947 «la incómoda situación de los (tradicionalistas) que se fueron a la obediencia de Don Juan» (pág. 273). El grupo capitaneado por Rodezno (Vid. tomo del año 1946) se dio cuenta en seguida de que se había equivocado. Nada más natural que buscara una salida en la promoción directa de Don Juan Carlos.

(3) Antonio Iturmendi Bañales, Ministro de Justicia. De los quilates de su carlismo da medida una fotografía del libro de Serrano Súñer: «Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue. Memorias», página 259, en que aparece vestido con el uniforme negro de arriba abajo, distintivo de los más depurados

Varios señores Jefes, señaladamente los de Murcia y Vizcaya, informaron de la desacostumbrada actividad que en sus respectivas regiones desenvuelven los elementos falcondistas (1).

Se tomó el acuerdo, con relación a estos sectores, de que sea evitado todo rozamiento de tipo personal, para no entorpecer la atracción de las masas populares que en tales grupos hay, pero que debía combatirse al javerismo por las razones y motivos ya conocidos del extranjerismo del Príncipe Javier, y de su falta de derecho así como al Príncipe Juan Carlos, por darse en él la misma ilegitimidad de origen que en su padre y porque la ilegitimidad de ejercicio que concurre en éste es transmitida en sanos principios tradicionales al hijo.

Prensa periódica

La Junta se felicitó del proyecto de publicar un periódico semanario en la capital del Estado, declarando que debía ser un periódico de lucha dentro de cuanto fuera tolerado por la censura, haciendo labor de crítica del régimen, y de defensa de la Causa Carlista, *con guante blanco* en expresión del Jefe de Murcia, es decir, fuerte en el fondo y suave en la forma.

La presidencia dio cuenta de la posibilidad expuesta por el hoy Vicesecretario de Secciones de la Secretaría General del Movimiento, de que en el diario de San Sebastián, «La Voz de España», se publicasen artículos marcadamente defensores de nuestros puntos de vista, coincidiéndose en aceptar el ofrecimiento de gestión hecho por el señor Pradera (2) y en designar a don Jaime del Burgo para esta colaboración en las columnas del referido diario guipuzcoano.

Se acordó, asimismo, que no obstara la publicación del semanario de que antes se habló para continuar la publicación de nuestra prensa clandestina, desde la cual se pueden reñir batallas más claras y vibrantes en defensa de la Causa.

Táctica en los presentes momentos

Tras la intervención de varios señores Jefes, se tomó el acuerdo

fascistas. Con ese mismo atuendo, tan pintoresco, aparece también en una fotografía del libro de Ricardo de la Cierva: «Franco, un siglo de España», Tomo II, página 275, referente a la toma de posesión del Ministro de la Gobernación, en mayo de 1941.

(1) Era natural, después de este éxito, aunque momentáneo y superficial, del Acto de Barcelona.

(2) Se refiere a Don José Pradera Ortega, hijo del mártir don Víctor Pradera Larumbe, que era tradicionalista vergonzante y colaboracionista y servidor de Serrano Suñer.

de que es preciso y oportuno lanzarse a una actividad de política de masas o de calle, haciendo intervenir a aquellas, mediante reuniones públicas y exhibiciones y concentraciones, comenzando por ensayos y tanteos para ir aumentando la categoría de los actos, conforme las circunstancias lo señalen, para que la propaganda sea más extensa y para que podamos dar a todos el convencimiento de nuestra creciente pujanza, y así intervenir de mejor y mayor manera en los rumbos del Movimiento Nacional, sobre todo en orden a la monarquía que se trata de instaurar y a la proclamación del Príncipe que haya de suceder en la Jefatura del Estado.

No obstante esta decisión, se mantiene la política de relación que se viene siguiendo con relación al Régimen, por diferentes razones y consideraciones, entre las cuales se cita la presencia del Rey en territorio nacional (1); y la tramitación del pleito matrimonial del Señor, así como las circunstancias de la situación internacional, tan crítica y peligrosa.

Organización

La representación de Galicia señaló la poca cohesión que en aquella región existe entre las Jefaturas Provinciales y la Regional, dándose sobre ello oportunas recomendaciones a la referida representación. La de Aragón expuso modos de recaudación que allí se practican para que pudieran ser puestos en práctica en otras partes. Se acordó intensificar la cotización imponiéndola como obligatoria allí donde el espíritu de los afiliados lo consienta.

Sobre reunión de una asamblea nacional, se tomó el acuerdo de que para celebrarla era de necesidad esperar a la terminación del pleito matrimonial de Su Majestad, y que, entonces, la asamblea debería tener como principal objeto la ratificación solemne de la proclamación del Rey, convocándose a tal efecto a representaciones muy completas de la Comunión, tanto del elemento seglar como eclesiástico, y asimismo las diferentes clases sociales con que se cuenta en la Comunión.

Cuestión social

El Jefe de Sevilla expuso la labor por él realizada en aquella

(1) En cambio, a veces, Franco utilizaba contra Don Javier y su hijo la supuesta teoría de que un Jefe de Estado no puede soportar la presencia en su territorio de un pretendiente. El 12 de mayo de este año, Don Carlos VIII escribe una carta de circunstancias al Delegado nacional de su A.E.T., don Baltasar Guevara, después reproducida en toda su prensa, que termina diciendo: «... y no os faltará nunca la gratitud de vuestro Rey, Carlos (firmado de su puño y letra)». En mi residencia de Barcelona, a 12 de mayo de 1952».

capital y provincia, con los gremios o cooperativas gremiales de artesanía constituidas al amparo de la Ley de Corporativas del año de 1942, con los resultados obtenidos en el orden económico así como en el espiritual. Expresó su oposición a la constitución de sindicatos de ninguna especie, afirmando que en cualquier lugar que existan, en el momento en que se produzca una infiltración, allí el comunismo se llevará las masas obreras. Citó lo sucedido con los sindicatos libres, que tuvieron que ser disueltos, después de haber sacrificado inútilmente a algunas docenas de jóvenes amigos que cayeron bajo las balas de los contrarios (1).

A su juicio, la Cooperativa Gremial permite, como él va haciendo ya en Sevilla, crear toda una organización obrera, en la cual la conversión a nuestros principios se realiza espontáneamente, por sólo la eficacia que en las almas de los obreros logra la realidad de nuestras obras. A nadie preguntamos cuando ingresa en nuestras Cooperativas, qué ideas tienen, y, sin embargo, al poco tiempo se van identificando todos con nosotros. En Sevilla contamos con el Gremio de la Construcción, el del Calzado, el de la Aguja, el de los Obreros de la Juta de Obras del Puerto, y además funciona una industria de cerámica cooperativa en el pueblo de Carmona. Tenemos en gestión la construcción de algún grupo de viviendas protegidas por el Estado, y además hemos construido ya para nuestros obreros un pequeño grupo de casas que en pocos años, mediante una adecuada amortización, pasan a ser propiedad de los obreros. El coste de las mismas es el de 40.000 pesetas, teniendo una superficie, incluido el patio, de 80 metros.

La construcción resulta muy económica porque, aparte del mayor interés que el trabajador pone en su labor, están exentos de cargas sociales y los impuestos estatales son más reducidos. Afirmó que desde la pasada guerra civil española el rendimiento de la mano de obra disminuyó considerablemente, siendo parte muy importante en ello el convencimiento del obrero de que, merced a las reformas sociales del Régimen, gana lo mismo, trabaje poco o trabaje mucho. Sostuvo la necesidad de llegar a un régimen de salariado a base del rendimiento útil de la labor del trabajador.

Intervinieron en el examen de estos problemas los representantes de Asturias, Vizcaya, Murcia, Galicia, apuntando diversas observaciones, llegándose a las siguientes conclusiones por unanimidad:

1. Necesitamos contar con masas populares.
2. Las masas que podemos esperar deben salir de las clases medias y de los pequeños labradores.
3. Hay que crear espíritu conservador en la masa.

(1) Ver nota de Ginés Martínez Rubio, en Tomo XII, págs. 68 y 69.

4. Para esto es preciso crear cooperativas gremiales, una tras otra, de las características de las que hemos creado en Sevilla.

5. Es de toda necesidad transformar el régimen del salariado por otro en el cual la remuneración sea por razón del rendimiento útil de la labor del obrero.

6. Si bien el Gremio tiene mejor encaje en la pequeña industria, es factible también en la grande industria, constituyéndolo a manera de sociedades anónimas.

7. En orden al problema de la tierra, hay que favorecer la pequeña propiedad, ayudando a la obra del Instituto de Colonización para la adquisición de las grandes fincas y su parcelación entre pequeños cultivadores que adquieran la propiedad en plazos de amortización.

8. A propuesta del Jefe de Murcia, se estimó necesario designar un Jefe Nacional de la Obra Gremial Cooperativa recayendo por unanimidad tal propuesta a favor del Jefe de Sevilla.

El Jefe Delegado, identificado con la Junta, prometió someter la creación de este cargo y la designación para el mismo del señor Jefe de Sevilla a Su Majestad el Rey.

Cuestiones internas

El Jefe de Murcia dijo a continuación que todos los extraños a nosotros están enterados de cuanto pasa en el interior de la Comunión. Que la Policía de su región le informó, por ejemplo, de que en el pasado verano, en Barcelona, se había querido tirar por la borda —esas eran las palabras de la Policía— al actual Jefe Delegado, constituyéndose un triunvirato con los señores Suárez Kelly, Doctor Relimpio y otro de Cataluña cuyo nombre no recuerdo. ¿Quién cuenta esas cosas? ¿Cómo las sabe la Policía?

Seguidamente declaró que gracias al Jefe Delegado podemos estar aquí reunidos, puede estar el Señor en Barcelona y, asimismo, gracias a él existe la Comunión. Por lo cual estima que debemos estar completamente al lado del Jefe Delegado, y que hay que robustecer su autoridad.

Coincide con el Jefe de Murcia el de Castilla la Nueva y se acuerda que así conste en la sesión de la Junta, elevando la expresión de estos sentimientos a Su Majestad.

La Jefatura Delegada dio las gracias a la Junta e informó brevemente a ella de cuanto sabía de este asunto.

También a propuesta del Jefe de Murcia se acordó que la organización debe estar presidida por un espíritu militar de centralización, con unidad de mando, uniformidad de criterio, irradiante

de la Jefatura Delegada a las Jefaturas Regionales las órdenes, consignas, normas e instrucciones.

Y después de hacer constar la firma de adhesión de todos a la Causa de Su Majestad el Rey, se dio por terminada la Junta, siendo las catorce horas y treinta minutos del día 19 de octubre, habiéndose suspendido la sesión a las veintidós horas del 18 y continuada a las once horas del 19.

Madrid, 20 de octubre de 1952.»

X. NECROLOGIA

Fallecimiento del Conde de Rodezno.—Artículos con motivo del fallecimiento.—Un comentario de «¡Volveré!».—Un comentario de «¡Firmes!».—Un artículo de «Diario de Navarra».—Un artículo de «El Pensamiento Navarro».—Un premio de la Dirección General de Prensa.—Un comentario de Don Francisco Elías de Tejada.—Apéndice: Otros documentos para una biografía del Conde de Rodezno. Su labor en el Ministerio de Justicia.—Carta del Conde de Rodezno a don Daniel Mugaiza, el 15-IX-1950.—Un texto de Don Jaime del Burgo.—El Conde de Rodezno y Acción Española.—El Conde de Barcelona, piedra de toque para enjuiciar a Rodezno.

FALLECIMIENTO DEL CONDE DE RODEZNO

El día 10 de agosto de 1952 falleció en su casa solariega de Villafranca de Navarra, don Tomás Domínguez Arévalo, Conde de Rodezno.

De familia carlista fue, sin embargo, muy pronto invadido por el escepticismo respecto de las posibilidades de la dinastía legítima y evolucionando a brotes y más o menos secretamente hacia un tradicionalismo no dinástico abierto a compromisos, colaboraciones y alianzas fuera del Carlismo, del que finalmente desertó ya claramente en 1946, cuando paso a la servidumbre del entonces titular de la dinastía liberal y usurpadora, Don Juan de Borbón y Battenberg. Entre 1932 y 1934 había sido Presidente de la Junta Suprema Nacional de la Comunión Tradicionalista (Véase Melchor Ferrer, «Historia del Tradicionalismo Español», Tomo XXX, pág. 47 y siguientes).

El recopilador se hallaba en Pamplona el día de su funeral y con precaución para no dar lugar a interpretaciones erróneas, se asomó un momento a una bocacalle que da a la plaza de la catedral, a ver la salida del funeral. No había ni una sola boina roja.

Su figura está presente en toda la vida pública española de la primera mitad del siglo XX y tiene una dimensión mayor de lo que

puede recogerse en esta recopilación. Nos limitaremos, pues, a reproducir algunas notas publicadas con motivo de su muerte y después un apéndice con algunas fichas sueltas que pueden contribuir a una biografía suya. Para ella se encontrarán también muchos datos en los tomos de esta misma obra, especialmente en las ciento dieciséis primeras páginas del Tomo VIII, del año 1946.

ARTICULOS CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO

De la prensa carlista hay que recordar que los seguidores de Don Javier estaban en su peor momento editorial: apenas producían algunas hojas volanderas en las que se le ignoró totalmente. Su publicación, «Boina Roja», de mayor importancia, nació el año siguiente, en 1953. Y la otra publicación, «Tiempos Críticos», estaba en manos de los «duros» de don Mauricio de Sivatte, que le despreciaron deliberadamente y nada escribieron sobre este asunto. La prensa de los seguidores de Don Carlos VIII le dedicó una crónica de censura a pesar de que tenían en común un declarado amor a Franco; pero podía más en los octavistas el aborrecimiento que sentían visceralmente al último mentor del Conde, Don Juan de Borbón. Decían así:

UN COMENTARIO DE «¡VOLVERE!»

La revista del movimiento de Don Carlos VIII, «¡Volveré!», publicó el 25-IX-1952 un artículo titulado «Después del entierro del Conde de Rodezno», que luego fue reproducido en una hoja volandera bien impresa, y que decía así:

«No es de sorprender la extrañeza causada por el hecho de que una vida dedicada a la expansión del ideario tradicionalista, cual la de Rodezno, tenga como discordante colofón la presencia en el acto de su entierro de un representante del abanderado de las ideas antiforales y liberales, Don Juan de Borbón. ¡Triste suceso para un prócer tradicionalista!

El ansia de vanidad y grandeza que avasalla a los hombres cuando no están cerca de Dios y la pasión de figurar les domina, ha llevado al Cuerpo de Comunidad de la Diputación Foral de Navarra a ceder el alto puesto de honor que en el acto del sepelio le correspondía ocupar por todos conceptos, nada menos que al representante de las ideas más opuestas a los vivos sentimientos religiosos y forales de aquel antiguo Reino; bache difícil de rellenar en la historia de la Diputación navarra.

Inexplicable resulta la presencia del pretendiente liberal en estos actos necrológicos cuando, hace bien poco todavía, «coqueteaba» abiertamente con el socialista Prieto y se ensoberbecía frente al Generalísimo, atacando hasta la raíz del Alzamiento Nacional y olvidando todo lo acaecido en España, con tal de afianzar, como fuese, sus pretendidos derechos.»

Sigue el largo artículo arremetiendo contra la dinastía usurpadora y liberal, hasta llenar con letra menuda un folio. Además, se encuentran puntualmente, como siempre en la prosa de este sector, otra mención elogiosa de Franco, y dos párrafos intercalados alusivos a Rodezno por su condición de navarro, que se le atribuía, que dicen así:

«Si el Conde de Barcelona ha sabido «sorber el seso» a algunos hombres de Navarra, que quieren afrontar ante Dios la inmensa responsabilidad de destruir a las honradas masas carlistas, haciéndolas ingresar en el «juanismo» para liberalizarlas paulatinamente, vayan ellos con ese tremendo cargo de conciencia del que un día tendrán que dar cuenta a Dios, al empobrecer así el catolicismo español. Nosotros seguiremos siendo escarnecidos y befiados en la tierra, quizá; pero al morir preferimos ir envueltos en la bandera incólume de nuestros holocaustos y con el equipaje de nuestra lealtad integérrima.»

Y al final, se lee:

«Si algunos navarros padecen de miopía liberal, que no pretendan arrastrar a su pueblo al camino del deshonor e imponerles señores que tienen en su «haber» el daño infligido a nuestra religión y la pérdida de nuestras franquicias, libertades y fueros, además de la de nuestra grandeza y poderío.»

UN COMENTARIO DE «¡FIRMES!»

Esta revista, adscrita al movimiento de Don Carlos VIII, publicaba en su número de julio-agosto-septiembre de 1952, el siguiente artículo:

«El Conde de Rodezno. Dios ha llamado a su seno a don Tomás Domínguez Arévalo. Paz a los muertos, oraciones por sus almas y que el Señor les conceda a todos la gracia de su infinita misericordia. El Conde de Rodezno prócer navarro, exponente humano, y hasta refinado de un cacicato político sobre todo personal, ha bajado a la tumba; y no sería decoroso discutirle si no cantasen a coro sus virtudes, precisamente, todos los órganos nacionales a los cuales el Carlismo les es completamente ajeno, o en el mejor de los casos, indiferente. Los periódicos han dicho que fue un gran prócer carlista y Jefe prestigioso de la Comunión Tradicionalista.

Vengamos, pues, a cuentas, con el debido respeto y la piedad oportunas; pero vengamos a cuentas.

El Conde de Rodezno fue, en efecto, un político tradicionalista de enorme predicamento personal en Navarra. En el fondo, era de un excepticismo político escalofriante, pero digamos la verdad, nunca abochornó a nadie porque llevase sus ideales a límites extremos. Brilló, sobre todo, don Tomás Domínguez Arévalo en la época republicana, cuando la teoría y la práctica del frente común nos unió a todos y a él le permitió alternar, con señorío, con los monárquicos de la otra acera; se portó muy bien, con valentía y hasta con arrojo en el Parlamento. Cuando el Generalísimo Franco formó su primer Gobierno, el Conde de Rodezno, significado colaboracionista, fue Ministro de Justicia en el desempeño de cuyo cargo legalizó la situación de la gloriosa Compañía de Jesús y devolvió sus bienes a la dinastía usurpadora. Lo cual nos hubiera parecido de perlas si nuestra Dinastía, la auténtica, la legítima, la ineludible, se hubiera visto favorecida con igual gaje, que para ella hubiera sido simple acto de justicia.

Dejó de ser Ministro el Conde de Rodezno y pasó a ejercer una especie de oposición incruenta que le acercó a Estoril tanto como le distanciaba de El Pardo, pero también de Loredán. Y hemos visto que el puntual biógrafo de la Princesa de Beira y de Carlos VII —¡Carlos VII!— ha tenido funerales con asistencia de representantes del llamado Conde de Barcelona, es decir, del exponente máximo, a su vez, de los usurpadores y liberales, de la familia que fue la causa principal de la ruina de España y de la Monarquía. Si ello aparte de otras muchas cuestiones y actitudes de política local que podrían explicarnos al dedillo los leales navarros ha de servir para poner como ejemplo al Conde de Rodezno, puntualicemos que será, en todo caso, como ejemplo negativo. Porque la lealtad nunca pactó con la usurpación, ni rindió la rodilla al liberalismo. «Antes el ostracismo político total, que el acercamiento a Estoril». ¡Está eso bien claro?

Por supuesto que a los carlistas de cuño no es preciso explicarles mucho sobre actitudes y obligaciones. Lo calibran todo por instinto y siempre aciertan. Por eso ruegan a Dios por el eterno descanso del alma del Conde de Rodezno y piden ardientemente luces de lo alto para no desviarse jamás del rígido, austero y duro camino de la fidelidad que, ni pasa por Estoril ni se desvía a Parma. Nuestra ruta está en el norte de Loredán, de Trieste, de Froshdarff y de Viareggio. ¡¡Viva Carlos VIII!

Rebenque.»

Los diarios y revistas, sometidos al control de Franco, publica-

ron gacetillas hechas con tópicos vulgares y alabanzas a su colaboración con Franco y su Movimiento. Unas excepciones fueron, como era natural e inevitable, los dos periódicos de Pamplona, el liberal «Diario de Navarra» y el tradicionalista «El Pensamiento Navarro».

UN ARTICULO DE «DIARIO DE NAVARRA»

El director de este diario, don Raimundo García, que firmaba con el seudónimo de «Garcilaso», dedicó al Conde fallecido unos elogios en el número del día 12 de agosto. Decía así:

«La historia de España, la auténtica historia de España, se reanudó por una especialísima y notoria acción providencial el 18 de julio de 1936; y uno de los elegidos por la Providencia para realizar aquella obra desde los puestos de mayor responsabilidad y riesgo fue el Conde de Rodezno, a quien correspondía la dirección de la fuerza espiritual y bélica que había de ser base del Alzamiento, el Requeté de Navarra. Y el inmortal General Mola, cuando alguien le expuso las razones de esta intervención personal y directora de Rodezno, así lo reconoció, y trató con Rodezno aun después de enderezados todos los tuerzos con la «Jerarquía oficial» del Carlismo y establecidas ya las relaciones entre aquella jerarquía oficial y el General Mola. Y cuando el glorioso Generalísimo Franco, mientras guerreaba en aquella campaña feroz y sublime, designó a los hombres que habían de formar el primer Gobierno de la España católica que se iba reconquistando a fuerza de mártires, de héroes y de oraciones, eligió a Rodezno para el Ministerio entonces delicadísimo de Justicia, en el que el Conde de Rodezno sirvió a la patria, a la Iglesia —el primer telegrama del nuevo Ministro de Justicia fue dirigido al Papa para expresar la adhesión al Sumo Pontífice— y al Caudillo que conducía la hueste arrolladora de los nuevos Cruzados a la victoria. ¡Y puede estar seguro el Generalísimo Franco de que nadie le ayudó con más lealtad que Rodezno! Luego fue llamado por los navarros para que se pusiera al frente de la vida foral y española de esta tierra, desde la eminentísima altura de la Excma. Diputación Foral, y en este puesto, aún dolorido por los golpes rudísimos que las realidades de la vida proporcionan a los hombres de fina sensibilidad, elevados pensamientos y nobles ilusiones, trabajó cuanto dieron de sí sus fuerzas para mantener en alto las banderas en que estaban las cifras de sus amores: España, Navarra y la Monarquía Tradicional española.»

Tan grandes elogios se explican porque el inventor del cortocircuito Mola-Rodezno a la Jerarquía oficial del Carlismo, fue su autor, don Raimundo García, «Garcilaso», director del «Diario de

Navarra», desde la circunstancia, favorable para el enjuiciamiento de su gestión personal, de no ser carlista. Es un acto de justicia suscribir, de esta crónica, del «Diario de Navarra», los elogios a la labor del Conde de Rodezno en el Ministerio de Justicia y en la Diputación Foral. En cambio, sus relaciones con Mola, con gravísima deslealtad hacia la «jerarquía oficial» del Carlismo en los umbrales del Alzamiento, merecen una gravísima censura. Aquel asunto, el peor de la biografía de Rodezno, es anterior a nuestro período. Le estudia ampliamente y bien Tomás Echeverría en el tomo tercero de su obra, «El Pacto de Territet, Alfonso XIII y los carlistas», páginas 928 a 936. Nosotros hemos hecho una aportación inédita en las páginas 150 y siguientes del tomo primero de esta recopilación.

UN ARTICULO DE «EL PENSAMIENTO NAVARRO»

Don Jesús Elizalde, Capitán de Requetés en la Cruzada, preparador de la misma y luego Consejero nacional de FET y de las JONS y seguidor de Rodezno en su transbordo a la obediencia de Don Juan de Borbón, publicó en «El Pensamiento Navarro», del 20 de agosto, un artículo titulado «¡Se nos ha muerto!», en elogio de Rodezno. Hay que recordar que en aquella época dicho diario, aunque conservaba una fachada carlista tenía en su Consejo de Administración una mayoría de tradicionalistas-juanistas seguidores y amigos de Rodezno.

«El fallecimiento del Conde de Rodezno nos hunde, dolorosamente, en la angustia de una orfandad irreparable. Fue hasta su muerte, lo ha sido durante muchos años, la figura prócer y señera del Carlismo en toda la amplitud de su dimensión nacional. Rodezno nació carlista en el siglo XIX y ha muerto carlista hace unos días, viviendo como carlista toda su vida a lo largo de sus años y a lo ancho de sus actividades... Tres regímenes han sido los que se han sucedido en nuestra Patria durante la vida del Conde de Rodezno. Ante los tres, su postura fue netamente carlista, acérrimamente tradicionalista, esencial y valientemente patriótica... Y se entrevistó con el Conde de Barcelona en Lisboa en el intento más grandioso, abnegado y sacrificado que tuvo en su vida. Sin aparatosidades conspiratorias, sin ocultamientos ni disimulos..., sencilla, natural y patrióticamente. A la luz del día y con conocimientos del Gobierno y de los carlistas. Había que cumplir un deber y lo cumplía..., costase lo que costase... ¿Hubo alguien que lo conociera que pensara que iba a pactar? No fue a eso, fue a decir, respetuosamente, que la legitimidad de origen no es más que la coyuntura providencial para saber ganar y merecer la legitimidad de ejerci-

cio. Y que a España no podrá venir quien no cimente su realeza en lo que él llamaba «hito incommovible del 18 de julio».

UN PREMIO DE LA DIRECCION GENERAL DE PRENSA

Al fallecer el Conde, la Dirección General de Prensa convocó un concurso titulado «Conde de Rodezno», entre artículos sobre el finado publicados en los diarios. El premio fue concedido el 15-X-1952, al artículo precedente de don Jesús Elizalde y Sáinz de Robles. Valga esta noticia para el encuadramiento político del Conde de Rodezno. La Dirección General de Prensa era a la sazón uno de los más duros centros de poder tiránico, barrera infranqueable para el menor asomo de propaganda carlista en los periódicos.

UN COMENTARIO DE DON FRANCISCO ELIAS DE TEJADA

Un modesto boletín ciclostilado, titulado «El Requeté», de enero de 1954, reproduce una carta de don Francisco Elías de Tejada a don Jesús Elizalde, que en su lugar transcribimos a propósito del colaboracionismo de algunos carlistas, como Rodezno y su fiel discípulo Elizalde, con Franco. A ella pertenecen estas líneas:

«Quizá nuestra charla podría poner en claro la tremenda tristeza del entierro de Tomás de Rodezno, acompañado a su descanso último por representantes del Dictador y del Pretendiente Liberal, de los dos enemigos máximos de la Causa, sin la bendición del Abanderado de la Dinastía Legítima. No creo, porque sé de tu rectitud, puedas apetecer suerte pareja; yo, por mi parte, prefiero morirme de asco en un rincón más apartado de las Españas a compartir la suerte de este hombre, ejemplo de cómo también el infierno político puede tener su camino empedrado de buenas intenciones de oportunismo apetecible.

Porque a la postre, cuando en el futuro se escriba la historia de esta España melancólica y podrida en que vivimos, habrá carlistas que miren a Tomás de Rodezno con toda su grandeza y todo su prestigio por mera repetición del caso de Pidal. Nunca en la historia de las Españas dejó de ser verdad que los héroes del mañana son los mártires de hoy, no los que nublaron un día el claro sol de sus ejecutorías en la niebla pasajera de las circunstancias.»

APENDICE:

OTROS DOCUMENTOS PARA UNA BIOGRAFIA DEL CONDE DE RODEZNO. SU LABOR EN EL MINISTERIO DE JUSTICIA

En 1983 se ha publicado un libro (1) con documentos oficiales referentes a las relaciones de España con la Santa Sede en los años en que el Conde de Rodezno ocupaba la cartera de Justicia y en los siguientes, dentro ya del período estricto de esta recopilación, al que llega de cerca la influencia de Rodezno en los años inmediatamente precedentes.

Resplandece en sus páginas el acendrado catolicismo del Conde y el de los carlistas de los cuales tenía todavía en aquel momento y en aquel cargo, inseparablemente, alguna forma de representación informal. La ilusión de ambos era la derogación de las leyes anticristianas de la Segunda República y el establecimiento de premisas para una absoluta confesionalidad del nuevo Estado.

La España nacional, empeñada aún en una guerra cruelísima, necesitaba el restablecimiento de un Concordato con la Santa Sede que le sirviera de credencial ante el mundo católico. Roma bloqueaba las negociaciones para establecerlo, porque quería aprovechar la ocasión para suprimir, a todo trance, el derecho de Patronato o de presentación de Obispos, que figuraba en el Concordato de 1851, que era el que Roma no quería reponer, precisamente por eso. El Gobierno nacional, no solamente Franco, tampoco quería ceder en este punto a la vista de lo sucedido con el Obispo de Vitoria, don Mateo Mugica, y con el Cardenal de Tarragona, Vidal y Barraquer. Como dijo su embajador ante la Santa Sede Yanguas Messía al Cardenal Secretario de Estado, Pacelli: «Ningún español, del Generalísimo Franco, hasta el último labriego, podría explicarse semejante trato de parte de la Santa Sede». (pág. 464.)

A la vista de lo cual, el Gobierno nacional convirtió sus numerosos proyectos en beneficio de la Iglesia en una reserva de bazas de fría negociación y bloqueó el resto del paquete religioso.

Rodezno, aunque también partidario del Concordato de 1851 precisamente porque incluía el derecho de Patronato, quería servir a la Iglesia generosamente en los demás asuntos sin condicionarlos ni bloquearlos al servicio de esa negociación soterrada del Patronato. Quería un «sustitutivo de derecho indispensable para proseguir la labor reparadora de la legislación republicana en materia

(1) «La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)», por Antonio Marquina Barrio. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez, Madrid, 1983, folio, 710 páginas.

religiosa». Porque precisamente por respeto del Estado a la Iglesia en aquellas materias que por su naturaleza mixta requerían el acuerdo previo entre ambas potestades, el Estado no podía obrar unilateralmente y en precario. El Estado necesitaba un estatuto jurídico estable, y eso sólo lo podía dar el Concordato.

Transcribimos algunos párrafos de la larga exposición del libro sobre este tema:

«Sólo el Ministro carlista, el Conde de Rodezno, no compartía el criterio de reservar bazas para una negociación concordatoria, cuando estas bazas correspondían a derechos soberanos de la Iglesia. El juego del «do ut des» era, en su opinión, pueril, ineficaz e inconfesable ante la conciencia católica.» (...)

«El mantenimiento de la política de no hacer ninguna concesión a la Iglesia era insostenible. La gente carlista que estaba aguantando menosprecios y persecuciones en el nuevo Estado, sólo se vería compensada si su Ministro arrancaba de cuajo la legislación sectaria.» (...)

«La derogación de todas las disposiciones sectarias hecha a través de unas negociaciones diplomáticas sería mérito del Embajador, y no del Ministro de Justicia. ¿Cuál era entonces el papel del Ministro carlista?» (...)

«La postura del Conde de Rodezno tenía algo de explicable, sobre todo habida cuenta de la pugna cada vez más manifiesta entre carlistas y falangistas y la enorme prevención carlista contra las influencias neopaganas nazis difundidas en medios falangistas. Tanto era así, que un importante sector carlista, el genuino, había establecido en el extranjero una organización presidida por el Príncipe Javier de Borbón Parma, que estaba tratando de conseguir un cambio de política exterior española, atenazada por Alemania e Italia.»

Posteriormente, el Gobierno nacional siguió la línea de Rodezno de ir obsequiando a la Iglesia al margen de la dura negociación del Patronato, aunque no por complacer solamente a los carlistas, sino, sobre todo, a los católicos en general, de dentro y de fuera de España.

CARTA DEL CONDE DE RODEZNO A DON DANIEL MUGARZA (EL 15-IX-1950)

Don Daniel Mugarza era un antiguo oficial de requetés de Oñate, Guipúzcoa, que después de la Cruzada se dedicó a hacer proselitismo a favor de Don Juan de Borbón dentro de las filas car-

listas a las que formalmente pertenecía. Fue testarudo y perseverante en su empeño, iniciado en 1942. En 1958 escribió una carta al Jefe navarro don Joaquín Baleztena invitándole a pasar a las filas de Don Juan, a hacerse «estorilo», como se decía a raíz del Acto de Estoril de 20-XII-1957, en que Arauz de Robles y otros se pasaron a las filas de Don Juan. Y para apoyar su gestión le enviaba una copia de la carta que le había escrito el Conde de Rodezno a él en 1950. Tiene el doble interés de mostrar brevemente la teoría de Rodezno expuesta por él mismo y de reconocer el fracaso de sus gestiones en 1946. Fracaso que se documenta en esta recopilación, que se confirma nuevamente en este epígrafe con una carta de Iturmendi a Rodezno, y que él mismo manifestó muy explícitamente de palabra en cierta ocasión a Arauz de Robles, a pesar de lo cual éste reincidió en el mismo camino.

«San Sebastián, 15 de septiembre de 1950.

Sr. don Daniel Mugarza. Mi querido amigo y correligionario: Su carta expone una honda y noble preocupación que es común a todos los buenos carlistas.

Verdaderamente es lamentable el estado a que ha llegado la Comunión después de haber tenido su primer triunfo militar en su secular existencia, con la victoria de 1939. Vd. sabe que yo tengo bien clara y definida mi opinión: Solamente la conjunción del Príncipe legítimo y posible con los principios de la Comunión, puede ofrecer solución al problema restaurador. Desgraciadamente no se han llevado las cosas por ese camino y nos falta lo esencial, que es esa conjunción. Cuantos esfuerzos se hagan por lograrlo, serán los únicos eficaces en orden al porvenir de España.

Dios quiera se llegase a ese acuerdo que Vd. anhela. Todo sacrificio me parecería pequeño.

Muy suyo, como siempre, con un abrazo, Rodezno.»

UN TEXTO DE DON JAIME DEL BURGO

Erudito y laborioso, don Jaime del Burgo es figura destacada en Navarra del Carlismo, al que sirvió con las armas y la pluma. Devoto de Don Carlos VIII, y como tal benévolo con Franco, coincidía en esto con Rodezno al que trató mucho. Pero como en todos los de su grupo, podía más en él un odio profundo a Don Juan de Borbón; son resultante de ello unas invectivas contra el Conde de Rodezno en el libro que le publicó en 1970 la editorial Alfaguara con el título de «Conspiración y Guerra civil», lleno de noticias interesantes sobre el Carlismo. En su página 466 inicia una crónica titulada «Fallece el Conde de Rodezno», que dice así:

«Pero el 10 de agosto fallece en su casa de Villafranca de Navarra el Conde de Rodezno sin haber completado su obra del reconocimiento por los carlistas de la sucesión alfonsina. Su muerte fue un duro golpe para sus seguidores. La indudable personalidad del Conde de Rodezno hubiera conseguido fácilmente lo que sus parciales no pudieron lograr. Pese a ser don Manuel Fal Conde Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista, la opinión nacional carlista y no carlista, seguía atribuyendo al Conde de Rodezno rango de primera fila en las decisiones que afectaban al partido.

Su influencia en Navarra, que le había declarado hijo predilecto, a pesar de haber nacido en Madrid, era realmente omnímoda.»

En este punto don Jaime del Burgo transcribe un texto de don Román Oyarzun que el lector de esta recopilación encontrará en el tomo VIII, página 86; y los artículos del diario de Navarra y de «El Pensamiento Navarro» que acabamos de transcribir. Luego, continúa:

«No exageraba don Jesús Elizalde en su encendido comentario de elogios al Conde de Rodezno. Su desaparición produjo la dispersión de muchos carlistas que le habían seguido sin discusión, porque privados de su influencia, volvieron a sus posiciones primitivas de intransigencia. En nuestro afán por historiar, queremos abstenernos de mayores comentarios. Pero la causa de Don Juan perdió con el Conde de Rodezno un valedor de categoría indiscutible.

Desaparecido el magnetismo del Conde de Rodezno, conocemos a muchos que, o se hicieron regentistas o se adhirieron a Carlos VIII.

Su gestión al frente de la Diputación Foral de Navarra fue del más puro quietismo conservador. Un día una Comisión del Ayuntamiento de Pamplona fue a plantearle proyectos e ilusiones referentes a urbanismo, barriadas, universidad... Formábamos la Comisión el Alcalde, don Antonio Archanco, don Angel María Pascual y el que estas líneas escribe. Nos escuchó atento —tenía la virtud de saber dialogar y dejar expresarse al interlocutor— y cuando terminábamos nuestra entusiasta exposición, nos dijo:

—¿Entonces, creéis que con esos planes Pamplona puede llegar a los cien mil habitantes?

— En un futuro más o menos próximo...

—¡Ah, no contéis conmigo; me iría a vivir a Villafranca!

El problema de la Universidad lo enfocaba así:

—Creo que con una carrerita como la de Perito Mercantil es suficiente para Pamplona...

Otro día le oímos decir:

—El Conde de París es el Borbón más inteligente que he conocido...»

Don Jaime del Burgo publicó en 1978 la segunda edición de su

obra, soberbia y monumental, «Bibliografía del siglo XIX. Guerras Carlistas, Luchas políticas». En las páginas 299 y 300 trae una relación completa de las obras escritas por Rodezno y de las de otros que sirven para estudiarle.

EL CONDE DE RODEZNO Y ACCION ESPAÑOLA

Don Eugenio Vegas Latapie, que fue activísimo dirigente de Acción Española, refirió al recopilador que Rodezno también perteneció a ese grupo. El 8 de mayo de 1937, Franco invitó a Acción Española a incorporarse al partido que acababa de inventar el 19 de abril, mediante el Decreto de Unificación, llamado Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S. Un grupo de dirigentes de Acción Española correspondió, como era natural, pidiendo una audiencia al Generalísimo. En seguida la concedió éste, y fueron a verle, Pemán, como Presidente; Sáinz Rodríguez, Eugenio Montes, Vegas Latapie y algún otro, y el Conde de Rodezno. Fue el único acto colectivo de Acción Española ante Franco.

Aunque Vegas Latapie refiere que Rodezno metió en la audiencia un inciso para contarle a Franco lo bien que se estaban portando los requetés en la guerra, eso no le redime de servir en momentos decisivos a un grupo ajeno, de sembrar confusión con su presencia entre alfonsinos —poco después, juanistas—, inequívocamente conocidos como tales, y en cierto modo desautorizar a los carlistas que se mostraban aquellos días muy reservados y malhumorados por el reciente Decreto de Unificación.

EL CONDE DE BARCELONA, PIEDRA DE TOQUE PARA ENJUICIAR A RODEZNO

El tema central del Conde de Rodezno en el período que historiamos es su trasbordo al servicio de Don Juan de Borbón y Battenberg en 1945, con apariencias de hacerlo acaudillando al Carlismo de Navarra y del resto de España. Pronto se deshizo el equívoco y al mismo tiempo que Don Juan descubría que a Rodezno no le seguía nadie, éste descubría que Don Juan no era tradicionalista. Ambas partes disimularon su desengaño y siguieron el juego del equívoco, como hemos visto. Es importante, pues, para conocer el último período de la vida del Conde de Rodezno, profundizar en el conocimiento del pensamiento y de la conducta de Don Juan de Borbón en aquellos años.

Indirectamente la ilumina su manera de proceder después de la

muerte de Franco. Y, directamente, lo hacen una carta y cuatro libros, a saber:

La carta es del Marqués de Valdeiglesias (1) a su amigo don Angel Maestro, en 1977, y se considera su testamento político. Copias mecanografiadas de la misma corrieron de mano en mano y se pueden encontrar en colecciones particulares. A ella pertenecen estas palabras:

«Sin embargo, a través de mi continua relación con el Conde de Barcelona durante todos estos años puedo afirmar su total comprensión del sentido de nuestro Movimiento Nacional. Don Juan siempre estuvo cordialísimo conmigo. Me invitó a almorzar en Villa Giralda en cada uno de mis viajes a Estoril. (...) De todas estas largas conversaciones saqué siempre la impresión de que nada iba a ganar España con la instauración de la Monarquía.» (...)

«Don Juan, en cambio, era fundamentalmente anglófilo. Todo eso de la masonería y de la Revolución con erre mayúscula eran para él monsergas. No es, pues, que fuera capaz de oponerse con más eficacia que Franco a la infiltración de su influencia en España, sino que le hubiera parecido absurdo sólo el intertarlo. Lo advirtieron muy bien todos los elementos masónicos y progresistas de España, los cuales, anteriormente monárquicos o republicanos, se apresuraron a alistarse en torno a las banderas de Don Juan.» (...)

«Aunque sólo por gestos aislados y esporádicos de Don Juan percibía cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Recuerdo, una vez, por ejemplo, en Lausane, en el principio de los años cuarenta, que al decirle yo a Don Juan que lo único que le pedía para cuando fuera Rey era que me dejara publicar «La Epoca» —prohibida por el régimen franquista—, con objeto de poner de manifiesto la tremenda responsabilidad de Gil Robles en el estallido de la guerra por haber intentado prolongar la vida de una república imposible, Don Juan se quedó mudo, con un gesto de contrariedad. Rápidamente me vino a la memoria que su padre, Alfonso XIII, había apoyado el movimiento gilroblista mucho más que el de los auténticos monárquicos. ¿Sería posible que, aun a la vista de sus resultados, pudiera el hijo de Alfonso XIII seguir simpatizando con la táctica de Gil Robles? Si alguien hubiera podido decirme que sólo era la verdadera actitud de Don Juan, sino que iba a nombrar a Gil Robles representante suyo, me hubiera quedado mucho más absorto todavía.» (...)

(1) Don José Ignacio Escobar y Kirkpatrick, tercer Marqués de Valdeiglesias, 1898-1977, letrado del Consejo de Estado, Director del diario «La Epoca», socio de primera hora de Acción Española, ex combatiente de la Cruzada, y con Franco, Consejero nacional y Procurador en Cortes.

«Con Franco estaba el Ejército, vencedor de la guerra, la Iglesia (en aquellos años), la Banca, los hombres de empresa, que estaban empezando a reconstruir España; en suma, los mismos elementos sobre los que tenía que apoyarse la Monarquía. Me parecía absurdo que por fallarle a la Monarquía estos elementos pretendiera el Rey pasarse al grupo de los vencidos. (...) Me percaté que se contaba en Estoril sobre todo con el apoyo inglés para derribar a Franco.» (...)

«Pero salí de la entrevista (con Don Juan) desolado y con la impresión de que el Rey estaba totalmente ganado para la causa liberal masónica. Libros posteriores, como el ya citado de Gil Robles («La Monarquía por la que yo luche») han puesto de relieve hasta qué punto esto era así.» (...)

«Y, naturalmente, todos los enemigos de nuestro Movimiento Nacional, empezando por Gil Robles, se han apresurado a montar su cerco en torno al Rey. Es la gran baza que les va a permitir invertir el resultado de la guerra.»

Hasta aquí el Marqués de Valdeiglesias.

Después de la muerte de Franco, (en 1975) se publicaron los libros «La Monarquía por la que yo luche», de don José María Gil Robles, y «La larga marcha hacia la Monarquía», de don Laureano López Rodó. Ambos contienen abundantes materiales acerca del pensamiento y de la conducta liberales de Don Juan, pero expuestos sin énfasis y mezclados con otros de signo menos distante del tradicionalismo; se menciona repetidamente al Conde de Rodezno. En otros tres libros de la «transición», dos de un mismo autor, Víctor Salmador, «Don Juan de Borbón» y «Las dos Españas y el Rey» (editorial Edilibro, Madrid, 1981) y «Un reinado en la sombra», de don Pedro Sáinz Rodríguez, se presentan reiterativamente documentos únicamente liberales de Don Juan en la época de Franco, exhibidos como pruebas de la solidez del liberalismo de su pensamiento y de que inspiró a su hijo las ideas democráticas.

XI. BIBLIOGRAFIA

La editorial Cálamo.—Libros: «Cristiandad, Tradición, Realeza», por don Luis Hernando de Larramendi.—«El Poder Entrañable», de Vicente Marrero Suárez.—«Héroes de Romance», de Ignacio Romero Raizábal.—Dos folletos de don Jaime del Burgo: «Hombres y episodios de la historia que no conocemos» y «Nuevos ecos de la epopeya».—Boletines: «El Requeté».—«AET».—«Lealtad».—«Pelayos».—«¡Firmes!».

LA EDITORIAL CALAMO

La vitalidad del Carlismo en 1952 es superior a otros años y armónicamente se encuentra también este incremento en su bibliografía. Dos figuras de la joven generación carlista —Ignacio Hernando de Larramendi y Rafael Gamba— fundaron en 1951 una pequeña editorial para difusión del pensamiento tradicionalista. A ellos se unió en el mismo propósito Vicente Marrero, que acababa de llegar de Alemania donde pasó estudiando los años de la guerra mundial y de la postguerra, y aportaba a la empresa varios originales que traía más o menos pergeñados.

La editorial se tituló «Cálamo» y desarrolló, ante todo, una colección de libros de bolsillo, con atractiva portada, bajo el nombre de «Colección Esplandian». Aparecieron en ella tres títulos de Marrero: «Picasso y el toro», «El poder entrañable» y «El secreto de la danza española»; uno de Ignacio Hernando de Larramendi: «Tres claves de la vida inglesa» y otro del P. Miguel Oromí: «Ortega y la filosofía». En otra serie de formato más amplio apareció un libro de Gabriel de Armas, sobre Donoso Cortés, y otro de don Luis Hernando de Larramendi, «Cristiandad, Tradición, Realeza», que por su carácter más estrictamente carlista, reseñamos a continuación. La publicación de estos libros alcanza hasta 1954.

LIBROS:

«CRISTIANDAD, TRADICION, REALEZA», por Luis Hernando de Larramendi. Editorial Cálamo, Madrid, 1952, 227 páginas.

Este libro fue escrito en plena guerra, en 1937, y presentado a la censura con el título de «El Sistema Tradicional». Esta le tuvo dete-

nido hasta 1952 en que se autorizó su publicación, si bien con el nuevo título. Esta autorización era una novedad política difícil de interpretar, porque lo mismo podía ser premonitoria del talante menos despótico de la censura en los años cincuenta, que una mera y ocasional veleidad indescifrable del censor de turno.

Este libro no es una narración, ni el comentario de unos sucesos, sino la expresión de una mentalidad, de una manera de pensar, y aun de ser: la tradicionalista. Que no en vano el tradicionalismo español es un conjunto que además de tener un partido político —lo más visible—, tiene también una antropología e imprime un carácter a sus servidores, fácil de identificar para los observadores conspicuos. Es una «weltanschauung» o concepción del Universo.

El libro es, pues, muy denso, y como tal difícil de resumir. En cada línea hay un concepto importante y amplio, general. Hay mucho de análisis científico de la política y de la sociología, pero a la vez todo está impregnado del «estilo» del antiguo régimen. La densidad del texto sería cansosa si no vinieran estas reflexiones bien separadas en fragmentos breves y numerados, y estos agrupados en capítulos breves. Esta es su relación: Revolución, Política, Tradición, Legitimismo, Nación y Estado, La Patria, Formas sustanciales, Dictadura, Monarquía electiva, El Rey, Aristocracia, Constitución. Esta presentación didáctica es lo que siempre hemos echado de menos en todas las ediciones de una obra muy perecida a la que nos ocupa, «El Estado Nuevo», de Víctor Pradera. Las frases de don Luis Hernando de Larramendi son mucho más cortas y precisas, resúmenes claros de largos razonamientos que apenas se ofrecen al lector. Este libro podría haber tenido, sin artificios, una extensión mucho mayor.

El Tradicionalismo y el sentido clásico español de la política aparecen en este trabajo entrelazados de un modo tan original como comprensible, llevando a conclusiones que constituyen un audaz jalón para una interpretación lógica de la vida social y política. Su visión de la figura del Rey enlaza directamente con la que latía en el alma de la España tradicional, tan magníficamente plasmada en todo nuestro teatro clásico. Y así, aparte de su aportación al estudio de la Monarquía, este libro es indispensable para la interpretación, cada día más necesaria, del sentimiento de la realeza en todo el mundo de la Cristiandad.

Como muestra de lo que es esta obra, transcribimos el último párrafo del último capítulo:

«XII.—El sistema tradicional no necesita implantarse: hasta cuando la sociedad perece, está siempre implícito en la naturaleza social. Por eso, mientras todas las invenciones pasan, perecen y se olvidan, la realidad natural siempre sobrevive de algún modo, no

muere nunca, a la menor ocasión favorable se levanta poderosamente. Pensando a través de los libros modernos, de las locuras contemporáneas, con cerebros como esponjas empapadas en veneno, saturados del ambiente de la época, parece imposible su restauración, pero es simplicísima.—Claro que convirtiéndola en una ideología política y queriendo embutirla en cuerpos de leyes, para implantarla como cualquier ideología de la selva revolucionaria, no se restaura nada: no se da vida alguna por moldes.»

Este libro confirma una constante de la historia del Tradicionalismo español que estamos escribiendo: Todo está escrito, pero está insuficientemente editado. No tienen justificación los que manifiestan desconocer el tradicionalismo; pero tienen la atenuante de que muchas de sus obras fundamentales son difíciles de encontrar. «Cristiandad, Tradición, Realeza», debería reeditarse permanentemente para ser tan fácil de adquirir como los libros de texto de otros grupos humanos.

«EL PODER ENTRAÑABLE», por Vicente Marrero Suárez. Editorial Cálamo, Madrid, 1952, 191 páginas.

Este es otro libro denso, profundo e importante, donde se pasa revista a distintas formas de poder, insistiendo en las reflexiones acerca de la Monarquía católica y de los poderes entrañables. «Los poderes entrañables, que suponen una actitud afectiva encargada de realizar la fusión de los hijos de la nación, no se apoyan exclusivamente ni sobre el principio de autoridad, ni sobre el principio de libertad. Su fundamento está en el afecto. El afecto es la conciliación entre los principios de autoridad y libertad; se encuentra en medio de ellos, comprendiendo a ambos en lo que tienen de mejor y evitando su conflicto». El lector profano apenas se adentre en este libro —como en el anterior—, comprenderá de golpe y para siempre que el Carlismo es mucho más que un pleito dinástico.

«HEROES DE ROMANCE» (Cosas de requetés), por Ignacio Romero Raizábal. Santander, 1952, 162 páginas, 8.º

Prólogo de carne y hueso por María Isabel Baleztena. Son anécdotas y relatos de la Guerra civil en las que no pueden faltar las alusiones a las campañas carlistas y a sus personajes, descritos con un estilo colorista que es típico de este autor.

DOS FOLLETOS DE DON JAIME DEL BURGO

La editorial Gómez, situada en la Plaza del Castillo, de Pam-

plona, era exclusivamente mercantil. Pero publicaba de cuando en cuando folletos de divulgación de la historia del Carlismo, haciendo una labor estimable. Este año editó dos folletos de este género, debidos a la pluma del historiador carlista don Jaime del Burgo. La reseña que de ellos aparece en la monumental obra de su autor, «Bibliografía de las Guerras Carlistas y de las luchas políticas del siglo XIX», dice concretamente, sin mayor extensión, así:

«HOMBRES Y EPISODIOS DE LA HISTORIA QUE NO CONOCEMOS». Editorial Gómez. Pamplona, 1952, 79 páginas, 8.º

«NUEVOS ECOS DE LA EPOPEYA: SARASA, ELIO, CALDERON, POLO, SANTA CRUZ, SABATER, EL BUQUE FNTASMA Y EL ESTANDARTE DE LA GENERALISIMA. Editorial Gómez. Pamplona, 1952, 79 páginas, 8.º

BOLETINES

A cuestiones políticas relativamente actuales atendían desde fuera de la legalidad, desde una clandestinidad sui generis, cuatro nuevas publicaciones, más otra del movimiento de Carlos VIII; tuvieron vida discontinua y efímera, como las que vinieron a relevar, manteniendo así la situación de una presión permanente con formas en constante renovación. Su exigua extensión y ritmo alterado, hacen que las noticias y documentos domésticos y sus comentarios predominen sobre cuestiones políticas más generales que pudieran servir, además de al mantenimiento de las propias filas, de propaganda fuera de ellas. Les eran perfectamente aplicables las palabras de un recuadro de la cabecera del boletín «Requetés de Cataluña» (boletín mensual «al servicio de España», de su Tradición y de Carlos VIII, Año VI, núm. 48 a 57, Barcelona, enero-octubre de 1951): «Las cosas del Carlismo» —y este periódico es una de ellas—, se parecen al curso del Guadiana, que en cierta parte de su curso semeja desaparecer. Pero el río prosigue su curso subterráneo para reaparecer majestuoso; así, los valores del Tradicionalismo —como este boletín—, salen, al cabo, de nuevo a la luz con renovado brío.

«EL REQUETE». Subtítulo, «Requetés de Valencia. Publicación quincenal». El número uno tiene fecha de 4 de noviembre de 1952. Está bien impreso, a dos tintas, y con fotografías y formato de folio. Se vendía a peseta el ejemplar. Pero el número dos es de 8 de enero de 1953; el número tres, de 10 de marzo de este año. A partir del número cinco su cabecera está impresa sólo a una tinta, negra,

y el texto está hecho con multicopista. Alcanzó diez números; el último lleva fecha de «febrero-marzo» de 1954. Poco después, el mismo equipo empezó otra publicación análoga, «El Tradicionalista».

Este equipo estaba dirigido por José Romero Ferrer, de Liria, y trabajó muchos años en la confección de variados impresos carlistas encargados secretamente desde todas partes de España. El material de artes gráficas que empleaban estaba escondido en una finca de otro punto de Valencia, y era costeadado por el entusiasta carlista del pueblo de Puzol, don Manuel Bayarri Esteve. También intervenían en estos trabajos don Joaquín Gimeno y don Manuel San Gabino.

«A.E.T.», ORGANO DE LA A.E.T. VASCO-NAVARRA

El primer número apareció en octubre de 1952 y es un sólo folio bien impreso. Su dedicatoria, ya llama a Don Javier «Rey de las Españas» y abanderado de la Comunión Tradicionalista. Y a su hijo, «Don Carlos de Borbón», Príncipe de Asturias, Presidente de las AA.EE.TT. El editorial de presentación se titula «Para tí, estudiante», y dice así:

«Para tí, estudiante, nace este Boletín para que nos conozcas, para que te libres de la venda que te ciega, para que elimines el falso concepto que de nosotros puedas tener y por tí mismo viendo nuestra manera de obrar nos reconozcas.

Para que te des cuenta de que el Carlismo posee la única solución mientras los demás partidos no tienen ninguna.

Para que sepas cómo somos, sin rodeos ni tópicos. Con claridad. Somos monárquicos a secas, enemigos de farsas, de regímenes liberales lo mismo que de totalitarios, partidarios de la legitimidad.

Somos católicos sinceros, defensores ardientes de nuestra Religión, intolerantes con todo asomo de tolerancia de cultos.

Queremos justicia, orden, moralidad en la administración. Que la ley se cumpla igual para todos.

Creemos que el municipio debe poseer una autónoma actuación en su competencia. Que el Alcalde no debe ser de nombramiento gubernativo, sino elegido por el pueblo, por los Concejales.

Admiradores de nuestras antiguas libertades y gloriosas tradiciones, somos defensores de los Fueros, de la autarquía, de la Monarquía Federal.

Creemos que las Cortes representan a la nación no a un partido.

Somos amigos del pueblo, de ese pueblo vilipendiado y escarnecido, con quienes muchos especulan.

Queremos que la verdadera Justicia Social reine en España. Queremos unos Sindicatos Libres y profesionales, unas Corporaciones, todo un perfecto orden social.

Solamente con estos principios, con nuestro santo lema, con el Ideario de la Tradición, podrá salvarse a España.

«Principios que dijo nuestro Abanderado S.M. Don Javier I en el manifiesto del 25 de junio de 1950 pese a las circunstancias adversas, a las presiones exteriores y a las aberraciones del liberalismo, han mantenido incommovibles en la parte más sana de este noble pueblo y que, año tras año a lo largo de más de un siglo vienen siendo defendidos por hombres abnegados que formaron y forman una Comunión, ya ideológica, ya guerrera, ya política, que ofrece al mundo de hoy el sorprendente ejemplo de un amplio sector social que hace de la espiritualidad bandera, frente al materialismo que todo lo invade, y de su lealtad escudo que los preserva de la corrupción.»

Otro editorial en primera página se titula: «Universidad Libre» y postula la libertad de enseñanza, la reforma de la Universidad y la derogación de la ley que establece la sindicación única y obligatoria, y en su lugar propone la creación de sindicatos libres y profesionales.

En el reverso hay noticias de actos carlistas y otro editorial pidiendo cauces de expresión de la opinión pública y una mayor dedicación de los católicos a la política; ambas peticiones apoyadas en textos recientes de Pío XII.

«LEALTAD». Doble folio, bien impreso, con fotografías. El número uno está fechado en Barcelona y mayo de 1952. Era el órgano de la Junta reorganizada por don Manuel Fal conde al servicio de Don Javier, después de la escisión de 1949. Recapitula los viajes a España de Don Javier en 1950 y 1951, insistiendo en el juramento que hizo de defender los Fueros Catalanes. Apareció en vísperas del Congreso Eucarístico, y con ese motivo declara que la Comunión Tradicionalista, «consustancialmente confesional» (...), «como organización como persona colectiva, proclama una y mil veces su clara evidencia de que en Cuerpo, Alma y Divinidad está vivo Jesús en el Santísimo Sacramento». Anuncia su apoyo al Congreso Eucarístico aunque no se le concedan en él puestos directivos ni de honor.

Da noticias de la presencia de requetes uniformados en las recientes solemnidades de la Semana Santa.

«PELAYOS». Segunda época. Número uno, en Barcelona y abril, de 1952. Bastantes números posteriores carecen, todos ellos, de fecha.

Era un boletín modestísimo, de formato de bolsillo y contenido referente a excursiones, comics de hazañas bélicas y a la exaltación de la figura de Antonio Molle. No era ni sombra de la magnífica revista infantil de la primera época, editada durante la Cruzada en San Sebastián, y asesinada por la Unificación. No llegó a crecer ni a cuajar.

«¡FIRMES!». «Requetés de Cataluña. Cap. VIII». Este boletín de varios folios, publicó su primer número en Barcelona el 1.º de julio de 1952. Adscrito a Don Carlos (VIII), le sobrevivió y alcanzó larga vida; en enero de 1960 se publicó el número 71. Los números uno, dos y tres, originariamente hechos a multicopista, se imprimieron posteriormente para incorporarlos a la colección de todos ellos. En el número treinta y nueve, de agosto de 1955, el subtítulo «Requetés de Cataluña» es reemplazado por el de «Portavoz de la Causa Carlista». Cambio riguroso, porque había pasado a ser un órgano nacional con amplia difusión en toda España. Fue una de las mejores publicaciones del movimiento de Carlos VIII. Con la adhesión a Franco, a Don Carlos (VIII) y a sus epígonos, alternan, formando una paradoja ya señalada, artículos de valiosa y pura doctrina y noticias históricas poco conocidas y aleccionadoras.

INDICE ONOMASTICO DEL AÑO 1952

- Abarrategui de Baleztena, 131.
 Aceguinolaza, 128.
 Adenauer, Konrad, 97.
 Aguirre, 129, 136.
 Albret, Juan de, 96.
 Alférez, Gabriel, 116.
 Alfonso XII, 22, 71, 82, 83, 85, 88.
 Alfonso XIII, 17, 22, 24, 47, 54,
 82, 83, 85, 86, 88, 100, 130, 201,
 208.
 Alier, Lorenzo María de, 43.
 Alonso, Srta., 131.
 Altube, José, 127.
 Alza, José Joaquín de, 153.
 Andigné, Amadeo d', 99.
 Anglés Civit, José María, 7.
 Angulo de Michelena, María Te-
 resa, 144, 145.
 Ansaldo, Juan Antonio 19.
 Aparisi y Guijarro, Antonio, 92.
 Aquila, Conde de, 83, 84.
 Arambarri, Toribia, 136.
 Aranzábal, 129, 136.
 Arauz de Robles, José María, 205.
 Arbeloa, Agustín, 132.
 Archanco, Antonio, 206.
 Arévalo, General, 91.
 Armas, Gabriel de, 210.
 Aroca García, Antonio, 7.
 Arriaza, 91.
 Arriola, Gerardo, 130.
 Arriola, Rosario, 130.
 Arrue y Zaráuz, Antonio, 108, 122,
 125, 126, 128, 132, 133, 134, 135,
 137, 142.
 Astrain Ruiz, Ambrosio, 7, 142.
 Austria, Ana de, 84, 85.
 Austria, Juan de, 175.
 Ayuso Torres, Miguel, 170.
 Azcoitia Santos, 130.
 Baglietto, Jesús, 135.
 Baglietto, Santiago, 135.
 Baleztena Ascárate, Ignacio, 105,
 131.
 Baleztena Ascárate, Isabel, 212.
 Baleztena Ascárate, Joaquín, 35,
 105, 131, 132, 155, 205.
 Baleztena Lizasoain, 131.
 Bardi, Condesa de, 120.
 Barrera, Galo, 126.
 Barrera, 142, 143.
 Battenberg, Alejandro de, 101.
 Bayarri Esteve, Manuel, 214.
 Beira, Princesa de, 91, 199.
 Beneito Mora, Jorge, 7, 34.
 Bécquer, Gustavo Adolfo, 132.
 Bertos Ruiz, Juan, 146.
 Berraondo, José María, 136.
 Berraondo, María del Carmen,
 136.
 Berraondo, Miguel, 136.
 Berry, Duquesa de, 89.
 Bilbao Eguiá, Esteban, 43.
 Bonaparte, José, 179.
 Borbón, Andrés, 86.
 Borbón, Francisco María, 83.
 Borbón, Jaime, 86.
 Borbón, Manfredo, 84.
 Borbón, Miguel, 86.
 Borbón y Austria Este, S.M.C.
 Don Alfonso Carlos, 9, 16, 20,
 21, 22, 24, 28, 32, 34, 43, 46, 47,
 48, 49, 54, 57, 60, 61, 63, 65, 68,
 69, 71, 73, 75, 76, 78, 82, 83, 85,
 86, 87, 89, 90, 93, 113, 114.
 Borbón y Battenberg, Jaime, 23,
 53, 66.
 Borbón y Battenberg, Juan, 6, 7,
 17, 18, 19, 20, 23, 25, 47, 48, 54,
 56, 57, 63, 64, 65, 66, 67, 72, 81,
 83, 100, 103, 114, 115, 116, 165,
 170, 186, 189, 190, 196, 197, 201,
 204, 205, 206, 207, 208, 209.

- Borbón y Borbón, Doña Blanca de Castilla, 85.
- Borbón y Borbón, Don Francisco de Asís, 23, 52, 53, 81.
- Borbón y Borbón, Don Francisco de Paula, 23, 24, 52, 71, 81, 82.
- Borbón y Borbón, Don Juan Carlos de, 6, 7, 115, 190, 191.
- Borbón y Borbón Parma, S.M.C. Don Jaime III, 86.
- Borbón y Braganza, Luis, 83.
- Borbón-Busset, S.A.R. Doña Magdalena, 121, 140, 145.
- Borbón y Castellví, Francisco, 83.
- Borbón y Dos Sicilias, María Pía, 84.
- Borbón y Hamel, Luis Alfonso, 84.
- Borbón y Habsburgo, Roberto, 86.
- Borbón Parma, Francisco, 86.
- Borbón Parma, S.M.C. Doña Margarita, 85, 86, 131.
- Borbón Parma, Duque Roberto de, 24, 53, 84, 87, 98.
- Borbón Parma y Borbón Busset, Cecilia, 144.
- Borbón Parma y Borbón Busset, Francisca, 35, 118, 119, 120, 131, 139, 140, 142, 143.
- Borbón Parma y Borbón Busset, Hugo, 6, 9, 36, 69, 86, 95, 114, 115, 165, 170, 177, 178, 214.
- Borbón Parma y Borbón Busset, Sixto, 86, 144, 145.
- Borbón Parma y Borbón Dos Sicilias, Elías, 24, 53, 54, 86.
- Borbón Parma y Braganza, Don Cayetano, 86, 131.
- Borbón Parma y Braganza, Félix, 86.
- Borbón Parma y Braganza, S.A.R. el Príncipe Regente, Don Francisco Javier, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 32, 34, 35, 36, 38, 39, 40, 45, 46, 48, 49, 51, 66, 67, 69, 70, 71, 74, 75, 76, 77, 78, 82, 86, 87, 93, 94, 95, 97, 98, 99, 100, 102, 103, 105, 106, 107, 108, 109, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 123, 130, 131, 139, 143, 144, 145, 147, 152, 154, 186, 188, 189, 190, 191, 192, 197, 204, 214, 215.
- Borbón Parma y Braganza, Luis, 34, 86.
- Borbón Parma Nassau, Carlos, 86.
- Borbón Parma Nassau, Juan, 86.
- Borbón Parma y Saboya, Guido, 86.
- Borbón Parma y Saboya, Remigio, 86.
- Braganza, S.M.C. Doña María de las Nieves, 86.
- Bravo Murillo, 95.
- Burgo, Jaime del, 191, 205, 206, 212, 213.
- Bustamante, 110.
- Caixal, Obispo, 191.
- Calderón, general, 212.
- Campos Fernández, 135.
- Cañada Campos, Fernando, 110.
- Carlos I, 125.
- Carlos II, 85.
- Carlos II, El Malo, 96.
- Carlos III, 81, 83, 84.
- Carlos III, El Noble, 96.
- Carlos IV, 23, 53, 78, 81, 85.
- Carlos IV, El Hermoso, 86.
- Carlos V, 20, 23, 30, 31, 53, 80, 85, 88, 91, 93, 121.
- Carlos VI, 85, 89, 93.
- Carlos VI, Emperador de Alemania, 97, 98.
- Carlos VII, 71, 82, 83, 84, 85, 89, 93, 98, 99, 100, 121, 152, 153, 178, 199.
- Carlos VIII, 6, 25, 46, 66, 91, 94, 103, 170, 178, 186, 189, 190, 192, 197, 198, 205, 206, 213, 216.
- Carlos XII, de Suecia, 101.
- Carlos de Austria, Archiduque, 90.
- Carlos Eduardo, 89.
- Carlos y Gómez Rodulfo, Jaime de, 8, 40, 52, 58, 69, 77, 109, 147, 148.
- Castilla, Luis, 40.
- Castro, María Rosa de, 122, 132.
- Cathelinau, 99.
- Cierva, Ricardo de la, 191.
- Comín, Lola, 123, 125.
- Contreras y Pérez de Herrasti, Ramón, 146.

- Cora y Lira, Jesús, 186, 187, 188.
Corominas, Vallribera, José, 7.
- Chambord, Conde de, 156.
Churruca, Cosme de, 129.
- Dato, Eduardo, 83.
De Cura, 189.
De Gasperi, 97.
Delaunet, Amadeo, 133
Donoso Cortés, 210.
Dorado, Pedro, 143.
Dorestes Morales, Luis, 7.
Du Bourg, Joseph, 199.
- Echeverría, Tomás, 201.
Elías de Tejada y Spinola, Francisco, 8, 52, 110, 115, 187, 202.
Elio, general, 213.
Elio y Zubizarreta, Bernardo, 128.
Elio y Zubizarreta, Paz, 125, 128, 133, 135.
Elizalde, Jesús, 129, 130, 201, 202, 206.
Elizalde, Luis, 129.
Enrique, duque, 101.
Enrique III, 96.
Enrique V, 99.
Enrique, El Gordo, 96.
Errandonea, S.J., P. 125.
Errasti, Francisco, 77, 162.
Escobar y Kirkpatrick, José Ignacio, 208.
Espartero, 127.
- Fagoaga y Gutiérrez Solana, Miguel, 7, 109, 111, 112, 150.
Fal Conde, Excmo. Sr. Don Manuel, Jefe Delegado, 7, 8, 9, 10, 34, 35, 38, 46, 47, 48, 52, 75, 82, 105, 107, 108, 113, 114, 117, 119, 139, 141, 144, 145, 154, 170, 172, 175, 183, 206.
Fal Macías, Alfonso Carlos, 178.
Fal Macías, Domingo, 178.
Fal Macías, José María, 177, 183.
Febo, Francisco, 96.
Federico I, 101.
Felipe IV, El Hermoso, 96.
Felipe V, 9, 21, 22, 23, 24, 30, 52, 53, 59, 78, 79, 84, 85, 86, 92, 93, 94, 95, 97, 99, 103, 104, 117.
Felipe V, El Largo, 96.
- Felipe de Evreux, 96.
Fernández, Urbano, 77, 162.
Fernando, Rey de Rumania, 102.
Fernando I, Rey de Bulgaria, 101.
Fernando VI, 103, 104.
Fernando VII, 18, 27, 56, 78, 81, 85.
Ferrer, fray Magin, 92.
Ferrer Dalmau, Melchor, 8, 34, 35, 88, 93, 103, 104, 110, 111, 112, 149, 150, 152, 154.
Flors, Juan, 34.
Forcadell Prats, Ramón, 7, 111, 149.
Francisco I, Rey de las Dos Sicilias, 24, 53, 83.
Franco, 6, 7, 16, 17, 25, 35, 38, 42, 61, 80, 95, 104, 116, 117, 145, 148, 156, 180, 186, 187, 188, 191, 192, 197, 198, 199, 200, 202, 203, 205, 207, 208, 209, 216.
Fuentes, Jesús, 78, 162.
Fúster Seguí, Juan, 7.
- Gabriel, Infante don, 24, 84.
Gaiztarro, Fausto, 123, 125, 128, 129, 135, 136, 137, 141.
Galmes, Guillermo, 109, 139, 141, 142, 148.
Gamboa, Juana de, 126.
Gambra, Rafael, 8, 160, 210.
Gambús, Francisco de Paula, 7, 8.
García, Raimundo, 200.
García Llorente, Agustín, 183.
García Llorente, Hermenegildo, 183.
García Verde, Hermenegildo, 183.
García Verde, José María, 183.
Garzón, Antonio, 111, 152.
Garrido Hernando, Martín, 137.
Gaviria, 36, 111, 149.
Gil, Antonio, 124.
Gil Dauphin, Antonio, 178.
Gil Robles, José María, 208, 209.
Gimeno, Joaquín, 214.
Gimeno Muñoz, José María, 7.
González Orbea, José, 135, 136.
González Quevedo, Calixto, 144.
Grimaldo, Marqués de, 103, 104.
Guevara, Baltasar, 192.
Guevara, «Ché», 97.
Guijosa, Luis, 132.

Guijosa y Sarasola, Francisco, 132.
Guillermina de Holanda, 101.
Guillermo de Orange, 96.
Guinea, María Cruz, 137.
Gustavo IV, Rey de Suecia, 101.

Haakon VII, Rey de Noruega, 101.

Habsburgo, Carlos de, Emperador de Austria-Hungría, 130.

Habsburgo, Doña María Cristina de, Reina Regente, 83, 102.

Habsburgo y Borbón, Archiduque Carlos, 25, 66, 85, 94, 186.

Habsburgo y Borbón Parma, Don Otto, 24, 130.

Habsburgo y Borbón Parma, Don Roberto, 24.

Hamel, María Amelia, 84.

Hayes, Carlton, 165.

Heriz y Roncal, María del Pilar, 135.

Hernando de Larramendi, Ignacio, 110, 150, 210.

Hernando de Larramendi, Luis, 43, 109, 111, 210, 211.

Hernani, Duque de, 84.

Hitler, Adolfo, 97.

Hoare, Samuel, 175.

Hormazas, Marqueses de las, 133.

Hoz, Pedro de la, 92.

Hugo, Víctor, 134.

Humberto, Rey de Italia, 114.

Inchausti, José, 7, 109, 147, 148.
Iparraguirre, 131.

Irizar, Joaquín, 128.

Isabel, Emperatriz de Rusia, 102.

Isabel II, 23, 25, 30, 53, 54, 84, 85, 88, 98, 179.

Isabel la Católica, 91.

Iturmendi Bañales, Antonio, 115, 190, 205.

Iturria, Pablo, 8, 77, 78, 88, 110, 111, 112, 122, 124, 128, 135, 137, 142, 143, 151.

Jaurrieta, 131.

Jaurrieta, Pablo, 131.

Jellinek, Jorge, 45, 50.

Joaquina Carlota, Infanta, 98.

Jorge I, 96, 101.

Juan II, 96.

Juan III, 43, 91.

Juana la Beltraneja, 91.

Juaristi, Francisco, 128.

Julia Bornet, Santiago, 7.

Julio II, Papa, 126.

Lamamie de Clairac, José María, 8, 52, 58, 77, 139, 148, 169, 172.

Lasanta, Justiniano, 77, 162.

Lasuen, 125.

León XIII, 156.

Leopoldo I, Rey de Bélgica, 101.

Lezaun, Bruno, 38, 119, 147, 154.

Lizarza Iribarren, Antonio, 188.

López Barranco, Fernando, 7.

López de Larraga, Juan, 126.

López Rodó, Laureano, 114, 209.

López Sanz, Francisco, 131.

Lorente de Lizarraga, María Dolores, 132.

Luis I, Rey de España, 103.

Luix X, el Hutino, 96.

Luis XIII, 84, 85.

Luis XIV, 99.

Luis XV, 84.

Luisa Isabel, 84, 85.

Llosas Serrat-Calbó Martirian, 7.

Maestro, Angel, 208.

Manterola, Vicente, 153.

Marchena, duque de, 84.

María de lo Gloria, Reina de Portugal, 102.

María Teresa, Emperatriz, 101.

Maroto, 127.

Marquece, Lolita, 142.

Marquina Barrio, Antonio, 203.

Martín Alvarez, Cándido, 8.

Martín Zurita, Santos, 183.

Martínez Burgos, Matías, 138.

Martínez Rubio, Gínés, 193.

Marrero Suárez, Vicente, 210, 212.

Masifern Muxí, Esteban, 7.

Maurrás, Charles, 12, 102.

Menéndez Pelayo, Marcelino, 15.

Michelena, Carmen, 124, 134.

Michelena, Magdalena, 124, 134.

Michelena, María Teresa, 124, 134.

- Michoud, León, 41.
 Miguel, Rey de Portugal, 89.
 Miguel, Raimundo de, 113, 114.
 Mola Vidal, Emilio, 200, 201.
 Molina Bellido, Alfredo María, 7.
 Molina Marcial, César, 183.
 Molle Lazo, Antonio, 216.
 Montes, Eugenio, 207.
 Morales Castellá, Manuel, 7.
 Morros Teixidó, José, 8.
 Mugarza, Daniel, 204, 205.
 Mugica, Mateo, 203.
 Murúa, Pilar, 124.

 Navarro Villoslada, 92.
 Necedal, Cándido, 92.
 Necedal, Ramón, 92.

 Olaechea, Marcelino, 156.
 Olave, 136.
 Olazábal, Ana María, 133, 142.
 Olazábal, José Ignacio, 132.
 Olazábal, Juan, 153.
 Olazábal Bordiú, Juan Antonio,
 7, 77, 122, 123, 124, 125, 126, 128,
 131, 132, 137, 138, 142, 143.
 Olazábal Eulate, Tirso, 123, 153.
 Olazábal y Piniés, Ana María, 123,
 125, 128.
 Ollo, Juan, 132.
 Onrubia, José María, 7.
 Orbe y Elio, José María, 121.
 Orbe y Gaytán de Ayala, José Ma-
 ría, 121.
 Orbe y Piniés, Ana María, 126.
 Orbe y Piniés, Carlos, 128, 131.
 Orbe y Piniés, Concepción, 122,
 128, 135, 137, 140, 142.
 Orbe y Piniés, Ignacio, 128.
 Orbe y Piniés, José María, 139.
 Orbe y Piniés, Margarita, 122,
 123, 124, 125, 128, 133.
 Orbe y Piniés, María Luisa, 143.
 Orbe y Piniés, Pilar, 122, 123, 124,
 125, 128, 133, 134, 135, 136, 140.
 Orbe y Piniés, Vicente, 139.
 Orbe y Vives de Cañamas, Ig-
 nacio, 122.
 Orbe y Vives de Cañamas, Luz,
 122, 134, 143.
 Orbe y Vives de Cañamas, Pilar,
 122, 134, 143.
 Ormazábal, Tomás, 122, 123, 124,
 142.

 Oromí, Miguel, 210.
 Ortega y Gasset, 210.
 Ortiz y Estrada, Luis, 7, 110, 111,
 112, 149.
 Otton, Rey de Grecia, 101.
 Oyarzun, Román de, 206.

 París, conde de, 100, 206.
 Parma, Duque de, 84, 85, 98.
 Parma, Felipe, 87.
 Parma, María Luisa de, 85.
 Pascual, Angel María, 206.
 Pascual, Juan, 175.
 Pedro III, Zar, 102.
 Pedro El Cruel, 91.
 Pemán, José María, 207.
 Peña Ibáñez, Juan José, 8, 112,
 122, 128, 136, 152.
 Peón, Rafael, 77, 162.
 Pérez Arregui, S.J., 126.
 Pérez de Olaguer, Antonio, 7.
 Pidal, Roque, 139.
 Pinies y Roca de Togores, María
 Teresa, 121, 131, 134, 141, 142, 143.
 Pío IX, 173.
 Pío X, 43.
 Pío XI, 158.
 Pío XII, 13, 43, 156, 165, 215.
 Polo, 213.
 Portugal, María Antonia de, 84.
 Pradera Larumbe, Víctor, 191,
 211.
 Pradera Ortega, Juan José, 191.
 Prieto, Indalecio, 19, 198.
 Puig Pellicer, José, 7.
 Purón, Alejandro, 78, 162.

 Ramonell, 189.
 Relimpio, doctor, 194.
 Riera Bartrá, Juan, 7.
 Rodezno, conde de, 190, 196,
 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204,
 205, 206, 207, 209.
 Romera Cayuela, Angel, 34.
 Romero, José María, 178.
 Romero Campos, Francisco, 178.
 Romero Ferrer, José, 214.
 Romero Raizábal, Ignacio, 212.
 Royo, Rodrigo, 182.
 Rubio Robla, Balbino, 149.
 Ruiz, Timoteo, 8, 77, 162.
 Ruiz de Gauna, Vicente, 77, 162.
 Ruiz Hernández, Luis, 7, 77, 110,
 111, 164.

Ruiz Muñoz, Emilio, 116.
 Ruiz Peña, José, 137.
 Ruiz de la Prada, Ignacio, 77,
 110, 112, 126, 128, 135, 137, 141,
 142, 143, 149.
 Sabater, 213.
 Saboya, María Pía de, 114.
 Sáenz Díez, Juan, 8, 109, 111, 112,
 144, 147, 148, 170, 175.
 Sáenz de Santamaría, J.J., 77,
 162.
 Sáez, Lorenzo, 71.
 Sagasta, Práxedes Mateo, 83.
 Sáinz Rodríguez, Pedro, 113, 207,
 209.
 Salazar, María Teresa, 122.
 Salmador, Víctor, 209.
 San Gabino, Manuel, 214.
 San Miguel, Macario, 35, 38, 119.
 Sánchez de Castro, 90.
 Sánchez Granada, 133.
 Sánchez Guardamino, Asunción,
 142.
 Sánchez Guardamino, Carmen,
 142.
 Sánchez Guardamino, Encarna-
 ción, 142.
 Sánchez Guardamino, José Anto-
 nio, 122.
 Sánchez Guardamino, María, 122,
 124, 125, 133, 135.
 Sánchez Guardamino, Pilar, 122,
 124, 125, 133, 135.
 Sánchez Guardamino, Teresa, 142.
 Sánchez Marco, 132.
 Sancho VII, 96.
 Santa Cruz, el cura, 213.
 Santa Rosa, Marqués de, 7, 109.
 Santo Tomás, 26, 50, 55.
 Sanz de Diego, José, 7.
 Sarasa, 213.
 Sarasola, Martina, 132.
 Schuman, 97.
 Sebastián Gabriel, Infante don,
 53, 84.
 Segovia, Duque de, 81.
 Segura, Cardenal Pedro, 170, 177,
 180.
 Senante, Manuel, 43, 109, 172.
 Serrano Alvarez, Francisco, 183.
 Serrano Súniz, Ramón, 115, 190,
 191.

Sevilla, Duque de, 82.
 Sivatte y de Bobadilla, Mauricio,
 36, 37, 170, 180, 197.
 Solana, Marcial, 43.
 Sotomayor, Duque de, 126.
 Springer, Julius, 45.
 Stanton Griffis, 169, 170, 172, 181.
 Suárez, Francisco, 26, 50, 55.
 Suárez Kelly, 194.
 Tapia Seguro, Francisco, 122.
 Tassillon, Duque de Baviera, 102.
 Tejado, Gabino, 92.
 Teobaldo I, 96.
 Teobaldo II, 96.
 Teobaldo V, 96.
 Torres Fontenla, general, 145.
 Torresaura, Conde de, 7.
 Trastamara, Enrique de, 91.
 Trastamara, Fernando de, 96.
 Truman, Harry S., 169, 170, 172,
 175, 178, 179, 180, 181.
 Tusquets Padrosa, Francisco, 7.
 Uranga, Eugenio, 134.
 Urgel, Conde de, 196.
 Urizarri, viuda de, 132.
 Urraca, doña, 102.
 Valde Espina, Marqués de, 108,
 118, 120, 125, 128, 133, 134, 139,
 140, 141, 143.
 Valde Espina, Marquesa de, 131,
 132.
 Valdeiglesias, Marqués de, 208.
 Valiente, Soriano, José María, 8,
 117, 147, 148, 172.
 Valori Príncipe de, 99, 100.
 Vázquez de Mella, Juan, 92.
 Vedruna Zuazarregui, José Ma-
 ría, 7.
 Vegas Latapie, Eugenio, 18, 207.
 Verdugo, Carmen, 135.
 Vidal y Barraquer, 203.
 Villalón de Quartas, Ramón, 7,
 39, 147.
 Villalonga, José Francisco, 178.
 Vizcarra, Zacarías de, 150.
 Wasam, Príncipe sueco, 101.
 Wiss de Valbronca, Condesa de,
 84.

Zita, Emperatriz, 24, 130.

Zuazola, Luis, 103, 122, 124, 142.

Zubiaur Alegre, José Angel, 131.

Zumalacárregui, Tomás de, 31, 91, 128, 131, 133, 153.

INDICE GENERAL DEL AÑO 1952

- I. EL ACTO DE BARCELONA.—Introducción (pág. 5).—Acta del Consejo de la Comunión Tradicionalista celebrado en Barcelona el día 31 de mayo de 1952, bajo la presidencia de S.A.R. el Príncipe Don Javier de Borbón (pág. 7). (En ella figura la carta de Don Javier a su hijo, Hugo) (pág. 9).—Anexos al Acta: 1.º «Exposición y dictamen que el Consejo Nacional de la Comunión Tradicionalista elevó a S.A.R. el Príncipe Regente, Don Francisco Javier de Borbón-Parma y Braganza el día 30 de mayo de 1952, en Barcelona» (página 11).—2.º Palabras de Don Javier a «Mis leales Consejeros» (pág. 32). En los días siguientes (pág. 34).—El Rey nombra a Don Jorge Beneitó Mora representante suyo en el traslado de los restos de San Pascual Bailón (pág. 34).—Carta de don Javier a don Melchor Ferrer (pág. 35).—Nuevo destierro del Rey (pág. 35).—Actividades internacionales de Don Javier (pág. 36).—Algunos carlistas escriben a don Mauricio de Sivatte (pág. 36).
- II. ANTECEDENTES DEL ACTO DE BARCELONA (pág. 38).—Incubación (pág. 38).—Condiciones puestas por Don Javier (pág. 39).—Convocatoria para el Consejo de Barcelona el 26-III-1952 (pág. 39).—Dictamen de la Junta Nacional, el 10.XII-1951 (pág. 40).—Dictamen del Consejo de la Comunión Tradicionalista (pág. 52).—Complemento al Dictamen del Consejo, elevado por Don Jaime de Carlos el 1-V-1952 (pág. 58).—Dictamen de los carlistas guipuzcoanos de 23-IV-1952 (página 69).—Dictamen de los carlistas de La Rioja, de 29-IV-1952 (pág. 77).—Dictamen de Don Pablo Iturría, titulado «Leyes por las que se rige la Sucesión a la Corona Real Española» (pág. 78).—Tres dictámenes de Don Melchor Ferrer Dalmau, titulados: «El Derecho y el Deber de la Comunión Tradicionalista», de 20-V-1952 (pág. 88); «La Nacionalidad de los Príncipes» (pág. 93); «El Deber de Reinar» (pág. 103).—Carta de Don Javier a don Joaquín Baleztena, el 30 de mayo de 1952 (pág. 105).

- III. APLAZAMIENTO DE LA PROCLAMACION DE DON JAVIER COMO REY (pág. 106).—Carta de los carlistas guipuzcoanos a Fal Conde (pág. 108).—Carta de Don Javier a los carlistas guipuzcoanos (pág. 108).—Parte de las actas del Consejo Nacional de la Tradición celebrado en Madrid los días 21 y 22-XI-1952, referente al aplazamiento de la Proclamación (página 109).
- IV. APUNTES Y DOCUMENTOS POSTERIORES AL ACTO DE BARCELONA (pág. 113).—Recuerdos de Fal Conde (pág. 113).—Encuentro de Don Javier con Don Juan (pág. 113).—La versión de López Rodó (pág. 114).—Don Javier y la Legitimidad de Adquisición (pág. 116).
- V. VIAJE A ESPAÑA DE LA PRINCESA FRANCISCA DE BORBON PARMA Y BORBON BUSSET (pág. 118).—Carta de Don Javier al Marqués de Valde Espina el 12-II-1952 (página 119).—Diario de la estancia de la Princesa en Guipúzcoa (pág. 120).—Carta de Don Javier al Marqués de Valde Espina, el 25-III-1952 (pág. 139).—Contestación del Marqués (página 140).—Regreso a Francia de la Princesa (pág. 141).—Carta de Don Javier al Marqués de Valde Espina, el 24-V-1952 (pág. 143).—Estancia en Madrid de los Infantes Don Sixto y Doña Cecilia (pág. 144).
- VI. ACTAS DE DIVERSAS REUNIONES DE DIRIGENTES CARLISTAS (pág. 146).—Reuniones de la Junta Nacional en los días 18 (pág. 147) y 25 de enero (pág. 148).—Fragmentos de las actas del Consejo de la Tradición celebrado en Madrid los días 21 y 22 de noviembre de 1952 (pág. 149).—Mensaje a S.M. de la nueva Junta Regional Tradicionalista de Guipúzcoa (pág. 152).—Bodas de Oro sacerdotales de don Bruno Lezaun. Carta de Fal Conde a don Melchor Ferrer (pág. 154).—Carta de Don Javier a Don Bruno Lezaun (pág. 154).
- VII. DOCUMENTOS POLITICOS (pág. 156).—«La verdadera doctrina social» (pág. 157).—Consulta a los Consejeros (página 160).—Dictamen de los carlistas de Logroño (pág. 162).—«Indiferentismo político, no» (pág. 164).
- VIII. LA COMUNION TRADICIONALISTA SIGUE DEFENDIENDO LA UNIDAD CATOLICA (pág. 169).—Nota de la Oficina de Información Diplomática, del 12-II-1952 (pág. 170).—Comentario carlista a esta nota (pág. 172).—Circular de Don

Juan Sáenz Díez (pág. 175).—Actividades de A.E.T. de Sevilla (pág. 176).—Escrito al Príncipe de Asturias (177).—Comentario de «¡Volveré!», titulado «La Unidad Católica, Mr. Truman y el Fuero de los Españoles» (pág. 178).—Fragmentos de la Pastoral del Cardenal Segura, de 20-II-1952, tomados de la revista «Tiempos Críticos» (pág. 180).—Asalto a la capilla protestante de la calle de Relator, de Sevilla (página 182).—Apéndice: hoja, «Los carlistas ante el XXXV Congreso Eucarístico Internacional» (pág. 184).

IX. ACTIVIDADES DEL MOVIMIENTO DE DON CARLOS VIII (pág. 186).—Entrevista con Franco (pág. 186).—Manifiesto del Frente Nacional Carlista (pág. 186).—Boletín para Jefes (página 187).—Impreso, «Españoles» (pág. 188).—Acta de la sesión celebrada en los días 18 y 19-X-1952, por la Junta de Señores Jefes Regionales de la Comunión Tradicionalista (pág. 189).

X. NECROLOGIA (pág. 196).—Fallecimiento del Conde de Rodezno (pág. 196).—Artículos con motivo del fallecimiento (pág. 197).—Un comentario de «¡Volveré!» (pág. 197).—Un comentario de «¡Firmes!» (pág. 198).—Un artículo del Diario de Navarra (pág. 200).—Un artículo de «El Pensamiento Navarro» (pág. 201).—Un premio de la Dirección General de Prensa (pág. 202).—Un comentario de don Francisco Elías de Tejada (pág. 202).—Apéndice: Otros documentos para una biografía del Conde de Rodezno (pág. 203).—Su labor en el Ministerio de Justicia (pág. 203).—Carta del Conde de Rodezno a don Daniel Mugarza, el 15-IX-1950 (pág. 204).—Un texto de Don Jaime del Burgo (pág. 205).—El Conde de Rodezno y Acción Española (pág. 207).—El Conde de Barcelona, piedra de toque para enjuiciar a Rodezno (pág. 207).

XI. BIBLIOGRAFIA (pág. 210).—La editorial Cálamo (pág. 210).—Libros: «Cristiandad, Tradición, Realeza», por don Luis Hernando de Larramendi (pág. 210).—«El Poder Entrañable», de Vicente Marrero Suárez (pág. 212).—«Héroes de romance», de Ignacio Romero Raizábal (pág. 212).—Dos folletos de don no conocemos» (pág. 213) y «Nuevos ecos de la epopeya» (página 213).—Boletines: «El Requeté» (pág. 213).—A.E.T. (página 214).—Pelayos (pág. 215).—¡Firmes! (pág. 216).

INDICE ONOMASTICO (pág. 217).

INDICE GENERAL (pág.).

ESTE TOMO SE ACABO DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES

TRES A (ARTES GRAFICAS) EL DIA DE LA FESTIVIDAD DE

NUESTRA SEÑORA DEL PERPETUO SOCORRO

DEL AÑO DE GRACIA DE MCMLXXXVII

EXTRACTO DEL INDICE DEL AÑO 1953

Actas de reuniones de organismos de la Comunión Tradicionalista.

Cartas de Don Javier de Borbón Parma.

Reacciones carlistas ante un proyecto del señor Calvo Serer.

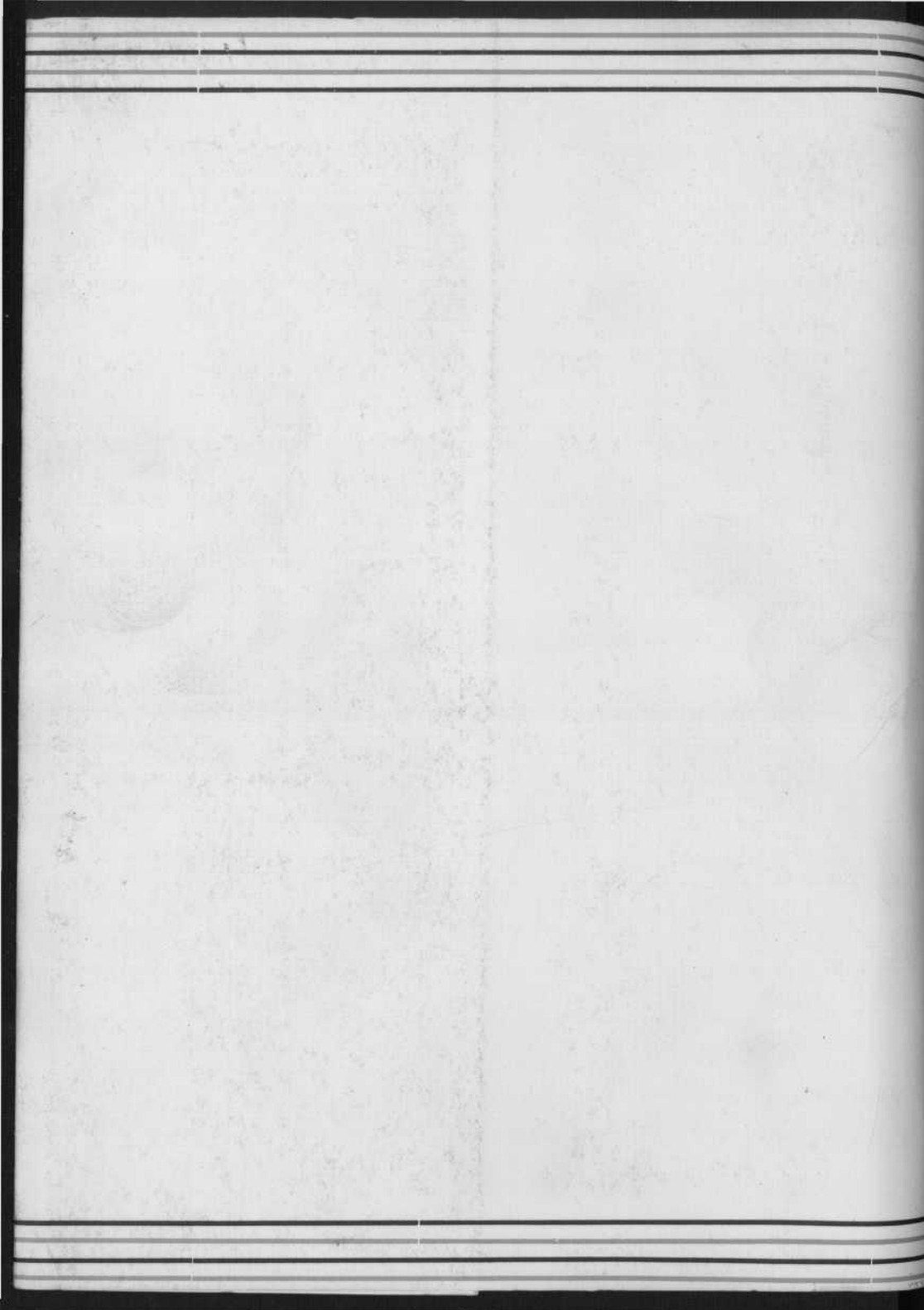
Comentarios carlistas al nuevo Concordato.

Comentarios carlistas a los Acuerdos con los Estados Unidos.

Fallecimiento de Don Carlos VIII.

Nueva recopilación de documentos sobre Don Carlos VIII.

Bibliografía.



**APUNTES Y
DOCUMENTOS
PARA LA
HISTORIA DEL
TRADICIONA-
LISMO
ESPAÑOL**

1

9

5

2

TOMO

14